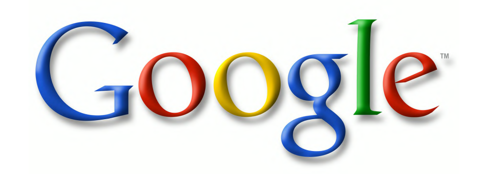
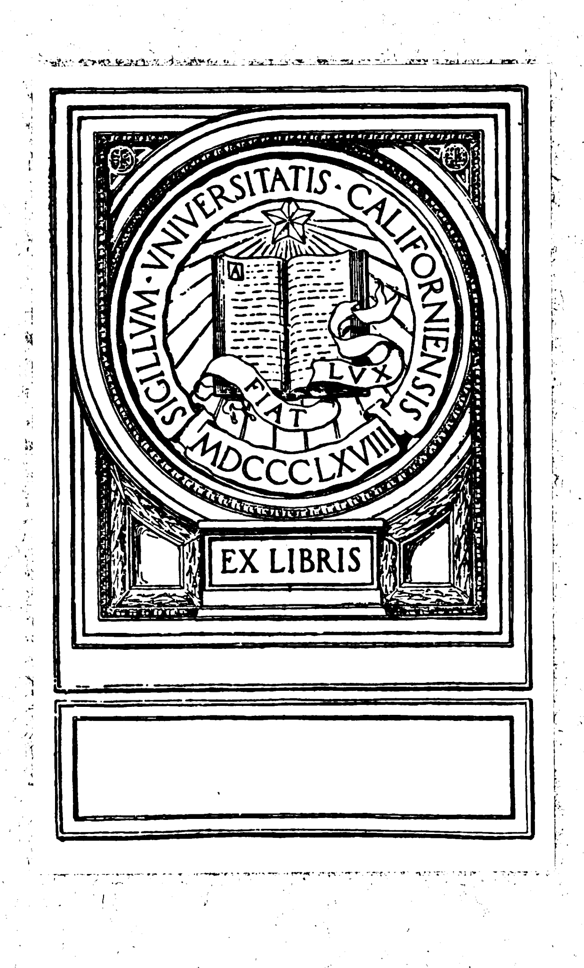
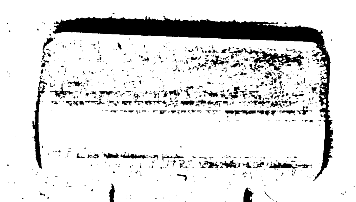



YC 10229


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



MEMORIAS INÉDITAS

DEL

GENERAL DON CÉSAR DIAZ


LIT. MADRILEÑA
H. STEIN

MEMORIAS INÉDITAS

DEL

GENERAL ORIENTAL DON CÉSAR DIAZ

PUBLICADAS

POR ADRIANO DIAZ

BUENOS AIRES

Imprenta y Librería de Mayo, Alsina 189

1878

ADVERTENCIA

Bajo el título colectivo que encabeza esta obra vamos á dar á la prensa los trabajos del malogrado general oriental don César Diaz, nuestro tio. Trata el primero de los Apuntes de su carrera militar.

Indudablemente esos apuntes biográficos no fueron escritos para ser publicados. Ellos no son otra cosa que el recuerdo que el autor hacía de su vida laboriosa y heroica, para legarlos á sus deudos como una memoria honrosa del nombre que llevaba.

Están escritos sin pretension, sin comentarios, concretados á la sencilla espresion de hechos desconocidos, que bien pudieron considerarse como el croquis de las luchas civiles de su patria.

El segundo de los manuscritos se refiere á la campaña efectuada en 1842 por el jeneral Rivera sobre la Provincia de Entre Rios, la derrota de este jefe en el Arroyo Grande el 6 de diciembre y la organizacion de la defensa de la plaza de Montevideo por el jeneral don José Maria Paz, improvisada en los breves momentos que mediaron entre la destruccion del ejército oriental y la llegada del general Oribe á las puertas de la Capital.

Es muy sensible, que tan interesante manuscrito, solo alcance hasta la declaratoria del bloqueo hecho por el gobierno de Rosas, y que tan aflijente tornó la situacion de la plaza sitiada; pero tal como es, tiene aquella importancia que adquieren los sucesos cuando son narrados por un actor intelijente y veraz.

Lleva por título la otra memoria, *Campaña del ejército grande aliado en Sud América.* Comandante en jefe de la Division Oriental, el entonces coronel César Diaz, hace la historia de aquella célebre espedicion libertadora llamada á cambiar fundamentalmente el estado social de los pueblos del Plata. Narra los antecedentes de la alianza, las peripecias de la marcha del ejército y el sistema irregular de su organizacion; elogia la constancia y perseverante solicitud de los soldados y la singular bravura demostrada al frente del enemigo.

Reclama la atencion en este escrito la pintura del pasaje del Rio Paraná efectuado por aquel numeroso ejército, la travesía de la Pampa; las marchas sobre un suelo carbonizado por el incendio, y donde el soldado tiene que apagar con el pié el tizon todavia humeante, y mas que todo, la descripcion de la batalla de Caseros en que la Division de su mando mereció el primer lauro de la jornada.

Las preciosas reflexiones con que completa el cuadro de los acontecimientos, la belleza del estilo y el noble carácter de aquel infortunado militar, llenan de un maravilloso prestijio las pájinas de la Campaña.

Antes de emitir estos juicios y de lanzar á la publicidad los trabajos inéditos del general Diaz, hemos con-

sultado á personas de reconocida competencia, y la opinion mas favorable ha sido formulada en los conceptos que dejamos apuntados.

La obra llevará el retrato del general Diaz y un plano de la batalla de Caseros que acompaña la Memoria.

ADRIANO DIAZ.
Editor.

APUNTES

DE LA

CARRERA MILITAR

DE

CÉSAR DIAZ

APUNTES

Nací en Montevideo el 16 de julio de 1812, al empezar el segundo asedio que los patriotas pusieron á esta ciudad, sujeta hasta entonces al dominio de la España. Fueron mis padres don Francisco Diaz, español, y doña Feliciana Martinez, natural de Montevideo. Aunque español de nacimiento, mi padre era paisano de todos los hombres libres, y como tal, habia simpatizado con la revolucion americana consagrándole su vida. Pertenecía en aquella época al ejército sitiador, en el cual él tuvo ocasion de prestar importantes servicios, por su vasta instruccion y conocimientos científicos en la artillería.

Rendida la plaza de Montevideo en 1814, pasó con la familia á Buenos Aires, y en 1816, el gobierno de las Provincias Unidas le destinó á Mendoza, donde el general San Martin organizaba el ejército con que debia invadir á Chile.

Verificado el pasaje de los Andes y obtenida la victoria de Chacabuco, volvió mi padre á Mendoza donde habia dejado la familia, y la condujo á Chile.

En 1820, el ejército de los Andes se embarcó para el Perú, donde los españoles tenian concentrado el resto

de poder que les quedaba en la América del Sud, pero mi padre, gravemente atacado en su salud á consecuencia de las fatigas y penalidades de sus largas campañas, no pudo tener la gloria de acompañarlo.

Solicitó y obtuvo su pase al ejército de Chile, en el que se conservó hasta su muerte, acaecida en 1822.

Al morir, consignó en su testamento una cláusula por la cual rogaba al gobierno de Chile, que en consideracion á sus servicios á la independencia americana, se me admitiese en el ejército en la clase de alférez, dispensándoseme al efecto la edad requerida por las leyes; y aunque no llegó nunca el caso de que yo perteneciese á ningun cuerpo, por no haberlo pretendido, fuí sin embargo admitido en la academia militar que se instituyó en 1824 bajo la direccion del teniente coronel don Santiago Bayama, y en la cual solo debian tener acceso los cadetes. Empecé y seguí por algun tiempo el primer curso de matemáticas dictado en dicha academia; pero habiendo resuelto mi familia regresar á Buenos Aires á principios de 1825, tuve que interrumpirlo, con harto sentimiento del director que me estimaba y veía con placer mi aplicacion y aprovechamiento, y con no poco perjuicio de mi educacion que iba á sufrir un atraso irreparable.

El 27 de setiembre de 1827, habiendo recien cumplido quince años, entré al servicio de la República Arjentina. Díoseme el despacho de alférez 2° del primer rejimiento de caballería de línea del ejército nacional que estaba en operaciones contra el Imperio del Brasil; pero, no llegué nunca á presentarme al rejimiento, por que cuando me preparaba á emprender el viaje, recibí ór-

den del gobierno para marchar al puerto del Salado, como ayudante del subdelegado de marina y comandante militar de este puerto. Partí, pues, á mi nuevo destino y en él permanecí desde noviembre hasta enero de 1828, en que tuve que bajar á Buenos Aires gravemente enfermo de resultas de una herida que habia recibido en mi niñez. El puerto del Salado estaba en aquella época bloqueado por fuerzas navales brasileras, que algunas veces hicieron fuego sobre las baterias que lo defendian.

Mi enfermedad fué penosa y mi asistencia larga. Cuando mi salud se hubo un tanto restablecido, lo cual no se verificó antes de cinco meses, el facultativo que me habia tratado, me aconsejó, entre otras cosas, que renunciase á la carrera de las armas, porque, segun él, mi constitucion, muy debilitada por la enfermedad que acababa de padecer, no me permitiría soportar las fatigas del servicio militar en campaña; pero como yo era muy jóven y tenia mucho amor á la profesion que habia adoptado, miré con indiferencia su consejo. Consentí sin embargo, en dejar la caballería, que es lo que en último caso me exijió; y en junio del mismo año pasé agregado al batallon 4° de infantería de línea, que estaba de guarnicion en Buenos Aires.

En el mismo mes fuí destinado con un piquete de dicho batallon, de destacamento á la Isla de Martin Garcia. El puerto estaba bloqueado y la salida era peligrosa. Conducía al destacamento una cañonera de la escuadra; y aunque el oficial que la mandaba tuvo la precaucion de zarpar despues de entrada la noche, fuimos descubiertos y perseguidos hasta cierta distancia,

por uno de los buques enemigos que cruzaban en el canal, el cual nos hizo algunos disparos que no nos causaron daño.

El destacamento fué relevado en setiembre; y no pudiéndome yo avenir á la quietud del servicio de guarnicion en que me hallaba, marché en el mismo mes al ejército nacional con destino al batallon N°. 5 de cazadores, al cual me incorporé en el Cerro Largo, donde el ejército habia tomado cuarteles de invierno.

Hecha la paz, entre la República Arjentina y el Imperio del Brasil, volví á Buenos Aires á fines de noviembre con la primera division del ejército bajo la conducta del jeneral don Enrique Martinez; y al siguiente dia de nuestro desembarco en aquella ciudad, estalló la famosa revolucion de 1° de diciembre á que concurrieron todos los cuerpos de la division, y en la que yo tuve la parte que podia caberme como simple oficial subalterno.

El 6 de febrero de 1829 fuí promovido á teniente 2° á propuesta hecha por el jefe de mi batallon, segun la escala del mismo.

Campañas en Córdoba

El 11 de marzo siguiente partió de Buenos Aires para el interior de la república, un ejército á las órdenes del general don José M. Paz.

De ese ejército hizo parte mi batallon; y con él asistí á sus dos primeras campañas contra los generales Bustos y Quiroga, gobernador el primero de Córdoba y el segundo de la Rioja, y á las funciones de guerra que á continuacion se expresan.

Batalla de San Roque
(Abril 22 de 1829)

A la noticia de nuestra aproximacion, el general Bustos salió de Córdoba (la capital); y con todas las fuerzas que pudo reunir, fué á situarse en el valle de aquel nombre, seis ó siete leguas al oeste de la ciudad.

El 22 de abril aparecimos nosotros á su frente, y en ese mismo dia quedó vencido. A mi batallon le cupo el honor de apoderarse á la bayoneta de ocho piezas de artillería colocadas en una posicion dominante y de difícil acceso.

Con esta batalla, y despues de algunas marchas y contramarchas por desfiladeros, quebradas y campos en general escabrosos, caminando siempre de noche al frio penetrante de las montañas, la campaña quedó terminada á mediados de mayo, y el ejército fué á establecer sus reales á la inmediacion de Córdoba.

Batalla de la Tablada
(22 de junio de 1829)

A principios de junio el temible Facundo, como le llama Sarmiento, entró al territorio de Córdoba con un ejército de cinco mil hombres, de los cuales setecientos eran de infantería y los restantes de caballería. Salimos inmediatamente á recibirlo; pero el astuto caudillo maniobró con tanta habilidad, que mientras nosotros le buscábamos por un lado, él se dirijió por otro á la capital, que era nuestra base de operaciones, y la obligó á

capitular. Dejó en ella toda su infantería, y fué á esperarnos con la caballería en el terreno que llaman la Tablada, á poco mas de una legua de la ciudad.

Pernoctamos el 21, á dos tiros de fusil de su campo y el 22 á la una de la tarde, se trabó la batalla que lleva aquel nombre, y que con tanta razon ha sido celebrada como una de las mas reñidas y sangrientas que se rejistran en los anales de nuestras guerras. Al entrar la noche el enemigo estaba vencido, aunque no completamente disperso: los últimos resplandores del crepúsculo nos permitieron distinguir á lo lejos algunas masas, aunque informes, de caballería que se retiraban, y cuya persecucion hacian imposible la debilidad y desórden en que la nuestra habia quedado, la fragosidad del terreno, y mas que todo, la absoluta oscuridad que muy luego sobrevino.

Batalla de la Tablada

(Dia 23 de junio 1829)

Satisfechos de nuestro triunfo de la víspera; y sin ningun temor, marchábamos el 23 al amanecer en direccion á la ciudad, para someter la guarnicion que la ocupaba, cuando en el tránsito y en los momentos en que una parte del ejército estaba empeñada en un estrecho desfiladero, fuimos asaltados por el enemigo, que en la noche, se habia reforzado con cuatro cañones y toda su infantería. Y aquí tuvo lugar otra batalla mas larga, mas porfiada y mas sangrienta, que la del dia anterior, habiéndole tocado á mi batallon la bárbara gloria de decidirla, atacando y esterminando á la bayoneta,

la numerosa columna enemiga, de aquella arma, de la que seguramente no sobrevivieron al combate mas de cincuenta hombres.

Es un hecho digno de notarse por que talvez no tiene precedente en la guerra, que formado el batallon momentos despues del combate, y revistadas por curiosidad las armas, no se encontró una sola bayoneta, entre las de doscientas sesenta plazas que quedaban en las filas, que no estuviese teñida de sangre. La poblacion de la ciudad de Córdoba tuvo ocasion en el mismo dia, de contemplar horrorizada, esta terrible muestra de los estragos de un campo de batalla.

Yo fuí herido de bala de fusil en el carrillo izquierdo. A fin de noviembre, solicité y obtuve mi separacion del ejército y pasaporte para Buenos Aires, cuyo viaje emprendí luego en compañía de varios otros oficiales.

De regreso á esta provincia fuí promovido con fecha 18 de diciembre á la clase de Ayudante Mayor del batallon Rio de la Plata que comandaba el entonces coronel don Féliz Olazábal; y en 29 de enero de 1830, á la de capitan del mismo cuerpo. En este año hice varios destacamentos, ya en la campaña, ya de guarnicion en la marina de guerra.

Obtuve el grado de Sargento Mayor en 23 de febrero de 1831 y la efectividad de dicho grado en 29 de setiembre de 1832.

Tomé parte en la revolucion de 11 de octubre de 1833, en sosten del gobierno legal del general Balcarce, y me hallé en la accion del Molino, pequeño combate dado contra las gentes de Rosas, cerca del Arroyo de Maldonado, mandando accidentalmente en jefe el expresa-

do batallon Rio de la Plata, por lo cual se me confirió el grado de teniente coronel el 26 del mismo mes y año.

En el siguiente mes de noviembre pasé al Estado Oriental del Uruguay con licencia por un año; y en 14 de enero de 1835, se me expidió á solicitud mia, mi cédula de licencia y absoluta separacion del servicio.

En todo este año, y en el tiempo que siguió hasta 1837, me contraje asíduamente á ilustrar mi inteligencia, con todos aquellos conocimientos que me fué dado procurarme. Estudié con mucho interés y aprovechamiento, la geografía, la historia y el idioma francés; y por último hice un nuevo y completo curso de álgebra y geometría. No he descuidado, como debe suponerse, ninguno de aquellos estudios que son relativos á mi oficio.

El 6 de octubre de 1838, fuí reconocido é incorporado al ejército oriental, en mi clase de Sargento Mayor con grado de Teniente Coronel.

En el mes de noviembre próximo fuí nombrado oficial 1º del Ministerio de la Guerra, y en este carácter ejercí las funciones de oficial mayor del mismo, hasta fin de marzo de 1839, en que hice renuncia del destino para marchar al ejército que se decia reunido en el Durazno, y que segun todas las noticias oficiales de la época, se preparaba á pasar el Uruguay para llevar la guerra al tirano argentino. Pero á mi llegada al Durazno, hallé que no habia tal ejército, ni la menor probabilidad de que se abriese la campaña anunciada, y volví poco despues con licencia á Montevideo.

Invadida la República por el ejército de Rosas que vino mandando el general Echagüe, el gobierno me co-

misionó para organizar un batallon de guardia nacional en Montevideo, lo que verifiqué, desempeñando la mayoría del mismo hasta la conclusion de la guerra, en que por un decreto superior fué disuelto, quedando yo agregado al Estado Mayor General.

En 1840 redacté un reglamento para el ejercicio y maniobras de la infantería ligera; y el gobierno de la República despues de haberlo hecho examinar por una comision de oficiales superiores que nombró al efecto, lo adoptó para el uso del ejército y lo mandó imprimir. Este reglamento es el que ha servido á los cazadores del ejército defensor de Montevideo, y el mismo que actualmente rige en el ejército argentino.

En el año de 1841, organicé nuevamento el estinguido batallon de guardia nacional, cuyo mando en jefe se confirió á don Gabriel Velazco, entonces coronel licenciado del ejército, y tomé á mi cargo como en el año anterior el desempeño de la Mayoría. El 10 de noviembre se me concedió la propiedad de teniente coronel, con obligacion de continuar sirviendo la Mayoría de la Guardia Nacional.

Campaña de Entre Rios

En marzo de 1842 obtuve permiso del gobierno para pasar al ejército de la provincia de Corrientes, que mandaba el general don José M. Paz, y que despues de la victoria de Caaguazú, parecia destinado á llevar sus armas contra Rosas, el enemigo encarnisado de nuestra patria. Luchando con muchas dificultades y peligros, atravecé la provincia de Entre Rios, sembrada á

la sazon de montoneras, y me incorporé al general Paz con varios oficiales que me acompañaban, á tres leguas de la Bajada del Paraná. El ejército correntino se habia retirado á Corrientes, y el jeneral Paz con 500 hombres, la mayor parte prisioneros de Caaguasú, se dirijía á la costa del Uruguay. En el mismo dia de mi incorporacion me dió el encargo de formar un escuadron, de todos los jefes y oficiales sueltos que le acompañaban, como la única garantía de seguridad con que podia contar.

En el curso de las marchas, nuestras guardias avanzadas desertaban enteras, nuestras partidas exploradoras desaparecian, y nadie podia separarse á cierta distancia de la columna sin riesgo de caer, como á algunos les sucedió, en poder de las montoneras que por todas partes nos seguian y acechaban. Por último, en la noche del 2 de abril pasamos el arroyo Nogoyá á la inmediacion del pueblo del mismo nombre; y antes que hubiéramos podido hacer una legua de camino, la caballería toda, se sublevó dando vivas á la federacion y descargando sus armas sobre nosotros. La oscuridad de la noche y una furiosa tempestad que sobrevino nos salvaron.

Al dia siguiente pasamos el Gualeguay el general Paz y el escuadron de oficiales que yo mandaba: todo lo demas habia desaparecido.

Frustrada esta vez tambien la deseada campaña contra el tirano de Buenos Aires, volví á Montevideo en el mes de mayo.

Asedio de Montevideo

Invadida nuevamente la República en el mes de diciembre, por el poderoso ejército, que á las órdenes del general don Manuel Oribe, envió Rosas para esclavizarla, se me encargó la creacion del batallon 4º de cazadores dándome el mando de él. Entregáronseme para formarlo, el 20 de dicho mes, cuatrocientos negros sacados de la esclavitud y la abyeccion: señalóseme á la inmediacion del Paso del Molino en el Miguelete, un campo de instruccion al que tambien concurrieron otros cuerpos; y el 5 de febrero de 1843, es decir, cuarenta y cuatro dias despues, el 4º de cazadores vino á ocupar la línea de fortificacion de la ciudad, y á desempeñar en ella un servicio activo y vigilante, con la regularidad de un cuerpo subordinado y medianamente instruido en todas las funciones de su instituto.

El 16 se estableció el asedio de la plaza; y desde el dia siguiente comenzó el servicio de descubiertas, y muy luego la série de combates que inmortalizaron la defensa.

Yo me he hallado en todos los que siguen.

En el combate del 10 de marzo, el primero en que se ensayaron nuestras armas, en el terreno del Cristo, á vanguardia del centro de nuestra línea de defensa, y en el que el batallon Nº. 6 y cuatro compañías del de mi mando se batieron en retirada contra fuerzas muy superiores. El general en jefe me manifestó su satisfaccion, haciéndome victorear á mi entrada por el porton de la línea y enviándome enseguida una banda de mú-

sica al cuartel, para felicitar al cuerpo por su comportacion.

En este dia, el cañon colocado en el ángulo saliente de la bateria 25 de Mayo, disparó dos tiros, y fueron los primeros que partieron de nuestra artillería.

En el combate del 21 de marzo, sobre el mismo terreno, por el que mi batallon fué mensionado especialmente en el boletin del ejército.

En varias guerrillas, en los meses de abril y mayo.

En la salida general y combate del 2 de junio, á las inmediatas órdenes del general don José M. Paz

En varias guerrillas en el mismo mes.

En la salida general y combate del 5 de julio, bajo el mando inmediato de dicho general. En este dia recibí un golpe de bala en la espalda sin consecuencia.

En el combate del 13 de setiembre. Destinado á proteger á dos compañías de la Legion francesa, que incautamente habian avanzado hasta las posiciones enemigas, tuve que hacer frente con el batallon de mi mando á fuerzas superiores y en terreno desventajoso, por cerca de dos horas. Tomaron nuevamente parte en la accion, numerosas fuerzas de uno y otro lado. Fui recomendado en el boletin de esta jornada.

En la salida y ataque del Buceo, el 31 de octubre, á las órdenes del coronel don Faustino Velazco.

En la salida y ataque del 15 de febrero de 1844, contra la izquierda de la línea enemiga, mandando en jefe los batallones 4° y 5° de cazadores. El general Paz dirijía en persona el movimiento de todas las fuerzas destinadas á la operacion. En este dia tuve el caballo herido.

En la accion del Cerro, el 28 de marzo del mismo año, en la que las tropas enemigas en número de mil ochocientos hombres de infantería y caballería, fueron completamente derrotadas y perseguidas, resultando muerto el general que las mandaba don Angel Nuñez. Al frente de una columna de quinientos hombres, tuve yo el encargo de envolver al enemigo por su ala izquierda, lo que felizmente ejecuté, habiendo sido recomendado en el boletin de ese dia.

Colocado en la Fortaleza del Cerro, presenciaba el ministro de la guerra, coronel don Melchor Pacheco y Obes, la ejecucion del plan que habia recibido del general en jefe, ó que él mismo habia combinado; y tenia el mando inmediato de todas las fuerzas sobre el campo de batalla, el coronel don Venancio Flores.

En la accion del Pantanoso, el 24 de abril siguiente, teniendo á mis órdenes una brigada de cuatro batallones, con la cual fui encargado por el general don José M. Paz, que mandaba personalmente la accion, de cubrir la retaguardia de nuestro ejército, en su marcha en retirada hácia el Cerro. Concurrieron á esta jornada cuatro mil hombres de las tres armas del enemigo, y tres mil doscientos por nuestra parte.

El 26 de junio obtuve el grado de coronel, y el mando en propiedad de la 1ª brigada de infantería del ejército.

En diferentes guerrillas que tuvieron lugar en los meses siguientes, habiendo tenido muerto en nna de ellas el caballo.

En el combate del 5 de diciembre sobre el terreno que llaman de la « Cordovesa », al que concurrieron numerosas fuerzas de ambos lados, y en el que los enemigos, á

pesar del porfiado empeño con que pretendieron pasar nuestra línea exterior, fueron rechazados.

El 2 de marzo de 1845, fui nombrado jefe del Estado Mayor del ejército, cargo que desempeñé hasta el 18 de octubre del mismo año.

En la salida y ataque del 14 de abril, contra la izquierda de la línea enemiga, mandando en jefe todas las fuerzas destinadas á ejecutarlo, y en la que el enemigo fué arrollado con pérdida considerable.

Habiéndose organizado en enero de 1846, una columna expedicionaria con destino al departamento del Salto, bajo el mando del coronel Pacheco y Obes, á la sazon comandante en jefe del ejército, se me confirió el mando superior de las armas en la plaza; pero no habiéndose verificado la expedicion, volvió aquel á ocupar su puesto á principios del mes de febrero, y yo al mando particular del batallon 4° que siempre habia conservado.

Fuí promovido al empleo efectivo de coronel el 14 de febrero; y en el mismo dia incorporado á la Asamblea de Notables instituida por decreto supremo.

La funesta revolucion acaecida el 1° de abril de 1846, nos obligó á mi y á muchos otros de mis compañeros, á separarnos temporalmente de la escena en que por tres años consecutivos, habíamos sustentado la independencia del país.

Ejercí la Comandancia de Marina y Capitanía del Puerto de Montevideo, desde febrero de 1848, hasta el 20 de julio de 1849 en que volví nuevamente al ejército, con el cargo de comandante general de armas que conservé hasta la conclusion de la guerra.

La alianza de Montevideo con el Imperio del Brasil y las provincias arjentinas, Corrientes y Entre Rios, dió por resultado la pacificacion del estado. El 8 de octubre de 1851 capituló el ejército sitiador, bajo las condiciones que los poderes aliados quisieron acordarle; y en virtud de dicha capitulacion, las tropas que servian bajo sus banderas con el título de orientales, se sometieron al gobierno de la república, habiendo sido á mí en mi calidad de jefe superior de las armas, á quien se entregaron con todo su parque y depósitos militares.

Campaña de Buenos Aires

Por un nuevo convenio celebrado en dicho mes de octubre, los mismos gobiernos aliados, se obligaron á llevar sus armas contra Rosas, á la banda occidental del plata, y á continuar su accion conjunta hasta la caída de aquel temible tirano; y las tropas orientales destinadas á representar á la República en esa alianza, que constaba de dos mil hombres con seis piezas de artillería, fueron colocados bajo mis órdenes. Con ellos asistí á dicha campaña de Buenos Aires, desde el 4 de diciembre de 1851, hasta el 12 de marzo de 1852, y á la *Batalla de Monte Caseros el 3 de febrero de 1852.* En esta memorable jornada, tuve el honor de mandar el ala izquierda del grande ejército aliado, y á consecuencia de la victoria, la satisfaccion de ver consignadas en el bolentin oficial de ella, estas honrosas palabras. « El coronel don César Diaz, jefe del ala « izquierda y de las fuerzas orientales, encargado de « forzar las posiciones mas fuertes del enemigo, ha de-

« jado justificada la eleccion y la confianza del general « en jefe. » Y el inmediato dia 4, al moverse el ejército de su campamento para acercarse á la ciudad, mereci tambien el señalado honor de colocar la division de mi mando, *á la cabeza de la columna*, « en justo homenaje á su conducta del dia anterior. »

El gobierno oriental por su parte, tuvo á bien elevarme á la clase de oficial general, con fecha 11 del mismo mes, concediéndome además el goce de una medalla de oro de honor.

El pueblo de Buenos Aires se asoció tambien á estas demostraciones honoríficas en favor de las tropas orientales. Al separarnos de sus playas para volver á la patria, una porcion considerable de ciudadanos, me presentó en nombre del pueblo, un lindo Album conteniendo en breve pero bellísimas palabras, la expresion de su reconocimiento por la parte con que habíamos contribuido á la restauracion de su libertad. Este libro es mi título de nobleza y una de las mas lisonjeras recompensas que hasta hoy me han producido, veintiseis años de servicios y mas de diez y seis combates y batallas.

De regreso á Montevideo, por decreto de catorce de marzo; fuí nombrado ministro secretario de estado en los departamentos de guerra y marina, cargo que renuncié con fecha 2 de junio del mismo, pasando al estado mayor.

Montevideo, Setiembre 30 de 1853.

CÉSAR DIAZ.

Los apuntes de la vida militar, escritos por el mismo general Diaz, concluyen en la fecha espresada anteriormente.

Para completar esos apuntes biográficos, tenemos que consignar unas pocas páginas que encierran el recuerdo del episodio mas bárbaro y sangriento que puede referir la historia de las pasiones políticas.

Empezaremos pues, designando los diferentes puestos que ocupó, en los cortos años que trascurrieron desde la conclusion de sus Memorias, hasta su desgraciada muerte.

En noviembre de 1853 fué nombrado el general Diaz, encargado de negocios y cónsul general cerca del gobierno argentino, cuya mision tuvo que demorar á consecuencia de tener que ausentarse el general Venancio Flores á campaña y delegar en él, el gobierno provisional, quedando el general Diaz, en ese cargo hasta el 12 de enero de 1854 en que Flores regresó.

Se trasladó en junio del mismo á la República Argenna en su carácter diplomático, pero en agosto de 1855 recibió órden de su gobierno para que regresase, con motivo de una revolucion que se tramaba contra él, y la que estalló pocos momentos antes de su llegada, que ya se habia anunciado; siendo encabezada por don José M. Muñoz y el coronel Batlle.

Una vez que el general Diaz estuvo en su casa, fué á verle una comision de los revolucionarios, para que él se pusiese á la cabeza del movimiento; pero su negativa fué formulada en los términos siguientes: « Veo con « pesar, que entre los hombres que levantan el estan- « darte de la revolucion, como en los que sostienen al

« gobierno, se hallan muchos de nuestros compañeros « de la *defensa*, y eso solo me basta para escusarme de « alistarme en ninguna de esas filas en que la division « de un partido que no debiera existir, les ha colocado.»

Con este motivo se ofreció á ver al general Flores para pedirle desistiese de la lucha civil á que se preparaba, y acto contínuo salió en su busca alcanzándole en las «Piedras».

Pero despues de una larga conferencia, no pudiendo arribar á nada regresó á Montevideo con el propósito de embarcarse para Buenos Aires, á continuar su mision diplomática, cuyo viaje efectuó en los primeros dias de setiembre, permaneciendo en la República Argentina, en ese carácter, hasta el 30 de enero de 1856, en cuya fecha volvió á Montevideo para renunciar á su empleo, apesar de resistirse á aceptarla su gobierno.

En esos dias la poblacion se hallaba agitada, con motivo de la eleccion de Presidente, y los candidatos en lucha eran don Gabriel A. Pereira y el general Diaz.

Pero á consecuencia de los disturbios que causó esa eleccion, y de la cual se dió por electo á Pereira, el general Diaz fué desterrado á Buenos Aires. Tan pronto como Pereira se recibió del poder, volvió otra vez á Montevideo, entregándose desde entonces puramente á los cuidados de su familia y á trabajos comerciales.

Habia hecho la firme resolucion de no mezclarse en las cuestiones políticas de su pais, pero á las que no pudo mostrarse tan indiferente, accediendo á las repetidas instancias de sus amigos de causa que no querian que los abandonase, teniendo que quebrantar sus propósitos muy á su pesar, y viéndose obligado á tomar

parte en las elecciones de representantes que debian tener lugar. Pero esta resolucion no la tomó sin antes ver al doctor Requena, Ministro de gobierno entonces, á quien le habló con su franqueza acostumbrada, haciéndole entender que sus trabajos no se harian fuera del órden legal, ni menos saldrian de los verdaderos límites constitucionales.

Mas el gobierno de Pereira, constituyéndose en elector se propuso hacer triunfar su lista favorita, empleando para ello las violencias, las persecuciones y los medios inmorales de que en esos casos echan mano los que no buscan otra cosa que llenar sus ambiciones personales.

Encadenó la prensa haciéndola callar. Prohibió las asociaciones, disolvió los clubs y desterró á los que figuraban en ellos. El general Diaz fué incluido entre estos y deportado nuevamente á Buenos Aires el 16 de diciembre de 1857; pero el gobierno le hizo entender en la nota que adjuntaba el pasaporte, que habia sido solicitado por él. El general Diaz se encargó de desmentir ese hecho en una carta que dirijió al gobierno oriental concebida en los términos siguientes:

« El jefe del E. M. J. me ha intimado personalmente « en nombre del Superior Gobierno, la órden de embar- « carme dentro de breves horas para Buenos Aires; « entregándome al mismo tiempo un pasaporte en el « que aparece la cláusula de haber sido solicitado por « mí.

« Como esto último no es exacto, si no que por el con- « trario soy arrancado del seno de mi pais y de mi fa- « milia contra mi voluntad, sin motivo justificado, y com-

« pelido violentamente á pasar á un pàis estrangero,
« devuelvo el espresado pasaporte, sin perjuicio de dar
« puntual y entero cumplimiento á la órden del gobier-
« no que me ha sido trasmitida por el jefe de E. M. J.»

CÉSAR DIAZ. (1)

Exmo. Sr. Ministro de Gobierno.

El exeso de éstas persecuciones produjo lo que era de esperarse: la anarquía. Estos inícuos atentados dieron lugar á la rebelion contra el gobierno poniéndose el coronel Brígido Silveira al frente de 500 hombres que reunió en el departamento de Minas.

Los comandantes Poyo, Caballero y Farias segundaron este pronunciamiento, reunieron fuerzas y se unieron al coronel Silveira, marchando todos ellos acto continuo sobre la capital.

Libraron varios combates en que derrotaron las fuerzas del gobierno, y se reforzaron con la defeccion de una parte del regimiento de artillería y de algunos soldados de la *Defensa*.

Viciorioso los revolucionarios, llegaron á las puertas de Montevideo y se retiraron por falta de una cabeza directora.

Fué entonces que se dirijieron al general Diaz que se encontraba en Buenos Aires, para que se pusiese al frente del ejército revolucionario.

Hasta ese momento el general Diaz era estraño á la

(1) Véase « Comercio del Plata» de Montevideo, diciembre 18 de 1857.

revolucion y aun la habia considerado un mal que traeria una situacion despótica y prolongada.

Pero llamado por sus amigos de causa en los momentos del peligro que nunca eludió, no se hizo esperar, aceptando en el acto el puesto de combate en que los críticos momentos por que pasaba su patria le colocaban, y que sus compañeros de armas de antemano le señalaban.

Es está campaña que vá á abrir el general Diaz la que merece considerarse, por que ella es la corona del martirio impuesta á su bravura y á su lealtad.

Quinteros

El general Diaz, al aceptar la revolucion, reunió cien hombres, compró doscientos fusiles y algunos sables, fletó la goleta Maipú y partió en ella con los refuerzos espresados, el dia 3 de enero de 1858, en direccion al Cerro de Montevideo.

La goleta llegó atrás del Cerro el dia 6, y el general Diaz despachó una guerrilla al mando del capitan Pagola para adquirir noticias de los revolucionarios. En efecto, allí estaban como en número de mil hombres, mandados por el Coronel Silveira y los comandantes Caballero, Hubó, Poyo, y de los mayores Farias y Freire.

El gobierno se consideró perdido y sin elementos, al estremo que pidió auxilios al Imperio del Brasil para sostenerse, puesto que no los encontraba en el pueblo oriental.

No se hizo esperar el Brasil respondiendo en el acto

al llamamiento del Presidente Pereira, como así mismo el general Urquiza, poniendo á su disposicion armas, municiones, dinero y buques de guerra, segun consta en el mensage de febrero 15 de 1858 del referido presidente.

Debido á esos recursos el gobierno oriental pudo preparar una resistencia en la plaza de Montevideo, y levantar ejércitos en la campaña.

Dos dias despues de haber llegado el general Diaz, el 8 de enero, el mayor Farias le presentó un oficial pasado de la plaza, que llevaba la misiva del comandante Evia de decirle: que atacaran esa madrugada la plaza por la calle del 18 de julio, donde él se encontraba con su escuadron de artillería; que todos sus tiros serian por elevacion, á fin de que pudiera asaltar la cortina que cubria esa boca-calle; y que en el acto se pronunciaria por los revolucionarios, haciendo fuego sobre la tropa de policía y la guardia nacional, que cubrian dos cantones.

Estas y otras ofertas recibió el general. En el acto reunió consejo de jefes, en el cual se resolvió marchar sobre las fortificaciones.

Al amanecer el dia 9 se encontraron en la plaza de Cagancha y atacaron en el acto las trincheras. Las columnas de ataque se apoderaron de dos de ellas y en una tercera murió el mayor Farias al asaltarla.

El comandante Evia cumplió en cuanto á hacer sus tiros por elevacion, pero no se pronunció como se esperaba y lo habia prometido, tal vez por falta de tiempo ú ocasion.

De súbito el general Diaz hizo tocar retirada, haciendo retroceder sus columnas.

La muerte del mayor Farías debió impresionarle estraordinariamente, como debió alarmarle la demora de dos de sus ayudantes, á quienes habia enviado en busca de noticias de las fuerzas que combatian en los extremos de la línea. (1)

Reunida la fuerza, el general se retiró nuevamente al saladero de Lafone, encontrándose allí en la noche del mismo dia del ataque.

La retirada importaba una derrota que debia desmoralizar la tropa. Para evitar este resultado se acordó en consejo de jefes, marchar en busca del coronel don Lucas Moreno, que se sabía estaba en los campos de Cayorda con una division.

(1) El ataque de ese dia no tenia otro objeto que ofrecer la ocasion al comandante Évia, como él lo habia propuesto, para que se pasase á los rèvolucionarios, y dar lugar á que se levantasen varias personas que se hallaban dentro de la capital comprometidos á ayudar al general Diaz en ese sentido; para ello debia dirijir sus tiros por elevacion y á la aproximacion de sus fuerzas, pronunciarse haciendo fuego sobre las tropas de Policía y Guardia Nacional.

Pero lejos de suceder ésto, una vez que se efectuó el ataque, no solo no se hizo el pronunciamiento que esperaban, si bien es cierto que algunos tiros se habian hecho por elevacion, sinó que por el contrario fueron sorprendidos cuando supieron que el valiente comandante Farías habia caído atravesado de un balazo sobre las mismas trincheras del comandante Évia con quien le unía una estrecha amistad. Ademas dos ayudantes del general no volvieron de los estremos de la línea á donde les habia mandado para informarse de lo que sucedia. Este proceder dió lugar al general Diaz para sospechar una traicion, viendo fracasado el plan acordado, no quedándole otro camino que el de la retirada, con la esperanza de reunirse con los demas jefes que de acuerdo con él habian quedado en buscar su incorporacion, pero que como se verá despues, todos ellos tambien faltaron á su compromiso.

(N. del E.)

El ejército revolucionario se puso en marcha, llevando la vanguardia el coronel Tajes, que se habia reunido con sus amigos de causa.

Durmió en Cayorda el dia 11 y quedó hasta el 12 sin moverse. Esa noche marchó sobre Canelones y de allí siguió á Santa Lucia.

Como á las once de la mañana del dia 15, un ayudante del coronel Tajes llegó pidiendo refuerzos, pues se encontraba con el ejército de Moreno al frente, el cual llegaba próximamente á 2,500 hombres.

El general Diaz salió con sus fuerzas en apoyo de Tajes.

Pocas horas despues la línea estaba formada y se trababa la batalla en los campos de Cagancha.

Coincidencia curiosa: el dia 9 atacaba el ejército á Montevideo ocupando la plaza de *Cagancha*, el 15 del mismo daba batalla en los campos de *Cagancha.*

El ejército de Moreno se ha calculado en 2500 hombres y el de la revolucion en 1100.

Las carretas que formaban el convoy las dejó el general Diaz á veinte cuadras á retaguardia de su línea, y en ellas se quedaron varios jefes y oficiales.

A las dos de la tarde se rompieron los fuegos y cargaron las caballerías. Los revolucionarios derrotaron completamente á los adversarios, matáronles alguna gente tomándoles prisioneros y pertrechos.

Una parte de la caballería enemiga se desbandó en direccion á las carretas y allí degollaron á diez ó doce jefes y oficiales y armáronse, saqueándola en seguida.

Esa misma tarde, terminada la persecucion, el general Diaz se dirijió á San José, en donde acampó.

Las fuerzas habian quedado reducidas á 600 hombres; pues en la batalla disparó toda la caballería de Minas al mando de los coroneles Brígido Silveyra y Juan Mendoza, que constaba de 400 hombres.

Su retirada á ese punto la hizo con el objeto de organizar los departamentos y reunir un ejército capaz de atacar á Montevideo. Mas supo bien pronto que una fuerte columna marchaba á su encuentro.

Sabedor el gobierno de la derrota de Moreno, sacó de la plaza sus fuerzas y las lanzó sobre los revolucionarios, poniéndolas bajo las órdenes del general Medina.

Entonces el general Diaz se dirigió hacia la Florida buscando la incorporacion de las fuerzas del norte del Rio Negro. Desde el dia 24 empezaron á avistarse las tropas de Medina teniendo que sostener varios tiroteos insignificantes los dias 25 y 26.

En la noche de este último siguió el general su retirada hacia el Rio Negro, y desde ese momento empezaron á desbandársele algunos oficiales subalternos.

Las fuerzas que se le anunciaban de varios departamentos se habian puesto en marcha para encontrarlo.

Su retirada continuó el 27 á la vista del enemigo que le perseguia tenazmente.

Las defecciones continuaron á medida que las fuerzas de Medina se aproximaban.

(1) El dia 28 el general Diaz se encontró con solo 400

(1) Este dia se retiraron del campo con toda su gente abandonando al general Diaz, los comandantes Castro y Borges, *por no querer entrar en arreglos con blancos y traidores.*

Esa mañana se habian ido otros jefes y oficiales tambien con algunos individuos de tropa. El general Diaz habia tenido la precaucion en la

y pico de hombres y rodeado por un considerable ejército enemigo. Reunió á sus jefes para resolver lo que debia hacerse.

Unos querian capitular, otros morir peleando.

Se prefirió lo primero y se formaron las siguientes bases:

1ª Las fuerzas sublevadas, se someterán al jefe del ejército constitucional.

2ª Los oficiales y soldados de los mismos, serán conducidos á la capital para ser puestos á disposicion del Presidente de la República.

3ª El general en jefe y los demás jefes de las dichas fuerzas, pasarán con sus respectivos pasaportes al territorio brasilero.

Paso de Quinteros, enero 28 de 1858.

ANACLETO MEDINA.

De esta capitulacion se firmaron dos ejemplares, llevando el otro ejemplar las firmas del general Diaz y del coronel Tajes.

noche del 27 de tomar posesion del «Paso de Baigorria», legua y media rio abajo, colocando en él 25 infantes protejidos por 50 hombres de caballería.

A las once de la noche el comandante Gervasio Burgueño atacó por el Paso de Baigorria pero fué rechazado, y reforzado por Medina atacó segunda vez y entonces el pequeño piquete de caballería disparó dejando cortados á los pocos infantes que fueron *bárbaramente lanceados y degollados.*

Llenos de desencantos, abandonados por sus mismos amigos en los momentos mas críticos, y cercados por todas partes por un numeroso ejército, fué imposible desde ese momento toda resistencia, y se hizo forzosamente necesaria la honrosa capitulacion que se efectuó en seguida ya que tan indigna como torpemente faltaron el general Medina y el Presidente Pereira.

(N. del E.)

Las fuerzas revolucionarias se sometieron, y en el acto de hacerlo, el coronel don Dionisio Coronel comunicó al general Diaz, que debian ponerse en marcha con direccion al Brasil, él, el general Freire, coroneles Tajes y Martinez; comandantes Caballero, Mora, Abella y Poyo; mayores, Espinosa, Sacarello, Almada y otros; y que el capitan Alvarez estaba encargado de conducirlos.

Obedeciendo á esta órden, la comitiva se puso en marcha para el Brasil, pero recibió contra órden de regresar cuando habia marchado tres leguas.

Mientras regresaban los jefes espresados, una fuerza de Medina se entretenia en degollar á sesenta y ocho individuos del ejército capitulado.

Reunidos los sometidos, el ejército emprendió marcha con todos ellos en direccion á Montevideo.

En la noche del 29 anduvieron 18 leguas, de Rio Negro á Yi. El dia 30 como el 31 se pasó sin novedad, consintiendo á los capitulados escribir á sus familias.

El 1° de febrero á las 2 de la tarde volvió á ponerse en marcha la columna, obedeciendo órdenes que se acababan de recibir del gobierno.

A las 7 de la tarde llegó el ejército al Durazno, haciendo alto en la cumbre de una cuchilla. El general Medina formó el ejército en línea.

Inmediatamente dió órden de fusilar á los capitulados, por órden recibida de su gobierno.

Esa órden decía:

1° Deberán ser pasados por las armas los generales Diaz, Freire y los coroneles Tajes y Martinez.

2° Sufrirá la pena de muerte el mayor Freire, por

haberse sublevado con parte del escuadron de caballería.

3º Serán ejecutados todos los jefes y los ciudadanos que han levantado fuerzas contra el gobierno.

4º Serán quintados todos los oficiales de capitan abajo.»

Esta órden la firmaba el presidente Pereira y su ministro Carreras.

Monstruosidad semejante clamaba al cielo!

El general Diaz fué bajado de su caballo, saqueado por la soldadesca, atado codo con codo y arrastrado al suplicio.

El general marchó al suplicio con los cabellos erizados por la cólera, y al pasar por cerca del general Medina le dijo con voz clara y alta: *general Medina! ¿que vale ya la palabra de un general oriental?*

Medina le contestó: «vaya usted, vaya usted, general Diaz: esa es la órden del gobierno.»

El general Diaz al pasar frente al batallon que mandaba Bastarrica se quitó el reloj y el retrato de su esposa, y se lo entregó á este jefe para que lo entregase á su esposa.

Acto contínuo el general Diaz, el héroe de la defensa, el militar aguerrido y de conocimientos, que habia ganado sus grados en defensa de su patria, y habia cubierto de gloria la bandera oriental en Caseros, fué fusilado!!!

A su lado lo fueron los valientes, Tajes, general Freire y Martinez.

Al siguiente dia, en la costa del Tala, fueron así mismo fusilados y degollados, quedando insepultos sus ca-

dáveres, los comandantes Caballero, Abella, los dos Islas, Poyo; los sargentos mayores Saccarelo, Espinosa, Freire y el teniente Mas.

En seguida fueron quintados y fusilados los oficiales Perez, Bonino, Nelly, Nessi, Lustrini, Mendez y Pairigont.

Esa noche fué degollado el sargento Mas.

El dia 3 fueron degollados y abiertos por el vientre los siguientes capitulados:

Morelli, Vicarini, Soresina, Santo, Chicchi, Travequi, Cassaglia, Talchieri, Berganzano, Marti, Pavessi, Origoni, Fumelle, Marchi, Fantino, Rollando y Antola.

El comandante Cames que conducia á otros capitulados, habia hecho lancear los prisioneros despues de hacerlos marchar á pié desde Rio Negro, dejando cuarenta y cuatro cadáveres en su derrotero.

El último de los degollados fué el capitan don Pedro Duval.

En resúmen:

Jefes fusilados........................	12
Oficiales id............................	9
Tropa (degollados)....................	63
Muertos en el monte del Rio Negro......	68
Total........	152

Nos parece oportuno colocar aquí el documento importante que el brigadier general don Enrique Martinez, dirijió á los agentes estrangeros, desde el consulado de los Estados Unidos en que estaba asilado. Esta circular fué con motivo de la capitulacion; dice así:

Señor:

En medio del dolor que han llevado á mi alma los últimos acontecimientos políticos de este pais, un rumor con todas las circunstancias que parecian convertirlo en hecho positivo, llegó hasta mi conocimiento para hacerme saber que un mandato del gobierno, librado al general en jefe del ejército en la mañana del dia 30 del próximo pasado mes, ordenaba el fusilamiento inmediato de los jefes y oficiales á quienes un boletin oficial daba por sometidos á las fuerzas del gobierno.

Aunque, como he dicho, ese rumor tuviese todas las apariencias de la certeza, él no puede encontrar en mi espíritu sino la mas fundada incredulidad. Si esos jefes y oficiales eran considerados como prisioneros de guerra era un acto inaudito de barbarie, inconciliable con los principios de justicia y humanidad que reconocen y respetan todas las naciones civilizadas de nuestra época, atentar contra sus vidas por el mero hecho de haber sido desgraciados en los combates y encontrarse en manos de sus enemigos.

Tal atentado yo no podia ni debia esperar del gobierno de un pais democrático, regido por las instituciones tan liberales como las de ésta República, y donde los actos de los mandatarios de la soberanía popular, están sujetos á tan sérias y graves responsabilidades.

Si no era en tal carácter que se les consideraba, si era como simples criminales por la insurreccion que encabezaron contra la autoridad gubernativa, entonces esos jefes y oficiales debian ser juzgados por sus jueces naturales, con sujecion á las formas establecidas por

las leyes respectivas, y castigados como lo determinase la sentencia que dieren los tribunales competentes, únicos que en la República, donde existe la division de los poderes públicos pueden juzgar y penar. El código fundamental del Estado, que reglamenta las atribuciones de aquellos poderes, asi lo dispone y haciendo justicia al gobierno que en este pais tiene el poder ejecutivo, yo no podia ni debia admitir tal usurpacion de atribuciones, y menos con el solo intento de sacrificar aquellos hombres á una venganza injustificable, y arrojar sobre la autoridad, que tal abuso hacia de su posicion, toda la responsabilidad del asesinato frio y calculado á que en tal caso quedaria reducida aquella ejecucion.

«No pude, pues, admitir el hecho y permanecí firme en la confianza de que el general don César Diaz, mi hijo político, y sus demas compañeros de desgracia, serian respetados en sus vidas y personas, hasta tanto que la justicia no dispusiese otra cosa.

«Para pensar así, solo tenia las razones que dejo espuestas; pero ayer vino á mis manos la carta que he depositado en las de S. E. el señor encargado de negocios de S. M. B., en que el general Diaz participa á mi familia *que se ha entregado á las fuerzas del gobierno bajo la fe de una* capitulacion en que se prometia á los vencidos el poder pasar libremente al territorio vecino del Imperio del Brasil, otorgándoles su respectivo pasaporte.

«Esta consideracion, pues, dió nuevas creces á mi confianza. La vida de esos hombres desgraciados estaba bajo la custodia, no solo de las leyes del país, de la justicia y de la humanidad, sinó tambien del honor nacio-

nal empeñado en una *capitulacion*, que como la presente, ponia fin á una contienda civil, reservando al país la vida de séres que le son tan preciosos, como la de cada uno de aquellos bravos cuyos nombres encierran toda una historia, la mas brillante de servicios prestados á la independencia y á la libertad de este país.

«Con todo, esa confianza se halla debilitada á tal punto, que casi puedo decir que ha desaparecido completamente. Ya no es un rumor, sinó un hecho desgraciadamente cierto y notorio, que el gobierno, queriendo revestirse de una severidad que tiene límites trazados por las leyes del país, ha ido hasta ordenar el fusilamiento inmediato de los rendidos, sin forma, sin juicio, sin sentencia, sin causa ni delito clasificado ni probado, y de combatientes que haciendo al gobierno de su país la honra que no podian negarle, sin arrojar sobre él y sobre el país el insulto y la vergüenza, habian depuesto las armas y renunciado á la contienda, en la seguridad de que la palabra empeñada en un pacto bélico como es la *capitulacion* mencionada, sería respetada y cumplida.

«En tal caso, como padre, como ciudadano, como compañero de esas beneméritas víctimas de su ardimiento patriótico y de la nobleza de sus sentimientos, vengo, señor, á denunciar este hecho, y protestando contra él con toda la enerjía que merece, interesar los sentimientos benévolos de V. E y la respetabilidad del alto carácter que inviste, á fin de que haciéndolos valer cerca de S. E. el señor Presidente de la República, obtenga para aquellos jefes y oficiales, que estoy autorizado para poner bajo la poderosa proteccion de V. E. el respeto

de lo pactado y de los derechos y garantías con que los cubren las leyes escritas del pais y las generales de la humanidad á cuyo frente se encuentra la gran nacion que V. E. tiene el honor de representar tan dignamente en este pais.

«Espero, pues, que V. E. en vista de lo espuesto, querrá acoger esta mi súplica, aceptando desde ahora mi reconocimiento y la seguridad de los sentimientos de consideracion y respeto con que le saluda

(Firmado)—

ENRIQUE MARTINEZ.

Montevideo, febrero 2 de 1858.

Pero ésta circular no tuvo efecto y los valientes mártires fueron estérilmente sacrificados.

Tal fué la hecatombe de Quinteros en la cual pereció el general don César Diaz.

CAMPAÑA DE 1842 Y ORGANIZACION

DE LA

DEFENSA DE MONTEVIDEO EN 1843

CAPÍTULO I

Batalla del Arroyo Grande—Conflictos de la capital de la República—Se declaran libres y distribuyen las armas á los esclavos—El jeneral Paz—Formacion del ejército de reserva—Modificacion ministerial—Fortificacion de la capital—Dificultad para completar la fuerza de los batallones creados.

El 6 de diciembre de 1842, acaeció en Entre Rios la memorable batalla del Arroyo Grande, en que el ejército Oriental unido al de la provincia argentina de Corrientes, bajo el mando en jefe del general don Fructuoso Rivera, presidente de la república, fué completamente destruido por otro ejército argentino, bajo las órdenes del nuevo Coriolano, general don Manuel Oribe.

Los sucesos que prepararon esta catástrofe, son del dominio de la historia: ella cuidará de investigarlos á su tiempo, y de aplicarles su fallo irrevocable.

Yo solo hablaré de la batalla, no para hacer la crítica de su ejecucion, sinó para indicar algunas de las circunstancias que la precedieron, y que á mi entender influyeron muy principalmente en su resultado. Este exámen algo interesa á la relacion de los hechos que voy á referir, é importa mucho á la memoria de los valientes que fueron allí tristemente sacrificados.

El ejército enemigo constaba, segun todos los datos oficiales de la época, de diez y ocho piezas de artillería,

tres mil infantes y cerca de siete mil hombres de caballería. Todas estas eran en su mayor parte, tropas regulares, sujetas á una rigurosa disciplina, habituadas á soportar las fatigas de largas y penosas campañas, aguerridas en una série continuada de combates, y dirijidas por oficiales intelijentes en quienes debian tener aquella confianza que infunde la experiencia del mando y que enjendra especialmente el éxito favorable de las acciones.

De nuestro lado el ejército no pasaba de seis mil hombres, de los cuales mil quinientos eran de infantería y los restantes de caballería, con doce piezas de campaña. Lo formaban, una division oriental, otra correntina, otra santafecina y otra entrerriana. No tenia organizacion militar propiamente dicha, ni disciplina, ni ninguna de aquellas circunstancias que constituyen la fuerza de un ejército, escepto sin embargo, la constancia y el valor. Era una masa colectiva heterogenea, sin enlace mútuo entre sus partes y sin armonía en el conjunto. Los cuerpos correntinos, que hacian mas de un tercio en la totalidad de las fuerzas, desalentados ya, á causa de los sucesos que habian producido la disolucion del ejército libertador de reserva, venian por primera vez á batirse bajo las órdenes del general Rivera, y habian efectuado su reunion á él, casi en la víspera de la batalla.

Rivera no conocia esas tropas, por que jamás las habia visto, ni á los jefes que las mandaban; ignoraba su importancia respectiva y no podia por consiguiente darles una aplicacion oportuna en las horas solemnes de un combate. Necesitaba haberse tomado algun

tiempo, algunos dias al menos, para inspeccionarlas, conocer su espíritu, habituarlas á su mando y uniformarlas al réjimen de los demas cuerpos; establecer en suma, la confianza mútua que debe existir entre el general y el ejército, sin la cual es muy difícil vencer; y, en una palabra, hacer todo cuanto la estratejia prescribe y la responsabilidad del mando aconseja, antes de decidirse á la operacion mas terrible y trascendental de cuantas se conocen. Ademas, habia debido abandonar la provincia de Entre Rios y colocarse en el territorio de la república sobre la márgen del Uruguay; oponerse con vigor al pasaje del enemigo y hacerlo difícil ya que no imposible, dando así tiempo para que el ejército adquiriese fe en el triunfo y confianza en su direccion; para que el país organizase y pusiese en accion todos sus elementos de resistencia, y por último, para que la invasion si llegaba á realizarse, fuese débil é ineficaz. Esto es lo que á mi juicio se debió hacer. Así se hubiera conducido, cualquier general de medianas luces y con la conciencia de su responsabilidad. Pero Rivera, creyó conveniente obrar de otro modo tan estraño á la ciencia de los generales como presuntuoso y vano, viéndose al frente de seis mil hombres que jamás habia mandado, y sin criterio ninguno para juzgar de sus aptitudes militares, pensó que no necesitaba mas para vencer, y entregó al sacrificio centenares de hombres, cuyos huesos esparcidos hasta hoy en aquellos campos de doloroso recuerdo para la patria y de afrenta y deshonor para él, recuerdan incesantemente que hay un acto de justicia que ejercer.

Todo se perdió en ese dia, para siempre memorable,

sin que se pudiera decir, como lo ha pensado el autor de los apuntes históricos, (1) ni aun lo que Francisco 1° escribia á su madre despues de la batalla de Pavía: «*todo se ha perdido menos el honor.*» Allí el monarca cayendo prisionero, habia acreditado que si la fortuna no favoreció sus armas, el valor habia hecho su oficio. Aquí el general temiendo mas el riesgo de su vida que la tremenda responsabilidad de las de los soldados puestos á su cargo, se separó de su ejército cuando estaba todavia indecisa la victoria, dejando en el campo de batalla, masas enteras que con menos cobardía, alguna serenidad y algunas ideas estratéjicas, hubieran podido salvar ó impedir, cuando menos, que fuesen impunemente acuchilladas; y haciéndose seguir de una docena de oficiales y soldados, pasó en el mismo dia el Uruguay y fué á situarse en la costa del Queguay, desde donde dirijió con fecha 12 una menguada comunicacion al gobierno delegado de la república, dándole cuenta de haber sufrido *un contraste inesperado*. La infantería toda, los cañones, bagajes y caballadas cayeron en poder del vencedor, todos los prisioneros, desde la clase de jefe hasta la de sargento inclusive, fueron desapiadadamente degollados, y las puertas de la república le quedaron abiertas.

(1) *Montevideo—Apuntes Históricos de la defensa de la república.* Coleccion de noticias, de hechos auténticos, y de documentos de un carácter oficial, publicados unos, inéditos otros; con esplicaciones indispensables para la mejor intelijencia. Tomo I (único que salió) *Montevideo.* Imprenta nacional 1845.

Aunque apareció anónima esta publicacion, poco *conocida*, fué escrita por el arjentino doctor F. A. Wright.

P.

Cuando la noticia del desastre llegó á Montevideo, el gobierno delegado de la república se encontró en la situacion mas penosa que es posible imajinar. No tenia tropas porque las únicas con que contaba el país y que consistían en guardias nacionales, habian sucumbido en la jornada del 6. No tenia escuadra, porque los buques que habian quedado del armamento naval que se hizo el año 41, habian sido poco antes enviados por don Antonino Vidal, ministro general entonces, espresamente para que se perdiesen, en la inconcebible espedicion del Paraná, bajo el mando del bizarro coronel don José Garibaldi.

No tenia dinero, porque el genio dilapilador de Rivera tenia constantemente exhaustas las arcas del Estado y era un obstáculo permanente para todo sistema de administracion regular y económico.

No tenia tampoco crédito, porque la misma rapacidad insaciable que absorvia el tesoro nacional, habia extendido su maléfico influjo sobre las fortunas particulares; siendo causa de que muchos negociantes que se habian hallado en diversas circunstancias ligados en sus relaciones con el gobierno, experimentasen pérdidas considerables y que por esa razon evitasen nuevos comprometimientos. Por otra parte, el terror de las armas enemigas, se habia difundido rápidamente en toda la extension de la república y la conviccion de que el pais estaba perdido era general. Sustraerse al próximo peligro refujiándose en el extranjero, era el pensamiento mas comun entre los hombres que pertenecian á lo que entonces se llamaba partido *colorado;* y muchos de ellos lo ejecutaron en los primeros momentos del con-

flicto, no teniendo valor para aguardar á que el tiempo en algunas horas mas, les confirmase en la necesidad de la expatriacion, ó les ofreciese la posibilidad de permanecer en sus hogares. Toda idea de resistencia era inconcebible para ellos: veian por instantes asomar á las puertas de Montevideo el jigante del Arroyo Grande; y juzgaban que aun cuando el gobierno consiguiese crearse algunos de los elementos de que carecia absolutamente, no tendria lugar para reunirlos, organizarlos y aplicarlos eficazmente á la defensa de la capital. Entre tanto los parciales del ejército invasor, ó los que pertenecian al partido *blanco*, se ajitaban sin cesar, ya para agrandar en los espíritus débiles las verdaderas dificultades de la situacion, ya para suscitar otras nuevas y no menos perniciosas. Propagaban falsos rumores con que aumentaban el desaliento; y con menosprecio de la autoridad del gobierno que veian en débiles manos, hacian público é insolente alarde de su preponderancia y de su próximo y completo triunfo. Consideraban como esfuerzos inútiles de la desesperacion y del despecho, toda medida tendente á organizar la resistencia; y reian con desden de aquellos hombres de corazon, que lejos de amedrentarse con la cercanía del peligro, se elevaban á la altura de las circunstancias, juzgaban realizable la defensa, y trabajaban para exaltar en ese sentido el entusiasmo público.

Cien soldados de línea (a) en instruccion y que aun no habian hecho ejercicio de fuego; mil quinientos milicianos recientemente enrolados, de los cuales dos terceras

(a) Batallon número 3, recien creado.

partes al menos no sabian hacer uso del fusil y seis piezas de artillería sin artilleros, era toda la fuerza y el material con que contaba la capital. No habia parque, ni maestranza; ni depósitos militares de municiones ni de armas de ninguna especie: nuestra situacion era la de un pueblo, si fuese posible que existiese, que amando la paz, tuviese la certidumbre de no hallarse jamás en la necesidad de hacer la guerra. El estado de la campaña era talvez peor.

Rivera que no conocia la guerra regular y que nunca habia hecho mas que acaudillar montoneras, obró en esta ocasion segun los principios de su escuela: al salir del pais para ir al encuentro de un enemigo poderoso, no habia dejado tras de sí ningun cuerpo de reserva que sirviese para mantener el órden interior de la república, y en un caso adverso, para recojer las reliquias de un ejército y servir de base para su reaccion. Cuatro cientos ó quinientos hombres distribuidos en diversos puntos y en pequeñas fracciones, para el servicio policial de los Departamentos, era todo lo que habia dejado; y estos mismos quedaron reducidos á mucho menor expresion por efecto de la desmoralizacion que produjo la noticia del contraste, á la que daban por instantes nuevo incremento los fugitivos del campo de batalla, con la ponderacion exajerada del número y calidad de las tropas enemigas y la noticia del completo aniquilamiento de de las nuestras.

La adopcion de medidas salvadoras era pues, tanto mas urgente, cuanto que en medio de este desquicio general, debíamos procurar nuestros medios de defensa y ponerlos en accion, en el breve espacio de tiempo que el

ejército invasor tardase en llegar á la capital, desde la orilla del Uruguay. Para atravesar esta distancia con una columna ligera, bastaban diez dias de marcha, y nosotros habíamos recibido la noticia de la batalla el 11, es decir, cinco dias despues de sucedida; otros cinco dias mas y los escuadrones enemigos, podian tremolar en las calles de Montevideo sus estandartes victoriosos.

Los amigos del ministerio actual y aun los hombres que estaban separados de su círculo por razones que no es de mi propósito mencionar, se acercaron á él desde luego, para representarle la necesidad de dominar la crísis con actos de enérgica resolucion, y para pedirle la ejecucion instantánea de ciertas medidas que estaban indicadadas de antemano, y cuyo retardo habia condenado ya, el juicio público en prevision del infortunio de nuestras armas. Pero el señor Vidal en quien se puede personificar la administracion de aquella época, que desde el año 41 se habia adormecido en la engañosa esperanza de alcanzar la paz de la república, por la mediacion de la Inglaterra, pretendiendo en su nécia credulidad que le sería fácil llegar, sin esfuerzo ninguno de su parte á tan benéfico resultado, parecia todavia obsecado por tan fatal ilusion; y aunque aparentemente resuelto á obrar con la decision que demandaban las circunstancias del momento, no lo estaba de corazon. Su espíritu fluctuaba entre aquella ilusoria expectacion y el temor que le infundia las bayonetas enemigas; y en su estrecha intelijencia no podia caber la conviccion que á todos asistia de que el sable era nuestro único remedio y que aun, este mismo llegaria á ser ineficaz, si perdiendo el tiempo en sustentar quime-

ras, tardábamos en arrancarlo de la vaina. Creía ciegamente en las mentidas promesas del ministro inglés en Buenos Aires, Mr. Mandeville; y en lugar de *vestir en armas* la República, como decia el Nacional de aquella época y encomendar su salvacion á su propio esfuerzo, soñaba con escuadras inglesas que veia venir hácia el Rio de la Plata á darnos amparo y proteccion.

Con tales ideas, sus actos debian necesariamente resentirse de aquella debilidad y falta de nervio que acompañan siempre á las resoluciones que se toman sin la conviccion de su conveniencia y oportunidad; y como se verá muy luego, éste fué un nuevo peligro que vino á agravar nuestra situacion y que, nos hubiera perdido inevitablemente, si el general invasor calculando con mas exactitud el influjo moral de su victoria y no teniendo presente aquel principio de no *dejar para mañana lo que se puede hacer hoy,* no nos hubiera dado tiempo con la injustificable lentitud de sus movimientos á precaverlo y remediarlo.

El dia 12 de diciembre empezaron á manifestarse las primeras disposiciones relativas á la defensa. El gobierno publicó una proclama en la que daba cuenta del revés que acababan de sufrir nuestras armas, en la provincia de Entre Rios; manifestaba el riesgo inminente á que habia quedado espuesta la independencia de la república, y exhortaba á los ciudadanos á suspender sus ocupaciones pacíficas para acudir á las armas. (1)

(1) «Ciudadanos:—El ejército aliado de operaciones en Entre Rios, al mando de S. E. el señor Presidente de la República, ha sufrido un contraste el 6 del corriente en las puntas del Arroyo Grande.

«Esta desgracia pone á prueba la decision y el patriotismo de los orien-

Acompañaba á esta proclama un decreto del dia 11 por el cual se declaraba el país en asamblea, cesando todos los trabajos públicos, y se llamaban al cumplimiento de su deber en defensa del Estado, á todos los ciudadanos residentes en él, conminando á los que no dieran estricto cumplimiento á esta disposicion de ser penados con todo el rigor que demandaban las circunstancias actuales. Propuso al mismo tiempo y obtuvo de la asamblea general en la misma fecha 12, la sancion de una ley en virtud de la cual quedó abolida la esclavitud en el territorio de la república y autorizado el poder ejecutivo para destinar al servicio militar á todos los individuos que, hasta el dia de su promulgacion, hubieran sido esclavos bajo cualquier denominacion.

Por efecto de ambas resoluciones el gobierno podia contar desde luego con el personal necesario para la formacion de un ejército de tres mil quinientos soldados de línea y otros tantos de milicias. Faltaba solo nombrar el general que debia comandarlo, y la eleccion no podia ser dudosa.

Hacia pocos dias que se hallaba en Montevideo el

tales: el gobierno está resuelto á una defensa enérjica del territorio de la república: tiene en su apoyo el voto y la cooperacion de vuestros Representantes: grandes sacrificios tiene que hacer el país; pero todos serán pequeños si á su costa salvamos la libertad, independencia y sosiego de la república.

«Hay grandes medios de defensa, y una fuerza considerable reunida ya á las órdenes de S E. el señor Presidente, que se muestra superior á la desgracia.

«Ciudadanos:—Ha llegado el momento de desprender las ocupaciones pacíficas, y de contraernos á las armas:—A ellas, ciudadanos! vuestra decision y un poco de constancia, salvará la república—*Joaquin Suarez—Francisco Antonino Vidal.*—Montevideo, diciembre 12 de 1842.

P.

general arjentino don José M. Paz, cuyos gloriosos antecedentes le habian colocado desde mucho tiempo entre las primeras celebridades militares; y desde que se supo la derrota del Arroyo Grande, la opinion pública, justa apreciadora del mérito distinguido, le habia señalado como el único á quien pudiera encomendarse aquel importante objeto. El gobierno que participaba del mismo sentimiento y que no dudaba de la deferencia del general para concurrir con el auxilio de su intelijencia y de su brazo á la defensa de la república, por la cual habia combatido en la guerra de su independencia, le dirijió el mismo dia 12 una nota firmada por el ministro general, comunicándole su resolucion de organizar un ejército de reserva en la capital y de nombrarle á él general en jefe de dicho ejército; añadiendo que estaba determinado á poner en sus manos todos los elementos de que pudiese disponer y á investirle de todas las facultades necesarias para el logro del objeto, si como lo esperaba confiadamente, el general no rehusaba á la república un servicio que ésta sabria apreciar y agradecer. Animado el general Paz de aquel entusiasmo sublime que infunde en el alma del guerrero esforzado, lo presencia de los grandes peligros; y anhelando siempre nuevas ocasiones de mostrar su adhesion á la causa de la libertad y de la civilizacion, á la cual habia consagrado su existencia, no podia ser indiferente á un llamamiento que, por otra parte, le honraba altamente, siendo como era la espresion del sentimiento uniforme de un pueblo entero. En su respuesta, que no se hizo esperar, se mostraba reconocido á esa distincion, y ofrecia sus servicios al Estado, con entera abnega-

cion. « No se ha engañado el gobierno, decía, al con-
« siderarme dispuesto á defender la libertad de esta
« república por cuya independencia tuve la gloria de
« combatir; que es hoy el asilo de mis compatriotas
« perseguidos de muerte por el bárbaro tirano de mi
« patria, y á la que deseo manifestar mis simpatías.
« Puede U. S. contar con mi mas completa deferencia
« y con que seré infatigable para corresponder á la
« confianza con que se ha dignado honrarme el gobier-
« no de la república. » La noticia de su conformidad al nombramiento se supo luego con general satisfaccion, y el gobierno sin pérdida de momento expidió el decreto siguiente: « Montevideo, Diciembre 12 de 1843—
« Exijiendo la defensa de la república la formacion y
« organizacion de un ejército de reserva, el gobierno ha
« acordado y decreta—1° Se formará y organizará en
« el departamento de la capital un ejército que se de-
« nominará *Ejército de Reserva*—2° Queda nombrado
« general en jefe del ejército de reserva, el brigadier ge-
« neral de la República Arjentina don José M. Paz—3°
« Formarán el ejército de reserva, los cuerpos de la
« guarnicion de la capital y los que nuevamente se for-
« men—4° Se destinan á los cuerpos de línea todos los
« emancipados en virtud de la ley de la H. A. G. de es-
« ta fecha y que sean útiles para el servicio—5° Comu-
« níquese. »—*Suarez—Francisco Antonino Vidal.*

A indicacion del general Paz, fué nombrado poco despues Comandante general de Armas de la capital el coronel don Manuel Correa.

A juzgar por estos primeros actos del ministerio en aquellos momentos de terrible crísis, hubieran podido

concebirse grandes esperanzas en la actividad de su conducta sucesiva; pues como acaba de verse, en las pocas horas que habian trascurrido desde el 11, que se supo la noticia de la derrota del Arroyo Grande hasta el siguiente dia 12, se habian dictado varias y acertadas disposiciones. Se habia declarado el país en asamblea, llamando á todos los ciudadanos á las armas; se habia recabado del cuerpo lejislativo la abolicion de la esclavitud; se habia decretado la formacion del ejército de reserva y encomendado la defensa de la capital á un jefe esclarecido, cuyos reconocidos talentos militares infundian plena confianza á todos. Pero muy pronto veremos que todos estos actos hijos al parecer de una firme y decidida voluntad de alcanzar el objeto á que se encaminaban, habia sido aconsejado en el espíritu del ministro que los dictó, por las sugestiones del temor, y puesto en práctica como simples medidas de precaucion para asegurar la fuga que premeditaba. Veremos que los decretos que habia firmado y cuya importancia estaba en razon directa de la celeridad con que fuesen ejecutados, eran eludidos hasta por los mismos empleados encargados de su cumplimiento; y que apesar del clamor público que denunciaba los abusos y pedia su represion con la urgencia de las circunstancias, la mano de la autoridad se mostraba inerte para castigarlos.

Nombrado el general Paz, como acaba de verse, general en jefe del ejército de reserva, se contrajo con su actividad característica á los diversos objetos concernientes á su encargo. Era árduo su empeño. Debia organizar un ejército con todos sus accesorios, destina-

do á combatir dentro de muy breves dias, sin tener cuadros para los batallones, sin mas, que un corto número de oficiales intelijentes para su instruccion, sin parque, sin fusiles, sin vestuarios, y sobre todo sin el numerario que dá impulso á todas las cosas, y que en la guerra, segun el dicho de cierto militar, es el alma que anima la materia. Pero estas dificultades no le arredraron. Pensaba que en tal situacion, la falta de tiempo podia suplirse con la actividad, la penuria de recursos con el entusiasmo; y que en todo caso, supliria igualmente el valor á la disciplina; y con estas ideas que, en igualdad de circustancias, no hubieran talvez influido del mismo modo en el ánimo de un militar de otro temple, se lisongeaba de que podria corresponder á las esperanzas que en él se habian depositado.

El dia 14 comenzó á hacer la distribucion de los hombres de color que, segun la ley de su emancipacion, debián ser aplicados á las armas. El número de los que se habian reunido hasta la tarde de ese dia, no pasaba de setecientos. El general dió 200 reclutas al batallon número 3 que mandaba el comandante don Juan Órgan, que apenas contaba ciento y veinte plazas como queda dicho; me entregó á mí trescientos para la formacion del 4º de cazadores, cuyo mando en jefe se me confirió, y dió cien al teniente coronel don Cárlos Paz encargándole de crear un escuadron de artillería ligera.

Dos dias despues formó el 5º de cazadores, tambien con 300 plazas, bajo el mando interino del sarjento mayor don Mariano Echanagusía.

Sú idea era dar á cada uno de estos batallones de infantería y á los demas que en lo sucesivo se organiza-

sen, cuatrocientas plazas efectivas; pero se vió precisado á dejar por entonces incompleta su fuerza á causa de no haberse verificado la reunion total de los libertos por los motivos que diremos despues. Designó para campo de instruccion, el Saladero de Beltran situado á una legua de la capital, y el dia 20 por la mañana, marchamos con nuestras masas de reclutas á acantonarnos en él. El coronel don Indalecio Chenaut fué encargado del mando del canton.

Aunque el saladero tenia grandes galpones capaces de contener toda nuestra tropa, estaban ocupados con objetos propios del establecimiento; y tanto por esa razon cuanto porque nuestros reclutas fuesen acostumbrándose á la vida de campaña al mismo tiempo que adquiriesen su instruccion militar, campamos al raso. Inmediatamente dimos principio á los ejercicios doctrinales, contrayéndonos á ellos con todo el esmero y la asiduidad que requerian las circunstancias.

Una hora antes de amanecer formaban los batallones para la lista; y desde entonces hasta las ocho y aun las nueve de la noche, trabajaban sin mas interrupcion, que la de los cortos momentos destinados para comer el primer rancho. Cuando volvíamos al campamento despues de terminado el ejercicio, no teníamos aliento ni aun para hacer nuestra segunda comida, apeteciendo el cuerpo mas que el alimento el descanso del sueño. Juntábase á esto, que el campo que ocupábamos estaba sembrado de osamentas de los animales que aquel establecimiento y otros inmediatos, habian beneficiado; y los miasmas que exhalaban estos esqueletos putrefactos tenian inficionada la atmósfera que nos rodeaba. La

fuerza del calor, que era excesivo en aquellos dias, daba nuevos grados de intensidad á esos efluvios malignos; por manera que era insoportable la situacion. ¡Oh! por mi parte confieso que nunca he tenido dias de mayor cansancio, de mayor fatiga; aunque es verdad, que tampoco me he sentido jamás estimulado con mayor fuerza. El general me habia dado dos meses de plazo para poner mi batallon en estado de combatir, y yo me habia propuesto darle la satisfaccion de que viese terminada su enseñanza, aunque imperfectamente, en mucho menos tiempo. Ademas, gran número de personas iban diariamente de la ciudad á nuestro campamento para juzgar por sus propios ojos de los progresos de nuestros soldados, en los que por entonces cifraban todas sus esperanzas; y como era natural, deseábamos que no volviesen á la capital llevando noticias desconsoladoras. Estos y otros semejantes estímulos, unidos al sentimiento de patriotismo que es justo suponernos, fueron causa de que al cabo de diez y siete dias, hombres nacidos en los desiertos africanos, que jamás habian tenido en sus manos un fusil, maniobrasen é hiciesen fuego de batallon. Verdad es que ellos, apesar de los estrechos límites de su inteligencia, comprendieron al parecer la alta mision á que estaban destinados; apreciaron debidamente la transicion que habian hecho de la desdichada condicion de siervos á la distinguida clase de soldados de la república, y pensaron que de ningun modo mostrarian mejor su reconocimiento al país que habia quebrantado sus cadenas y los habia ennoblecido, como poniéndose cuanto antes en estado de defenderlo y sustentarlo; y su anhelo en aprender fué entonces tanto,

como la perseverancia y el valor que mas tarde acreditaron en medio de inauditas privaciones y peligros.

Nunca puedo acordarme de aquella época, sin admirarme de mi propio esfuerzo y del de mis compañeros. Me parece que si ahora intentase ejecutar nuevamente, lo que entonces hice, en el mismo espacio de tiempo, aun cuando tuviera á mi disposicion mejores elementos, me seria imposible conseguirlo.

Es verdad que al cabo de tantos años, cuando al amor de la gloria y de las ilusiones, se han sucedido el egoismo y la triste realidad de los desengaños es natural que el ánimo se apoque y sobrecoja, pensando en dificultades que antes pudieron parecerle practicables. Mas con todo, siempre consideraré como un efecto especial y exclusivo de aquella situacion, la prodijiosa rapidez con que nuestros batallones de africanos, se hallaron en aptitud de colocarse en una línea de batalla.

Al mismo tiempo que nosotros, se ejercitaban en la capital los cuerpos de milicias, que eran la *Guardia Nacional* al mando del coronel don Gabriel Velasco, el batallon *Union* á las órdenes del ciudadano con el título tambien de coronel, don Joaquin Ságra; *la Legion de Policía* á las. del jefe político don José Antuña; *la Legion Arjentina* bajo las del coronel graduado don José M. Albariño; la *Matrícula* á las órdenes del coronel don Luis Larroble y el batallon *Extramuros* á las del coronel don Bartolomé Quintero. La Guardia Nacional de caballería de Extramuros, al mando del general don Angel Nuñez, se reunia y organizaba tambien, en el Cerrito de la Victoria.

El general Paz daba rápido impulso á estos trabajos

marciales. Visitaba con frecuencia las fuerzas de la ciudad y de los campamentos; juzgaba por sí mismo del progreso que hacian viéndolas trabajar y dirijiendo á los oficiales y soldados individualmente, preguntas relativas á los objetos de su instruccion. Estimulaba á los jefes con palabras adecuadas para lisonjear su orgullo é inflamar su ardor.

Ofrecia á unos, el honor de ser destinados con preferencia, á tomar una batería enemiga en el primer combate que tuviese lugar; prometia á otros, darles la ocasion de medirse con los rejimientos mas acreditados del ejército invasor; y á todos infundía de diversos modos la noble emulacion y el deseo de distinguirse. A un comandante de batallon que solicitaba para el de su mando cierta denominacion que habia elejido, le dijo: « Todos los cuerpos que yo he conocido con ese título, « en los diferentes ejércitos en que he servido, se han « ilustrado con acciones sobresalientes de valor, y han « gozado de gran reputacion y nombradía. Si usted « se obliga á conservarlo con el prestigio que aquellos « le adquirieron, desde luego se lo concederé.» El comandante rehusó el empeño; pero en sus acciones posteriores, mostró que era capaz de sustentarlo.

Con igual conato, aunque no con el mismo resultado se ocupaba de realizar los diversos objetos comprendidos en su plan de defensa: en algunas cosas la falta de recursos y en otras la accion pusilánime del gobierno, retardaban su marcha y neutralizaban su actividad. El establecimiento de una maestranza habia sido uno de sus primeros pensamientos desde que se encargó del ejército, porque si esta institucion es indispensable en

todos los sistemas de guerra bien organizados, aqui era de una importancia vital. Necesitabamos montajes para toda la artillería de que ibamos á servirnos, arcones, juegos de armas, espeques, escobillones, lanzas, fusiles, correajes, sables; en una palabra, toda clase de armas y pertrechos de guerra. Algunas de estas cosas no se encontraban en Montevideo, ni habia tampoco disponible el dinero necesario para comprarlas. Era indispensable ademas que asi que el ejército empezase á combatir, hubiese refacciones frecuentes que ejecutar en su armamento y en su equipo; y la maestranza debia remediar estas necesidades con notable economía del Estado, que en su defecto habia tenido que hacer erogaciones considerables en contratos particulares sin quedar servido ni con la exactitud ni con la oportunidad que convenía.

Pero apesar de todas estas razones que aconsejaban la creacion del establecimiento y que no podian ocultarse sino á quien no tuviese la mas lijera nocion del modo de hacer la guerra, el general tuvo que vencer una tenaz resistencia por parte del Ministerio, fundada en el especioso pretesto de la falta de pecúlio para la cómpra de las máquinas é instrumentos de primera necesidad pero que verdaderamente consistía en la mala voluntad del señor Vidal. Le oí decir un dia al general: «no puedo conseguir aun, que tengamos maestranza, porque no hay tampoco quien haga comprender á estos hombres la inmensa necesidad de esa institucion.« Esto manifiesta cual seria entonces nuestra situacion. Era otra idea comprendida en el plan de defensa del general, ó para mejor decir, era la base de su plan, el

establecimiento de una línea de fortificacion pasajera para lo que habia oido tambien el parecer de varias personas notables en una reunion que al efecto habia convocado. Habia reconocido por sí mismo la posicion que debia ocupar, y acompañado del vocal de la comision topográfica don José Dellepiani, la habia trazado sobre un plano gravado de la ciudad tal cual se conservó hasta el fin de la guerra, si se exceptúan algunas modificaciones que se hicieron al tiempo de su ejecucion particularmente en la izquierda. Habia pedido al gobierno que desde luego se diese principio á la obra encareciendo su importancia y la brevedad de los momentos que quedaban. Pero en este particular era tan bien atendido, como en su solicitud sobre la maestranza: ni sus instancias, ni la inminencia del peligro, ni la opinion pública, que veia en la proyectada trinchera el último antemural de la independencia de la república y la pedia á voz en grito, tenian fuerza bastante para conseguir que se pusiera mano á la obra.

El ministerio con su pretesto favorito de la falta de medios y prometiendo siempre arbitrarlos, dejaba correr el tiempo en peligrosa inaccion, ofreciendo asi, á los vencedores del Arroyo Grande, un fácil complemento á su bárbaro triunfo. Asi pasó todo el mes de diciembre.

Felizmente el dia 4 de enero de 1843, ocurrió una modificacion en el ministerio, que aunque no satisfizo completamente las exijencias de la situacion, fué no poco saludable para los intereses de la defensa. El general don Féliz Aguiar que habia llegado del ejército de operaciones, enviado por el presidente de la repúbli-

ca, ocupó el ministerio de la guerra, y el ciudadano don Francisco Joaquin Muñoz, el de hacienda, quedando reducido don Antonino Vidal á la cartera de gobierno y relaciones exteriores. La presencia de estos señores en el gobierno, imprimió alguna actividad á los trabajos emprendidos, y llevó á principio de ejecucion los que aun estaban solamente iniciados. Se decretó la formacion de dos nuevos batallones de infantería de línea, el uno con el número 1° á las órdenes del coronel don Santiago Lavandera, y el otro con el número 6 bajo el mando del coronel don Cárlos de San Vicente; y se reunieron algunos elementos para el establecimiento de la maestranza.

He dicho antes que los batallones creados, no habian sido dotados de toda la fuerza que debian tener porque el número de libertos reunidos en virtud de la ley, era insuficiente.

Se dió tambien, principio á la construccion de la línea de defensa. Sesenta hombres trabajaron el dia 6 en el costado derecho. El 8 empezó el trabajo del costado izquierdo con 80 hombres; y tanto en una, como en otra ála de la línea, fué muy lentamente aumentándose el número de trabajadores. Para dirijir los trabajos de la derecha, nombró el general al maestro mayor de alarifes don José Toribio; y para los de la izquierda al teniente coronel de injenieros don José Maria Echandía, quedando encargado de inspeccionarlos el señor Dellepiani, hasta el 29 de enero, que fué nombrado en su lugar el señor general de artillería don Tomás de Iriarte.

El trabajo estúvo paralizado en los últimos dias de

enero y en los cuatro primeros de febrero por falta de materiales. Se habia empezado comprando el ladrillo; y habiendo faltado el dinero, se negaron los hombres á fiarlo. El gobierno trepidaba para resolver; pero como el enemigo se acercaba y la terminacion de las obras era urjente, el general Aguiar ministro de la guerra, ordenó bajo su responsabilidad, que se tomase donde lo hubiese aun á la fuerza, documentando debidamente á sus respectivos dueños; y asi púdo continuarse.

Como no habia en Montevideo mas artillería en estado de servicio que las pocas piezas de campaña que ya he mensionado, y era indispensable artillar las obras que se estaban construyendo, se apeló á un recurso bien estraordinario para remediar la necesidad.

Desde el tiempo de la dominacion de los españoles, habia en las calles de la ciudad porcion de cañones de fierro de grueso calibre, enclavados á la orilla de las veredas en lugar de postes; y de esos se sacaron casi todos los que se necesitaron para la fortificacion, habiendo sido montados en cureñas cuya construccion se vereficó en la maestranza desde que sus talleres comenzaron á funcionar.

A esta operacion se contrajo, con muy recomendable celo y actividad, el coronel don Manuel Correa, que era el jefe del estado mayor, y en ello hizo un importantísimo servicio.

Pero si bien es cierto que como acaba de verse el nuevo ministerio dió muestras de alguna animacion en el cumplimiento de las medidas que quédan indicadas y de algunas otras que ahora no recuerdo, estaba muy lejos de manifestar la actividad y la energía que la solem-

nidad de las circunstancias demandaban en cuanto á otros objetos de importancia vital. Citaré uno de ellos que merece especial mension.

La ley del 12 de diciembre declarando libres todos los esclavos existentes en la república, y aplicando los varones útiles al servicio de. las armas, habia sido casi completamente eludida. Desde la fecha de su promulgacion, todos los que tenian esclavos, se habian dado prisa á ocultarlos en la ciudad, ó á embarcarlos para el Brasil, en lo que fueron eficazmente auxiliados por todos los buques de guerra de la escuadra brasilera surta en el puerto; y aunque el general en jefe insitaba y la opinion pública clamaba contra estos abusos y hasta designaba sus autores, nada se hizo para reprimirlos y castigarlos.

Esta criminal indolencia en presencia del supremo peligro que amenazaba la independencia y libertad de la república, provenia de la irresolucion del ministerio del señor Vidal y de la traicion entonces encubierta y poco despues oficialmente calificada, del jefe de policía don José Antuña á quien habia sido encomendado el cumplimiento de la ley.

Hasta fines de diciembre solo se habian reunido setecientos esclavos de mas de (tres mil) que habian en el departamento de la capital, y esos se habian distribuido en la forma que ya se ha dicho, quedando incompleto el personal efectivo con que los cuerpos, segun la instruccion del general en jefe, debian ser dotados.

Era, pues, de esperarse que el nuevo ministerio, al encargarse de la administracion, hubiera contraido una séria atencion á este punto del que talvez dependía

la probabilidad de la defensa; pero las esperanzas de todos á este respecto, quedaron frustradas, pues corrieron muchos dias desde la modificacion verificada en el ministerio, sin que se percibiese ningun acto encaminado á realizarlas.

Por fortuna esta deficiencia del gobierno á ese respecto fué suplida en parte por la prevision y la enerjía del coronel don Melchor Pacheco y Obes, comandante militar á la sazon del departamento de Mercedes, el cual al saber la noticia del desastre del Arroyo Grande, hizo tomar las armas á todos los ciudadanos útiles para el servicio en todo el territorio de su jurisdiccion, y despues de separar los que consideró aptos para la caballería, remitió á Montevideo cuatrocientos y tantos hombres que quedaron, y que eran á su juicio mas aplicables al arma de infantería.

Con este personal se completaron los batallones 3º, 4º, 5º y el escuadron de artillería, y se formó un escuadron de lanceros á las órdenes del coronel don Faustino Velasco.

Llegaron casi al mismo tiempo unos ciento y tantos soldados pertenecientes al batallon Nº. 1º perdido en la batalla del Arroyo Grande, que se habia salvado por no haberse hallado en la accion, y fueron destinados á servir de base al Nº. 1º de nueva creacion, el cual fué poco á poco remontándose aunque jamas llegó á tener trescientas plazas. Y en cuanto al Nº. 6º creado por decreto de la misma fecha, hubo que hacer mas tarde una leva de todos los canarios existentes en extramuros de la ciudad, sin lo cual es muy probable que no hubiera podido organizarse.

Así pues, con medidas débiles, insiertas ó tardías se habia dejado perder un tiempo precioso, sin haber hecho cuanto era posible hacer para preparar la defensa; y ya el enemigo, en su marcha contínua aunque lenta, alcanzaba por decirlo así á divisar las torres de la ciudad.

Es aquí oportuno observar, que desde el principio de la crísis, la conducta del ejecutivo habia presentado un notable contraste con la del cuerpo lejislativo.

Mientras que aquel, dominado de escrúpulos ridículos y encerrado en un miserable círculo de vasilaciones y de dudas, inspiraba temor y desconsuelo aun en las almas de mejor témple; éste, elevado á la altura de la situacion y animado de un espíritu esforzado y verdaderamente heróico, proclamaba en alta voz la necesidad de salvar la independencia del país á *todo trance.*

Puede juzgarse de la exactitud de ésta observacion por la lectura del documento que se cópia á continuacion, el cual no es sinó la reproduccion de los conceptos emitidos por la asamblea en otros anteriores.

Contestando á un mensaje en que el poder ejecutivo daba cuenta el 5 de enero de haber sido invadido el territorio del estado el 27 de diciembre, por el ejército argentino á las órdenes del general don Manuel Oribe; la asamblea lejislativa se espresaba en estos términos:

« El pueblo oriental no ha dejenerado: por sus venas corre únicamente aun la sangre con que ha cimentado su libertad y su independencia: aun no se han enmohecido las cadenas que destrosó en mas de un combate glorioso; y seria mengua, vergüenza, injusticia atroz que jamas tolerarán sus representantes, poner en duda su

ardor y enerjía para defenderse del bárbaro enemigo que hoy la acecha.

«Poseída de estos sentimientos, la asamblea general en el carácter que inviste, y contestando á la nota de V. E., ha creído de su deber manifestarle de un modo público y solemne, la firme y decidida resolucion en que está de sostener y defender á todo trance los derechos é inmunidades de la nacion oriental: que para conseguirlo, ella está resuelta á todo; y que cuenta con que V. E. revistiéndose de toda la enerjía y patriotismo que exijen los momentes solemnes en que se encuentra la república, tomará la honrosa posicion que le corresponda, dictando las medidas que juzgue mas acertadas, y que esta asamblea le ofrece robustecer con todo el influjo de su poder.»

Enero, 7 de 1843.

Lozano—*J. Perez*—Vice Presidente—
J. A. Lavandera—Secretario.

Por fin en los primeros dias de febrero la situacion quedó definida.

Nuevas personas fueron llamadas á ocupar los ministerios; la accion gubernativa adquirió con ella la fuerza, la extencion y la rapidez que correspondia á la solemnidad de las circunstancias.

Dejáronse á un lado los resortes ordinarios de la mezquindad administrativa; pusiéronse en juego todos los recursos que aconsejaba la suprema necesidad de defender la propiedad, la vida y todos los derechos políticos y sociales bárbaramente amenazados; y desde

entonces la confianza pública comenzó á renacer, y todos los corazones se abrieron á la esperanza.

Pero antes de entrar en los detalles de esta benéfica mudanza, es indispensable manifestar los antecedentes que la produjeron, y para ello volveré á ocuparme del general Rivera y de su ejército á quienes he dejado vencidos y dispersos en el Arroyo Grande.

CAPÍTULO II

Conducta del general Rivera despues de la derrota—Sus esfuerzos para reunir un nuevo ejército—Terror de los habitantes de la campaña—Lentitud de los movimientos del enemigo favorable á la reaccion—Emigracion de las familias de la campaña á la capital y otros pueblos—Aproximacion del general Rivera á la capital—Nuevos conflictos causados por él—Su entrada en la capital—Defeccion del general Nuñez—Cámbio de ministerio—El general en jefe del ejército de reserva, tóma un nuevo título—Defeccion del coronel Antuña—Decretos y distribucion de banderas.

El general Rivera pasó el Uruguay el mismo dia de la derróta, á la oracion y entró al pueblo del Salto, seguido de unos cuantos hombres, que en pocas horas se aumentaron á un número bastante considerable.

Alli pasó la noche en una absoluta calma, sin manifestar el menor síntoma de ajitacion ó de pena, cual si ninguna desgracia le hubiese acontecido, ó como si nada tuviera en que pensar.

Descansó algunas horas y esperó tranquilamente la vuelta del dia, despues de haber dictado algunas cartas que en la misma noche encaminó á su destino.

Hubiérase dicho al vérle, que no dába importancia ninguna al revés que acababa de sufrir, ó mas bien, que se consideraba perdido sin remedio y que estaba resignado á su destino.

Como quiera que éllo séa, el 7 á la tarde salió del

Salto con cuatrocientos y tantos hombres de los dispersos de caballería, á pié, la mayor parte sin armas, algunos con las monturas al hombro, y los demás con solo los frenos en la mano.

Despues de haber conseguido montar toda esa gente, destacó en el mismo dia á los coroneles, Luna, Blanco, Baez y otros jefes que le acompañaban, con pequeñas partidas, á distintos puntos del territorio al norte del Rio Negro, para hacer reuniones de hombres y caballos; y las mismas órdenes se envió á los jefes de todos los departamentos, mientras él fué á situarse en las márgenes del Queguay, dejando una pequeña fuerza de observacion sobre el Uruguay.

Grandes y reiterados esfuerzos fué necesario hacer durante algunos dias para realizar estas reuniones, por que la impresion causada por la noticia de la derróta, obstaba á ello de una manera increible.

Nadie acudia al llamado de las autoridades; y los que eran compelidos á obedecerlas desaparecian á las pocas horas de haberse presentado.

Si un oficial lograba reunir en un dia cien ó doscientos hombres, en la noche se quedaba solo, viéndose obligado al siguiente dia á recomenzar la operacion; y los mismos efectos se manifestaban ó reproducian en todas partes.

Las relaciones de los fujitivos del campo de batalla, que referían las atrocidades del enemigo y exageraban el número de sus fuerzas, habian producido en el ánimo de los pacíficos habitantes de la campaña, un terror tan grande, que nada bastaba á reprimirlo ó moderarlo.

Presentarse al servicio ó entregarse á la muerte,

era una misma cosa para ellos, y con tal conviccion huían á los buques ó emigraban á las fronteras del estado vecino.

Si el general Oribe hubiese pasado el rio, como púdo hacerlo sin ninguna dificultad, al dia siguiente de su triunfo con una columna lijera de dos ó tres mil hombres, ninguna duda queda de que se hubiera hecho dueño del país sin la menor resistencia, atendido el estado despavorido y desalentado en que entonces se hallaba.

No solo no hubiera podido hacerse reuniones de hombres y otros elementos para la formacion de un ejército de operaciones, sino que el general Rivera, se hubiera visto precisado á refujiarse en el Brasil, como ya lo habia previsto él mismo al ir á situarse en el Queguay.

Pero el destino del país que habia dispuesto que su libertad no sucumbiría, permitió que los acontecimientos tomasen un curso diferente.

La inaccion prolongada é inconcebible en que quedó el general vencedor despues de su victoria, dando tiempo á que el pais se repusiese de la primera impresion producida por la desgracia de nuestras armas, facilitó la ejecucion de las primeras medidas dictadas para su defensa, y aun puede decirse que se salvó.

Cuando se vió que el ejército enemigo, quince dias despues de la derróta del nuéstro, no habia invadido el territorio de la república los hombres comenzaron á apercibirse de que aun no estaba todo perdido, y mostrándose mas dóciles al llamamiento de la autoridad, acudieron á todos los puntos que se habia señalado para las asambleas.

Contribuyó tambien á este resultado el ejemplo dado

por los departamentos de Colonia y Soriano cuyos comandantes militares eran los coroneles graduados don Jacinto Estivau y don Melchor Pacheco y Obes, los cuales á la noticia del contraste del ejército en el Arroyo Grande, y aun antes de recibir órdenes del general Rivera, pusieron sobre las armas á todos los hombres capaces de llevarlas en sus jurisdicciones respectivas, componiendo entre ámbos una fuerza de mas de 1000 hombres de caballería.

Con varias otras medidas, el coronel Pacheco (1) en particular, súpo no solo exitar el entusiasmo bélico de los habitantes de su departamento, sino trasmitir este contagio saludable á todos los que se mostraban en los preparativos de defensa, menos dilijentes ó ardorosos.

En el departamento de Maldonado, el coronel don Fortunato Silva, en el de la capital y el Durazno el general don Anacleto Medina y en varios otros puntos Cuadra, Tábanos, Camacho, Guarin, y otros mil, hicieron tambien esfuerzos útiles en el sentido de los anteriores.

En breve pues el general Rivera púdo contar un ejército de tres mil quinientos hombres, lo menos, sumando las fuerzas reunidas en diversos puntos, sin contar con las que se organizaban dentro de la capital; y muy luego tambien se púso en marcha hácia el centro de la república.

Una de las medidas que habia tomado despues de la derróta, fué la de ordenar á las familias esparcidas en toda la estension del territorio, que emigrasen á la capital, llevando consigo la parte de sus haciendas que

(1) Véase *Apuntes Históricos*, Tomo I, pág. 9.

pudiesen movilizar; y en su retirada desde el Queguay, que se verificó muy lentamente, muchas de ellas se le presentaron y siguieron al ejército, llegando en pocos dias á formar una columna tanto ó mas numerosa que la de los hombres armados.

El general dió proteccion y auxilio á todas las que lo hubieron menester; y las que tuvieron recursos propios, ó que estaban situadas en puntos lejanos de la ruta del ejército, se encaminaron directamente á la capital.

El ejército se detúvo algunos dias en el Rio Negro, al que llegó á fines de diciembre, para recibir los refuerzos que de diversos puntos esperaba, y para auxiliar el pasaje de las familias y del considerable tren de carretas y bagajes que lo seguian.

De allí pasó al Durazno, donde hizo otro pequeño alto con el mismo objeto que el anterior, y del Durazno continuó sin interrupcion hasta Santa Lucía.

Desde el principio de la retirada, el coronel Luña habia quedado á retaguardia con una pequeña fuerza, para observar de cerca al enemigo, dando frecuentes avisos, al general, del progreso de su marcha y de la direccion de sus operaciones; y en esta difícil comision, permítaseme decirlo, se desempeñó con una vigilancia y valor superior á todo elojio.

Asi que el ejército acampó en Santa Lucía, el general se ocupó de darle toda la movilidad posible, como que en la lucha desigual á que se preparaba, debia cifrar su poder en la rapidez de las maniobras.

En consecuencia distribuyó gran parte de las familias que le acompañaban en la capital y pueblos vecinos; se deshizo de todo el material pesado que no era

indispensabe; y con una columna de cuatro mil hombres de caballería, con quince mil caballos de reserva, vino á establecer su cuartel general en el Pastoreo de Pereira á tres leguas de Montevideo, hácia fines del mes de enero.

Al dia siguiente de su arríbo á este punto, muchos de sus amigos, á invitacion suya, se trasladaron de la ciudad al cuartel general, para ver por sí mismos las fuerzas con que contaba, pues se habian circulado en la capital rumores contradictorios á este respecto, y nadie tenia certidumbre de la realidad.

El general Rivera cuidó de desvanecer sus dudas haciendo en presencia de ellos, un despliegue de todas sus fuerzas, con cuyo espectáculo se robusteció la confianza de los que tenian fé en la causa de la patria, y cobraron algun ánimo los que embargados por el miedo la creian perdida sin remedio. La visita de estos ciudadanos al general Rivera, fué muy provechosa en este sentido, pues como era natural, volvieron á la ciudad comunicando á todos la impresion que habian recibido á cerca del poder con que aquel contaba para sostener la campaña; pero sucedió lo contrario por lo que toca á ciertos asuntos que en la misma visita se trataron. El general manifestó su reprobacion á varios de los actos, que el gobierno delegado habia dictado para la defensa de la capital, y muy especialmente contra el que mas habia satisfecho la opinion pública y las exijencias de la situacion, cual era el de la formacion de un ejército de reserva y el nombramiento del general en jefe del mismo en la persona del general don José M. Paz. Las ideas de Rivera á este respecto, no podian ser mas ri-

dículas y absurdas, y provenian de un sentimiento indigno de su elevada posicion. A pesar de la influencia decisiva que por mas de veinte años habia ejercido en el pais, sin ningun jénero de oposicion, si se exceptúa la del corto período de la presidencia del general Oribe que solo sirvió para darle mayor fuerza y eficacia; á pesar de sus antecedente guerreros, que le asignaban en el pais el primer puesto entre las reputaciones militares del mismo, el general Rivera se mostraba en ocasiones tan pequeño, qne llegaba á concebir celos hasta de un oficial subalterno que llamase la atencion del ejército por sus disposiciones marciales. La fama del general Paz, justamente celebrada en la república, como en todos los pueblos del Rio de la Plata, por la série de acciones distinguidas en que se fundaba, no podia pues, dejar de exitar en su alma aquel sentimiento, máxime cuando supo que el gobierno y el pueblo consideraban á Paz, como su principal esperanza; y así, no tuvo reparo ninguno en declarar, que iba á disolver el ejército de reserva, y darle nueva organizacion y nuevo jefe. Ya se concebirá que fueron otros los motivos con que ostenciblemente quiso justificar su determinacion; pero eran estos de tal modo destituidos de sentido comun, como se verá despues, que léjos de ser aceptados como convenientes ó justos, solo sirviéron para hacer patentes los que se proponia disimular.

Cuando regresáron á la ciudad los ciudadanos que asistiéron á esta convocacion, divulgáron inmediatamente cuanto habian visto y oido, y al cabo de pocas horas, reinaba la mayor inquietud en el pueblo y en el ejército de la guarnicion. El general Paz se apresuró á

retirarse á su casa, para no dar lugar á ser depuesto de un mando que no habia pretendido y para el que, al contrario, habia sido solicitado. Los jefes que él habia colocado al mando de los diversos cuerpos creados, presentáron sus renuncias, figurando á la cabeza de ellos el general don Anjel Nuñez; y los oficiales subalternos se dispusiéron tambien á imitar á sus respectivos jefes.

Los habitantes de la ciudad, nacionales y extranjeros, que habian considerado como base indispensable de la resistencia proyectada, la persona del general Paz al mando de las tropas que habían de sustentarlo, luego que viéron sus esperanzas frustradas sobre el particular, renováron sus ideas de emigracion y comenzáron á prepararse para dejar el pais.

Los hombres se detenian unos á otros por las calles y se preguntaban recíprocamente: ¿Vuelve á tomar el mando del ejército el general Paz? No; se vá del país—Pues yo tambien me voy—Se queda el general Paz?—Si—Pues yo tambien me quedo—Tal era la confianza que la opinion pública cifraba en su capacidad militar.

Este estado de incertidumbre y confusion, duró tres ó cuatro dias.

La noche del 2 de febrero entró el general Rivera en la plaza acompañado de una pequeña escolta, é inmediatamente despues de haber reasumido la presidencia, convocó una reunion de ciudadanos notables para la noche del siguiente dia 3, á la cual debian asistir: don Joaquin Suarez, don Santiago Vazquez, don Francisco A. Vidal, don Francisco Muñoz, don Julian Alvarez, el general don Enrique Martinez, y varios otros ciudadanos de distincion, que ahora no recuerdo. Luego que

estuviéron reunidos, el general Rivera expuso: «que debiendo él mandar en persona el ejército destinado á sostener la campaña, y siendo indudable que el ejército invasor, trataria de apoderarse de la capital, era necesario pensar en el jefe á que habia de encomendarse la defensa de esta: que su opinion era, que el general Paz á quien el gobierno delegado habia dado este encargo, era incapaz de desempeñarlo, atendido los últimos sucesos ocurridos en las provincias argentinas de Corrientes y Entre Rios (1) y que por su parte, se opondría siempre á que se le diese mando ninguno en la república; pero que sin embargo, deseaba oir el parecer de los señores que estaban presentes.» Don Santiago Vazquez, don Francisco Muñoz, y don Julian Alvarez, combatiéron enérjicamente estas ideas que á par de injustas, eran de una tendencia funestísima para la independencia de la república: declaráron francamente que no reconocian en el ejército ningun oficial tan competente como el general Paz, para la direccion militar del punto que se trataba de defender; que sus ideas á este respecto, podian considerarse además, como el éco de la opinion pública que estaba pronunciada en idéntico sentido; y que finalmente, podian asegurar, que si la opinion contraria prevalecia y el general Paz quedaba separado del mando que se le habia conferido, una gran parte de la poblacion de la ciudad se embarcaria, haciéndolo ellos los primeros.

(1) Esta marcada prevencion del presidente era consecuencia de no haber querido Paz, despues que se separó del ejército correntino, aceptar el empleo de jefe de estado mayor que le ofreció en Entre Rios, el general Rivera.—*Memorias de Paz*, T. 4º páj. 42. P.

La discusion se prolongó hasta una hora avanzada de la noche, sin arribar á ningun término, y entónces se suspendió, quedando citados los concurrentes para volverse á reunir al siguiente dia 4 á la misma hora.

Esta segunda sesion fué decisiva. El general Rivera se vió forzado á sofocar sus celos y su envidia, claramente manifestados en la ridícula objecion de incapacidad que habia opuesto al nombramiento del jeneral Paz, para ceder á la urjencia de las circunstancias, y sobre todo al imperio de la opinion que era universal é incontrastable. Finjiendo, pues, conformarse con la opinion de la mayoría, consintió en que las cosas quedaran como estaban, con una condicion, sin embargo, que prueba hasta la evidencia cuánta pequeñez y puerilidad habia en sus aprehensiones y temores, y fué, que el título de general en jefe del ejército de reserva acordado al general Paz, sería sustituido por el de «Comandante general de Armas de la Capital» y que el «Ejército de Reserva,» se denominaría «Ejército de la Capital;» idea inspirada probablemente por el temor de que el ejército de reserva pudiese alguna vez hallarse en el caso de maniobrar en campaña y ofrecer al país la ocasion de juzgar de los talentos militares de ambos generales, como si por que el ejército y el general tuviesen distintos nombres, no habian de obrar en todo caso como la necesidad lo requiriese. Trabajo costará dar ascenso á estas miserias, mas propias de muchachos que de hombres juiciosos y discretos y mucho mas desde que se refieren á una personalidad como la del general Rivera, que ha figurado en tan alta escala en su patria

y en una sérietan dilatada de años. Ellas son sin embargo, de una rigurosa exactitud.

Arreglado este punto importante y despues de haber pasado lijeramente sobre otros igualmente graves, aunque menos urgentes, el presidente significó su intencion de dejar establecido el ministerio que debia encargarse de los negocios públicos, ántes de salir á campaña; y con aplauso general, designó para componerlo, á las siguientes personas:

Para el ministerio de gobierno y relaciones exteriores, al señor don Santiago Vazquez, en reemplazo de don Francisco Antonino Vidal, que en seguida se embarcó con toda su familia para Europa, llevando consigo catorce ó quince mil onzas de oro, fruto de sus *economías* ministeriales, y dejando á sus compatriotas en el atolladero en que su incapacidad habia contribuido á colocarlos.

Para el Ministerio de Hacienda, á don Francisco Joaquin Muñoz, que ya lo servia.

Para el Ministerio de Guerra, al coronel graduado don Melchor Pacheco y Obes, en reemplazo del general don F. E. Aguiar, que debia marchar á campaña con el general Rivera.

Nombró tambien jefe del Departamento de Policía, al ciudadano don Andrés Lamas, en reemplazo del coronel don José Antuña, quien como Aguiar, recibió órden de marchar con el presidente á campaña.

Aguiar que siempre habia sido personalmente adicto al general Rivera, que le habia acompañado incesantemente en sus últimas guerras, y que recien hacia un mes que se habia separado de su lado para venir á encar-

garse del Ministerio de la Guerra á que él mismo le destinara, no tuvo la menor dificultad en conformarse á la órden dada, á pesar de hallarse en malísimo estado de salud; y habiéndose reincorporado inmediatamente al ejército, rindió la vida (a) algun tiempo despues, en medio de los campos, víctima de las dolencias que padecia, despues de haber soportado á la par de sus compañeros de armas, durante año y medio de campaña, las mas inauditas fatigas y privaciones. Pero no sucedió lo mismo con Antuña. Entendido éste con los enemigos desde el principio de la invasion, solo se habia conservado en el puesto con que el gobierno le habia honrado desde 1841, para servir mejor á los intereses de aquellos.

Primeramente privó al ejército de la capital, de un gran número de soldados, favoreciendo la sustraccion de los esclavos destinados por la ley de emancipacion, al servicio militar; estuvo despues comprendido, segun la voz pública, en una conspiracion, que no llegó á realizarse por causas ajenas á su voluntad, y, cuando ya nada podia hacer en favor de los enemigos de la patria, y que al contrario se veía comprometido á seguir al general Rivera á campaña, se asiló abordo de un buque de guerra extrangero, desde el cual se dirijió al campo enemigo, en el que permaneció humillado y envilecido, como todos los que estuvieron en su caso, hasta la terminacion de la guerra, nueve años despues.

(a) Algun tiempo despues de muerto Aguiar, los enemigos exhumáron su cadàver que habia sido sepultado á la orilla de un arroyo, y lo dejáron expuesto á las aves carnívoras.

(Nota del autor.)

Pocos dias despues imitó el ejemplo de Antuña el general don Angel Nuñez, impulsado, puede decirse, por el general Rivera, quien habia manifestado contra él, una particular animosidad, negándose obstinadamente á que tuviese mando ninguno en el ejército. La pérdida de este oficial, fué generalmente lamentada en el ejército, no solo por lo útil que hubiese podido ser á la causa de la república, á la que durante muchos años habia consagrado su brillante espada, sinó por el borron con que por una pueril debilidad, habia oscurecido sus distinguidos servicios anteriores. El general enemigo le acojió con notable consideracion, le dió mandos importantes, como se verá despues, y por mucho tiempo tuvo en él, una de sus mas fuertes columnas.

Pero volvamos á los hechos.

El dia 5 por la mañana el general Rivera, acompañado del general Paz, revestido ya de su nuevo título de comandante general, recorrió el terreno en que *se levantaban los débiles muros que habian de protejer á la amenazada ciudad*; y en la misma noche salió para el Pastoreo de Pereira, donde estaba el ejército, dejando al pueblo una proclama de despida, (1) en que reco-

(1) « Compatriotas:—Mis deberes militares y los altos intereses de la patria, me llaman nuevamente fuera de la capital; llevo conmigo la satisfaccion y la confianza de dejar entregada su defensa á un gobierno organizado, firme, lleno de luces y patriotismo, y á un jefe militar cuya pericia, valor, y decision por esta noble causa que sostenemos, os son bien notorios.

« Os dejo aquí esas garantías de seguridad y de triunfo, y marcho ya á ponerme en la campaña al frente de ese ejército nacional, modelo de virtud y de constancia, y que la providencia destina á exterminar un enemigo tan débil como confiado. Espero de vosotros todos, cooperacion activa y patriótica á vuestro gobierno, al jefe de las fuerzas de la plaza, á mí y

mendaba á todos respeto y obediencia á las autoridades constituidas, y plena confianza en el valor y constancia de los defensores de la república.

En el mismo dia 5 la vanguardia enemiga habia pasado el Santa Lucía; y el 9, Oribe con todo su ejército se hallaba campado en las puertas del Canelon Chico, teniendo fuerzas avanzadas hasta las alturas de Toledo; es decir, á seis leguas de distancia del punto que ocupaba el general Rivera. Difícil era en esos momentos la posicion de este. Estrechado sobre la capital, en un terreno sin otra salida que la ruta que traía el enemigo; teniendo que auxiliar y protejer muchas familias que todavía le acompañaban, seguidas de muchos bagajes y rodados, y que poner á cubierto sus numerosas caballadas, parecia imposible que pudiese evitar un encuentro, en el que indudablemente habria sucumbido á la superioridad del número. Pero el general Rivera que nunca era mas hábil y sereno, que cuando el peligro era mayor y mas cercano; que conocia el terreno, como se dice, palmo á palmo y que estaba acostumbrado á lidiar con el general contrario; halló medio de salir ufano de esta situacion, como habia salido en diversas ocasiones, de otras no menos peligrosas y apuradas.

á mis valientes; vosotros tendreis en mí toda aquella en que mis esfuerzos y el patriotismo de mi ejército son capaces.

«Habitantes todos de la capital:—reposad tranquilos en vuestra propia fuerza, en la direccion que os dejo; y en el valor de los soldados que mando. Si la presencia del rebelde, trae cadenas, banderas estranjeras, al suelo de la patria, si se atreviese á acercarse á vuestro recinto, en él yo os lo aseguro, encontrará su exterminio y el sepulcro del poder antisocial y tiránico á quien sirve con deshonor.» P.

Montevideo, Febrero 3—1843.

Fructuoso Rivera.

Mediante un movimiento de flanco ejecutado mientras que su vanguardia permanecia al frente del enemigo en aptitud de provocar una batalla, logró pasar á retaguardia de este y colocarse en un extenso teatro en que podia maniobrar con libertad.

Mas como yo no me propongo escribir la historia de este ejército, del que solo he hecho mencion en cuanto lo he considerado indispensable á la intelijencia de los sucesos de la defensa de Montevideo, en la que he sido actor, y á la que exclusivamente me contraigo; dejaré que vaya á cumplir su destino y á ejecutar nobles hazañas, que algun dia pasarán á las generaciones venideras, como ejemplos sublimes de patriotismo, constancia, abnegacion y valor, mientras que vuelvo á tomar el hilo interrumpido de los sucesos de la plaza.

El primer acto del nuevo Ministerio, luego de estar instalado, fué dirijir al pueblo y al ejército, la siguiente proclama, que podia considerse como el programa de su administracion:

« Soldados. Pronto van á llegar momentos graves y decisivos: no pasarán muchos dias sin que tengais el placer de ver aparecer á vuestro frente, las hordas á que el tirano de Buenos Aires confía el encargo de esclavizaros á su capricho. No esperan ellas encontrar vuestro continente marcial: no saben que vienen á estrellarse en vuestras bayonetas.

« El gobierno anhela el instante de la prueba, por que conoce vuestro valor, vuestra decision, vuestro patriotismo, y os hablará ahora para apoyar vuestra fé y la confianza en vuestro poder.

« Compatriotas: El gobierno ha pesado tranquila-

mente sus medios, meditado bien sus resoluciones, y salvará la independencia y la gloria de su patria: su accion para la defensa de objetos tan sagrados, no reconoce límites ni barrera: todo hará, lo considerará lícito para alcanzar ese fin, y os jura que lo alcanzará.

«Solo un imposible reconoce el gobierno, el de *transijir* con las hordas de un rebelde, que trae á la patria el exterminio, por encargo del estranjero. El digno presidente del estado, el gobierno en quien delegó sus funciones, el general de las armas de la capital, *se ligáron por pactos de honor* en este punto supremo: perecer todos en sus puestos, ó exterminar al insolente agresor: vosotros os asociaréis sin duda á tan santo compromiso: con ello cuenta el gobierno.

«Ningun hombre á quien su nacionalidad ó la impotencia física, no inhabiliten para empuñar las armas, puede excusarse á concurrir á la defensa de la patria, del hogar, del asilo de sus familias: á nadie exceptúa la autoridad.

«Firme en la justicia de su causa, fuerte en la conciencia de su poder, ningun recelo puede detenerlo; ni qué temería? Traidores? Los patriotas, los hombres de honor, jamás lo son; y si hay entre los defensores de la capital oriental, hombre alguno sin honor, ese amará bastante su vida para no pensar en ser traidor.

«Orientales! Defensores todos de la capital y su departamento! Confiad en el gobierno, confiad en el valor y la pericia del jefe distinguido que os manda, y os llevará á fácil y bien segura victoria: confiad en la hábil y vigorosa cooperacion del presidente del estado, que opera sobre los invasores; el triunfo será de todos:

de todos la gloria, y la patria afianzará para siempre, en un dia su independencia y quietud—Joaquin Suarez, Vice Presidente—Santiago Vazquez—Melchor Pacheco y Obes—Francisco Joaquin Muñoz.»

A este acto siguiéron inmediatamente muchos otros que cambiáron la faz de las cosas, dando rápido impulso, energía y animacion á los preparativos de defensa.

Se decretó la clausura del puerto de Montevideo á la comunicacion de los puntos dominados por el enemigo, tales como la Colonia, el Carmelo y demas pueblos del litoral del Uruguay.

La Guardia Nacional de Montevideo que constaba de un batallon, aunque muy numeroso, recibió una nueva forma; fué remontada con un batallon de la misma clase, venido de Mercedes con el coronel Pacheco y Obes y dividida en tres batallones que formaron una brigada, cuyo mando superior se confió al general don Rufino Bauzá, habiendo sido elevados á comandantes de dichos batallones, los ciudadanos don Lorenzo Batle del 1°, don José Maria Solzona del 2°, y don Francisco Muñoz del 3°. El coronel don Bartolomé Quintero, que mandaba el batallon de extramuros, y que por razon de su ancianidad no podia rendir el activo servicio á que el ejército era destinado, fué llamado al Estado Mayor y reemplazado en el mando de su cuerpo por el de igual clase don José Guerra, pasando el coronel don Felipe Lopez á tomar el del batallon núm. 5 que á él pertenecia.

Se creó un cuerpo de sanidad y se estableció un hospital de sangre, bajo la direccion del doctor don Juan Gualberto Tigrinbú, cuya dedicacion al alivio de los

heridos y enfermos, le valió mas adelante el aprecio y simpatías del ejército, y acabó por costarle la vida. Se organizó una comision militar á quien se sometió el conocimiento de los delitos de traicion contra el estado, quedando sujetos á su jurisdiccion, todos los habitantes del mismo sin distincion de clase ó condicion.

Los juicios de este tribunal debian ser verbales y sus sentencias inapelables. El general Alvarez fué su presidente.

Se declaráron traidores á la patria, á todos los orientales ó vecinos de la república que fuesen tomados con las armas en la mano ó con la divisa del ejército invasor, y se conmináron con la pena de ser fusilados por la espalda en el acto de su aprehension; debiendo publicarse los nombres de los que por tal delito fuesen ejecutados, en la órden general, y en todos los periódicos durante ocho dias, para su eterna ignominia: Se declaró igualmente que los oficiales y soldados arjentinos que desertaran del ejército invasor y se presentaran á las autoridades del estado, serian considerados como *buenos amigos del pueblo oriental*; que los individuos de tropa serian exceptuados de todo servicio despues de pagarles las armas y caballos con que se presentasen, y que los oficiales tendrian opcion á continuar en él bajo la bandera oriental, ó salir del país, segun fuese su voluntad.

Se nombró al coronel don Santiago Soriano para sustituir en el mando del batallon matrícula al de igual clase don N. Larrobla, incapaz ya de sostenerlo por su avanzada edad y sus achaques; y finalmente se creó un nuevo rejimiento de caballería con el núm. 4, cuyo man-

do superior se confirió al coronel don Manuel Freire.

Todos estos decretos fuéron expedidos, y la mayor parte de ellos puestos en práctica en el espacio comprendido desde el 6 hasta el 16 de febrero, al mismo tiempo que se dedicaba una atencion eficaz á otros diversos objetos.

Se mandáron entregar al estado mayor todos los cañones que habia á bordo de los buques nacionales, y se recojiéron todas las balas que existían en la capital.

Todos los jefes y oficiales retirados fuéron llamados al servicio.

Se aumentó el personal de los obreros destinados á las obras de fortificacion, hasta el número de ochocientos ó mil, de modo que este trabajo importante que hasta entónces habia progresado harto lentamente para la urgencia de las circunstancias, recibió un rápido impulso.

Se dotáron de brazos suficientes los talleres de la maestranza, y se proveyéron los materiales y útiles necesarios á los diversos ramos de su instituto.

Se mandáron construir vestuarios para el ejército, y se adoptáron otras medidas igualmente importantes relativas á la economía interior de la administracion y al sistema de defensa en general.

En el corto espacio que he indicado, se hizo en suma, cuanto humanamente era posible hacer.

Al paso que el gobierno consagraba una seria atencion á todos estos objetos de un órden superior, llevaba tambien su consideracion á todas aquellas exterioridades que podian contribuir de algun modo á exaltar el patriotismo de los ciudadanos y formar el espíritu mar-

cial de nuestros jóvenes soldados. Habiéndose mandado construir banderas y estandartes para todos los rejimientos, por un decreto expedido con fecha 9, se habia anunciado que el Ministro de la Guerra acompañado de las autoridades civiles y militares, de los ciudadanos notables del país invitados al efecto, y en presencia del comandante general de las armas, haria su solemne distribucion; y que las banderas y estandartes, llevarian corbatas rojas sin ninguna inscripcion, para que despues de la victoria pudiese inscribirse en cada una de ellas, el nombre del rejimiento á que hubiese pertenecido, sus hazañas durante la guerra y los nombres de los que hubieran vencido ó muerto con particular distincion; que desde que la república quedase libre de enemigos, las banderas se recojerian de los cuerpos y quedarían depositadas en las bóvedas de la Iglesia Matriz, donde solo se desplegarian en los dias clásicos de la república; y finalmente, que el rejimiento que perdiese su bandera seria disuelto. (a)

La ceremonia de la distribucion se fijó para el dia 14. Pero ántes de dar idea de ella, volveré por un momento á los primeros dias del mes.

El 5 á medio dia recibí órden de prepararme para marchar á la ciudad á las cuatro de la tarde con mi batallon, el cual, como se sabe, se hallaba en instruccion con los demas cuerpos de línea, en el saladero de Bertrand, sobre el arrollo «Miguelete.» Desde luego empecé á tomar mis medidas á fin de aparecer ante la po-

(a) Todas estas disposiciones han quedado sin cumplimiento. Despues de obtenido el triunfo nadie volvió á acordarse de ellas.

(Nota del autor.)

blacion de la ciudad con el mejor aspecto posible. El batallon estaba hasta entónces vestido, como todos los demas, del modo mas ridículo que es posible imajinar: su uniforme consistía en una camiseta de bayeta verde con cuello y vueltas coloradas, gorra de cuartel de la misma forma del *bonnet de police* de los franceses, aun que mucho mas alto, y un calzoncillo largo con fleco, tal como lo usan nuestros paisanos debajo del chiripá. Las camisetas eran cortas; de modo que ceñido el cinturon para asegurar la correa de la cartuchera y bayoneta, que eran cruzados, quedaba casi descubierta la manera ó abertura del calzoncillo. Se concibe pues, que semejante uniforme, no podia dar á los soldados un aspecto muy marcial. Sin embargo: el efecto desagradable que causaba la vista de cada hombre mirado en particular, desaparecía cuando el batallon estaba formado, especialmente si se veía de léjos, pues no permitiendo el conjunto el exámen de esos pequeños defectos, solo resaltaba la uniformidad.

Terminados mis preparativos, que consistiéron en hacer lavar las camisas y calzoncillos, pues que las armas estaban siempre limpias, me puse en marcha á la hora señalada, y entré en la ciudad, un poco despues de la oracion. El pueblo ansioso de conocer á los veteranos de cuarenta dias, á quienes, iba á confiar sus destinos, habia salido en gran número á recibirnos, y ocupaba todos los puntos de nuestro tránsito, desde la playa de la Aguada hasta el Cordon.

Un momento despues de haber entrado al local en que debíamos alojarnos provisoriamente, el general Paz vino á verme: me dió algunas órdenes acerca del ser-

vicio que debia proveer aquella noche; permaneció algunos minutos en observacion del batallon, y luego volvió á salir.

Yo le acompañé hasta cierta distancia del cuartel; y cuando estuvimos en la calle, «Gracias á Dios, dijo: he recibido un gran desahogo. Al fin he visto soldados!

«No puede usted imajinar, continuó dirijiéndose á mí, lo que he sufrido con estos batallones urbanos: no hay como conseguir de ellos el silencio, y eso me desespera.»

Efectivamente, mi batallon aun que tan nuevo, podia competir con los mas veteranos en punto á ciertas reglas de disciplina, especialmente en lo tocante al silencio que debe guardarse en la formacion, pues á ese respecto yo habia contraído un especial cuidado; y no es extraño que su presencia arrancase al general aquella exclamacion, pues ya hacía algunos dias que solo tenia contacto con los cuerpos urbanos, que todo el mundo sabe lo bulliciosos que son.

El 9, habiéndose recibido noticia de que el ejército enemigo estaba en Canelones, el general Paz resolvió concentrar en la capital los otros cuerpos de línea que habian quedado en el Saladero de Bertrand; y aun que con un tiempo muy lluvioso, viniéron en el mismo dia á la línea.

Tomáron tambien las armas los batallones de milicias y quedáron reunidos en sus cuarteles, de donde fueron sucesivamente saliendo segun las órdenes del general, para ir á establecerse en la trinchera en la forma que mas adelante indicaré.

Por una órden general de la misma fecha, ó de un dia ó dos despues, toda la infanteria se organizó en cuatro

brigadas, compuestas del modo siguiente: la primera del número 6 de línea y de los tres batallones de Guardia Nacional; la segunda del 5° de línea, Legion Argentina y batallon Matrícula; la tercera del 1° de línea batallon Libertad y batallon Union; y la cuarta, del 3° y 4° de línea y del batallon de milicias de Extramuros.

Nombráronse jefes de estas brigadas, al general don Rufino Bauzá de la 1ª, al coronel don Felipe Lopez de la 2ª, y al coronel don Santiago Labandeira de la 3ª: la 4ª quedó al inmediato mando del general en jefe.

La caballería que constaba de cuatro escuadrones de la Guardia Nacional de Extramuros, del escuadron escolta y del de lanceros de la libertad, se dividió para el mando entre el coronel don Faustino Velasco y el teniente coronel don Marcelino Sosa.

Arregladas las fuerzas de este modo, quedaron desde el dia 12 establecidas en la línea de fortificacion, en el órden en que habian de combatir y que mas adelante expresaré.

Algunos cuerpos se alojaron en las casas que se encontraron próximas á sus respectivos puestos, y los demas quedaron al raso mientras se construian galpones de madera para abrigarlos.

Aun que existía un Estado Mayor general que desempeñaba el coronel don Manuel Correa, como ya he dicho, se creó otro Estado Mayor que podemos llamar divisionario, para las tropas establecidas en la línea, y se dió este encargo al coronel don Indalecio Chenaut, que habia mandado hasta entonces los acantonamientos del saladero de Beltrand.

Correa quedó con su oficina dentro de la ciudad, al

lado del gobierno, mas bien como representante del general para dar celeridad é impulso á los trabajos del parque y maestranza y otros semejantes, que para ejercer las funciones de su ministerio.

Ya he dicho antes, cuanto contribuyó por su celo y actividad á proporcionar al ejército la artillería necesaria para las baterías de la línea.

El general don Tomás Iriarte que presidia los trabajos de la fortificacion, fué igualmente nombrado comandante general de artillería.

Llegado el dia 14 señalado para la distribucion de las banderas y estandartes, el ejército formó en la calle del 18 de julio apoyada la derecha en la puerta exterior de la antigua ciudadela.

No asistieron á la parada ni el cuerpo de artillería, ni el batallon de milicias de Extramuros, ni los escuadrones de caballería; por estar empleados en diversos servicios.

El general Paz mandaba personalmente la línea, y era acompañado del general Bauzá, jefe de la 1ª brigada, del general Iriarte, inspector general de los trabajos de fortificacion, y del coronel don Manuel Correa, jefe del Estado Mayor General.

A las cinco y media de la tarde apareció el ministro de la guerra, seguido de los miembros de la administracion de justicia, del jefe político del departamento de Montevideo y de varias otras autoridades civiles y militares y de un numeroso concurso de pueblo, y se colocó en un punto correspondiente al centro de la línea por la parte del frente, teniendo á su lado todos los pabellones que iban á distribuirse.

El general Paz mandó entonces formar en columna para desfilar, y roto el movimiento, fué á colocarse con su Estado Mayor al lado del ministro.

Cuando llegó á la altura de éste, el primer batallon de la 1ª brigada que formaba á la cabeza de la columna, hizo alto, y su comandante se presentó á recibir el pabellon que le estaba destinado.

El ministro, al entregárselo en nombre del gobierno de la República, le dirijió una breve alocucion, en la que despues de manifestarle los deberes que imponia la defensa y conservacion de aquel sagrado depósito, terminaba exponiendo el deseo de que su batallon correspondiese á las esperanzas de la patria.

El comandante respondió á este discurso, con palabras análogas al objeto, y volviendo á colocarse al frente de su cuerpo, continuó la marcha.

Llegó en seguida el batallon 2° de la misma brigada; y tuvo lugar la misma ceremonia la cual fué sucesivamente repitiéndose con todos los batallones del ejército.

Las alocuciones del ministro como encaminadas á un solo objeto, contenian siempre los mismos conceptos sin mas diferencia entre ellas, que las que provenia de la variedad de voces con que eran expresadas.

Sería pues fastidioso reproducirlas aquí por la monotonía que de ellas resultaría; pero no puedo dejar de dar un extracto de la que fué dirijida al comandante del batallon Libertad, por la circunstancia especial de que hablaré en seguida.

Cuando se presentó el comandante de dicho batallon que lo era el teniente coronel don Manuel Martinez

(arjentino), el ministro le dijo: « Esta es la bandera « que la república destina al batallon Libertad: *bajo de « sus colores no se abrigan traidores*, y por eso los que « existían en el batallon Libertad huyeron cuando ellos « se aproximaron. « No duda el gobierno de la repú- « blica, que las bayonetas del batallon Libertad, serán « de las primeras en teñirse en la sangre de los dego- « lladores. »

Este batallon habia formado parte de la legion de policía que mandaba el coronel don José Antuña, pasado pocos dias antes al enemigo; y al incorporarse al ejército en la línea de fortificacion, habia tomado la denominacion de *Libertad.*

Al hecho de la desercion de Antuña aludia exclusivamente el ministro, cuando en la alocucion que he copiado, hablaba de traidores; pero sus palabras se convirtieron poco despues en una especie de profecía.

El comandante Martinez, algunos meses despues de establecido el asedio, se pasó tambien al enemigo, con la circunstancia notable de no haber podido hacerse seguir de ninguno de sus soldados que fueron siempre ejemplares por su valor y lealtad.

Cuando se entregaron las banderas á los últimos batallones de la columna, el tiempo que estaba encapotado y amenazador empezó á descargar sobre nosotros con furioso estrépito; y los discursos pronunciados entonces al dar ó recibir los estandartes, fueron acompañados de relámpagos y truenos, como si el cielo hubiese querido solemnizar con su intervencion el compromiso contraido en aquel momento por los guerreros de la República, de defender su libertad á todo trance.

A medida que los batallones habian ido recibiendo sus banderas, se habian retirado á sus cuarteles, segun lo habia dispuesto el general; de modo que aun que al ruido de la tormenta, siguió luego una copiosa lluvia, fueron pocos los que tuvieron que sufrirla.

El acto fué magnífico. Mientras él duró, habia reinado en el ejército y en la inmensa multitud de pueblo reunida, un silencio profundo, que solo habia sido interrumpido por los vivos y aclamaciones que cada jefe de batallon, habia hecho dar al suyo al aceptar el depósito de los colores simbólicos de la independencia y soberanía de la Nacion; y el aspecto pavoroso del cielo habia contribuido á darle mayor solemnidad.

Al dia siguiente, el general dirigió al ejército la siguiente proclama:

« Compañeros! « Las banderas que os ha entregado « el gobierno de la República, son un presente valioso « para el guerrero: al hacerlo, os hablo en nombre de « la humanidad y civilizacion, y no trepído en asegu- « rarle en el vuestro, que respondereis con la victoria.

« ¡ Soldados! En cuatro campos de batalla he com- « batido contra esa misma tiranía que os amenaza; con- « tra esas mismas bandas de asesinos que invaden vues- « tro suelo: en todos ellos ví triunfante el pabellon de « los libres, el mismo que acaba de ser confiado á vues- « tro valor y flameará en vuestras manos con igual « esplendor el dia que lo despleguemos delante de las « hordas con que quiere conquistaros el traidor y os- « curo teniente de Rosas, porque el poder de los hom- « bres de libertad y civilizacion, es superior al de los

« esclavos de un tirano, siempre que el desórden no
« destruya las ventajas del valor y el entusiasmo.

« Soldados: órden, constancia y subordinacion es lo
« que necesitamos para vencer: órden constancia y
« subordinacion es todo lo que exije de vosotros, vues-
« tro general y amigo—José M. Paz. »

Dejemos ahora la plaza con su defensa casi organizada, entregada al patriotismo y decision de sus defensores, y veamos como se ha conducido el ejército enemigo desde la batalla del Arroyo Grande, y que fruto ha sacado de su victoria.

CAPITULO III

Degollacion de los prisioneros del Arroyo Grande—Proclama de Oribe á los habitantes de la República—Pierde tiempo—Nuevas crueldades que comete en su tránsito por el territorio de la misma—Resistencia que engendra su política sanguinaria--Recibe refuerzos de Rosas—Su llegada al Cerrito de la Victoria—Estado en que se encuentra la defensa de la plaza en ese dia (16 de febrero de 1813).—Generala—Espíritu de sus defensores.

Oribe solemnizó su triunfo del Arroyo Grande, con la muerte de todos los oficiales prisioneros, y de muchos individuos de las clases inferiores; homenaje sangriento tributado á la sevicia del bárbaro tirano que representaba, en señal de adhesion á su infernal sistema.

Mas de cuatrocientos de estos infelices fueron desapiadadamente degollados, sin que ninguna de las consideraciones humanas, que entre las naciones cultas garanten la vida del soldado rendido, se hubiesen invocado en su favor; y lo que es mas abominable, se inventaron tormentos inauditos para hacer mas angustiosas y terribles sus últimas horas.

Citaré algunas de las víctimas que fueron allí sacrificadas, con las circunstancias que acompañaron su suplicio, para dar una idea aunque imperfecta de aquella carnicería humana.

Al coronel Henestrosa, despues de haberle cortado

las orejas y dádole tajos profundos en la carne, lo castraron vivo; en seguida lo mataron á bayonetazos, y despues de muerto le sacaron una larga tira de la piel del cuerpo. El mayor don Estanislao Alonso, fué muerto á palos, y el de igual clase don Jacinto Castillo; el capitan don Augusto Martinez y el alférez don Luis Lavagra, á golpes de sable.

El teniente Arismendi, fué castrado y seguidamente degollado. El teniente Acosta, fué *desollado vivo:* este valiente rindió la vida gritando: viva la libertad!

Muchos otros oficiales orientales, jefes y oficiales correntinos, y gran número de sargentos, fueron igualmente degollados.

Solo escaparon á la muerte, los individuos de tropa, en clase de cabos y soldados, los cuales fueron destinados á los batallones del ejército. (1)

Las víctimas eran conducidas al lugar del suplicio, en grupos de á veinte ó mas hombres, con los brazos fuertemente ligados por la espalda, seguidos de un degollador y de la correspondiente escolta; y cuando llegaban al sitio fatal, el verdugo los empujaba con violencia, les hacia caer de bruses y separaba las cabezas de los troncos.

(1) El resultado de esta importante victoria, ha sido quedar en el campo de batalla mas de 2000 salvajes muertos, y 1500 prisioneros, toda la artillería y material del ejército; siendo entre los prisioneros el titulado general Avalo, coroneles Baez, Henestrosa, Mendoza, sobrino del pardejon Rivera (*) Morillo, el secretario de Mascarilla y mas de 50 jefes y oficiales que en el acto fueron ejecutados.

(Carta del coronel Gerónimo Costa, escrita al fraile Aldao á Mendoza desde el campo de batalla con fecha 7 de diciembre).

(*) Así llamaba la prensa de Buenos Aires al general Rivera.

(N. del A.)

Los cuerpos quedaban insepultos para servir de pasto á las aves carnívoras.

Estas atrocidades sin ejemplo en los anales militares de la civilizacion, empezaron el mismo dia 6 de diciembre despues de concluida la batalla, y continuaron por tres ó cuatro dias mas, segun que las fuerzas destacadas en persecucion de los dispersos, iban regresando al cuartel general con los prisioneros que habian hecho; y como si ellos no hubieran bastado para dar al pueblo oriental una idea cabal de lo que tenia que esperar de tales mónstruos, con fecha 16 publicó Oribe una proclama dirijida á sus compatriotas, concediendo una amnistía á todos los que quisiesen acojerse á su *clemencia*, y conminando con el exterminio y la muerte á los que osasen resistirle.

En la meditacion ó en la práctica de estas crueldades, perdió el tiempo que hubiera debido emplear en seguir la huella de los vencidos, para recojer el fruto que se prometía de su victoria; y no pasó el Uruguay hasta el dia 27, cuando ya el general Rivera, habia logrado reunir un nuevo ejército, y preparádose todo el país á una resistencia formal.

Su tránsito por el territorio oriental, desde el pueblo del Salto, frente al cual verificó el pasaje hasta Montevideo, fué marcado con crímenes horrendos.

Sus soldados, no respetaron ni el sexo ni la edad. Degollaron sin misericordia y sin distincion, á todas las personas que cayeron en su poder, de los que seguian al ejército del general Rivera; y muchos estranjeros, habitantes pacíficos de la campaña, sufrieron la misma suerte, sin mas motivo que el ser sospechados

de adhesion al gobierno de la República. Saquearon los ganados de las estancias de varios patriotas y en particular los del general Rivera, entregando á las llamas sus poblaciones; violaron mujeres que despues asesinaron; profanaron templos; y para decirlo todo de una vez, cometieron todo linaje de horrores.

Por estos medios creía Oribe abatir el brio de los orientales y asegurar la sumision del país; pero los resultados de su conducta sanguinaria, fueron contrarios á su espectacion.

Nadie pudo ser indiferente á los ultrajes de la patria. Inflamados los pechos de todos los ciudadanos con el justo sentimiento de indignacion que tales vejámenes producia, apenas recobrados de su primer espanto, acudieron como ya se ha visto, á alistarse bajo la bandera de la defensa; siendo de notar que con muy raras escepciones, fué unánime la desicion que en este sentido manifestaron los hombres que en otro tiempo habian pertenecido al partido político que Oribe representaba.

Las familias, poseídas de terror, huyeron tambien despavoridas á buscar la proteccion de nuestras armas, dejando sus casas abiertas, sus haciendas abandonadas, y contribuyeron así á ofrecer al enemigo, un testimonio elocuente de la voluntad de todo el país á resistirlo.

Oribe que creía cosa muy fácil dominar la campaña, apesar de los esfuerzos que pudiese oponerle el general Rivera, en razon de ser dueño de una numerosa caballería, determinó apoderarse antes que todo de la capital, que era el objetivo de sus operaciones, y á ella se encaminó con todas sus fuerzas concentradas.

Ya hemos visto como Rivera evitó su encuentro en el departamento de Canelones.

El 16 de febrero de 1843, se presentó delante de Montevideo con toda la jactancia del que se considera poderoso é invencible.

Al llegar al Cerrito de la Victoria, donde estableció su cuartel general, enarboló el pabellon argentino é hizo una salva de veinte y un cañonazos, con cuya demostracion quiso sin duda indicar á los pocos de sus parciales encerrados dentro de la plaza, què podian cantar victoria, y á los que la defendían, que era necesario doblar la cerviz ante aquel símbolo de una nueva soberanía.

Su ejército habia sido reforzado en ese mismo dia ó en el anterior, con una brigada de 1200 hombres de infantería y cuatro cañones, que poco antes habia desembarcado en la Colonia á las órdenes del general don Antonio Diaz con procedencia de Buenos Aires; y si á este aumento se agrega el que le habia dado con los prisioneros del Arroyo Grande, y con algunos partidarios que habia logrado reunir en el pais, sus fuerzas debian ascender á trece mil hombres (13,000) por lo menos, organizados del modo siguiente:

Infantería	3500
Caballería	9000
Artilleros	500

Treinta cañones y 2 máquinas de cohetes á la congreve.

Una escuadra de cinco buques, bajo el mando del Almirante don Guillermo Brown, se hallaba tambien

hacía dias anclada á corta distancia del puerto, dominando su entrada y todo el litoral de la ciudad.

Entre tanto la plaza no estaba del todo preparada para resistir la accion de elementos tan poderosos.

Las obras construidas para su defensa, constaban como todas las de su clase, de un parapeto, una banqueta, una bizma, un foso y un glácis: el parapeto tenia mil quinientos pasos de longitud comprendidos sus diversos ángulos, y terminaba por ambos estremos en el rio; su altura era de siete pies y sus revestimientos de ladrillos.

Pero de todas estas obras, no habia el 16 de febrero ninguna totalmente concluida, no obstante que desde el dia 9 cuarenta hombres de cada batallon ó regimiento habian concurrido diariamente á los trabajos, con los ochocientos ó mil obreros especialmente ocupados en ellos.

Hácia el centro de la línea, el parapeto solo tenia los cimientos formados en una estension de mas de doscientos piés; y en varios otros puntos, aunque mas adelantado, estaba todavia en obra.

El foso, del que para abreviar el trabajo, solo se habia dado nueve piés de boca, no estaba completamente escabado: en algunos lugares, no tenia mas de dos piés de profundidad. La banqueta, no habia sido terminada; y si en algunas partes estaba, era tan imperfectamente, que un granadero colocado sobre ella, no podia apuntar su fusil sinó por elevacion.

El glácis, no era mas que un hacinamiento de tierra informe, y en partes tan inútil, que dejaba descubierta la cara exterior del parapeto.

Por el lado de la campaña, y como veinticinco ó treinta pasos del glácis, se habia colocado una estacada que debia cubrir todo el frente de la línea, pero que aun no estaba terminada: tenia nueve piés de ancho, y se componia de pequeñas estacas hechas de duelas de pipa ó de barril clavadas muy superficialmente, y de media vara de largo poco mas ó menos cada una.

En el espacio comprendido entre la estacada y el glácis, á falta de mantas ó abrojos militares, (1) se habia cubierto el terreno de pedazos de vidrios y otras materias igualmente ofensivas.

En todos los ángulos salientes y en otros puntos del parapeto, se habian abierto cañoneras para establecer baterías; pero en la mayor parte de ellas, no solo no se habian colocado los cañones, sinó que ni aun se habian hecho las esplanadas: no pasaban de treinta las piezas que estaban en posicion; y de estas, algunas montadas en ajustes de marina.

Habia ademas dos lanchas cañoneras situadas en el fondo de la baía, en apoyo de la extremidad izquierda de la línea con una carronada de á 18 cada una.

Se habia creido conveniente defender el Cerro como punto de comunicacion con la campaña, y lugar de forrajes para nuestras cabalgaduras; y la antigua fortaleza que se ostenta sobre su cúspide, fué artillada con tres ó cuatro piezas de distintos calibres.

Dos lanchas cañoneras fondeadas cerca de la costa,

(1) Abrojos militares—tríbulos—instrumentos de hierro armados de 4 puas, usados en la antigua milicia para impedir el paso al enemigo, y especialmente á la caballería esparciéndolos por el campo. Se suple aunque imperfectamente este género de defensa, con vidrios, estacas, etc. etc.
P.

debian mantener su comunicacion con la ciudad y servirle de apoyo en algunos casos.

Consiguientemente se decidió la ocupacion de la pequeña Isla de Ratas, situada en medio del puerto en la línea de comunicacion entre el Cerro y la ciudad, y en ella se habia colocado dos piezas de artillería. En cuanto al personal de la defensa, como ya he dicho en otro lugar cũal era su organizacion, me limitaré aquí á presentar un estado general de su fuerza aproximativa el expresado dia 16, con exposicion de los jefes que mandaban los cuerpos, la composicion de estos, su estado de instruccion y disciplina, y los puntos que ocupaban en la línea.

GEFES DE BRIGADA	B'GADA	COMANDANTES DE BATALLONES Ó ESCUADRONES	BATALLONES DE LÍNEA	BATALLONES DE MILICIAS	ESCUADRONES DE LÍNEA	ESCUADRONES DE ES'MUROS	FUERZA	TOTAL
General D. Rufino Bauzá	1ª. .	C'nel. D. Cárlos San Vicente	6º	1º Guardia Nac.			425	5397
		T'te. C'nel. D. Lorenzo Batlle	»	2º			800	
		Id D. José Solzona . . .	»				200	Artilleria
		Id D. Fran'co. Muñoz.	»	3º			250	de plaza 600
Coronel D. Felipe Lopez	2ª. .	C'nel. D. Felipe Lopez	5º				470	C. Paz. . 140
		Id D. Snt'go. Soriano.	»	Matrícula. . .			350	
		Id D. J. M. Alvariños.	»	Legion Arg. .	. . . . . .	. . . . .	500	6087
Coronel D. Santiago Lavandera	3ª. .	C'nel. D. S. Lavandera	1º				250	
		Id D. Ramon Sagra . .	»	Union.	. . . . .		300	PLANA MAYOR
		T'te. c'nel. D. Manuel Martinez	»	Libertad . . .	. . . . .	. . . . .	200	C'dte. General
Sin gefe	4ª. .	T'te. C'nel. D. Juan Organ.	3º				492	Gefe de E. M.
		Id D. César Diaz . . .	4º				465	
		C'nel. D. José Guerra.	»	Estramuros. .	. . . . .	. . . . .	400	José M. Paz.
Coronel D. Francisco Velasco. . . .	5ª. .	C'nel. D. Ramon Freire	»	»	4º		180	
		Mayor D. Luis Silva. .	»	»	Éscolta		139	
		C'nel. D. F. Velasco.	»	»	Lanceros	1º Estramuros	150	
		T'te. c'nel. graduado D. Francisco Tajes.	»	»	»	2º	100	
		Id D. N. N.	»	»	»		110	
		Id D. Marcelino Sosa.	»	»	»	3º	95	
							5397	

Los batallones de línea, el escuadron de artillería lijera, y el de lanceros de la libertad, se componian de hombres de color, naturales del país ó africanos; y los de milicias, si se eceptúa la Legion Argentina que pertenecia á esta nacionalidad, constaba de orientales y españoles. La caballería, toda era del país.

Las milicias, aun que organizadas desde algun tiempo antes, carecian absolutamente de instruccion en el ejercicio y maniobras de sus respectivas armas, no solo por que habian tenido muy pocos ejercicios doctrinales, sinó por que en los momentos de presentarse el ejército de Rosas delante de la ciudad, se habian remontado con multitud de gente que habia sido compelida al enrolamiento y que jamás habia tenido una arma de fuego en las manos.

La misma ó mayor ignorancia padecian, como debe suponerse, en lo relativo á las obligaciones del servicio.

Los cuerpos de línea, eran los mas aventajados, lo que no era estraño, pues además de haber tenido cuarenta dias de constante escuela, debian ser por la naturaleza de su institucion, mas susceptibles que aquellos, de los preceptos de la disciplina.

Su estado era bastante bueno con relacion al tiempo que tenian de existencia: maniobraban regularmente, habian hecho muchos ejercicios de fuego, habian tirado dos ó tres veces al blanco, y sobre todo eran subordinados.

Pero les faltaba la costumbre de oír el silvido de las balas enemigas que es lo que complementa la educacion del soldado.

La primera brigada ocupaba la derecha de la línea,

la segunda el centro y la tercera la izquierda: la cuarta era de reserva, y por consiguiente, no tenia punto determinado en la trinchera. Los artilleros estaban diseminados por compañías ó pelotones en todas las baterías, para hacer en ellas un servicio permanente; y la caballería ocupaba una posicion central á retaguardia, desde la cual estaba destinada á acudir á cualquier punto de la línea que el enemigo lograse forzar.

Cuando el toque de generala anunció á la poblacion que el ejército enemigo estaba á su frente, todos los que pertenecian á cuerpos, ó que tenian puestos señalados, corrieron á ocuparlos.

No se vió en ninguna parte la menor muestra de tibieza ó desaliento.

Aun aquellas personas que por su edad ú otros motivos, estaban exhonerados del servicio de sangre y que ocupaban destinos pasivos en la administracion interior de la ciudad, queriendo participar con sus compatriotas, de los peligros del ataque que en aquellos momentos consideraban inminente, acudieron tambien á la línea de defensa; y creo que puede afirmarse sin temor de exajerar, que á escepcion de las mujeres y los hombres postrados por enfermedades, nadie quedó bajo los techos de los edificios.

Aun que los deberes de la neutralidad, obligaba á los estranjeros á evitar toda especie de demostracion que pudiese comprometer la política de su gobierno, no por eso dejaron de manifestar profundas simpatías por la causa que defendíamos; y en todo cuanto era conciliable con la exterioridad de aquellos deberes, se mostraron dispuestos á servirla.

El general don Juan Pablo Lopez que habia sido gobernador de Santa Fé y que se hallaba accidentalmente en Montevideo, todavia convaleciente de una grave enfermedad, se presentó al general Paz con dos ayudantes que conservaba, ofreciéndole sus servicios en clase de simple soldado; y otro tanto hizo ante el ministro de la guerra, el glorioso soldado de Junin, coronel (arjentino) don V. Isidoro Suarez á pesar de hallarse en muy mal estado de salud.

En suma, este era el espíritu que animaba á todas las clases de la sociedad.

Aunque no era probable que el enemigo intentase nada sério el mismo dia sobre la plaza, se dieron sin embargo, las disposiciones necesarias para recibirlo.

El general Paz se trasladó á la azotea de la casa que servia de alojamiento á mi batallon, la cual estaba situada en el centro de la línea y en la parte mas elevada del terreno; y desde allí dominaba con el anteojo todos los caminos que conducian desde el Cerrito á la ciudad; podia observar los movimientos del enemigo, y estaba en aptitud de dar con oportunidad sus órdenes.

A no ser pequeñas partidas, ninguna fuerza hubiera podido acercarce á nuestra línea sin ser descubierta.

Los cuerpos tomaron colocacion tras del parapeto ó en los puntos señalados á la reserva; y en esta disposicion permanecimos algunas horas.

A las dos de la tarde habiéndose reconocido que el ejército enemigo estaba campado sin ninguna apariencia de movimiento, se dió órden de poner las tropas en descanso, con prevencion, sin embargo, que nadie podia

separarse de su puesto, ni aun por diez minutos bajo la mas severa responsabilidad.

Entonces tambien descendió el general de la azotea en que se hallaba, dejando en ella establecido un telégrafo que allí mismo improvisó, cuya direccion confió por el momento al coronel don Manuel Rojas, pero que muy luego quedó á cargo del teniente coronel don Ramon de Lista, quien lo conservó con una constancia admirable hasta la conclusion de la guerra. El telégrafo consistía en una combinacion de banderas, semejante á la que se usa en los buques de guerra.

Algo mas tarde, los espias corroboraron las observaciones del tal telégrafo (nombre que se le dió por todos durante el sitio) á cerca de la tranquilidad del campo enemigo, y desde luego no quedó duda de que no seríamos tan pronto molestados.

El resto del dia pasó sin novedad; y durante la noche inmediata, los artilleros permanecieron sobre las esplanadas de las baterías con las mechas encendidas, la infantería descansando en su misma formacion sin dejar las armas de la mano, la caballería con los caballos ensillados, y todo prevenido para el caso en que el enemigo intentase un ataque por sorpresa.

CAPÍTULO IV

Empieza el servicio de descubierta—Modo de hacerlo—Emboscada—Ocurrencia singular—Defecciones—Demolicion de los edificios inmediatos á la línea para despejar su frente—Estratagema de los enemigos sin ningun resultado—Insurreccion del batallon Extramuros; medidas tomadas por el general para reducirlo sin violencia: se le recojen las armas—Los desertores nos hostilizan—Iluminacion del frente de la línea.

El 17, poco despues de haber amanecido, tres batallones salieron á hacer la descubierta, uno por la derecha, otro por el centro y otro por la izquierda.

A cada uno de ellos se le dió la órden de salir á descubrir, sin determinarle la estension del terreno que habian de recorrer, ni el tiempo que habian de permanecer fuera de trincheras.

El batallon del centro fué el mio, que tuvo el honor de ser designado para la primera descubierta, como lo habia tenido ya de establecerse antes que ningun otro en la línea de fortificacion.

Los de la derecha y la izquierda fueron el 1° de guardia nacional y el 1° de línea.

La eleccion hecha de mi batallon, entre los demás del centro para la primera salida, me llenó de satisfaccion; pero dió tambien ocasion á un incidente desagradable cuya impresion conservé por muchos dias. Diré el motivo.

La tarde anterior se habia formado del batallon Extramuros y del 4° que yo mandaba, ambos pertenecientes á la cuarta brigada, que no tenia jefe como ya he dicho, una columna de reserva á las órdenes del coronel don José Guerra, la cual se situó á cincuenta pasos del cuartel general, donde pasó la noche.

Al amanecer del 17, un ayudante del general vino hácia nosotros y previno al coronel Guerra que el batallon 4° estuviese pronto para salir.

Yo estaba en ese momento hablando con Guerra y oí la órden tan clara y distintamente como él, de modo que no tuvo necesidad de repetírmela.

Yo habia puesto un prolijo esmero en la educacion de mi cuerpo; y nada descuidaba de cuanto podia servir á formar ó perfeccionar su espíritu marcial; y en este propósito, luego que supe que estaba destinado á hacer talvez el primer ensayo de nuestras armas, juzgué conveniente verificarlo, llevando la bandera que dos dias antes se nos habia dado.

Propuse la idea al coronel Guerra á cuyas órdenes me hallaba, y no habiendo manifestado por su parte ningun reparo, mandé una mitad de la compañía de carabineros á traerla del cuartel, que distaba cien pasos del punto en que nos hallábamos.

Cuando volvió la mitad, trayendo la bandera, la recibí con los honores de ordenanza, aunque sin alterar el órden de colúmna que tenia el batallon.

El general habia presenciado todo el acto desde su cuartel general, sin decir una palabra; pero inmediatamente despues de haber sido colocada la bandera en la

columna, se asomó á la puerta de la calle y dijo en alta voz: *que salga ese batallon y se deje de piruetas.*

Semejante inmerecido apóstrofe, me lastimó profundamente, no solo por su tendencia á desprestijiar el acto á que yo daba tanta importancia en aquellos momentos, sinó por que yo no habia recibido otra órden que la de estar pronto, y á esa órden no habia faltado.

Indignado como era natural, de un reproche tan rudo como gratuito, pedí al coronel Guerra, tambien en alta voz; que como jefe de la columna de que mi batallon hacia parte, fuese á rectificar el concepto del general á cerca de la órden que se me habia comunicado; y este oficial superior tan disgustado como yo de aquella ocurrencia inesperada, se prestó facilmente á mis deseos, é hizo presente al general la equivocacion que habia padecido.

El general se limitó á contestar algunas palabras calculadas para desvanecer la mala impresion que me habia hecho con sus gritos, sin confesar su falta, y despachó al coronel Guerra con la órden de hacer salir mi batallon.

Cuando volvió este á donde yo estaba, me dijo: no ha habido mas que una impertinencia del general, que sin duda ha amanecido de mal humor: marche usted á hacer la descubierta y tenga paciencia.

En el acto hice echar armas al hombro y salí. Al pasar por delante del cuartel general, Paz se asomó á la puerta y con un tono muy amable me dijo: Comandante, descubra usted bien, eh! Yo no conocia absolutamente el terreno que iba á descubrir; y aun que cortado en todas direcciones por zanjas, cercos de pitas, arboledas

y otros objetos semejantes de que el enemigo hubiera podido aprovecharse para hacerme caer en alguna emboscada, avancé sin trepidar hasta las *Tres Cruces;* punto distante de nuestra línea como unas veinte y dos cuadras, impulsado por el agravio que acababa de recibir.

Confieso que en aquel momento desiée vivamente encontrar alguna fuerza enemiga; pero creo tambien que si tal hubiera sucedido, mi poca práctica del terreno me habria hecho pagar caro mi deseo.

Felizmente, nada sucedió, y al cabo de una hora regresé á la línea sin ninguna novedad. Los batallones destinados á descubrir por la derecha y por la izquierda, avanzaron por sus respectivos frentes, y tan incautamente como yo lo habia hecho, á una distancia proporcionada, sin haber encontrado tampoco ninguna dificultad.

Terminada la descubierta, salió toda la caballería para forrajear y establecer una línea de guardias avanzadas.

Desde dos horas antes de amanecer el ejército todo estaba formado en la trinchera, y no se mandó poner en descanso hasta que estuvo concluida la descubierta y establecidas las avanzadas.

Esto mismo se observó invariablemente en lo sucesivo. El toque de diana indicaba el momento de formar, y una señal puesta en el telégrafo, el de hacer pabellones. La caballería, se mantuvo fuera de la línea hasta la oracion, hora en que fué reemplazada por diversos piquetes de infantería que con el nombre de

Escuchas, fueron destinados á cubrir nuestro frente durante la noche.

La descubierta y servicio exterior del 18 se hizo en la misma forma aunque no con el mismo resultado.

Por cada uno de los costados de la línea, salió un batallon; y por el centro, la compañía de granaderos de la Legion Argentina y dos Escuadrones de caballería á las órdenes del teniente coronel don Marcelino Sosa.

Las tropas de las alas, se retiraron sin novedad, despues de haber reconocido un buen espacio de terreno por sus frentes respectivos; pero las del centro hubieron de experimentar, que ya no era posible salir impunemente fuera de las trincheras.

Los granaderos argentinos y la caballería marchaban con las precauciones necesarias por la calle principal del Cordon, registrando cuidadosamente las calles y cercos de aquella pequeña poblacion, cuando de repente un batallon enemigo que estaba emboscado en un gran galpon situado al lado del edificio llamado el *Cristo*; se presentó en medio del camino dando vivas y disparando algunos tiros.

A su aspecto, los legionarios que eran soldados visoños, se intimidaron y huyeron, siendo imitado su ejemplo por la caballería, que aun que compuesta de gente animosa y bien determinada, no podia lidiar contra la infantería en un terreno tan favorable para esta arma.

Los enemigos entonces lanzaron tras de ellos, un piquete de caballería que los persiguió hasta la inmediacion de nuestra línea.

Una de nuestras baterías, enfilaba el camino en que tenia lugar esta escaramuza; y hubiese podido aprove-

char un buen tiro, si se le hubiese despejado á tiempo la calle; pero no sucedió así por desgracia, y los enemigos despues de haber logrado en parte su objeto, se retiraron cubiertos por los edificios y cercos de las quintas inmediatas.

El comandante Sosa, tuvo sin embargo, ocasion de ostentar su valor, atacando individualmente al oficial de la caballería enemiga en presencia de nuestro ejército, y descargándole á quema ropa un tiro de pistola que no sé si llegó á ofenderle resultando él mismo levemente herido de un golpe de lanza.

Cuando la compañía de la Legion Argentina volvió á la línea, el general la hizo formar, y en un pequeño discurso que le dirigió, afeó su conducta aunque en términos muy moderados y con toda aquella consideracion que merecia una tropa compuesta casi en su totalidad de personas distinguidas por su nacimiento y educacion, y enteramente estraños á las escenas de la guerra, concluyendo por exhortarla á conducirse en otra ocasion con mas despejo y serenidad.

Casi todos oyeron con resignacion esta reprimenda aunque en su conciencia no la creyesen merecida; pero habia entre ellos un tal Berro (don Pedro) que no fué tan paciente como sus compañeros porque era tal vez el que mas se habia asustado. Luego que el general acabó de hablar, tomó la palabra y dijo: « Señor, nosotros no somos hombres para salir á pelear fuera de trincheras, por que todos tenemos mugeres ó hijos; aqui detras del parapeto podemos servir de algo.... Iba á continuar, pero el general, le interrumpió bruscamente, viendo en su discurso un síntoma de insubordinacion

que demandaba una pronta y severa reprension. Le dirijió particularmente algunas palabras sumamente duras, y le hizo conducir en el acto fuera de la línea con órden de entregarlo al teniente coronel Sosa para que lo colocase en el punto en que hubiese mayor peligro. Felizmente para él, los enemigos se habian retirado y no tuvo gran riesgo que correr.

Durante muchos dias, Berro fué el objeto de las bromas de sus compañeros y el tema de todas las conversaciones. El pobre habia obrado en aquella ocasion con toda la candidez de su alma, sin sospechar siquiera que era actualmente soldado, y que en su calidad de tal, la obediencia pasiva era su primer deber. Por lo demas era hombre de escelentes calidades: buen ciudadano, buen padre de familia y exelente amigo.

Despues de esta ridícula operacion, que no tuvo otro resultado que el de aterrar momentaneamente á cuarenta reclutas milicianos, los enemigos no volvieron á presentarse en algunos dias al frente de nuestras obras: se mantuvieron concentrados en su campamento del Cerrito, sin desprender mas fuerzas que algunos escuadrones de caballería con que interceptaban nuestras comunicaciones con la campaña y trataban de impedir diariamente nuestro servicio de forrages. Sin embargo, en la noche del 20 ó 21 hubo en nuestra línea, una alarma general, causada por la debilidad ó la ilusion de un soldado, y de efecto tan singular, que al paso que llenó de consternacion á la poblacion de la ciudad, debió exitar la risa del ejército contrario. Es el caso que un centinela de la brigada del guardia nacional, colocado á la extrema derecha de la línea, á eso de las siete

de la noche, creyó distinguir á corta distancia del parapeto, algunos bultos que avanzaban cautelosamente hácia el punto en que él se hallaba; y habiéndole dado el *¿quien vive?* sin obtener ninguna contestacion, disparó su arma. Los centinelas que seguian, á cortos intérvalos, á lo largo de la cortina, sin detenerse á examinar cual podia haber sido la causa de aquel tiro, hicieron tambien fuego. El ejemplo de los centinelas, fué imitado por el batallon mas próximo; á este siguió el inmediato, y sucesivamente fué comunicándose el fuego de cuerpo en cuerpo con tanta rapidez, que al cabo de diez minutos, los que tenian colocacion en el parapeto fueron contaminados. Hacian fuego graneado y tan sostenido, que era difícil persuadirse que no habia ningun enemigo al frente. Solo la artillería y los batallones de reserva quedaron exentos de esta batalla imajinaria. Yo habitaba las piezas altas de la casa del telégrafo, donde como se sabe estaba alojado mi batallon, y me disponia ya á salir para ir á situarme en el punto en que debia pernoctar, cuando empezó el fuego. A los primeros disparos me asomé á un balcon que daba frente á la derecha de la línea, con el teniente coronel don Cárlos Paz que en ese momento se hallaba conmigo, y ambos tuvimos ocasion de presenciar el oríjen del fuego y su rápida progresion. Desde luego comprendimos lo que aquello significaba; y tratando de remediar el mal ya que no habia sido posible evitarlo, empezamos á dar voces al batallon de matrícula que estaba á nuestros pies para que cesase el finjido combate—¿A quien tiran? gritábamos—Si no hay enemigos ningunos? Alto el fuego! alto el fuego!

Pero éra tal el encarnizamiento de los soldádos de aquel cuerpo, que nada oían y seguian imperturbables quemando cartuchos y dándose entusiastas vivas á si mismos. Al fin, la ausencia absoluta de toda especie de hostilidad, y los esfuerzos de los jefes y los oficiales, lograron apagar el fuego y restablecer el órden simultáneamente en toda la línea.

Puede juzgarse de la duracion de este alboroto y de la impresion aflijente que produciria en la ciudad, por el hecho que sigue.

El comandante del *Batallon Libertad*, don Manuel Martinez, de quien he hecho mension especial en el acto de la distribucion de las banderas, mandó un ayudante al estado mayor á pedir municiones, despues de haber consumido todas las que tenia. Su cuerpo debia estar provisto de municiones á cerca de tres paquetes por hombre cuando menos; y si se supone que cada hombre tiró tres tiros por minuto, tomando un término medio entre la mayor y menor velocidad, resultaria que en 10 minutos quemó todos sus cartuchos: el fuego debió durar de nueve á once minutos.

El general visitó al dia siguiente á todos los cuerpos que habian tomado parte en el tiroteo, á escepcion del batallon Libertad, y reconvino privadamente á los jefes de ellos, por no haber alcanzado su autoridad á evitar tan vergonzoso escándalo. En cuanto á aquel batallon, cuyo jefe se habia tan ridículamente señalado, su enojo fué terrible; y si lo esceptuó de la forma en que habia correjido á los demás, solo fué para someterlo á otra mas mortificante. Hizo venir el batallon con su jefe á la cabeza cerca del cuartel gene-

ral; y al frente del mio que estaba aun formado en el punto en que habia pasado la noche y de otra porcion de gente, le dirijió una furibunda reprension. Entre otras cosas recuerdo que le dijo en aquel estilo sarcástico que tenia: «hemos puesto en consternacion al pueblo, y dado lugar á que el enemigo se ria á carcajadas de nosotros; y usted, comandante, ha mandado pedir municiones como si hubiese ganado una batalla.» El pobre comandante trató de defenderse; pero el general no le permitió que hablara una palabra: le hizo sufrir una verdadera degradacion.

Una hora despues, me llamó el general para que le acompañase á reconocer una casa en que queria establecer un canton avanzado; y preguntándome, qué me habia parecido lo que acababa de presenciar, continuó sin darme lugar á responderle: «he sido demasiado severo, lo conozco; pero que quiere usted? tengo necesidad de establecer la subordinacion y la disciplina, y no puedo valerme de otros medios.» Hasta cierto punto tenia razon.

El ejército se componia en su mayor parte de ciudadanos de todas las clases de la sociedad: hombres de letras, ricos propietarios, comerciantes, artesanos, jornaleros; todos estaban confundidos bajo el mismo uniforme, y habian sido reunidos de improviso por el solo interés de salvar la independencia de la patria. Con un personal semejante no hubiera sido posible la aplicacion rigurosa de nuestras leyes militares. Pero aunque esto era evidente, no veia yo la necesidad de deprimir á los hombres, y de ajar la dignidad de sus empleos para obtener de ellos el respeto debido á la autoridad.

Los códigos militares de todas las naciones, que todos se parecen, exijen del oficial y del soldado, obediencia pasiva á sus superiores en todo lo relativo al servicio; respeto profundo del soldado al cabo, del cabo al sargento, y sucesivamente hasta el capitan general; pero no hay en ellos una sola palabra que autorice á confundir este profundo respeto y aquella obediencia pasiva en el servicio, con la humillacion del esclavo. Al contrario, prescriben cuanto es conducente á ennoblecer el soldado y á infundir en su ánimo un espíritu elevado y digno.

El general Paz era digno discípulo del general Belgrano. Habia adquirido de éste todos los defectos característicos que el mismo le ha criticado en sus memorias póstumas, así como creo que habia adquirido tambien sus virtudes. No sabia reprender á un oficial sin herir su amor propio ó lastimar su delicadeza: se servia en estos casos comunmente de palabras duras, y muchas veces injuriosas. Se mostraba desconfiado del pundonor de todos sus subordinados, y estaba siempre dispuesto á concebir sospechas vergonzosas de su valor ó de su integridad.

Era en extremo sensible á la adulacion, y daba un lugar preferente en su estimacion á los que lisonjeaban esta debilidad de su alma, sobre todos los que eran verdaderamente acreedores á ella por su mérito ó virtudes; y estos defectos oscurecian las relevantes prendas que en otros respectos le adornaban.

Nuestras avanzadas de caballería se retiraron el 22 sin que hubiese ocurrido ninguna novedad durante el dia. Un poco despues de haber anochecido, salieron

los escuchas y todos los cuerpos del ejército ocuparon sus puestos de costumbre. La escucha del centro la daba siempre un piquete bastante numeroso del batallon extramuros. Yo fuí puntual en asistir con mi batallon al puesto que me estaba designado, á inmediacion del cuartel general, al cual debia concurrir tambien el batallon de extramuros, que como creo haberlo indicado ya, formaba todas las noches con el mio una columna de reserva á las órdenes del coronel Guerra. Aquella noche no asistió dicho batallon á la hora acostumbrada, lo que me hizo pensar que el general le habria dado otro destino, cosa que no poco me desagradó, pues con el coronel Guerra siempre nos entreteníamos en conversaciones que algo atenuaban el fastidio de nuestras largas vijilias. Pero no tardé mucho en saber, que no era ese el motivo de su ausencia.

Eran las once de la noche, cuando un ayudante del general vino á darme la órden de hacer cargar las armas, y de estar pronto para moverme. Pregunté al ayudante lo que habia, pues por la parte esterior de la línea no se notaba ningun síntoma aparente de peligro, y me dijo: que el batallon Extramuros estaba sublevado y se negaba á venir á ocupar su posicion. Un sargento encabezaba el motin. No se de que medios se valió el general para reducirlo á la obediencia: solo sé que entró en capitulaciones con el caudillo que éste se habia elejido, y que al cabo de una media hora ó poco mas, todo quedó aparentemente arreglado.

Muy luego se verá lo que significaba este motin, que en el concepto de algunos hubiera debido castigarse con toda la severidad de la ordenanza militar, por las

circunstancias en que se verificó, y que sin embargo quedó impune por que así lo juzgó conveniente el general.

No habian pasado dos horas de esta ocurrencia, cuando empezaron á sentirse algunos tiros de fusil fuera de la línea, pero tan cerca de ella, que las balas pasaban con bastante fuerza sobre nosotros. A esta novedad todo el ejército se puso en pié aunque en el mayor silencio, y sin que á nadie le ocurriera como en la noche pasada, disparar á la ventura, pues aun estaba fresca la memoria de las reconvenciones que los cuerpos habian sufrido con aquel motivo. El general me mandó llamar y me llevó á la batería que enfilaba la calle del Cármen del Cordon, la cual estaba casi á la puerta del cuartel general; y cuando estuvimos sobre la explanada por donde pasaban muchas balas, me dijo: «le he traido á usted aquí para que juzgue de este fuego: obsérvelo usted y avíseme su opinion,» dicho lo cual, se volvió á su alojamiento. A decir verdad no era muy claro el concepto del general, pero comprendí que queria obtener un cálculo aproximado del número de fusiles que hacian fuego, y á eso contraje mi observacion. Los tiros partian de varias azoteas al rededor de la plaza llamada vulgarmente de Artola, por haber en ella un edificio considerable de la propiedad de un vasco de ese nombre; y á mi juicio eran 30 ó 40 fusiles los que los proyectaban.

Permanecí en la batería como unos veinte minutos, durante los cuales tuve ocasion de reirme de la impresion que hacia el silvido de las balas que pasaban sobre nosotros, (que no eran pocas) en algunos de los artilleros

de ella, los cuales, como se sabe, eran gallegos que jamás las habian visto mas gordas, y de la severidad con que queria obligarlos á mantenerse en pié y sin cabezar su comandante don Valentin Cardoso, hombre ya vejancon que tampoco habia sido nunca militar, pero que ostentaba en aquel momento un aire de consumado veterano.

No hay que agacharse, decia éste parándose sobre la esplanada, á dos ó tres de aquellos pobres milicianos que se encorbaban hasta el suelo, cada vez que pasaba cerca alguna bala; al primero que lo haga, lo he de poner de centinela sobre la cresta del parapeto; mas como el miedo nada respeta, aquellos seguian haciendo sus guiñadas, mientras Cardoso repetía vanamente sus amenazas.

Pasé luego á ver al general para darle cuenta del resultado de mis observaciones, como me las habia prevenido; y despues de haber oido mi informe con aparente atencion, me dirijió algunas preguntas relativas á mi batallon. «¿Que tal está su tropa? Tiene buen espíritu? Está usted seguro de su lealtad?»

Pareciéronme un poco estrañas, ó al menos inoportunas estas interrogaciones; pero ninguna sospecha me infundieron. Satisfice en aquel momento á todas ellas en los términos que creí debia hacerlo, y, asegurándole que mis soldados estaban animados de exelentes disposiciones; y que tanto por eso, como por haber sido educados en los preceptos de una severa disciplina, podia tener plena confianza en ellos. Él manifestó ser tal su persuacion: agregó algunas palabras relativas á otros

objetos, y me dió permiso para retirarme, lo que verifiqué yendo á reunirme á mi batallon.

Al dia siguiente muy temprano, se supo en el ejército que la escucha del centro que pertenecia al batallon extramuros y constaba en su totalidad de vascos españoles, se habia pasado al enemigo, y que era ella la que nos habia tiroteado; y el conocimiento de este suceso, unido el del motin de aquel cuerpo, acaecido en la misma noche, me dieron la esplicacion del pequeño interrogatorio á que el general me habia sujetado. Comprendí desde luego que la defeccion del escucha de que él tuvo noticia en el acto, sucediendo tan de cerca al motin mencionado, debió suscitar en su ánimo dudas mortificantes sobre la fidelidad de los demás cuerpos, y que esto le movió á llamarme á mí y talvez á algunos otros jefes, para que con el pretesto de *juzgar del fuego*, tuviésemos ocasion de manifestarle el grado de confianza que poníamos en nuestros respectivos cuerpos.

Poco despues de haberse hecho por el telégrafo la señal de descanso, recibí órden de formar mi batallon y de ir con él á presentarme al cuartel general, lo que verifiqué inmediatamente.

El general salió de su alojamiento así que me vió llegar, y habiéndome mandado que le siguiese, se dirijió al cuartel del batallon extramuros en cuyo pátio se introdujo por la habitacion de un oficial que tenia puerta á la calle; yo entré tambien detras de él, seguido de mi batallon.

Las armas de extramuros estaban en pabellones en medio del patio y casi todos los soldados habian salido

del cuartel, pues se habia ordenado expresamente que se les diese puerta franca.

Cuando estuvimos al pié de los pabellones, el general me mandó hacer alto, y con algunos hombres que habia preparado de antemano, hizo recojer todas las armas. Acto contínuo salió dándome las órdenes de volver á mi cuartel.

Como el general esperaba que el ejército enemigo nos estrecharía cuanto pudiese y temia que se sirviese de las casas del Cordon como lo habian hecho los vascos desertores, para hostilizarnos de cerca en las noches, determinó privarle de este recurso que en el caso indicado podia serle muy útil; y al efecto el mismo dia 23 despues de hecha la descubierta y establecido el servicio exterior, mandó salir al batallon núm. 3 con las herramientas necesarias para demoler los pretiles de todas las que estaban inmediatas á la línea, y cualquiera otra obra que pudiese servirle de abrigo ó de defensa. Ya antes se habia demolido el cementerio inglés, y se habian cortado algunos árboles que obstruian nuestro frente hácia el centro de la línea. Pero como el trabajo que habia que hacer era bastante y no era posible que un solo batallon lo terminase en un dia como lo deseaba el general, dióseme á mi tambien algo mas tarde, la órden de salir con mi batallon á ayudar al núm. 3.

Distribuida la fuerza de los dos cuerpos en piquetes, á cargo de oficiales subalternos, en todas las casas cuyos pretiles convenia arruinar, la operacion se efectuó con mucha rapidez. Algunos daños innecesarios se causaron, tales como la destruccion de un elevadísimo mi-

rador cuya falta lamentamos despues por que nos hubiese podido servir de vigía, y el incendio de una tienda y de varias casas de madera que se hubiesen podido remover sin necesidad de aniquilarlas; pero ya es sabido que en casos semejantes la mayor prevision no alcanza á evitar ciertos inconvenientes.

Cuando el trabajo principal estuvo terminado á eso de las once del dia, recibimos órden de retirarnos; en consecuencia replegamos nuestros piquetes, y formamos los batallones en columna, en la calle principal del Cordon, frente mismo á la casa del señor Vidal. El núm. 3 tenia la cabeza.

Mientras se estaban organizando las compañías, un oficial me habia hecho notar que en el fondo de la calle como á 800 pasos, hácia la campaña y bajo el ramaje de un gran ombú, habian algunos hombres á pié, que á la distancia parecian vascos. Yo trasmití al comandante Organ la observacion del oficial; pero ni él ni yo hicimos alto en ella. Dimos media vuelta, y ya íbamos á romper la marcha en retirada, cuando de aquel mismo grupo que habíamos observado, se nos dirijió un cañonazo, cuya bala pasó felizmente un poco elevada sobre la columna, sin causarnos el menor daño. Inmediatamente desfilamos por hileras, siguiendo la marcha por uno de los costados de la calle, á fin de no presentar tanto objeto al cañon enemigo; y apenas concluida la evolucion y en el momento mismo en que yo habia hecho por hileras á la izquierda, para salir de la calle y entrar en un terreno abierto en que debíamos quedar al abrigo de todo,—una segunda bala, algo mejor dirijida que la anterior aun que con igual resultado,

vino á picar á dos pasos á vanguardia del punto en que mi batallon habia variado. Al primer tiro, los dos cuerpos guardaron silencio; pero al segundo, el número 3 prorumpió expontaneamente en vivas prolongados, ó mas bien en una grande algazara, lo que en mi concepto hacia poco favor á su disciplina. La batería de nuestra línea que enfilaba aquella calle, que se denominaba *25 de Mayo*, hizo un disparo con una pieza de á 24, el cual bastó para que los enemigos se ocultasen y se retirasen en seguida.

Estos tenian sin duda desde temprano, alguna fuerza emboscada cerca del sitio en que se nos presentaron y al ver los dos batallones nuestros tan incautamente formados en medio de la calle, trataron como era natural de aprovechar la ocasion de hacernos daño impunemente, y avanzaron una pieza de á 12, que colocaron á brazo tres de los cinco ó seis hombres que estaban al lado del ombú, y cuyo objeto habia sido el de ocultar la operacion. El golpe era seguro, y solo pudo salvarnos el malísimo ojo del artillero que apuntó el cañon.

El general habia presenciado toda esta escena desde la azotea del telégrafo; y aun que por órden suya habíamos suspendido el trabajo, ordenó que volviésemos inmediatamente á continuarlo, queriendo sin duda manifestar al enemigo, con esta resolucion que su presencia no era un obstáculo para que desempeñásemos nuestro encargo.

Volvimos, pues, al punto de que acabábamos de retirarnos; dejamos una compañía de cada batallon de reserva, y distribuimos los demás en la misma forma en que lo habíamos hecho antes. Tres ó cuatro horas

despues regresamos á la línea, sin ninguna novedad.

Poco antes de la oracion se retiraron las avanzadas, y algo mas tarde se distribuyeron las escuchas, saliendo por el centro, como de costumbre, una compañía de extramuros. Esto causó no poca extrañeza en el ejército, pues habiéndose hecho tan sospechoso dicho batallon, por las circunstancias antes referidas, parecia natural excluirlo de un servicio para el que se requeria tropa de mucha confianza. Sin embargo, al obrar de esta manera, el general se creyó justificado por las consideraciones que voy á indicar.

En su concepto, el batallon extramuros dentro de la plaza, era un peligro para la seguridad de la defensa, ó cuando menos un motivo de contínua inquietud; consideraba que era imprudente reprimir su espíritu turbulento y sedicioso con medidas de rigor; pues ademas de no estar seguro de ser sostenido en su autoridad por los otros cuerpos del ejército, que eran en su mayor parte de milicias é igualmente indisciplinados, podia con tal motivo, suscitarse algun conflicto, del que el enemigo se aprovechase para atacarnos y vencernos. En consecuencia, juzgó ser lo mas acertado, tomar un temperamento medio que conciliase ambos inconvenientes; y en este concepto, despues de haberse pasado la primera escucha, dispuso que el batallon siguiese dando diariamente el mismo servicio, *para que así tuviesen ocasion de irse* todos los que no fuesen leales á nuestra causa.

No me aventuraré á expresar un juicio sobre esta determinacion del general, pues cualquiera que sea la impresion que ella me dejó no debo olvidar que la justa apreciacion de los actos del que tiene sobre sí la inmen-

sa responsabilidad del mando de un ejército, en momentos tan solemnes como aquellos en que entonces nos encontrábamos, es sumamente difícil para el que los observa desde una posicion subalterna. Diré solamente que ella produjo funestos resultados, pues proporcionó al ejército enemigo la adquision de un refuerzo de mas de trescientos soldados sumamente útiles, y á nosotros unos adversarios activos é infatigables, que nos hicieron durante nueve años una guerra encarnizada y terrible.

Eran estos vascos, hombres muy aptos para la guerra de partidas, no solo por la ajilidad y robustez que caracteriza su raza, sinó por haberse ejercitado en ella en España durante la lucha de don Cárlos, habiendo unos servido en las filas de este príncipe, y otros bajo la banderas reales. Por su traicion á la plaza, quedaron mas que ningunos otros ligados á la causa del sitiador; y tanto por esta razon, como por haber sido lisonjeados con esperanzas de premios y recompensas, mostraron en todas ocasiones un celo infatigable por el triunfo de aquella. Oribe por su parte supo sacar partido de estas disposiciones: los empleó siempre en las empresas de mayor riesgo, como emboscadas, ataques por sorpresa etc., logrando así economizar sus soldados veteranos para lances mas solemnes ó decisivos. Pero no nos anticipemos.

Como era de esperarse, dos horas despues de haber salido las escuchas, recibió parte el general de haberse pasado la del centro, es decir, la de extramuros, quedando por esta parte nuestro frente vijilado tan solo, por un piquete de catorce ó veinte hombres, que en pre-

vision, de lo ocurrido, el general habia destinado bajo el mando del teniente de mi batallon don Agustin Silveyra.

Pero esta vez no tuvimos el tiroteo que la noche anterior; los desertores se fueron en silencio, y aprovecharon para verificarlo, un momento en que la partida de Silveyra patrullaba en direccion contraria á la de ellos.

Para no volver á hacer mencion del batallon extramuros, sinó bajo el concepto honroso que mas adelante supo adquirirse, diré: que todos los piquetes de él que se destinaron en las noches siguientes al servicio exterior, siguieron la huella de los primeros, dejando así cumplidamente satisfecha la mira privada del general.

Desde el dia 24, el general se ocupó de organizar varios piquetes compuestos de hombres de todos los batallones, para que hiciesen permanentemente el servicio de escuchas; y todos ellos incluso el ya nombrado del teniente Silveyra, fueron puestos bajo las órdenes del capitan don N. Clemente, quien desempeñó por algun tiempo esta comision con vijilancia y actividad.

El 28 hubo una escaramuza en el terreno de las Tres Cruces, entre una fuerza nuestra de caballería, y otra mandada por el general don Angel Nuñez, de quien ya he hablado.

Este suceso dió ocasion á los enemigos para acreditar una vez mas su fiereza sanguinaria. *Castraron* el cadáver de un soldado nuestro que quedó en poder de ellos; y en seguida lo trajeron á un sitio que debia ser ocupado mas tarde por nuestras avanzadas, y allí lo dejaron para que pudiese ser contemplado, como sucedió, por todos sus compañeros. Algunos dias despues

publicaron un boletin en el que aseguraron, que el cuerpo de aquel infeliz, habia sido mutilado por nuestros mismos soldados y por órden expresa del general Paz, de cuya última circunstancia derivaron el nombre de *Manco castrador* que aplicaron á este y con que en adelante le designaron.

Así era Rosas: todos los crímenes cometidos por él ó por sus secuaces, eran siempre atribuidos á sus enemigos, por mas notoria que fuese la impostura; y su perseverancia en este inícuo sistema, tuvo un éxito admirable, pues no solo consiguió privar con ella de muchas simpatías á la causa de la libertad, sinó que llegó hasta hacer dudar en el exterior, de su ominosa tiranía.

En todo el mes de febrero que terminó con aquella escaramuza, Oribe no habia emprendido como se ha visto, ningun reconocimiento, no habia hecho ninguna demostracion séria sobre la plaza; al paso, que, nosotros habíamos aprovechado el tiempo, aumentando ó mejorando nuestro sistema de defensa. Los claros que existían en el parapeto á la llegada del ejército sitiador, se habian cerrado; el foso se habia profundizado; la artillería de campaña que teníamos en algunas baterías, habia sido sustituida por artillería de calibre, habiéndose, ademas, aumentado el número de piezas que habia en posicion. La instruccion de nuestras tropas habia continuado. La moral de la poblacion y del ejército se habia robustecido, en proporcion que el prestijio del enemigo se habia debilitado por su inaccion. A los medios secundarios de defensa se habian añadido algunos otros. Dos líneas de faroles se habian colocado sobre piquetes de cuatro pies de altura por de-

lante de la estacada, los cuales se encendian todas las tardes desde que el sol se perdia en el horizonte, y formaban una zona de luz que ponia á los defensores del parapeto, aun en las noches mas oscuras, al abrigo de una sorpresa. Se habia fortificado y guarnecido una casa situada á cien pasos del centro de la línea, llamada desde entonces *Canton de Olloniego* por el nombre de su propietario, para que sirviera como de obra avanzada de la fortificacion principal; y para decirlo todo de una vez, nada se habia descuidado de cuanto podia contribuir á dar fuerza y seguridad á nuestra posicion.

Despues de la batalla del Arroyo Grande, Oribe habia violado aquella máxima militar tan provechosa, que aconseja, «no dejar para mañana lo que se puede hacer hoy» y la consecuencia inmediata de esa violacion fué, que en vez de una poblacion que hubiese debido encontrar indefensa y aterrada por la fuerza de aquel desastre, halló una nacion ya reanimada y resuelta á recibirle. Cuando llegó al Cerrito de la Victoria reincidió en aquella falta, y esperimentó como era natural las mismas consecuencias. Si cuatro ó seis dias despues de haber esplorado la plaza, la hubiese atacado, mi opinion es que se habria apoderado de ella sin gran esfuerzo, pues como se ha visto ya, no estábamos organizados para una defensa eficaz; pero el hombre se persuadió que, estando bloqueados por tierra y amenazados de serlo por mar, no tardaríamos muchos dias en deponer las armas, proporcionándole así un triunfo completo sin ningun sacrificio de su parte, y en esta espectativa tuvo que pasar vanamente nueve años.

CAPITULO V

Continúa la desercion—El batallon de Matrícula se retira de la línea casi deshecho—Dos Escuadrones de caballería de Extramuros, son desmontados y refundidos en el batallon del mismo nombre—Reflexiones—Cañoneo nocturno: efecto que produce—Escaramusas en la línea y en el Cerro—Combate del Cristo—Conspiracion Alderete—Intimacion del bloqueo del Puerto.

Apesar de las circunstancias favorables que he mencionado, en los primeros dias del mes de marzo, habia empezado á aquejar un mal, que amenazaba ser de grande trascendencia.

La desercion iniciada en el batallon extramuros habia cundido de un modo alarmante á todos los demás cuerpos urbanos.

La Legion Argentina, el batallon Union y la Brigada de Guardia Nacional, perdieron mucha gente: cada dia se iban diez, veinte y hasta treinta hombres.

El batallon de Matrícula de tan numeroso que era habia quedado reducido á menos de cien plazas; de modo que el general se vió obligado á retirarlo de la línea y destinarlo á un servicio menos activo en la Policia del Puerto.

Dos escuadrones de la caballería de extramuros, al mando del Teniente Coronel de milicias, don Francisco Tajes, por igual razon fueron tambien desmontados y

refundidos en el cuadro del batallon de su misma denominacion, constituyendo sin embargo, ambos restos, un cuerpo todavia respetable por su fuerza, y mas adelante, por su brillante comportacion.

Los batallones de línea eran los únicos que se mantenian exentos del mal general, merced á la buena disciplina que habia logrado establecerse en ellos.

Pero la causa que impulsaba á nuestros milicianos á tan cobarde abandono de sus deberes, no era su decision por la bandera del partido que Oribe habia enarbolado y con la que pretendia disimular su traidora mision de esclavizar la patria. No, porque la mayor parte de los hombres que desertaban de nuestras filas, lo hacian para abandonar el pais: el Rio Grande, Santa Catalina y otros pueblos del Brasil, fueron por ese tiempo los receptáculos de nuestra numerosa emigracion; y los que se pasaban al enemigo eran muy pocos relativamente. Otra era la causa que producia la desercion.

Montevideo se hallaba en aquellos momentos supremos, abandonado á sus solos medios: no se divisaba ni aun en lejana perspectiva la menor esperanza de socorro; y era creencia comun en la poblacion y aun en el ejército, que si bien podríamos resistir uno ó dos meses, al fin tendríamos que ceder [sinó á las fuerzas de las armas, por la influencia del hambre y de las privaciones.

Muchos ciudadanos de las clases acomodadas de la sociedad, que pertenecian como soldados á la Guardia Nacional ó á otros cuerpos de milicias, juzgaban que era un sacrificio superior á las fuerzas humanas el esponer la vida en tal situacion; y sin atender mas que

al grito de su egoismo personal, que les aconsejaba conservarse para sus familias, fugaban del ejército y de la capital, olvidando la patria, sus deberes y su honor.

El ejemplo de estos arrastraba como era natural, á otros ciudadanos de la clase inferior, los cuales sin criterio suficiente para hacer por sí mismos apreciacion exacta de las cosas, obraban por mera imitacion; y de este modo la desmoralizacion se iba haciendo general.

Contribuia tambien á causarnos este daño, la circunstancia de no haber hecho Oribe desde su llegada al Cerrito ningun movimiento ofensivo contra la plaza, dando así lugar á que nuestros soldados pudiesen ocupar sus ánimos con aquellas ideas perniciosas, pues ya se sabe que en una plaza sitiada, esta es una consecuencia fatal de la inaccion.

Por fortuna nuestra, estos síntomas disolventes fueron de corta duracion.

El mismo general Oribe, á quien tanto favorecian, se encargó de hacerles desaparecer, siendo esta la tercera vez que nos salvábamos por efecto de sus errores, como si el destino hubiese querido castigar su traicion, convirtiéndolo en instrumento de libertad del mismo pueblo que tenia la mision de esclavizar.

Pudo tomar á Montevideo ocho dias despues de la jornada del Arroyo Grande, si desde el campo de batalla hubiese destacado una columna de dos mil hombres de caballeria á recibirse de la ciudad, como se lo aconsejaba la máxima militar que ya he citado, y de la cual depende casi siempre el fruto de las victorias; y no lo hizo.

Pudo tomar á Montevideo cuatro ó cinco dias des-

pues de haber campado en el Cerrito si hubiese atacado la débil trinchera que lo defendia, aunque, hubiese sido á la luz del Sol; y tampoco lo hizo.

Pudo finalmente tomar á Montevideo dos meses despues de haber embestido la Plaza, si hubiese perseverado todo este tiempo en el sistema inactivo observado en los pocos dias corridos desde el 16 de febrero hasta principios de marzo; pues la desercion que como se acaba de ver, habia empezado á dejar grandes claros en nuestras filas, á despecho de las mas severas medidas tomadas para contenerla, hubiera acabado por inutilizarnos para toda especie de resistencia; y no solo no lo hizo, sinó que como ya lo he indicado, se apresuró á estirpar el cancer que debia devorarnos, acudiendo con el único remedio que podia darnos vida.

Nuestra salud dependia de la accion; y hé aquí como Oribe se encargó de restablecerla.

Desde los primeros dias de marzo; es decir, cuando la desercion hacia mas estragos, sus tropas empezaron á ponerse en actividad, no para ejecutar ataques serios contra las fortificaciones de la plaza, sinó para empeñar con nuestras descubiertas y avanzadas, combates parciales mas ó menos considerables, en diversos puntos de nuestro frente.

Estos combates eran diarios; y si bien nuestros reclutas tuvieron que perder terreno en los primeros, hiciéronse en breve aguerridos, é hicieron arrepentir á sus contrarios de haberlos aleccionado.

El espíritu guerrero que inspira el anhelo de los peligros y las ocasiones de distinguirse, empezó á desplegarse en el ejército con tanta rapidez y generalidad,

que muy en breve se hizo comun á oficiales y soldados: y desde entonces las sujestiones del temor ó del egoismo, no tuvieron acseso en nuestras filas, salvo pequeñas escepciones, y el valor y la constancia fueron atributos inseparables de los defensores de Montevideo.

Pero ya es tiempo de volver á los hechos.

En los dias primero y dos, tuvieron lugar algunas guerrillas á vanguardia del centro de la línea sobre el terreno llamado de las *Tres Cruces*, en los cuales solo tomaron parte nuestras pequeñas fuerzas de caballería apoyadas por algunas compañías de infantería, siendo dirijida por los tenientes coroneles de aquella arma don Marcelino Sosa y don Francisco Tajes, jefes ambos de distinguida reputacion.

El enemigo tuvo el primer dia dos hombres muertos, sin que por nuestra parte hubiese ocurrido incidente ninguno desgraciado.

En la noche del mismo dia, algunas partidas se acercaron á nuestras escuchas, y dispararon algunos tiros, mas con la mira de alarmar la poblacion, que con la de causarnos ningun daño.

La descubierta del 3 se verificó sin novedad: se establecieron los puestos avanzados y nuestra caballería forrageó tranquilamente sin haber sido molestada en toda la mañana; pero á las 5 de la tarde, una gruesa columna compuesta de las tres armas, descendió por el camino de la Figurita (a) hácia nuestra izquierda, con aparente resolucion de venir á emprender alguna accion séria.

(a) Antiguo edificio situado á la orilla de uno de los caminos que conducen del Cerrito á la ciudad. (N. del A.)

Descubierta esta fuerza por los vijías del telégrafo, el encargado de este, envió inmediatamente aviso, al general en jefe, de su aparicion, consultándole, al mismo tiempo, si debia hacer, ó no, la señal de alarma.

El general se hallaba en esos momentos ausente de su cuartel, recorriendo el costado izquierdo de la línea, y el ayudante del telégrafo tuvo que ir á buscarlo donde estuviese.

Como mi batallon se hallaba alojado en la misma casa del telégrafo, estaba yo siempre al corriente de todas las observaciones que se hacian, y con arreglo á ellas tomaba con tiempo mis medidas para que el general no me encontrase nunca desprevenido; así es que apenas me avisaron de la presencia de aquella fuerza, mandé que las compañías formasen en sus respectivas cuadras, y se mantuviesen sobre las armas hasta nueva órden.

Salí en seguida á la puerta del cuartel, y vi que el general venia á gran galope.

Cuando estuvo como á treinta pasos de la casa, gritó con toda la fuerza de sus pulmones, dirijiendo la vista hácia el comandante Lista que estaba en la azotea: «Ponga la señal de alarma: hoy sí, ayer no» (a). Y percibiéndome cerca de la puerta al tiempo de desmon-

(a) El dia antes, habiéndose visto mover del campo enemigo, una fuerte columna en direccion á la plaza, Lista sin prévia consulta, hizo por sí mismo la señal de alarma, y el general lo reprendió severamente por esta determinacion, atribuyendo á temor, lo que era efecto de puro celo. Ahora el general le reprochaba tambien el haberlo consultado en circunstancias idénticas, como lo indicaban las palabras que déjo mencionadas, y mas que todo el tono con que fueron proferidas; de modo que el pobre no sabia á que carta quedarse, como suele decirse.

(N. del A.)

társe, «comandante, me dijo: ¿está pronto su batallon?»—Si, señor, respondí. Y sin detenerse ni proferir una palabra mas, subió rápidamente la escalera.

Poco despues se oyó la detonacion de una pieza de artillería; la batería *Cagancha* habia hecho un disparo sobre la calle principal de la Aguada, en la que una parte de la columna enemiga se habia introducido, obligando á nuestras avanzadas á replegarse sobre la línea.

Al mismo tiempo el telégrafo señalaba otra columna avanzando contra nuestro centro, al abrigo de las casas y cercos, de la poblacion del Cordon.

Las dos columnas hicieron alto á poca distancia de nuestra línea de defensa; y en sus respectivas posiciones se mantuvieron ocultas hasta las ocho de la noche. A esta hora la columna de la izquierda, que habia colocado una batería á inmediaciones de la capilla de la Aguada, rompió el fuego sobre la plaza, lanzando contra ella algunas balas y cohetes incendiarios, mientras que la columna del centro llamaba nuestra atencion por esta parte de nuestro frente, con algunos tiros de fusil.

Nuestra artillería no contestó el fuego, porque habia recibido órden de no tirar sinó á corta distancia, y este caso no llegó.

Con mayor razon no pudo hacerlo tampoco la infantería. Al cabo de media hora cesó el fuego y todo volvió á quedar tranquilo.

Los enemigos se retiraron á su campo del Cerrito acto contínuo, como si no hubieran tenido otro objeto en

su movimiento, que el de aflijir á las familias con la perspectiva de un asalto.

Sus balas y cohetes á la congreve no nos hicieron ningun daño en cuanto á muertos ó heridos; pero no dejaron de hacer efecto en la moral de nuestros reclutas milicianos.

Mas de cien hombres de la Guardia Nacional y de los demas batallones urbanos, abandonaron las filas á los primeros cañonazos, y se fueron á la ciudad, dejando muchos de ellos sus armas tiradas en el tránsito; y aun que algunos volvieron al dia siguiente á presentarse á sus cuerpos, procurando conhestar su desercion del peligro con diversos pretestos, otros se quedaron escondidos en el pueblo, y en primera oportunidad se ausentaron del país.

Por esto se comprenderá cuan fundada es la opinion que he vertido en otro lugar, á cerca de la probabilidad que yo veía de que la plaza cayese en poder del sitiador, siendo atacada á viva fuerza en los primeros dias del asédio.

En lo sucesivo, la caballería tuvo órden de patrullar todas las noches el terreno de nuestra retaguardia, y de arrestar á todo individuo de tropa que se encontrase á doscientos pasos de la trinchera, especialmente en los casos en que hubiese algun recelo de ataque exterior.

El dia 1º del mes, por una disposicion del gobierno, formulada por un edicto de policía, se habia mandado salir de la plaza algunas familias pertenecientes á jefes y oficiales orientales que estaban al servicio del ejército enemigo, en razon que algunas de ellas, habian si-

do descubiertas como agentes del general Oribe, en varias conspiraciones intentadas.

La espulsion de estas familias se habia verificado en la mañana del dia en que tuvo lugar el falso ataque que acabo de referir; y como este no pudo ser explicado por ninguna razon militar, atendida su insignificancia y su modo de ejecucion, se creyó generalmente, que no habia tenido otro fin, que el de manifestar el enojo del general sitiador por la medida enunciada.

Si esta opinion no era exacta, era al menos la mas fundada, pues el susodicho movimiento, de cualquier modo podia considerarse, escepto como una operacion de guerra.

Las escaramusas continuaron en los dias subsiguientes con éxito vário, y sin que las pérdidas exediesen de uno ó dos heridos, ó uno ó dos muertos.

En ellos obraban casi siempre los tiradores de caballería, apoyados cuando mas por algunos piquetes de infantería, por que tambien solo era tropa de aquella arma, la que por parte del enemigo se presentaba, y eso á mucha distancia de nuestra posicion.

La primera vez que nuestra infantería se ensayó puede decirse, con la del enemigo, fué en la mañana del 10, dia en que nuestros soldados de línea acreditaron una disciplina y serenidad propias de consumados veteranos, y en que la poblacion de Montevideo vió con satisfaccion justificada la confianza que habia cifrado en ellos.

Debo advertir aquí que el sistema de descubiertas habia sufrido una pequeña modificacion.

Al principio salian á descubrir, como ya lo he indi-

cado, un batallon por el centro y otro por cada una de las alas, los cuales inmediatamente despues de hecho el servicio sin novedad, volvian á la plaza, saliendo entonces la caballería con el jefe que hubiese sido nombrado de línea (a), á proveer los puestos avanzados; pero despues dispuso el general que en lugar de un batallon, saliesen dos por el centro; y que ni estos ni los de los costados pudiesen retirarse, caso de no haber novedad, hasta que una señal del telégrafo nos indicase el momento oportuno de hacerlo.

Desde entonces tambien, una partida de caballería precedia á la infantería, en cada uno de los tres puntos de salida.

Hicieron como he dicho pues la salida ordinaria por el centro el expresado dia 10, los batallones 4° y 6° bajo el mando en jefe del coronel San Vicente (b), comandante de este último; y despues de haber reconocido el terreno del frente hasta la distancia acostumbrada, se situaron á la altura del Cristo para esperar la señal de retirada, ocupando el 4° la calle principal del Cordon y el 6° la calle adyacente á su izquierda.

Hasta las seis de la mañana, todo parecia indicar que nuestro servicio terminaria sin novedad, pues ni el

(a) Llamábase *jefe de Línea* el que mandaba durante el dia los puestos avanzados. En los primeros meses del asédio, se nombraron tres, uno para el centro y otros para cada una de las alas, no solo por la mucha estension de la línea, sinó por la dificultad de comunicacion de unos puntos con otros; pero mas adelante, cuando el servicio se regularizó, que nuestros oficiales se hicieron prácticos del terreno y que la infantería reemplazó en él á la caballería, quedando esta de simple auxiliar de aquella, no se nombraba mas que un jefe que mandaba toda la línea exterior.

(b) El 4° tenia accidentalmente tres compañías tan solo, pues las dos restantes habian sido destinadas el dia antes á una operacion en el Cerro.

(N. del A.)

telégrafo habia indicado fuerzas ningunas del enemigo en movimiento, ni nuestros exploradores de caballería habian descubierto sinó pequeñas partidas de su arma, con las que habian cambiado algunos tiros; pero algo mas tarde varió completamente el aspecto silencioso y tranquilo del dia.

Serian las 7 de la mañana, cuando se descubrieron tres fuertes batallones marchando en direccion al punto que ocupábamos, y ya muy próximos á él.

Nuestra pequeña vanguardia se replegó sobre nosotros, y recibió órden de entrar á la plaza, por ser inútil su presencia en aquel terreno en que solo podia obrar la infantería.

El coronel San Vicente que se hallaba á la sazon conmigo se trasladó al mismo tiempo á la calle del Cármen, y yo quedé solo en la calle principal.

Los enemigos que avanzaban á paso de trote, estuvieron en breve sobre nosotros.

El fuego se empeñó inmediatamente y fué sostenido por ambas partes durante hora y media por lo menos.

Yo me mantuve como diez minutos á pié firme en mi posicion del Cristo; y con arreglo á las órdenes que habia recibido me retiré en seguida hasta la plazoleta de la capilla del Cordon donde hice alto para no retroceder mas.

La retirada se verificó á paso regular, haciendo fuego, perdiendo terreno y en el mas perfecto órden. Una compañía desplegada en guerrilla sostenia el combate mientras las otras marchaban de flanco por uno de los costados de la calle con el arma al brazo y á veinte pasos del ala de guerrilla.

Aunque la distancia que tuvimos que andar en retirada fué de mas de cuatrocientos pasos, siempre bajo un fuego nutrido y destructor, los soldados del 4° conservaron en toda ella el mismo despejo y serenidad que hubieron podido ostentar los mas aguerridos veteranos.

Mandaba la compañía de guerrilla, el capitan don Justo Zamudio, cuya conducta en aquel dia, fué digna de especial mencion.

Cuando hice alto en la plazuela de la capilla del Cordon, los enemigos se detuvieron tambien en la plaza llamada de Artola; hicieron parapetar sus cazadores en los cercos de pitas de las quintas contíguas y en otros lugares á propósito, y continuaron el fuego, hasta que la artillería de nuestra fortificacion, mediante uno ó dos disparos que tuvo ocacion de hacer con una pieza de á 24, le hizo cesár.

El enemigo se retiró poco despues y yo volví á avanzar con mi batallon, por órden del general, á la plaza de Artola, en la que permanecí hasta las 3 de la tarde que volví á la línea.

La pérdida que sufrió mi batallon en este primer ensayo de armas, fué considerable, si se atiende á que solo constaba su fuerza en el combate, de tres compañías, y á que el fuego duró poco mas de una hora: tuvo 24 hombres heridos, de los cuales seis ó siete murieron poco despues á consecuencia de sus heridas, y otros sufrieron amputaciones que los inutilizaron para el servicio. La del número 6° no pasó de tres ó cuatro heridos; y esta diferencia consistió probablemente en que la accion del enemigo fué mas vigorosa contra la calle que defen-

dia el número 4° y en que el movimiento de retirada de este batallon fué ejecutado sin precipitacion.

Confesaré con este motivo que como yo era entonces novicio en aquella guerra de sorpresas y emboscadas de que despues tuvimos tan larga escuela; guerra cuya habilidad consiste á veces en disparar, ocultar con oportunidad la tropa y pasar con rapidez de un punto á otro ya sea avanzando ya retrocediendo, sin mas regla que la de hacer daño al contrario evitando en lo posible el propio, toda mi atencion se contrajo á que la mia conservase rigurosamente el órden de las filas, que hiciese un fuego vivo y bien dirijido, y no me cuidé de tomar ningun otro género de precauciones.

La pérdida del enemigo debió ser proporcionada á la nuestra; pues aun que solo dejó en el campo, el cadáver de un individuo de tropa, se supo despues, por relacion de varios pasados, que habia llevado muchos heridos, entre los cuales figuraba el teniente coronel de milicias don N. Almiron, que murió en el mismo dia de resulta de su herida. Este era uno de los orientales que se habian alistado en el ejército invasor, y el primero de los de su clase en quien se cumplió el destino, reservado á los traidores que combaten bajo las banderas estranjeras contra la independencia de su patria.

El hecho como acaba de verse, no fué, militarmente hablando, de gran importancia en si mismo; pero si se considera que los soldados que lo habian ejecutado eran reclutas de sesenta dias; que los enemigos contra quienes se habian batido, tenian en su favor, además de la experiencia de la guerra y del hábito del fuego, el inmenso prestijio que habian adquirido en sus largas y

recientes campañas en las provincias arjentinas; si se considera además que en la actualidad de nuestro ejército, que, como se sabe no era mas que un conjunto de hombres armados sin disciplina y aun sin conocimiento (a) perfecto del modo de servirse de sus armas, cualquiera accion honrosa, por estéril que fuese en resultados materiales, debia producir un efecto moralmente bueno; si se consideran, repito, estas diversas circunstancias, no podrá menos de convenirse en que aquel hecho fué un hecho importante. Tal lo consideró al menos el general Paz; y así, cuando los dos batallones regresaron á la línea, fueron sucesivamente victoriados á su entrada por el Porton. Yo fuí el último que entré, por que como antes dije, tuve que volver á ocupar la plaza de Artola despues de haberse retirado el enemigo, donde permanecí hasta las tres de la tarde, y entonces no solo recibí aquel honor, el de ser victoriado, sinó que estando ya en mi cuartel se me presentó un oficial del estado mayor con una banda de música enviado por el general para felicitarme á mí y á los oficiales que habian tenido parte en el combate. El general me manifestó además personalmente su satisfaccion por la bizarra conducta del batallon.

Otro de los resultados que produjo este pequeño ensayo fué de fortificar en la tropa y oficiales de mi batallon, el espíritu de cuerpo que desde los primeros dias de su organizacion se habia formado; de manera que cada soldado de los que le componían, se consideraba acreedor al respeto y estimacion de todos por la sola

(a) Hago la debida excepcion de los cuerpos de línea, aun que algunos de ellos no habian tenido tiempo de completar su instruccion.

(N. del A.)

razon de pertenecerle. Y era muy frecuente oír á los negros, en los casos en que necesitaban exitar en su favor el interés de las gentes de la ciudad, decir con mucha arrogancia: « soy del número 4° » como si este fuese un título á quien todos debiesen rendir homenaje. El crédito del batallon, que hasta entonces cifraba solamente en su buena disciplina é instruccion, adquirió pues por este hecho un nuevo y sólido fundamento; y tanto el general como el ejército y el pueblo, se complacieron en lo sucesivo en reconocerlo y dilatarlo.

Del mismo modo que al frente de las trincheras, habian grandes escaramusas por la parte del Cerro.

En una de ellas ocurrida el 11 al amanecer, se hicieron al enemigo algunos muertos, y se tomó un prisionero. Fué dirijida por el ministro de la guerra, que se hallaba accidentalmente en el Cerro, ó que se habia trasladado á dicho punto en su anhelo de figurar por el mando militar y la direccion de operaciones de guerra; y la pequeña gloria que de ella pudo resultar, fué oscurecida por un acto de exajerada severidad, en el que fueron olvidados los principios de justicia y civilizacion que Montevideo representaba, y los respetos debidos á la humanidad. Dando cuenta del suceso el general Pacheco y Obes al ministro de relaciones esteriores desde el mismo campo del Cerro, empezaba su oficio en estos términos: « Pongo en conocimiento de V. E.
« que en esta madrugada ha sido completamente bati-
« da la fuerza enemiga que observaba esta fortaleza,
« dejando quince muertos en el campo, muchas lanzas
« y algunos caballos ensillados.

« Tambien cayó un prisionero que siendo *oriental,*
« *será pasado por las armas en este momento.* »

Se ha visto ya que el gobierno en un decreto dictado en el ejercicio de un derecho perfecto, habia conminado con pena de la vida á todos los orientales que fuesen tomados con las armas en la mano, al servicio del ejército invasor; este decreto no autorizaba sin embargo de manera alguna al general Pacheco para ejecutar á un hombre, como lo hizo, con prescindencia absoluta de la forma del juicio.

El decreto debia cumplirse, y hubiera sido muy perjudicial relajarlo desde el primer caso en que podia tener aplicacion; pero esto no obstaba para qne se hubiese oído al prisionero al menos en consejo verbal, instalado sobre el mismo campo del combate si se quiere, á fin de saber si habia voluntariamente incurrido en la pena establecida, ó si circunstancias inevitables lo habian colocado en las filas enemigas.

Con este acto irregular el general Pacheco y Obes, hizo pesar sobre el gobierno de que hacia parte, una grave responsabilidad, y atrajo sobre su propio carácter la nota de arbitrario y cruel que le ha acompañado hasta el sepulcro.

Mas desagradable impresion debió producirse tambien en el ánimo del general Paz, pues que comprometia en cierto modo sus reconocidos principios de órden y legalidad y menoscababa las consideraciones debidas á su autoridad; y si bien su disgusto no pudo hacerse público por miramiento á la circunstancia en que se hallaba el país, júzgo que debió manifestarlo enérjicamente al gobierno y al mismo general Pacheco y Obes.

Fué en suma un hecho injustificable que causó muchos perjuicios á nuestra causa, pues los enemigos lo tomaron por pretesto para acusarnos de muchos crímenes que ni habíamos cometido ni éramos capaces de cometer.

En tanto que estos combates diarios formaban el espíritu marcial de nuestros soldados y robustecian la confianza del pueblo en sus defensores, Oribe buscaba en la seduccion y la intriga, el triunfo que recelaba no poder alcanzar por medio de las armas.

Habia comisionado al desertor nuestro, general don Angel Nuñez, para abrir comunicaciones en la plaza con el objeto de promover nna traicion; y este despues de haberse entendido con varias personas de su relacion ó parentesco, para que le auxiliaran en su empresa se dirigió al Teniente Coronel argentino don Leonardo Susviela, de quien habia sido particular amigo, con la mira de atraerlo tambien á su proyecto. Empezó por proponerle que se encargara de insinuarse conmigo para entrar en una combinacion, mediante la cual, Oribe pudiese enseñorearse de la plaza, y le aseguró que si consentia en hacer este importante servicio, seria remunerado con gran munificencia.

Susviela concibió que podia sacarse alguna ventaja de esta intriga en provecho de la defensa de Montevideo; y revistiéndose de todo el disimulo de que fué capaz, afectó aceptar el encargo que se le ofrecia, y se separó de Nuñez prometiéndole volver muy pronto á darle cuenta del resultado de su comision.

La entrevista tuvo lugar abordo de un buque neutral, en el que se hallaba asilado desde algunos dias el pró-

fugo don Pedro Pablo Olave, uno de los colaboradores de Nuñez; y en el mismo buque continuó la negociacion hasta su término.

Susviela, lejos de venir á trasmitirme una proposicion que sabia me habia de lastimar profundamente, y de la que él mismo no se habia encargado sinó en el interés de hacerla redundar en pró de nuestra causa, se presentó inmediatamente al gobierno y le informó de lo ocurrido.

El gobierno reunido en consejo de Ministros, con asistencia del general Paz y de varios otros ciudadanos respetables, tomó en consideracion el asunto bajo el carácter de una profunda reserva; y habiendo resuelto que convenía apoderarse de la intriga y dirigirla con el fin de convertirla en daño de su mismo autor; dió instrucciones á Susviela para que la continuase.

No sé cuales fueron estas instrucciones, ni como se ejecutaron; pero en los apuntes históricos de Wright encuentro estas palabras: «y luego que fué instruido (el « gobierno) de la propuesta de Nuñez, ordenó á Sus- « viela que pareciese aceptarla, y fué señalándole los « pasos con que debia continuar para provocar á Oribe « á que atacase la plaza.»

« En la correspondencia se hizo entender al sitiador, « que el Teniente Coronel Diaz con su batallon, entra- « ban en la traicion; que le abriria la puerta que guar- « daba, inutilizaria las baterias que las defendian y « sofocaria la resistencia de los batallones inmediatos: « que Diaz iniciaria el movimiento atacándolos, y que « á las señales que se pactaron, y á los fuegos que debia « producir este ataque, Oribe concurriria con sus fuer-

« zas lo sostendria, lo protejeria, lo haria vencedor y
« se apoderaria de la plaza, fijándose la noche del 11
« para su ejecucion. » (a)

Yo nada sabia de todo esto, pues el gobierno conociendo la lealtad de mi carácter, y persuadido de que yo no consentiría jamás en que se hiciese uso de mi nombre para servir de base á una intriga de esa naturaleza, por mas grandes y seguros resultados que ella pudiese dar á nuéstra causa, habia recomendado que nada absolutamente se me comunicase.

El general Paz especialmente habia declarado, que si se adheria al proyecto del gobierno, era en ese concepto, pues á su juicio, el pensamiento solo de iniciarme en el secreto, importaba una injuria á mi carácter, que él estaba muy distante de inferirme.

En tal estado llegó la noche del 12, y yo como de regla fuí desde la oracion á ocupar con mi batallon el punto en que diariamente pernoctaba. El batallon formado en columna, descansaba siempre sin alterar su formacion; de modo que cuando ocurria alguna novedad, no habia mas que hacer parar la tropa y ya quedaba lista para moverse. A eso de las diez de la noche, un ayudante del cuartel general vino á traerme la órden de ponerme sobre las armas, y él mismo me hizo notar que se sentia fuego hácia nuestra izquierda. El viento corría de la ciudad para la campaña y no se oía con facilidad el estampido de los fusiles; pero parándose en cualquier punto de donde se descubriese el frente de nuestra izquierda, se veía con mucha claridad los fo-

(a) Es equivocada esta fecha: fué la noche del 12. (N. del A.)

gonasos. Esto es precisamente lo que yo habia hecho luego que el ayudante me dejó, cuando un momento despues se me acercó un hombre á caballo, seguido de uno ó dos mas, que reconocí ser el coronel Correa jefe del Estado Mayor General. Al verme me dió las buenas noches; y como si se dirijiese á un hombre que estaba en intelijencia de lo que se trataba, agregó: «ya no hay duda, ahí estan los hombres.» De que no hay duda? le pregunté sorprendido. Pues! ese tiroteo, contestó, es la diversion que han anunciado que harian por la izqnierda, para indicar que el ejército está en el centro.» Pero de que se trata,? repliqué yo con curiosidad sin que me pudiera pasar por las mientes, que tocábamos el desenlace de un gran drama en el que yo representaba nada menos que el papel protagonista. La naturaleza de mis preguntas y el aire de candidez con que fueron hechas, revelaron entonces á Correa mi ignorancia del negocio; y dando una explicacion cualquiera á mis palabras, se separó de mí para ir á reunirse al general.

Cinco minutos despues recibí órden de marchar con el batallon hasta la batería «Veinticinco de Mayo» situada en el centro de nuestra línea y que enfilaba la calle principal del Cordon.

Allí encontré al general á caballo con todos sus ayudantes; ví los artilleros ocupando las explanadas y listos para dar fuego á las piezas, noté que en la misma disposicion estaban todas las baterías inmediatas, que la infantería ocupaba el parapeto y que todo indicaba la inminencia de un ataque.

Pregunté lo que habia al general Chenaut, jefe de

estado mayor de la Línea, que tambien estaba con el general y me contestó secamente: «despues lo sabrá usted.» Como se acababa de dar órden de no hacer el menor ruido y de guardar profundo silencio, tuve que conformarme por lo pronto con esta contestacion.

Entre tanto el general impartía desde allí mismo á todo el ejército sus órdenes. Varios ayudantes partieron hácia la derecha y la izquierda de la línea, á prevenir á los comandantes de las baterías de ambos costados, que iban á hacerse dos señales en el telégrafo; que á la primera, que seria de tres cohetes voladores acompañados de algunos tiros de fusil y de vivas al general Oribe, no debian inquietarse; pero que á la segunda, que seria de dos faroles colocados verticalmente en el asta del telégrafo; rompiesen el fuego á bala, haciendo converger los tiros sobre el centro. A cada una de estas disposiciones, mi sorpresa y mi asombro, crecian de punto y ya iba á interrogar nuevamente al coronel Chenaut con quien tenia alguna confianza, cuando el general, como si hubiera adivinado mi pensamiento, me dijo estas palabras: « Comandante Diaz: usted estará con curiosidad de saber lo que hay. Yo se lo diré á usted despues », con lo cual formé el propósito de no volver á hacer pregunta alguna.

Al cabo de una hora, poco mas ó menos, el general recibió aviso de la avanzada del centro, de que una fuerza considerable del enemigo parecia hallarse en el fondo de la calle del Cordon, segun se inferia del ruido de pisadas de caballos y otros indicios que se habian notado, y entonces mandó órden al jefe del telégrafo para que hiciera la señal de los cohetes y que mandara

al mismo tiempo disparar algunos tiros al aire, y gritáran vivas á Oribe, los soldados del 4º que estaban en la azotea. (a)

No sé si los ayudantes que habian ido á hacer las prevenciones que antes he mencionado, á las baterías de los costados de la Línea, se esplicaron mal, ó si fueron mal entendidos; el caso es, que luego que en el Telégrafo se incendiaron los cohetes, y se dispararon los tiros de fusil que debian acompañarlos, una ó dos de las baterías de la izquierda rompieron el fuego en la forma prevenida. El general que vió que esta equivocacion frustraba el plan combinado, mandó inmediatamente á decir á los comandantes de las baterías que habian hecho fuego, que lo hiciesen cesar por que no era eso lo mandado; gritó con este motivo, se enfadó y dejó escapar algunas palabras duras; pero ya el mal estaba hecho y no era posible remediarlo.

La señal de los cohetes y los tiros, segun lo supe despues, tenia por objeto indicar á Oribe la sublevacion del batallon 4º; y la de los faroles significaba la oportunidad de avanzar hácia la trinchera para entrar por el Porton que aquel le franquearía. Así, pues, suponiendo que Oribe hubiese considerado verdadera la primera señal, lo que nunca pudo suceder por las razones que expresaré despues, las balas de cañon dirijidas acto contínuo al punto en que él se hallaba colocado, debieron advertirle que se le habia preparado un lazo, que

(a) Estos soldados eran un piquete de veinte hombres que se me habia pedido pocos momentos antes, y á quienes yo mismo habia prevenido, por órden del general, que debian dar aquellos gritos cuando se los indicase la oportunidad.

era preciso evitar; y esto fué justamente lo que hizo. Lejos de adelantar un paso, se puso luego en retirada.

Con motivo de este singular suceso, se ha dicho que Oribe despues de haberse acercado á nuestra línea con la mayor parte de sus tropas, habia tenido miedo de avanzar; y que á haber sido verdadera la traicion, cuya cooperacion venia buscando, habria dejado colgados á sus cómplices. Pero este cargo es destituido de todo fundamento.

Oribe obró en aquel caso, como lo hubiera hecho cualquiera otro que no hubiera sido un necio. Las señales que se hicieron como indicativas de la sublevacion de mi batallon, no fueron mas que una farsa ridícula, que á nadie podia engañar.

Si la sublevacion se hubiese efectuado en realidad, habria tenido que vencer la resistencia de los batallones situados á la inmediacion del punto que aquel ocupaba, y en tal caso habria tenido lugar un combate, cuyo extrépito no habria sido fácil confundir con ninguna otra demostracion. Pero cuando solo se tiraron sobre la azotea del telégrafo diez ó quince tiros, acompañados de unos cuantos gritos dados con repugnancia y por consiguiente con apagada voz, volviendo inmediatamente á quedar todo en perfecto silencio, era necesario haber tenido una credulidad sobrado elástica, para no conocer que lo que se hacia era una burla.

Oribe no era tonto, y como he dicho mas arriba, se volvió tranquilamente á su campo, dejándonos á nosotros todavia por un par de horas al menos, en expectacion de la presa que con tanta facilidad habíamos imajinado devorar.

Serian las dos de la mañana cuando volvimos á nuestros puestos ordinarios.

Al dia siguiente por la mañana, estando yo en la puerta de mi alojamiento, situado al pié de la escalera del telégrafo, llegó el general que iba, como acostumbraba hacerlo diariamente, á recorrer con el anteojo las posiciones del enemigo, y al verme, me dijo: «No ha querido venir Oribe, anoche. ¿Y usted no sabe que él contaba con su batallon para entrar á la plaza?— ¿Como así,? pregunté. «Luego hablaremos, respondió y continuó subiendo á la azotea.

Algo mas tarde monté á caballo y fuí á la ciudad á ver á mi familia y á hacer alguna dilijencia que me ocurrió; y muchas personas se me acercaron para pedirme detalles á cerca del modo como se habia conducido y preparado la trama cuyo desenlace acababa de verificarse. Como yo contestase á todos, que nada sabia y que estaba como ellos en el caso de averiguar lo que se me preguntaba, uno que tenia alguna relacion de amistad conmigo, creyendo de buena fé que yo ocultaba la verdad, me dijo: «Vamos! ahora se viene usted haciendo el inocente, como si no supiéramos todos que usted ha sido el alma de la intriga! No ande con tapujos y sáquenos de la curiosidad.» Agregó á estas, algunas otras palabras que, unidas á las que acabo de mencionar, excitaron de improviso toda la susceptibilidad de mi alma. Comprendí recien que mi nombre estaba comprometido en aquel misterioso asunto y que era urjente despejarlo de toda sospecha ofensiva; y despidiéndome bruscamente de las personas que me rodea-

ban, volví á montar á caballo, y me dirijí á todo galope á casa del general.

Desde que este me vió entrar, por el aire precipitado de mis pasos y mas que todo por la expresion de mi fisonomía, conoció el objeto que me llevaba, y aun antes de saludarme, me dijo: «ya sé á lo que usted viene;» y presentándome una silla, agregó: «vamos á ver, ¿que hay?» —

Le referí lo que me acababa de suceder, y exijí que se aclarase el misterio en que me veía envuelto; para que mi nombre quedara exento de toda sospecha.

El general halló muy justa mi alarma y me comunicó entonces lo ocurrido, con todos los pormenores que ya dejo expuestos. Se esforzó luego en persuadirme que no habia por qué considerarme perjudicado, puesto que en breve iba á saberse que en todo aquel negocio el gobierno habia procedido sin mi conocimiento; á cuyo efecto, prometía dirijirme una nota en que explicaria los hechos como habian pasado, la cual se publicaria en los periódicos y se daria en la órden general; agregó que creía que esto bastaria para mi satisfaccion; pero que si yo consideraba que algo mas era preciso hacer para calmar mi susceptibilidad, él se complaceria en ejecutar lo que le indicase.

Di las gracias al general y me retiré tranquilo á mi cuartel. El mismo dia recibí un oficio concebido en estos términos:

«Línea de fortificacion, Marzo 13 de 1843.»

« El enemigo que conoce y observa tan poco los prin-
« picios del honor, ha tratado de emplear los medios

« de la seduccion, presumiendo neciamente que podia « corromper á algunos de los gefes que mandan los « cuerpos del ejército.

« Delatada esta pretencion por su mismo agente, el « gobierno resolvió envolverlo en sus propias redes, y « consintió en que el expresado agente, hiciese enten- « der al enemigo, que podia contar con el batallon de « su mando; sin que usted tuviese la menor noticia de « este negocio. Así se hizo, señalándole el centro « de nuestra línea como el punto que debia ser ataca- « do por él, y franqueado por el batallon del mando de « usted en la noche del 11 del corriente, lo que causó « el movimiento del enemigo y nuestro, en aquella no- « che. »

« Sin embargo de que el hecho mismo de haber yo « colocado á usted en el punto que debia ser atacado, « y que demandaba mayor esfuerzo para su defensa, « prueba concluyentemente la ilimitada confianza que « me inspira usted y el batallon de su mando; pudiera « ser que una vulgaridad harto insensata, quisiera ha- « cer alguna deduccion, que hiriese en algo su bien co- « nocida delicadeza en este suceso de que no ha tenido « ni la mas remota idea, y que respecto de usted solo « puede servir de prueba de la confianza que inspira al « gobierno y al jefe del ejército; á prevencion de ello « dirijo á usted la presente nota que he mandado se « dé en la órden general. »

Dios guarde á usted muchos años.

JOSÉ M. PAZ.

«*Al teniente coronel, comandante del batallon nº. 4º don César Diaz.*»

Entre las personas comprendidas en esta conspiracion, figuraban como agentes principales don Pedro Pablo Olave, ciudadano oriental, y un negociante brasilero, cuyo nombre ignoro.

Desde la misma noche del 11, el gobierno procedió á la aprehension de estos individuos y sus cómplices; y á escepcion de Olave que se hallaba refujiado desde algunos dias, á bordo de un buque neutral y que no se atrevió á bajar á tierra, todos los demas fueron arrestados. Como era consiguiente se mandó instruir desde luego el correspondiente proceso, aun que mas con la mira de descubrir la extension del plan para prevenir sus efectos, que con la de hacer pesar sobre los culpables el rigor de la ley.

El Encargado de Negocios del Brasil, en la mañana misma del dia 12 dirijió al gobierno una nota amenazante, con motivo de la detencion del súbdito brasilero, y en los dias sucesivos hasta el 18 otras tres notas mas en el mismo sentido, lo cual era una grave complicacion del negocio, atendidas las circunstancias de la capital.

El gobierno debia contestar á estas notas; probar que habia obrado dentro de la esfera de su derecho, sin precipitacion y sin violencia como lo suponia aquel agente, y que desde el principio de la causa se habian observado escrupulosamente todas las formas en que reposa la buena administracion de justicia; pero esta peligrosa discusion, cuyos resultados no hubiera sido fácil prever quedó felizmente sin efecto, por la juiciosa y prudente conducta del individuo á quien debia referirse. El súbdito brasilero preso, elevó al gobierno una representacion en que confesaba su culpa y solicitaba

perdon; y el gobierno le concedió inmediatamente su libertad, á condicion tan solo de salir del país dentro de un término dado; lo que, al fin, tampoco se verificó. *(Wright—A. Históricos).*

Las demas personas detenidas entre las que figuraban la suegra y cuñada de Nuñez fueron igualmente exhoneradas de toda responsabilidad, quedando así termidada esta célebre cuanto ridícula conspiracion á la que se llamó desde entonces *Conspiracion Alderete*, por que Oribe en la correspondencia que seguia con sus agentes firmaba *Ciriaco Alderete.* Todo el resultado pues que ella produjo á su autor, fué el desembolso de algunas onzas (a) y la rechifla que por mucho tiempo tuvo que sufrir de toda la prensa de Montevideo.

Desengañado entonces de la ineficacia de los medios corruptores contra el austero patriotismo de los defensores de la plaza, y al parecer no decidido á conseguir la ocupacion de esta á fuerza de armas, determinó de acuerdo con Rosas bloquearla por agua como ya lo estaba por tierra, esperando que privada de toda especie de subsistencia se rendiría en pocos dias por hambre; y al efecto comunicó al cuerpo diplomático y consular residente en Montevideo, que la Escuadra de Buenos Aires impediria desde el 1° del mes de abril próximo la entrada á Montevideo de toda clase de comestibles en los buques neutrales.

Esta medida que Rosas comunicó simultáneamente á los agentes acreditados cerca de su gobierno, inclu-

(a) Se dijo con bastante generalidad que el general Nuñez habia entregado al coronel Susviela una cantidad de dinero para la seduccion de que se habia encargado. No sé lo que hubo de cierto.

yéndoles cópia de la órden que habia dado al Almirante Brown, hizo una triste impresion en el ejército y en la poblacion de Montevideo, pues era indudable que sucumbiríamos brevemente á los efectos de su ejecucion.

El poco ganado en pié que se habia introducido en la plaza al acercarse Oribe, se habia consumido enteramente, y ya hacia muchos dias que el alimento de las tropas consistia en carne salada, de muy mala calidad, pescado seco ó porotos.

Estos mismos comestibles no eran abundantes en la plaza, pues no habia habido tiempo de hacer importaciones de ellos, calculados para una emergencia semejante; de modo que por poco que se entorpeciesen las vías de comunicacion marítima, quedaríamos privados de toda especie de subsistencia.

El Gobierno de Montevideo justamente alarmado por esta intimacion, que, amenazaba de muerte á la defensa, se esforzó en lo posible por obtener de los representantes de las naciones amigas, que se opusieran á su cumplimiento, fundándose en el perjuicio que con ella se irrogaria al comercio de los neutrales, y en varias otras consideraciones cuya exactitud estaba al alcance del juicio menos imparcial. Pero todos sus esfuerzos se estrellaron en la mala voluntad de dichos agentes, que mas parecian auxiliares ó aliados del Dictador argentino, que representantes de gobiernos amigos del Estado Oriental; y como se verá muy pronto, tuvo que ocurrir á un arbitrio extraordinario para inducirlos á consentir en su justa demanda.

Aunque la declaracion del bloqueo hizo en general, una impresion desagradable, como era natural, no por

eso decayó el espíritu de nuestros soldados, los cuales continuaban batiéndose todos los dias con un ardor creciente, como si las circunstancias de la plaza hubiesen mejorado y las esperanzas del triunfo se hubieran robustecido. Todos los batallones del ejército alternaban en las salidas diarias, y muy raro era aquel que terminaba su servicio y regresaba á la línea sin haber quemado algunos cartuchos, sin haber perdido cuatro ó cinco hombres, heridos ó muertos y sin haber causado la misma ó mayor pérdida al enemigo.

Desde el 12 hasta el 20 inclusive no cesaron las guerrillas en el centro y en la izquierda de nuestra línea de avanzadas; siendo por ambas partes apoyadas por fuertes reservas de infantería y algunos cañones.

Tomaron parte en ellas alternativamente los batallones 1°, 3°, 5° y 6° de línea, el de Extramuros, el Libertad, el Union, la Legion Argentina, el Escuadron Escolta y la Guardia Nacional de caballería, unas veces rechazando los ataques del enemigo, otras llevándolo á sus puntos. En la del 17 murió un jefe del enemigo, el mayor Rivas, entre varios otros individuos que tuvo de pérdida. No siempre terminaban con el dia estos tiroteos: por las noches despues que los cuerpos nuestros se retiraban á la línea, los enemigos solian avanzar algunas fuerzas de infantería y aun de artillería, sobre nuestros puestos de escuchas, y rompian un vivo fuego contra ellos el cual era contestado ó nó segun las circunstancias; pero en esto se proponian, como ya lo he observado, mas bien inquietar el ejército que hacerle ningun daño. No lograban, sin embargo su objeto, por que sin perjuicio de que el servicio se hacia con la

mayor vijilancia, no se alarmaban absolutamente nuestros soldados por tales demostraciones, y antes bien las miraban con el desprecio que merecian.

Algunas noches la batería *Cagancha* de nuestro costado izquierdo, hizo uno ó dos disparos hácia el punto donde se veía salir el fuego, y eso fue bastante para que este cesace completamente.

El dia 21 hubo un combate en el centro que fue el mas considerable por sus resultados, de cuantos habian tenido lugar en el trascurso del mes, exceptuando sin embargo el del dia 10, de que ya he hecho mencion. La víspera por la noche, el general habia hecho salir al capitan don Domingo Sayos con la compañía de granaderos del batallon n°. 3° para patrullar el terreno que el enemigo ocupaba durante el dia por el lado de la Estansuela, y poner en alarma á las partidas volantes que en él pudiera encontrar, y aun atacar á algunas de ellas, si se proporcionaba la ocasion de hacerlo con ventaja. Anduvo Sayos toda la noche reconociendo los sitios que se le habian señalado, sin haber encontrado ni un solo hombre del enemigo; pero al amanecer del 21 cuando se retiraba á la plaza satisfecho de haber desempeñado cumplidamente su comision, se halló repentinamente asaltado por fuerzas superiores; parte de las cuales habian logrado interponerse entre él y la plaza.

Sayos que era animoso, y que mandaba soldados subordinados y valientes, trató de salir con honor de aquel apurado lance y cargó sin trepidar á los que le cerraban el paso.

Cuando se sintieron los primeros tiros, el general me envió órden de ir á protejerlo con mi batallon, que estaba destinado con el batallon Union y los voluntarios para la descubierta de ese dia, y apenas habia salido del Porton, lo que verifiqué á paso de trote, cuando sentí silvar algunas balas que indicaban que el enemigo estaba muy próximo. En efecto, al pasar por el canton de Olloniego, situado como se sabe á cien pasos de la trinchera, el capitan Costa del nº. 5º que estaba con su compañía sobre la azotea, me señaló con la espada una guerrilla enemiga que al abrigo de una casa conocida por la *Cerveceria*, á la derecha del camino principal, dirijía sobre mí sus fuegos. Destaqué contra ella una mitad al mando del teniente Pondal, y continué con el batallon por la calle del centro hácia el punto donde estaba empeñada la compañía del nº. 3º. Muy luego estuve sobre ella; mas para evitar el fastidio de los pequeños detalles, diré en resúmen que los enemigos fueron arrollados y perseguidos hasta mas allá del Cristo, habiéndose salvado felízmente el capitan Sayos y su tropa, aun que no sin alguna pérdida de gente.

De mi batallon hubieron solamente tres heridos; pero de la compañía del nº 3º se perdieron catorce hombres, de los cuales tres ó cuatro fueron muertos y otros tantos quedaron prisioneros.

Luego de haber salido yo de la trinchera, el general envió al coronel don Prudencio Torres, á tomar el mando de toda la fuerza, que además de mi batallon y de la compañía de Sayos, constaba de dos ó tres partidas sueltas pertenecientes á las escuchas, que se habian puesto en movimiento; pero este jefe no tuvo que

alterar en lo mas mínimo las disposiciones que yo habia tomado.

A las nueve de la mañana todo estababa concluido; el enemigo se habia retirado definitivamente á su campo dejando los guardias de costumbre; y nosotros habíamos vuelto á la plaza despues de haber establecido nuestras avanzadas.

CAMPAÑA

DEL

EJÉRCITO GRANDE ALIADO

EN

SUD AMÉRICA

1852

Á LA DIVISION ORIENTAL

Estos apuntes fueron escritos con la intencion de que quedaran ignorados en la cartera de viaje en que tuvieron oríjen. Despues me ha ocurrido publicarlos, con la esperanza de que sean alguna vez útiles á los que se encarguen de escribir sériamente los sucesos á que se refieren, contribuyendo así á que la verdad histórica no sea desfigurada por el error ó la malicia....

Los dedico á mis compañeros de la Division Oriental, en testimonio del aprecio y consideracion que les conservo; y me complazco de ofrecerlos, precedidos de una carta del ilustre general argentino don José María Paz, escrita en los momentos de nuestro regreso á la Patria, cuyos honrosos conceptos, á ellos como á mí, son dirijidos.

Señor general don César Diaz.

Montevideo, Marzo 9 de 1852.

Mi estimado general y amigo:

Habia pensado no contestar su apreciable carta del 2 hasta hacerlo personalmente á su llegada, que se

anuncia como muy próxima. Sin embargo, me ha sido imposible resistir á la necesidad de trasmitirle cuanto antes mis sentimientos.

Ellos provienen de un doble motivo, que es la amistosa consideracion con que usted me honra, y mi reconocimiento por la gloriosa parte que ha tenido en la libertad de la República Arjentina, mi patria.

Creo ya habérselo dicho otra vez, y ahora lo repito, que me lleno de orgullo, cuando recuerdo que algun dia fuí compañero de los valientes que usted ha mandado en Monte Caseros. A todos soy sumamente grato, á todos felicito y muy en particular á usted que es su digno jefe.

Que nunca olviden los arjentinos, que los constantes defensores de Montevideo, despues de ser en toda la campaña un modelo de disciplina, concurrieron tambien sobre el campo de batalla, á romper sus cadenas.

Acepte usted, general, los sinceros votos que hago por su felicidad, y las expresiones de mi sincera estimacion con que soy su muy afecto amigo y compañero

Q. B. S. M.

JOSÉ MARÍA PAZ.

CAPITULO I

Cesacion de la guerra en el Estado Oriental, á virtud de su alianza con el Imperio del Brasil y el general Urquiza—Nuevo convenio de alianza entre los mismos gobiernos para llevar la guerra al tirano de Buenos Aires—Organizacion de la Division Oriental—Partida y arribo de la misma á la provincia de Entre Rios.

Sabido es que el tratado de alianza celebrado en el mes de mayo de 1851, entre el Imperio del Brasil, el general Urquiza, en representacion de las provincias arjentinas Entre Rios y Corrientes, y la República Oriental; produjo la pacificacion de este último estado, en cuya capital, asediada por un ejército de Rosas, cerca de nueve años, se habia defendido heróicamente hasta entonces su independencia. Un ejército de entrerrianos y correntinos, y otro de brasileros, entraron al territorio del Uruguay á virtud de aquel tratado, desde mediados de julio; y en menos de setenta dias, el ejército sitiador de Montevideo, se vió circumbalado en su propio campo y obligado á rendirse bajo las condiciones que los poderes aliados quisieron acordarle.

Las tropas arjentinas de que constaba en su mayor parte, fueron entregadas al general Urquiza; y las que llevaban el título de orientales, que consistían en tres batallones, se pusieron á disposicion del gobierno de la república.

La capitulacion tuvo lugar el 8 de octubre, y desde ese dia la paz quedó restablecida en el Estado Oriental; pero como esta paz no podia considerarse cimentada sobre bases permanentes, ni satisfechas con ella las altas miras de la alianza, mientras que subsistiese en el gobierno de Buenos Aires don Juan Manuel de Rosas, cuya ambicion desmesurada, habia mantenido en conflagracion durante veintitres años, á todos los pueblos del Rio de la Plata y en contínua ajitacion y alarma, al Brasil y á todos los demas estados vecinos, los mismos gobiernos aliados, se comprometieron á llevar la guerra á Buenos Aires y á continuar su accion conjunta, hasta la total destruccion de aquel temible tirano.

Hízose entonces un nuevo tratado, y en él se estipuló que el general Urquiza tomaría el título de general en jefe de la coalicion; que él llevaria por su parte, á la empresa, diez y ocho mil hombres, comprendidos seis mil que se le habian sometido en el sitio de Montevideo: que el Estado Oriental concurriria con dos mil soldados y una batería de campaña; y el Imperio del Brasil, con tres mil soldados, dos baterías y toda la fuerza naval de que disponia en el plata, debiendo quedar el resto de su ejército (10,000 hombres) acantonado á la inmediacion de la colonia, como cuerpo de observacion ó de reserva. Todas las fuerzas de operaciones de la coalicion, debian reunirse en la provincia de Entre Rios, en el lugar conocido por «Punta Gorda» ó «Punta del Diamante;» y en todo el mes de diciembre próximo, debia efectuarse el pasaje del Paraná.

Convenidas definitivamente estas y otras cláusulas

del tratado, el general Urquiza se embarcó el 30 de octubre para volver á Entre Rios, á fin de ocuparse inmediatamente de los preparativos de la campaña; y desde el mismo dia empezaron á ser trasportadas para aquella provincia, todas sus tropas, empleándose en esta operacion, que duró cerca de un mes, cuatro vapores brasileros y varios otros buques de vela y de vapor pertenecientes al Estado Oriental.

Por decreto del 5 de noviembre el gobierno oriental dispuso la organizacion del continjente con que la república debia contribuir á la guerra. Se formó una division de la cual se me nombró comandante en jefe, compuesta de un escuadron de artillería lijera con seis piezas de á seis, y cuatro batallones de infantería, á saber, el *Resistencia, Voltijeros, Guardia Oriental y Órden*.

Este último era uno de los tres batallones orientales del ejército sitiador, que se habian sometido á virtud de la capitulacion de octubre; el gobierno le habia conservado intacto y sin otra alteracion que la de sustituir la denominacion del *Órden* á la de *Restauradores* que antes tenia; los otros dos se habian disuelto y con el personal de ellos se habian remontado los cuerpos de la plaza destinados á la expedicion, que á la terminacion de la guerra se hallaban reducidos á cuadros.

Estas circunstancias hubieron de sernos fatales, como se verá en seguida.

Luego que se hizo público el destino de la division, se pronunció en todos los cuerpos que la componian, y con especialidad en el batallon «*Órden*» una desercion tan súbita y numenosa que, cinco dias despues de la promul-

gacion del decreto de su creacion, mas de quinientos hombres habian abandonado las banderas. Alarmado el gobierno con esta novedad que podia ponerlo en el caso de tener que faltar al cumplimiento de lo estipulado en el nuevo tratado de alianza, expidió un decreto á indicacion mía, revistiéndome de las facultades que la ordenanza confiere al capitan general de ejército en campaña, para contener aquel desórden, cuyo rápido progreso amenazaba á la columna expedicionaria de una total disolucion.

En consecuencia salí inmediatamente de la ciudad con la division y la acampé en las inmediaciones de la Villa de la Union, donde tenia motivos para suponer que se abrigaban la mayor parte de los desertores y en la que se hallaba tambien acuartelado el batallon «Órden», reducido á la sazon, de cuatrocientas ochenta plazas que tenia, á solo setenta y cinco. Desde allí mandé publicar un bando por las calles de la *Union*, conminando con pena de la vida á los desertores que en un término dado no se presentasen, y con una séria responsabilidad á los particulares que los ocultasen; dirijí circulares á los comisarios de policía de los departamentos vecinos; destaqué partidas de caballería en todas direcciones y tomé varias otras medidas, con las cuales logré reunir antes de diez dias, mas de trescientos desertores. Casi todos se presentaron por sí mismos, y solo tres que se aprehendieron despues de fenecido el término dado, fueron pasados por las armas. Los que pertenecian al batallon «Órden», que eran los mas, declararon que habian sido inducidos á la desercion por su mismo jefe, que lo era el teniente coronel

don Guillermo Muñoz, el cual fué, en consecuencia, separado de su cuerpo y puesto á disposicion del gobierno, con la informacion de su conducta. En esto habia obrado Muñoz lógicamente con sus antecedentes.

Él habia defendido hasta entónces la tiranía de Rosas contra su misma patria; y ya que no podia continuar prestándole el apoyo de su brazo y el de la fuerza que mandaba, queria al ménos neutralizar una parte, aunque pequeña, de los elementos combinados para derrocarle.

Si su conducta hubiera sido examinada en un consejo de guerra, es mas que probable que hubiera tenido que espiar en un banquillo el grave delito de que se habia hecho reo; pero el Gobierno de la República, que aun en medio de la dilatada y sangrienta guerra que habia sostenido, habia hecho siempre ostentacion de una liberalidad y tolerancia sin ejemplo, no queriendo desmentir estos principios cuando estaba en posesion de la victoria, disimuló su crímen y no le impuso la mas leve responsabilidad.

En los demas cuerpos, el ejemplo de estos y probablemente las sugestiones de los correligionarios políticos de Muñoz habian producido el mismo efecto, y aunque los desertores de los otros cuerpos, no dieron ninguna declaracion semejante, es natural suponer que siendo comunes sus antecedentes, hubiesen influido las mismas ó idénticas causas.

Juntos con Muñoz fuéron separados del batallon «Órden» casi todos los oficiales que tenia, siendo reemplazados por el benemérito sargento mayor don Eugenio

Abella como comandante interino, y por varios otros oficiales que habian pertenecido al ejército de Montevideo; y con estas disposiciones y algunos otros arreglos de órden interior, la moral del cuerpo se restableció, la disciplina comenzó á regularizarse, y muy en breve llegó á hacerse ejemplar por su constancia y subordinacion.

Los demas cuerpos de la division, compuestos en su mayor parte de veteranos avesados á uná severa disciplina y de una lealtad jamás desmentida en nueve años de combates y fatigas, no habian sufrido desercion sinó en el personal que se les habia agregado al terminar el asedio; estaban animados de un excelente espíritu, y podian por su instruccion rivalizar con las mejores tropas europeas. (a)

Despues de 28 dias que se emplearon en los objetos mencionados, en completar el equipo de la fuerza y en continuos ejercicios doctrinales, volvimos el 2 de diciembre á la ciudad con toda la division para hacer los honores fúnebres al general don Eugenio Garzon que acababa de fallecer, despues de lo cual se fijó el dia 4 para nuestra partida. Las dos notas que siguen, contienen las órdenes é instrucciones que al efecto se me comunicaron.

Ministerio de Guerra y Marina.

Montevideo, Diciembre 3 de 1851.

« El gobierno ha dispuesto que V. S. con la division de su mando, se embarque mañana, por el punto llama-

(a) No se tenga por exagerado este juicio. (N. del A.)

do la «Barraca del Mar», en los vapores de guerra brasileros y en los transportes que deben conducir la expedicion al Entre Rios, para coadyuvar en la campaña que el exmo. señor gobernador y capitan general de aquella provincia, debe emprender sobre la República Argentina.

«Así pues, que llegue V. S. á aquel territorio, se pondrá á las órdenes del exmo. señor general don Justo José de Urquiza, segun está pactado en los convenios de alianza celebrados con la República y el Imperio del Brasil.

«Las atenciones de mantension, caballos y rodados que pueda precisar la conduccion del parque, etc., le serán á V. S. llenados por el exmo. señor Gobernador, quien llevará en cuenta al gobierno de la República, las sumas que importen estos adelantos.

«Cuidará V. S. de comunicar al gobierno, con la posible antelacion, las faltas que esperimente y puedan ser socorridas desde aquí. Queda V. S. autorizado ademas, para hacer frente á cualquiera otra de las atenciones de la division de su mando, librando su importe sobre el Ministerio de la Guerra, á un mes de plazo despues de la presentacion de las letras, ó en la mejor forma que se pueda.

«El gobierno fia á su direccion y cuidado, la parte con que está obligado á concurrir á la guerra que se va á hacer al general Rosas; y espera que el juicio de V. S., y su capacidad militar, harán representar á las fuerzas orientales, de un modo digno y glorioso para el pabellon nacional que ellas sustentan.

«V. S. remitirá al gobierno, conocimientos circuns-

tanciados de cuanto convenga saberse, y el parte directo y detallado de todos los sucesos de armas en que tomase parte la division.

Dios guarde á V. S. muchos años.

LORENZO BATLLE.

Al señor Comandante en Jefe de la Division Oriental.

Ministerio de Guerra y Marina.

Montevideo, Diciembre 3 de 1851.

Señor Coronel:

El Gobierno me ha significado exprese á la division de su mando por el órgano de V. S. que al disponer su marcha para el Entre Rios, á ponerse á las órdenes del exmo. señor gobernador de aquella Provincia, para coadyuvar en la lucha para el derrocamiento del tirano que impera en Buenos Aires, y que ha desolado y arruinado nuestra cara patria, fia á su valor y disciplina tan acrisolados por ocho años y medio de combates y sufrimientos, el honor y buen nombre de la República, empeñados en esta contienda. Un momento no ha abrigado la duda de que el pabellon oriental, será sostenido con la gloria y el brillo que esos mismos valientes tanto hicieron por conquistarle.

Constancia, disciplina y valor es lo que el gobierno les recomienda, para coronar la expléndida obra del triunfo de la patria con la estirpacion del oríjen funesto de todos sus males.

El gobierno abriga la esperanza de que la campaña será muy breve y felíz, y que al regreso á la patria, encontrará el cuerpo expedicionario el consuelo y la recompensa de tantas fatigas y privaciones: á este principal fin, dirijirá de hoy en adelante todos sus esfuezos.

Quiera U. S., desde que la division pise el Entre Rios, insertar en la órden general esta nota.

Dios guarde á U. S. muchos años.

LORENZO BATLLE.

Al señor coronel don César Diaz, comandante en jefe de la división oriental.

El 4, pues, á las seis de la mañana empezó á embarcarse la division, por el muelle que llaman de Valentin; y el parque, comisaría y bagajes de los cuerpos, por el muelle principal; y sin embargo de que desde el dia anterior estaba abordo todo el tren de artillería con la mayor parte de las municiones, la operacion no terminó hasta las cuatro de la tarde. Los vapores de guerra brasileros *don Pedro 2°*, *Recífe* y *Golfino* y dos pequeños trasportes, recibieron toda la fuerza.

Cuando yo me embarqué, que fuí el último, se dieron las disposiciones convenientes para levar el ancla, y muy pronto empezamos á alejarnos de esta ciudad de Montevideo que tan graciosamente ha descrito el elocuente Sarmiento, y en la que habíamos dado el único ejemplo que se conoce en los anales del mundo, de una defensa militar de ocho años y medio.

Es fácil adivinar que mientras la tuvimos á la vista, permanecieron fijos en ella nuestros ojos, pues no se aparta el hombre del sitio en donde deja, quizá para siempre, todas las afecciones de su alma, sin un extraordinario esfuerzo.

Navegamos toda la tarde en rumbo al O. E. con muy buen tiempo, en demanda de un ponton que tienen los prácticos, cerca de la Punta del Indio, para tomar la canal que llaman del Sud; pero á las once de la noche, sin embargo de estar la luna muy clara, fué preciso fondear, por que no habiéndose descubierto hasta entonces el ponton, que era el que debia indicarnos la direccion del canal, temió el práctico que pudiésemos encallar. La precaucion era natural, por que dos de los buques principales del convoy, venian en mas de catorce piés, y todo el mundo sabe cuan peligrosa es la navegacion del Rio de la Plata, aun para las embarcaciones de mucho menor calado.

Sin embargo, cuando amaneció el dia 5, vimos con sorpresa y con pena, que con un poco de mas resolucion, hubiéramos podido aprovechar navegando, las horas de la noche que habíamos perdido fondeados, pues el anhelado ponton estaba á un cable de distancia de nosotros.

El vapor *Recife* que habia entrado la tarde antes por el canal del norte, fiando sin duda en la bondad de su práctico y en su poco calado, pues que solo iba en seis pies de agua, varó á las dos y media de la mañana; pero tuvo la fortuna de safar pocas horas despues de haber varado. Cuando el comandante del *don Pedro 2°* le vió en el riesgo, envió dos buques mercantes que

se encontraron por fortuna, para darle el auxilio que en tales casos se acostumbra, y hecha esta dilijencia siguió navegando con el *Golfino* y un transporte que llevábamos á remolque, en direccion á la Colonia. Pasamos la noche á cinco ó seis leguas de Martin García; y todo el dia siguiente permanecimos en el mismo lugar á causa de un recio pampero que se levantó en la noche, y que no nos permitia seguir viaje sin peligro, por el estrecho canal que debia conducirnos hasta el Guazú.

Así que amainó el tiempo, continuamos la navegacion sin ninguna otra contrariedad, hasta el término de nuestro viaje. Las Enramadas, era el punto designado por el general Urquiza para el desembarco de la division; pero no habiendo sido posible llegar á él por falta de agua para los vapores, segun dijeron los oficiales brasileros, fué forzoso desembarcar dos leguas mas abajo, en un sitio llamado el Potrero de Perez, de malísimas condiciones para un campo militar. A las once de la mañana del dia 9, toda la gente y el material de la division estuvieron en tierra.

Mi primer cuidado despues de haber desembarcado fué dirijirme al general Urquiza, avisándole mi arribo á la provincia y pidiéndole sus órdenes; y en su contestacion, que recibí dos dias despues, me prevenia que me pusiese en marcha sin demora hacia el Diamante, para lo cual, el comandante del Gualeguay me proporcionaría todos los medios de movilidad que hubiera menester, pues ya le habia dado anticipadamente sus órdenes con ese fin. Este mismo jefe me escribió tambien, anunciándome que en virtud de las instrucciones de S. E., habia mandado reunir algunas carretas y caballos con

destino á las tropas de mi mando, y que todo estaria á mi disposicion, dentro de tres ó cuatro dias.

Entre tanto la division comenzó á hacer varios aprestos de marcha.

Aunque hubiera debido salir de Montevideo dotada de todo cuanto puede necesitar un cuerpo de tropas en campaña, á virtud de ciertas circunstancias que me abstengo de expresar, faltábanle muchas cosas, y algunas de ellas de tal importancia, que era hasta vergonzoso haberlas omitido.

El escuadron de artillería lijera, por ejemplo, no tenia completas sus monturas ó atalages: necesitaba hacer cinchas, bosalejos, pecheras, cuartas y *hasta prolongas de cuero,* que solo puede aplicarse ó suplir á las de cáñamo, en una extrema necesidad en que nosotros no hubiéramos debido hallarnos, y las que llevábamos eran tan usadas que estaban casi inservibles.

Las piezas habian salido sin ruedas, lanzas ni juegos de armas de repuesto, como si no hubiéramos de hallarnos expuestos á ninguno de aquellos accidentes que son tan comunes en la guerra, ó como si hubiera sido fácil renovar la rueda de un cañon, hacer un escobillon etc. en medio de nuestras campañas desiertas, yendo, como íbamos nosotros, sin maestranza y sin una fragua de campaña siquiera.

Sin embargo, todo se habia pedido con repeticion é incesante empeño.

Los cuerpos de infantería, aunque bien provistos de vestuarios, estaban igualmente privados de diversos objetos de imprescindible necesidad. A los oficiales no se les habia dado monturas, siendo de práctica constan-

te en nuestros ejércitos, que marchen á caballo. Muchos de ellos habian salido sin espadas, y gran número de soldados sin zapatos. Ni aquellos ni estos tenian tiendas de campaña.

Ciento y cincuenta mil tiros de fusil á bala, doscientos fusiles de malísima calidad y treinta mil piedras de chispa, era la dotacion del parque.

La fuerza efectiva de la division, que segun lo pactado en el convenio de alianza, debia ser de dos mil hombres, no llegaba á mil setecientos, comprendidos los oficiales, como puede verse del estado general que sigue, formado al siguiente dia de nuestro desembarco en la provincia de Entre Rios; y la organizacion que se le había dado, era imperfecta con relacion al objeto de su destino. Siendo este el de obrar fuera del territorio nacional, era necesario haberla combinado de manera, que en ciertas circunstancias pudiese bastarse á sí misma; y para eso nada mas natural que haber agregado á la infantería y artillería de que constaba, dos escuadrones de caballería por lo menos. La utilidad de una organizacion semejante, estaba al alcance de las mas simples nociones de la guerra, y en especial de la de nuestro país, pues independientemente del mútuo auxilio que se prestan las dos armas, y de la fuerza que les da su accion combinada, todo el mundo sabe que nuestros ejércitos, no llevan jamas consigo, ninguna especie de subsistencia; que se alimentan de los ganados que se encuentran esparcidos en los campos, y que por consiguiente, sin el auxilio de la caballería, la infantería no puede subsistir. Verdad es que la division iba á formar parte de un grande ejército, que contaba con una

numerosa caballería; pero ¿ quién podria responder, de que no se hallaria alguna vez en el caso de apelar á su propia fuerza, para defenderse, ya en una retirada, ya en cualquiera otra de las emerjencias ó adversidades en que los azares de la guerra podian colocarla?

Sin embargo, el Ministerio de la Guerra, á quien hice presente esta necesidad, bajo todos los puntos de vista en que puede considerarse, se negó tenazmente á satisfacerla.

Llegó á tal extremo su obstinacion, que habiendo yo demostrado las dificultades en que me hallaba, y obtenido la víspera de mi embarque del Presidente de la República en acuerdo con su ministro de gohierno el doctor Herrera y Obes, una órden espresa para que se pusiese á mi disposicion cien hombres de caballería, eludió con diversos pretestos su cumplimiento.

Esta conducta incalificable del Ministro de la Guerra era inspirada por un sentimiento de mezquina emulacion ó de pueril vanidad; como voy á demostrarlo.

Habíasele ocurrido la peregrina idea de mandar al ejército aliado un continjente de caballería de la república, bajo el mando inmediato del coronel don Francisco Tajes, y con independencia absoluta de la division de mi mando, siendo así que esta era por su fuerza numérica y por su constitucion, la columna que debia representar en la alianza al ejército oriental. Habíanle sujerido este proyecto, su amistad íntima con el coronel Tajes, á quien deseaba ver lucir en una esfera superior á la en que habia figurado, y sus celos temibles por la elevada representacion que me daria el mando superior de todas las fuerzas orientales; pero habiendo

pensado despues, que el ejército aliado podia sufrir algun revés, y que en tal emergencia sería necesario contar con algunas fuerzas en el interior de la república, para contener una reaccion que pudiera intentarse de los antiguos aliados de Rosas y hacerse una potencia en el país, cambió de resolucion y ordenó á Tajes, que era su brazo derecho, como dicen, que se quedase en Montevideo.

Así pues, no habiendo logrado su primer propósito, no quiso en manera alguna declinar del segundo; y el coronel Tajes, que militando bajo mis órdenes, hubiera tenido ocasion de dar nuevo lustre á sus servicios y de ostentar su brillante valor en los campos de Caseros, quedó en Montevideo oscurecido para tener despues que arrepentirse de su complacencia con Batlle.

Era pues, forzoso, suplir de cualquier modo si no á todas, al menos á algunas de estas faltas, y á eso me contraje con los pobres medios que pude proporcionarme en un país extraño y en medio de una campaña solitaria. Con los cueros que sacaban de las reses del consumo diario, se completaron los atalajes del tren, se hicieron algunas prolongas para reemplazar á las de cáñamo en caso de urjente necesidad, y se retobaron los montajes de los cañones y carros de municion. El sauce abundaba mucho en la orilla opuesta del rio, y por ser esta una madera blanda, nos servimos de ella para labrar, aunque tóscamente, algunas lanzas para los carros y armones, con que pudimos reemplazar provisionalmente las que se inutilizaron del tren en el curso de las marchas. Se construyeron tambien muchos yugos, pues no solo las carretas sinó la artillería debian ser ti-

radas, en las marchas, por bueyes; y todos estos trabajos se hicieron en pocos dias, no habiéndose empleado, para los de madera, mas que dos hachas, una azuela y un serrucho, que eran las únicas herramientas que hasta entonces teníamos. El encargado de estos últimos, fué el teniente don Carlos Didier del cuerpo de artillería, de oríjen francés, el cual tenia alguna intelijencia de la carpintería, y se prestó gustosamente á ejecutarlos.

DIVISION ORIENTAL

Estado general que manifiesta la fuerza efectiva que tiene la expresada en el dia de la fecha

Jefes principales de los cuerpos	Batallones y Escuadrones	Coroneles	Jefes	Oficiales	Cirujano	Ayudantes de ciujía	Comisaría	Ayudantes de comi'ría	Tropa	Total
El Señor Coronel D. César Diaz	Co'te en Gefe de la Division.									
« « « Julian Martinez	Estado Mayor	1	2	11	»	»	»	»	»	14
« T'te C'nel « Mariano Vedia	Escuadron de Arti'ría ligera.	»	3	23	»	»	»	»	162	188
C'nel g'do « « « Juan Ant'nio Lezica	Batallon Resistencia	»	2	22	»	»	»	»	380	404
« « « Leon de Palleja	Batallon ltíjeros.	»	2	25	»	»	»	»	379	406
« « « « « José M. Solzona	Batallon dia Oriental. .	»	2	19	»	»	»	»	376	397
Sargento Mayor « Eugenio Abella	Batallon	»	1	5	»	»	»	»	229	235
« Gregorio Dillon	Comisarí	»	»	»	»	»	1	2	»	3
Dr. « Lorenzo Lonz	Cuerpo d sanidad militar. .	»	»	»	1	2	»	»	»	3
	Piquete de Escolta.	»	»	1	»	»	»	»	20	21
	Totales.	1	12	106	1	2	1	2	1546	1671

Campamento en el Potrero de Perez, (Entre Rios) Diciembre 10 de 1851.

V°. B°.

MARTINEZ.

FLORO QUINTANA.
Ayudante Comandante del Estado Mayor.

CAPITULO II

Sale la division del Potrero de Perez—Breve noticia sobre el estado actual de la campaña de Entre Rios—Noticias recibidas del ejército—Contratiempos—Llegada al Diamante.

Diez dias tardaron en llegarnos los prometidos auxilios de carretas y caballos, no sin haber tenido que hacer repetidas instancias para obtenerlos; y aun que dejando en el campo casi todos los efectos de comisaría y parte de los equipajes de los cuerpos, para que se nos remitiesen despues, si habia ocasion de hacerlo, pudimos ponermos en marcha, el 18 á las cinco de la mañana, en direccion al lugar de la costa que llaman «Las Enramadas,» distante dos ó tres leguas de aquel punto.

Habíaseme ponderado, en el Potrero de Perez, las dificultades que tendríamos que vencer, para salir de él, en caso que lloviera antes de movernos; y solo despues de hallarme en plena campaña, pude hacerme cargo de la exactitud de aquellas advertencias, que yo habia tenido por exajeradas. El Potrero está situado á la orilla de uno de los brazos mas fuertes del Paraná, y se forma de este y de un ancho estero que por el lado de la campaña lo circunda, describiendo un grande arco de círculo, que termina por ambos extremos en el rio. Cuando llueve, el estero, cuya superficie está cubierta de altos y tupidos carrizales, impenetrables, aun para

las bestias, se convierte en un verdadero mar, y el potrero queda perfectamente aislado y sin ningun acceso practicable á caballo. El conocimiento de la localidad me hizo reflecccionar que la fortuna debia sernos propicia en la campaña, pues no era posible dejar de interpretar como un signo favorable para nosotros, el hecho de haber podido salir sin dificultad de aquel maldito lugar, despues de diez dias de permanencia en él, cuando una lluvia de algunas horas, muy natural en aquel tiempo, habria podido retardar nuestra incorporacion al ejército, de modo que no hubiéramos llegado á tiempo de participar de sus glorias.

Durante tres dias, la marcha fué contínua, á pesar de las dificultades que á cada paso nos oponian los pantanos, las cañadas, los arroyos cenagosos y mil otros obstáculos que se encuentran en el camino de la costa, que es el que llevábamos, y que solo puede preferirse al del interior, por la deliciosa sombra y abundante leña que ofrecen á los viajeros, sus dilatadas y espesas selvas.

En medio de estos umbríos bosques, en donde apenas se percibe la planta humana, hallamos algunos ranchos esparcidos á largas distancias y á la sazon solo ocupados por mujeres y niños, ó cuando mas por algunos hombres viejos ó enfermos.

El general Urquiza habia pasado una circular á todos los departamentos de la provincia, haciendo saber á sus habitantes, que todos los individuos capaces de manejar las armas, sin excepcion ninguna, deberian hallarse el 15 de diciembre en el «Punta del Diamante,» provistos cada uno de un vestuario militar, com-

puesto de gorra y camiseta, y tres caballos útiles y en buen estado para entrar en campaña; y á la noticia de este llamamiento comunicado en todos los ángulos del territorio, con la rapidez de la electricidad, todos los miembros de aquellas pobres familias, se habian apresurado á abandonar sus hogares, para acudir sin retardo al punto designado. Muchos de ellos, con cuyas familias tuve largas conversaciones, por el interes que me inspiraba su suerte desdichada, habian tenido que suspender trabajos de labranza ó de otra especie, ya muy avanzados, que iban á inutilizarse en su ausencia, no obstante que de ellos dependia la subsistencia de sus hijos. Otros habian dejado á sus esposas ó hijas, postradas en un lecho de dolor, y se habian despedido de ellas, acaso, para siempre, llevando en sus corazones el amargo desconsuelo de no poder prodigar á estos queridos objetos, en sus últimos momentos, las atenciones y cuidados que exijian su triste situacion.

Pero nadie habia osado faltar al cumplimiento de aquella terrible disposicion, ni á quejarse de su cruel severidad, por que el mas leve indicio de desobediencia, se hubiera pagado con la vida.

El baqueano que conducia la division, era jefe de una pequeña familia: tenia una mujer y dos hijos, de los cuales el mayor contaba apenas once años. El y su familia eran los únicos habitantes del Potrero de Perez, sitio aislado y desierto, como ya he dicho, sin ninguna vecindad á menos de doce leguas de distancia: ocupaba un rancho no acabado, y cuya puerta se cerraba de noche con un cuero.

Citado, como uno de tantos, para presentarse al ejér-

cito, habia tenido que dejar á su mujer tristemente desamparada, sin que la notoriedad de sus circunstancias, ni sus ruegos ante el jefe de su departamento, ni la consideracion de haber asistido lealmente á todas las campañas anteriores, hubiesen podido influir, para exonerarlo de tan terrible obligacion.

Otra circular se habia comunicado al mismo tiempo á los departamentos, ordenando á ciertos jefes de distrito que se designan con el título de *comisionados*, que reuniesen todas las caballadas que pudiesen encontrar en sus jurisdicciones respectivas, y las condujesen al Diamante, expidiendo á los dueños los documentos correspondientes, para que con ellos ocurriesen á recibir su importe.

El gobierno fija el precio de los caballos que compra para el servicio, así como el de las reses que consumen sus tropas. Algunos propietarios se conformaron al pié de la letra con la disposicion, y despues de separar los tres caballos con que cada hombre estaba obligado á presentarse en el ejército, entregaron los demas que poseían á los comisionados; pero otros, y estos eran los mas, creyendo poder sacar mejor partido de esta forzada venta, se encargaron de conducir personalmente sus caballos sobrantes, al cuartel general. Y de este modo se veía por todas partes á los hombres, acudiendo presurosos con sus personas y haciendas, á la guerra que se iba á comenzar y para la que no reconocian otra causa que la simple voluntad del gobernador.

Nadie puede lisonjearse en Entre Rios, de haber eludido impunemente el cumplimiento de una órden de la especie de las que he mencionado, durante el gobierno

del general Urquiza, si para ello no ha tenido que expatriarse, ó buscar en el seno de los bosques su seguridad personal. Para los desobedientes y los desertores, no hay asilo; y cada habitante de la provincia está obligado, bajo la pena de muerte que á ellos corresponde, á denunciarlos á la autoridad, desde que por cualquier indicio juzgue haberlos reconocido.

«No se inquiete usted, señor, me decia un paisano, tres ó cuatro dias despues de haber desembarcado, oyéndome hablar de un soldado que faltaba al campamento desde el dia anterior. « Ese soldado no ha de « ir muy lejos: apenas se atreva á salir del bosque en « que supongo se ha escondido, y se acerque á la casa « de cualquier vecino, por el solo hecho de ser desco- « nocido, aunque no lleve insignia militar ninguna, lo « han de suponer desertor y lo han de entregar á la au- « toridad mas próxima, si es que no vienen á traérselo « á usted mismo »—Tres horas despues llegaron al campamento dos montaraces preguntando por el jefe de la fuerza: venian á pedirme la escolta necesaria para conducir á mi presencia el desertor.

« La vagancia y el robo, agregó el paisano, despues « de haberme entretenido largamente sobre la respon- « sabilidad que el servicio militar impone á todos los « entrerianos sin excepcion, se persiguen y castigan « con tanto ó mayor rigor que la desercion. En algu- « nos casos que conozco, se ha llevado la crueldad de « estos castigos á un exceso que hace estremecer.

« Un muchacho de catorce años, mató un dia un cor- « dero de un rebaño del general Urquiza, de que era « pastor, para comerlo en compañía de otro muchacho

« amigo; y por este solo hecho fué mandado degollar.
« En otra ocasion, siete hombres que trabajaban en
« una de las estancias del general, tomaron sin permi-
« so, algunas sandías de una huerta para refrigerar;
« y habiéndolo sabido S. E., los siete hombres fueron
« desapiadadamente degollados (a).

« Así es que en el dia no se encuentra en toda la
« provincia un solo ladron ni para remedio. Usted
« puede recorrer el territorio en todas direcciones, so-
« lo y sin armas, y cargado de oro, si usted quiere, se-
« guro de que nadie se atreverá á tocarlo en un pelo del
« cabello. Y si en el tránsito de un lugar á otro, pier-
« de usted algun objeto de su propiedad, ya sea de gran
« precio, ya de insignificante valor, puede usted volver
« sobre sus pasos, cierto de que ha de encontrarlo en
« la inmediata morada de un alcalde, ó en el árbol ve-
« cino al sitio en que cayó.

No hay la menor exajeracion en esto.

Ha sucedido muchas veces, que deseando el general Urquiza, socorrer á algun paisano, ó teniendo que abonarle alguna cantidad que el gobierno le adeudaba por compra de ganado, ó de otra procedencia cualquiera, le ha dado *órden verbal* para presentarse á alguna de las receptorías de la provincia á recibir la cantidad adeudada.

El beneficiado, ó acreedor ha comparecido á la oficina indicada, y con solo espresar de palabra que tenia

(a) Estos dos hechos me han sido confirmados por varias personas respetables que se hallaban en Entre Rios cuando se ejecutaron.

(N. del autor.)

órden del gobernador para recibir allí tal suma, esta le ha sido entregada, sin ningun reparo.

De aquí se infiere que tal es la confianza que tiene el general Urquiza en la moralidad de sus entrerrianos; ó mas bien cual es el terror que ha llegado á infundir en la persecucion de los ladrones con la severidad de sus castigos que puede asegurarse, que no solo nadie roba, sinó que nadie piensa que sea posible robar. Y debe advertirse que estas órdenes de pago no eran precisamente dirijidas al pueblo de la actual residencia del gobernador, sinó á cualquiera de los departamentos de la Provincia.

Refiero estas particularidades que tengo por auténticas y he tenido ocasion de apreciar por mí mismo, por que ellas dan idea de la especie de autoridad que el general Urquiza ejercia en Entre Rios, y para qûe mas adelante no haya dificultad en concebir como esta poblacion, que no excede de cuarenta mil almas, pudo concurrir á la formacion del ejército aliado, con cerca de nueve mil hombres.

El dia 20, pasamos la noche en el Arroyo Negro, á la ceja de un bosque espesísimo, bajo cuyos frondosos talas y algarrobos, estaban las tropas perfectamente al abrigo de la intemperie. Acampamos en este lugar á las once de la mañana para dar descanso á las bestias de tiro, que iban muy fatigadas, á fin que estuviesen al dia siguiente con fuerza bastante para pasar el Arroyo Nogoyá que teníamos á dos leguas de distancia, y cuyas dificultades eran de todos ponderadas.

Aun que el tiempo se mantuvo bueno casi toda la noche, al amanecer del 21 se armó súbitamente una tor-

menta, que muy luego descendió sobre nosotros, en torrentes de lluvia, relámpagos y truenos.

Marchamos así mismo, y llegamos al temible Arroyo antes que hubiese recogido agua bastante para detenernos. Se peinaron cuanto fué posible sus bordes, que eran pendientes y resbaladizos, se niveló el piso en algunos puntos con troncos y ramas de árboles; y aun que con alguna lentitud, se verificó el pasage del tren y el de las carretas, sin ninguna novedad. El teniente coronel don Mariano Vedia, con su escuadron de artillería, era el encargado de la ejecucion de estos trabajos, que en esa, como en otras ocasiones siempre desempeñó con una actividad y celo muy recomendables.

El 22, lloviendo siempre, trabajámos gran parte del dia para salir de los pantanos de la costa, que se estienden considerablemente en anchura, y fuimos á situarnos á una legua de distancia, en un rincon del mismo arroyo, de muy buenos pastos, seco y abrigado. Al mover el campo, se notó la falta de cinco individuos de tropa, que al principio se creyeron estraviados en el bosque, pero que luego se conoció que habian desertado. En el mismo dia se ofició al « Comisionado » del distrito, adjuntándole cópias de las filiaciones de los desertores y recomendándole su persecucion y captura.

El 25 á las siete de la mañana, llegamos á la Victoria, pequeño pueblo situado á la orilla del arroyo del mismo nombre; y allí recibimos los primeros boletines del ejército. Segun ellos, varios acontecimientos importantes se habian realizado. El dia 10 se habian presentado á los acantonamientos del ejército, un capitan con varios oficiales y trescientos doce hombres de tro-

pa, *boletin núm. 1°*, pertenecientes á la division de caballería que mandaba un don Vicente Gonzalez en el ejército de Rosas, los cuales habian declarado, que toda la division estaba dispuesta á presentarse al ejército aliado, así que este hubiese verificado el pasage del Paraná, pero que la indiscrecion de algunos compañeros habia descubierto el comun intento, y reducídolos á la necesidad de salvar los que pudieran.

El 17, una division de la escuadra brasilera, al mando del almirante Grenfell, compuesta de los buques de vapor *Alfonso, Pedro 2°, Recife,* y *don Pedro,* y de los buques de vela, corbetas *Don Francisco* y *Union* y el bergantin *Caliope*, trayendo á su bordo las tropas brasileras destinadas á hacer parte del ejército libertador, habia forzado el paso del Tonelero en el Paraná, á pesar de una fuerte resistencia que le habian opuesto las fuerzas encargadas de defenderlo. Doce piezas de artillería y dos mil infantes, habian sostenido contra la escuadra durante su pasage, un vivo fuego de cañon y fusilería, en el que arrojaron algunas balas rojas, y al que la escuadra habia contestado con acierto y oportunidad. Sin embargo, la pérdida esperimentada por las fuerzas brasileras, fué de muy poca consideracion: solo tuvieron nueve hombres fuera de combate, seis de ellos muertos y tres heridos, y cuatro balas de cañon embutidas en los cascos de los buques: *(boletin núm. 2°)*.

Al mismo tiempo el general Urquiza habia anunciado al ejército, en la proclama que sigue, la proximidad de las grandes operaciones, y la seguridad del triunfo de las armas libertadoras.

« El Gobernador y Capitan General de la Provincia

de Entre Rios, General en Jefe del Ejército Aliado.

«Soldados! Bien pronto pisareis las orillas occiden-
« tales del Paraná, proclamando la libertad y la sobe-
« ranía de los pueblos argentinos, que al oir el éco de
« los clarines del ejército grande, despertarán del le-
« targo, y con entusiasmo os saludarán como á sus
« libertadores.

« La campaña que vamos á emprender es santa y
« gloriosa, por que en ella vamos á decidir de la suerte
« de una gran nacion, que veinte años ha gemido bajo
« el pesado yugo de la tiranía del dictador de los argen-
« tinos, y á completar la grande obra de la regenera-
« cion social de la República del Plata, para que dé
« principio la nueva era de civilizacion, de paz y liber-
« tad, y se ciegue para siempre el abismo donde el tira-
« no queria sepultar las glorias, el valor y hasta el
« renombre de los argentinos.

« Soldados! Marcharemos con paso vencedor, por-
« que el poder del tirano es incapaz de oponerse á vues-
« tro denuedo; por que ese poder no está fundado en
« el amor de sus compatriotas sinó en el terror que ha
« difundido y en la sangre que ha derramado para con-
« servar su odiosa tiranía, y hacer que los argentinos
« lo deifiquen, sacrificando por él su honor, su fama, el
« recuerdo de sus glorias, la libertad de la Patria y el
« porvenir de sus familias.

« Soldados. Poderosos elementos de victoria lleva-
« mos con nosotros, porque la alianza americana con
« el Brasil y la República Oriental, nos hacen mas
« fuertes para combatir al ambicioso gobernador de
« Buenos Aires, y porque sus gobiernos que no tienen

« mas interés que la caida del tirano argentino, nos
« brindan con todos los elementos de guerra de que
« disponen. La República Oriental ya ha colocado en-
« tre vosotros á sus aguerridos soldados; y el ilustrado
« gobierno del Brasil coopera tambien, generoso y no-
« blemente, con su ejército y escuadra, al triunfo de la
« libertad argentina, que la proclamareis con la razon
« y la sostendreis con vuestras lanzas.

« Camaradas! Al emprender la gloriosa campaña
« contra el malvado Juan Manuel Rosas, no os pido
« otra cosa que el ejercicio de las virtudes con que os
« habeis grangeado la admiracion universal y el respeto
« de vuestros enemigos. Obediencia á vuestros jefes,
« respeto á la propiedad, sufrimientos en las fatigas,
« valor en los peligros, generosidad en la victoria y hu-
« manidad para los vencidos.

« Si así os comportais y tenemos que combatir, os
« diré bien pronto sobre el campo de batalla:

« Viva la heroica Confederacion Argentina.
« Viva el ejército triunfador. »

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA.

No obstante lo que estas noticias impacientaron mi deseo de llegar al Diamante, fuéme forzoso permanecer todo el dia á la inmediacion del pueblo, para proveerme de algunas herramientas de que carecia absolutamente la division, y que necesitaba con urgencia para los diversos objetos que ocurren en campaña, así como de algunos medicamentos, para el pequeñísimo y mal provisto botiquin que se habia entregado en Montevideo á

mi cirujano mayor. Evacuadas estas diligencias, me puse en marcha al siguiente dia 26 con ánimo de caminar todo lo que pudiese y con la esperanza de hacerlo sin interrupcion, pues íbamos á tomar el camino de *arriba*, que aunque sin leña y en muchas partes sin agua, no presentaba para la marcha, ninguno de los obstáculos tan frecuentes como el de la costa que hasta entonces habíamos seguido. Así que llegamos al Arroyo del Pajonal, distante tres leguas de la Victoria, desde donde debíamos tomar la nueva direccion, mandé acampar los cuerpos, para dar lugar á que se nos reuniesen el parque, hospital y equipajes, que habiendo tenido que desandar una legua de camino, á causa de un mal paso, se habian quedado atras. Dispuse igualmente que se carneara para dar de comer á la tropa, con prevencion de estar pronta para continuar la marcha, inmediatamente despues de haber comido.

El tiempo habia sido hermoso en la mañana. El sol se habia presentado claro; y aun que se veían circular allá en el horizonte, algunas nubecillas, el aspecto del cielo no parecia indicar la cercanía de una tempestad. Pero á eso de las tres de la tarde, cuando recien se habian incorporado las carretas, y cuando aun no estaba del todo terminado el rancho de la tropa, las pequeñas y blancas nubes que habíamos visto esparcidas en el cielo, convertidas de improviso en cárdenos celajes, se dilataron rápidamente por la esfera y descargaron sobre nosotros una furiosa tempestad, que hizo impracticable toda idea de movimiento y nos obligó á pernoctar en aquel campo.

La lluvia que fué incesante en la noche continuó al

dia siguiente, aumentando su fuerza en razon de su duracion. El arroyo á cuya márgen nos hallábamos se desbordó; y el terreno que ocupábamos que, por otra parte, era lo que llaman un bañado, quedó á las diez de la mañana convertido en un estenso lago. Fué necesario trasladar el campo á la cresta de una cuchilla inmediata donde pasamos el resto del dia.

El tiempo empezó á despejarse el 28 á las siete de la mañana; pero era absolutamente imposible seguir la marcha á esa misma hora.

La tropa no llevaba tiendas de campaña; y aunque habia procurado como siempre, suplir á esa necesidad con ramas de árboles, desde que se vieron los primeros anuncios del mal tiempo; ésta precaucion habia sido tan inútil, que media hora despues de comenzado el huracan, las ramas corrian por el campo impelidas por el viento, y los pobres soldados quedaban á la intemperie, envueltos en sus capotes y esforzándose, aunque en vano, en mantener á cubierto sus fusiles y municiones. En el mismo caso que los soldados se hallaron los oficiales.

Todo, pues, estaba mojado, y era indispensable destinar algunas horas para secar el vestuario, repasar las armas, renovar las municiones inutilizadas, y remediar, en cuanto fuese dable, los daños sufridos. Hecho todo esto, á las cinco de la tarde levantamos el campo.

No siendo en adelante entorpecidos por ninguna de las causas que hasta entonces nos habian contrariado, llegamos al Diamante el 30 á las ocho de la noche.

En esta última jornada, hicimos cerca de nueve leguas, habiendo partido del arroyo llamado *Los laure-*

les, poco antes de amanecer. Como dos horas antes de llegar, me adelanté yo con dos ayudantes, para saber cual era el campo que se me destinaría, y recibir las órdenes que habian de comunicárseme.

El coronel Galan, ministro universal del gobernador de Entre Rios, estaba encargado del mando superior de las fuerzas acampadas allí, y él vino en persona á indicarme el punto que la division debia ocupar: se manifestó muy contento de mi incorporacion al ejército, y me hizo en particular muchos ofrecimientos.

La noche era muy oscura, y como además la tropa estaba fatigada y necesitaba reposo, mandé campar apresuradamente, sin sujecion al órden acostumbrado. Una hora despues, los soldados rodeaban enormes fogatas que habian encendido con la exelente leña que abunda en aquel lugar, y olvidaban con buenos asados y con chistosas conversaciones, las penurias pasadas y las que aun les restaba que sufrir.

A las nueve ó diez de la mañana del dia siguiente, vinieron á mi tienda de campaña, los jefes y oficiales de los dos batallones reunidos allí, con sus respectivas bandas de música, y saludaron á la division oriental y á su jefe, felicitándose de poder contar en la próxima campaña con tan buenos compañeros.

Estos batallones eran los mismos que habian asediado á Montevideo: conservaban todos los oficiales con que nos habian hecho la guerra, y ya puede imajinarse el efecto que harian en el ánimo de estos, los discursos de sus superiores, que eran los únicos que habian sido reemplazados.

Mas tarde llegó uno de los comisionados á quien yo

me habia dirijido solicitando la persecucion de los soldados desertores en Nogoyá, trayéndome tres de ellos; y aunque segun las órdenes generales de la division, hubiera debido fusilarlos; me limité á imponerles pena de prision, considerando, que luego que pasásemos el Paraná, no podrian volver á desertar, aun que lo desearan, y yo podria contar con tres hombres mas.

CAPÍTULO III

Ocupacion de la ciudad de Santa Fé y de la Villa del Rosario—Pasaje del Paraná—Reflexiones.

El Diamante es un pequeño pueblito situado á inmediacion del cabo ó promontorio conocido con el nombre de *Punta Gorda*, célebre en casi todas nuestras guerras, por el partido que han sacado de su situacion, todas las tropas que lo han ocupado. Elevado sobre el nivel del rio, á ciento cincuenta pies por lo menos, ofrece al observador colocado en sus alturas, un agradable y vasto panorama. Dilatadas llanuras al occidente, formadas de verdes islas, favorecidas de una vigorosa aunque uniforme y triste vejetacion.

El caudaloso rio que las riega y fertiliza, obligado hácia el norte, por un inmenso conjunto de pequeños islotes, á multiplicar sus corrientes en millares de canales, con los cuales extiende los límites de su anchura, hasta donde puede alcanzar la vista. Los mismos raudales hácia el sur concentrados en un solo curso, murmurando sin cesar contra los poseedores de sus orillas, por la indolencia con que miran deslizarse improductivas, sus mansas y abundosas aguas hasta perderse en el occéano. Y al oriente la campaña entreriana con sus risueñas colinas, sus amenos prados, sus jigantescas y secu-

lares selvas y su abundante y variada vejetacion, ostentando todos los caracteres de una bella aun que inculta naturaleza.

El ánimo se encoje y se entristece al contemplar estas magníficas soledades, vírgenes todavia como salieron del caos, sin que la industria humana haya extendido á ella su imperio, sin que la mano de la civilizacion haya impreso en ningun sitio, el sello de su grandeza y poderío.

Las huellas de los pies de los conquistadores, parecen disernirse todavia por doquiera, cual si estuviesen recientemente impresas en la arena; y el ojo del observador se esfuerza en vano por encontrar en el exámen de los objetos que le rodean, algun indicio siquiera, de la existencia de las jeneraciones que siguieron: todo es allí naturaleza salvaje y primitiva.

A la llegada de la division, el ejército estaba ocupado en el pasaje del rio, cuya anchura frente al mismo cabo, no exede de quinientas varas, lo que hace fácil su travesía aun para los menos diestros nadadores: cerca de diez mil hombres estaban ya en la banda occidental. Cinco vapores de guerra brasileros, uno oriental, varios buquesillos mercantes y tres balzas construidas exprofeso para las cabalgaduras, estaban empleados en aquella operacion; y contribuian á acelerarla, centenares de nadadores que daban á la escena del pasaje, un aspecto variado y pintoresco. Rejimientos enteros de caballería se lanzaban á la corriente en demanda de la orilla opuesta, conduciendo hasta tres caballos cada hombre. Muchas canoas, balleneras y lanchas de todas dimensiones, confundidas entre los intrépidos nadado-

res, iban y venian con hombres, con armas, con caballos y con cuanto podia confiarse á su mas ó menos limitada capacidad, auxiliando así no menos eficázmente que aquellos, la accion principal de los vapores y demás buques de gran porte. Durante las horas del dia, era contínuo el trabajo, incesante la ajitacion. Jamas el silencio normal de aquellos lugares solitarios, habia experimentado tan grande y prolongada perturbacion.

Los sucesos se habian precipitado, y he aquí como.

El dia 23, la guardia cívica de la Bajada, apoyada en un corto número de soldados veteranos, habia pasado el Paraná á las órdenes del coronel Francia y desembarcado en el Rincon situado al norte de la misma ciudad; y habiéndosele reunido inmediatamente las milicias de caballería de dicho Rincon, se habia dirijido sobre la capital de Santa Fé, distante tres ó cuatro leguas de aquel pnnto. Juzgaba el coronel Francia que la ciudad le haria resistencia, hallándose en ella el general don Pascual Echagüe, gobernador de la provincia y uno de los mas capaces y fieles servidores de Rosas, y marchaba como era natural bien preparado en ese concepto; pero al acercarse á la ciudad, vió con agradable sorpresa, que la bandera entreriana flameaba sobre las torres, y comprendió desde luego, que no habria necesidad de combatir.

En efecto, gran parte de la poblacion se apresuró á salir á su encuentro, dando visibles muestras del entusiasmo patriótico que la animaba; y el batallon de milicia urbana, con su comandante á la cabeza, salió tambien á ponerse á sus órdenes. El general Echagüe

á la noticia de la invasion, no pudiendo talvez contar con la adhesion de los santafesinos para empeñarse en una retirada militar, se habia puesto en fuga con algunos hombres leales que quisieron acompañarle; y temiendo que el camino que conduce rectamente de Santa Fé á Buenos Aires, estuviese á la sazon interceptado por algunas fuerzas avanzadas del ejército aliado, habia tomado el rumbo de la Pampa.

El buen éxito de la empresa, que se supo en el Diamante el mismo dia, y la exelente disposicion que los santafesinos manifestaban á segundar los esfuerzos de los libertadores, persuadieron al general Urquiza de la necesidad de acelerar su accion; y aun que el ejército no estaba reunido en su totalidad, emprendió inmediatamente el pasaje del rio á la cabeza de cuatro mil hombres de caballería, dos batallones de infantería y seis piezas de artillería. Atravesó el 24 la grande isla que media entre el Paraná y la costa firme de Santa Fé, y al siguiente dia fué á establecer su cuartel general sobre el rio Carcarañá.

A la noticia de su aproximacion, el pueblo del Rosario, siguiendo el ejemplo de la capital de la provincia, se declaró tambien en favor de las armas libertadoras. Varios ciudadanos reunidos en la plaza el dia 25 por la mañana, dieron el grito de libertad, victoreando al general Urquiza y al ejército aliado. Muchos oficiales y soldados de la milicia urbana de la villa, se agregaron á este pequeño grupo de patriotas, con cuyos sentimientos simpatizaban; y el entusiasmo de que todos estaban animados, se hizo en pocos momentos general. Las fuerzas enemigas que ocupaban el departamento,

bajo el mando del coronel Santa Coloma, lo habian evacuado, retirándose hácia San Nicolás.

De este modo el primer paso del ejército libertador en su cruzada regeneradora, habia dado un magnífico resultado. Aun no se habia derramado una gota de sangre, aun no se habia disparado un solo tiro, y ya un eslabon de la pesada cadena con que Rosas tenia aherrojados los pueblos de la infortunada república arjentina, estaba roto!

Una de las provincias, con cuyos sacrificios contaba para sostener su amenazado imperio, se habia convertido de improviso en vanguardia del ejército aliado, poniendo á disposicion del general Urquiza sus recursos y su sangre, y anhelando el honor de ser la primera en escalar los antemurales del tirano. « Todas las pro-
« vincias seguirán su ejemplo (decia el boletin del ejér-
« cito) si la ceguedad de los satélites del tirano, no hace
« necesario que el filo de nuestras espadas, vaya á rom-
« per las cadenas que los oprimen. »

Así pensaba el general; y uno de los primeros actos al establecer su campo en el Carcarañá, fué dirijirse á los gobernadores de todas las provincias, avisándoles su marcha sobre Buenos Aires al frente de un numeroso ejército, y exitándolos á coadyuvar de algun modo á la sagrada empresa de la rejeneracion de los pueblos arjentinos. Esta circular quedó sin respuesta, como habia quedado la de 1° de mayo, en que el mismo general como gobernador de Entre Rios habia desconocido la autoridad despótica de Rosas y anunciado á sus cólegas su intento de derrocarlo.

La provincia de Córdoba fué la única que dió seña-

les de haber oido estas exhortaciones dirijidas á todos, en nombre de la libertad y de los derechos conculcados de la patria; pero no se crea que lo hizo por medio de ningun acto obstensible de adhesion á los principios proclamados. Nó. Mandó un enviado que alcanzó al ejército á poca distancia del Espinillo, con la mision aparente de armonizar su política á la del general Urquiza, pero cuyo objeto verdadero, segun lo confesó el mismo agente, era cerciorarse de la fuerza del ejército aliado que se creia exagerada por la fama, para poder juzgar de las probabilidades de la empresa, y arreglar á ellos su conducta.

Cuando el agente vió el ejército, que el mayor general tuvo cuidado de hacerle conocer, quedó asombrado de su número; y regresó á Córdoba, seguro al parecer de nuestro triunfo. Sin embargo no se volvió á oir hablar de ésta, ni de ninguna otra provincia, hasta que el éco del cañon de Caseros llevó á todas ellas la noticia de la desaparicion del tirano.

Hé aquí la circular á que me he referido:

El Gobernador y Capitan General de la Provincia de Entre Rios, etc., etc.

Al Exmo. Señor Gobernador de la Provincia de......

Cuartel general en el Carcarañá, Diciembre 26 de 1851.

Una série no interrumpida de acontecimientos felices para la digna causa de las Repúblicas del Plata, y mas que todo, la justicia de la revolucion contra Rosas, pronunciada por el pueblo entreriano el 1° de mayo del

corriente año, seguida por el pueblo correntino y por el poder incontrastable de la opinion nacional y de las simpatías americanas, me llevan sin demora al centro mismo de los recursos del tirano.

Al frente de un numeroso é invicto ejército de vanguardia, á quien sigue otro no menos grande y denodado de reserva, marcho á buscar al feroz autócrata del Rio de la Plata, resuelto á derrocar su autoridad despótica, removiendo así el único obstáculo para la paz pública y felicidad general.

Me asiste la mas plena confianza, de que valorando V. E. en su verdadero carácter, el espíritu y tendencias de esta cruzada de civilizacion y de libertad, contra el enemigo comun de todas las glorias americanas, armonizará con ella su política, proporcionando al heróico pueblo que le ha encomendado su suerte, una oportunidad brillante de adquirir los verdaderos títulos de la gloria y de desmentir el equivocado concepto de los estraños, debido esclusivamente al general don Juan Manuel de Rosas.

Dios guarde á V. E. muchos años

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA.

El 27 avanzó el general Urquiza sobre el Rosario, ordenando antes al general Virasoro, que habia quedado á cargo del ejército en el Diamante, que toda la infantería, el material de guerra y algunos regimientos de caballería que estaban sin caballos, se dirigiesen por agua al Espinillo, punto distante legua y media de aquel pueblo, donde tendria lugar la reunion definitiva del ejército para abrir la campaña.

Prevínole tambien que alli encontraria el número de carretas y bueyes suficientes para la conduccion de parques, equipajes, etc., objetos á que hasta entonces no se habia provisto, y de que habia absoluta necesidad.

Dando al pasage de las tropas esta nueva direccion, se les ahorraba una marcha larga y penosa por terrenos incultos, escasos de subsistencias y casi impracticables para la artillería; y lo que es mas, se les acercaba en seis horas de navegacion, á diez leguas de las fronteras de Buenos Aires.

Virasoro, puso inmediatamente en práctica las órdenes del general en jefe, y todos los buques existentes en el Diamante, comenzaron desde el dia 28 á dirijirse al Espinillo llevando cada uno el mayor número de hombres que podia contener. El movimiento era incesante: los vapores iban y venian sin mas retardo que el tiempo indispensable para embarcar ó desembarcar su carga. Pero á pesar de la actividad del mayor general y de la diligencia de los subalternos encargados de la ejecucion de sus órdenes, la operacion se retardó hasta el 8 de enero, porque la mayor parte de los vapores de la escuadra Brasilera, tuvieron que bajar el Paraná en los primeros dias del mes, y no quedaron para continuar el trasporte sinó el «Rio Uruguay» vapor «Oriental» y algunos barquillos mercantes de muy poca capacidad.

La division oriental pasó el dia 6. La artillería argentina fué la última.

El paso de un rio por un ejército numeroso, es una de las operaciones mas delicadas que se conocen en la guerra.

Un gran general puede hallarse embarazado en ella, y ver retardadas ó frustradas las combinaciones que haya formado en la esperanza de realizarla, con tal que su contrario, tenga mediana instruccion, y sepa hacer uso oportuno de los infinitos recursos que el arte sugiere para tales casos, los cuales son tanto mas seguros y eficaces, cuanto mas se preste la naturaleza del terreno, en que se apliquen, á favorecerlos.

Los rios medianos y badeables, los que tienen puntos permanentes ó que pueden admitirlos con facilidad, son obstáculos poderosos, que obligan con frecuencia á los ejércitos á detener su marcha, y á buscar en la eficacia de las estratagemas militares, el único medio de vencerlas, sin esponerse á los azahares de un combate, en el que el mayor número de probalidades son contrarias, ó á sufrir cuando menos pérdidas considerables.

« La fuerza es inútil (dice el gran Federico en las instrucciones que dá á sus generales) cuando el enemigo está al otro lado del rio que se intenta pasar: en este caso, es menester acudir á la astucia. » Y si esto se verifica con relacion á los rios de segundo órden, ¿ cuánto mayor no será la dificultad que presenta el paso de un gran rio, cuando no se puède contar para él, ni con el auxilio de los puentes, ni con el recurso de los ardides, si un enemigo animoso y vigilante se propone disputarlo? Sin embargo, el ejército aliado habia pasado el Paraná, uno de los mas anchos y caudalosos rios de la América del Sud, por el único punto en que le era posible practicarlo, teniendo que pasar á nado, mas de cincuenta mil caballos; y habia empleado diez y seis dias en esta delicada operacion, sin encontrar mas

obstáculos que los que habia originado las localidades.

Si Rosas hubiera conocido la importancia de esta formidable barrera natural, interpuesta entre el ejército libertador y las provincias sujetas á su dominio, y hubiera tenido la capacidad de dirijir en campaña las numerosas fuerzas que tenia á sus órdenes para venir á defenderla, no diré que la invasion no se habria realizado, pero es seguro que al menos, se habria sobremanera dificultado.

La provincia de Santa Fé, viéndole en su territorio al frente de un grande ejército, habria dudado de la inminencia de su caida. Creyendo ver brillar todavia su estrella, habria continuado siéndole leal, en tanto que los acontecimientos de la guerra, no hubiesen venido á romper su prestigio y poderío; y el ejército aliado se habria visto privado de este auxiliar poderoso, que tan útilmente influyó en el éxito de sus operaciones. La fuerza moral que siempre asistió á Rosas en mayor grado que á otro alguno, pues en la República Argentina le creian infalible, y acaso revestido de un infernal poder, que miraban como incontrastable; la fuerza moral, repito, que siempre le asistió, se hubiera aumentado; y los pueblos comprometidos con su presencia, lejos de pensar en abandonar su causa, habrian hecho, por temor, todos los sacrificios imaginables para sostenerlo. Pero Rosas no conocia la conveniencia de una conducta semejante, ó no se sentia con inteligencia y valor para ponerla en práctica; y á trueque de no alejarse del Parque de Palermo, centro misterioso de su terrífica in-

fluencia, dejó á Santa Fé abandonada á su propia suerte, y libres é indefensas las riberas del Paraná, que el ejército aliado no hubiera debido franquear, sin pérdida de muchas vidas y sin haber consumido algunos millares de cartuchos.

CAPÍTULO IV

De la organizacion del ejército—Del plan de campaña—Preparativos de marcha—Muerte de Aquino—Partida del Espinillo—Del órden de marcha—Del modo de acampar—Algunos detalles sobre las marchas—Pronunciamiento de San Nicolás—Escaramuzas.

El 8 de enero ya todo el ejército aliado estaba campado á lo largo de la costa del Espinillo y á sus inmediaciones, teniendo su vanguardia en el arroyo de Pavon, distante diez leguas de aquel lugar. Constaba su fuerza total de veinticuatro mil hombres de todas armas con cuarenta y cinco piezas de batalla, organizados de la manera siguiente:

Pertenecientes á Entre Rios

Dos batallones de infantería Diez regimientos de caballería Una batería de artillería	 8500

Pertenecientes á Corrientes

Dos batallones de infantería Seis regimientos de caballería Un escuadron de artilleria	 5500

Pertenecientes á Buenos Aires

Cuatro batallones de infantería Cinco regimientos de caballería Dos escuadrones de artillería	 4500

Pertenecientes á Santa Fé

Ocho escuadrones de caballería	800

Pertenecientes al Brasil

Seis batallones de infantería Un regimiento de caballería Un regimiento de artillería	3000

Pertenecientes al Uruguay

Cuatro batallones de infantería Un escuadron de artillería Un piquete de caballería	1700
Total.	24000

De todas estas fuerzas, se formaron nneve divisiones; á saber:

Seis de caballería á las órdenes del general La Madrid, Lopez (don Juan Pablo), Medina y Abalos; coroneles Urdinarrain y Galarza.

Tres de infantería, la Imperial, la Arjentina y la Oriental, con sus respectivos trenes, á las órdenes del brigadier don Manuel Márquez de Sousa; coroneles don Miguel Galan y don César Diaz.

El rejimiento de caballería perteneciente á la division brasilera, formaba parte de la division La Madrid.

VANGUARDIA

Las divisiones La Madrid, Lopez, Medina y Galarza, con los dos batallones correntinos y una batería de artillería, componian la vanguardia del ejército, mandada personalmente por el general en jefe. Constaba de diez mil hombres.

CUERPO DE BATALLA

Las divisiones Urdinarrain, Abalos, Márquez, Galan y Diaz, componian el cuerpo de batalla mandado por el gobernador de la provincia de Corrientes y mayor general del ejército don Benjamin Virasoro—Constaba de catorce mil hombres.

El ejército no tenia Estado Mayor General. Los jefes de division recibian directamente las órdenes del general en jefe en la vanguardia, y del mayor general en el cuerpo principal del ejército.

No habia cuerpo de injenieros, ni oficiales, ni tropa ninguna especialmente destinada á los objetos de este instituto.

No habia maestranza, ni fráguas de campaña, excepto una que pertenecia á la division imperial.

No habia hospitales, ni cuerpo de sanidad militar.

Las divisiones oriental y brasilera, tenian sus ambulancias, botiquines y cirujanos, y á ellos acudian en los casos de necesidad urjente, todos los demas cuerpos que estaban privados de estos beneficios.

DEL MINISTERIO DE HACIENDA

No habia intendente, ni tesorero, ni comisarios ordenadores y de guerra, ni proveedor general de víveres, ni director de hospitales etc.

DEL MINISTERIO DE JUSTICIA

No habia auditor general.

Tal era la organizacion militar y administrativa del

grande ejército aliado de Sud América. Veremos ahora cual fue su plan de campaña.

Efectuado el pasaje del Paraná con la facilidad que hemos visto, y reunido el ejército en el Espinillo, nuestra base militar debió establecerse sobre el mismo rio, puesto que á lo largo de él, contábamos con varias poblaciones de fácil fortificacion, y que ademas podia ser apoyada por las fuerzas navales del imperio. El Rosario, San Nicolás, San Pedro, pueblos todos litorales, podian convertirse en plazas fuertes destinadas á encerrar nuestros depósitos de víveres, de municiones, pertrechos de guerra y enfermos; nuestros talleres de recomposicion de trenes, atalajes, carros y armas de todas clases; á mantener la comunicacion del ejército con las fuerzas navales aliadas y con el ejército de reserva estacionado en la banda oriental del Rio de la Plata; y finalmente á asegurar nuestra retirada en el caso posible de un desastre.

Elegida y asegurada la base indicada, el ejército podia maniobrar sobre una línea de operaciones paralela á ella, con la ventaja que rara vez se proporciona, de avanzar siempre en contacto con la armada, y con la facilidad por consiguiente de ejecutar movimientos rápidos, por medio de los vapores, transportando infantería y cañones en un espacio dado, á cualquier punto, ya para atacarlo y sorprenderlo, ya para impedir que el enemigo lo ocupase y defendiese, y ya por último, para tener á este en contínua alarma, desembarcando ó intentando desembarcar en diversos lugares y amenazándole sin cesár por su flanco y retaguardia.

La conveniencia y precision de un plan semejante, es-

taban al alcance de las simples nociones cxtratéjicas, especialmente en lo que se refiere á la línea de operaciones que debía adoptarse, pues sobre este particular, no hubiera debido haber la menor duda. Los mas sábios y experimentados militares, reconocen como un principio, que cuando un ejército pierde su base de operaciones, está perdido sin remedio; y por eso recomiendan á los generales, que eviten con el mayor cuidado este accidente.

« Jamas se debe ocupar una posicion ni emprender « un movimiento, sin conciliar con el fin principal de « la operacion, en uno ú otro caso estos objetos: que el « país situado á la espalda, quede al abrigo de la ac« cion del contrario; y que la base militar en que están « establecidos los almacenes, y las comunicaciones con « la espalda, queden cubiertas, así como la línea adop« tada por el ejército para llegar desde la base al punto « que constituye el objeto de sus operaciones. Este es « un principio del que nunca es permitido separarse y « sobre el cual reposa esencialmente la extratejia. » (Principios de extratejia del general Jomini—Capítulo 1º, Seccion 2ª).

Pero el general Urquiza confiando mas, segun parece, en sus medios poderosos de accion, en la excelencia de la causa por la que iba á combatir, y acaso tambien en su propia fortuna, que en la solidez de estos principios, hizo abstraccion de ellos; y á trueque de procurarse buenos pastos y aguadas frecuentes para sus numerosas caballadas, cosas ambas escasas en verdad en el camino de la costa, se internó en la provincia de Buenos Aires por la frontera del Oeste, describiendo un ar-

co de circunferencia poco menor que un semi-círculo en torno de aquella ciudad objeto capital de la campaña, se desvió de la costa del Paraná, se desligó de sus aliados y de su base, y quedó por muchos dias aislado en medio de la pampa, sin comunicacion posible con ninguno de los centros de sus recursos.

Verdad es, que por este movimiento, el ejército quedaba interpuesto entre Buenos Aires y las provincias del interior, de quienes Rosas esperaba algunos auxilios; pero habiendo quedado, por otra parte, descubierta é indefensa toda la superficie comprendida entre el derrotero del ejército y la costa, y no habiendo por el oeste plazas fuertes ni puntos extratéjicos de que pudiéramos servirnos para cubrir el país por nuestra retaguardia, de nada podia servir aquella interposicion.

Es probable que el general Urquiza, al adoptar esta peligrosa línea de operaciones, contó tambien con la inexperiencia ó incapacidad militar de su contrario, con la impericia de las tropas que debian oponérsele, y con la supuesta predisposicion de la provincia de Buenos Aires á cooperar á su empresa; pero tales conceptos, por mas que se considerasen bien fundados, no debieron, á mi juicio, autorizar omisiones voluntarias en la aplicacion de la reglas extratéjicas, pues estas omisiones, rara vez dejan de pagarse con mengua de la reputacion del que las comete, y con gravísimo perjuicio de los intereses que defiende y representa.

Un enemigo inteligente y experimentado en los recursos de la guerra defensiva, hubiera podido convertir en provecho suyo, las faltas en que nosotros habíamos incurrido; pero Rosas que no estaba en ese caso, no supo

sacar partido de ellas. Sus disposiciones se redujeron á talar la campaña y barrerla en todas direcciones de los elementos de movilidad que pudieran sernos útiles, y á evitar todo encuentro, todo choque parcial que comprometiese la fortuna de sus armas y debilitase la confianza que sus adictos cifraban en los recursos de su génio. Queria terminar la guerra en una batalla campal á las puertas de Buenos Aires, y reconcentró allí todas sus fuerzas abandonando sus fronteras y permitiendo al ejército aliado, internarse libremente al corazon de su territorio.

En la tarde del 10 se habia anunciado que el ejército marcharia al dia siguiente; y desde el amanecer del 11, reinaba en todo el campo, aquella ajitacion de que van siempre acompañadas las horas que preceden al momento de la partida. Todo el mundo estaba en movimiento. Se limpiaban las armas, se revistaban los batallones, se recorrian los trenes, se alistaban las carretas destinadas á la conduccion de parques y equipajes; y tanto los oficiales como los soldados, rivalizaban en actividad, mostrando el mayor empeño en el cumplimiento de sus respectivas obligaciones, y el mas vivo deseo de que la señal de marcha, no viniese á encontrarlos desprevenidos.

El contento causado por la idea de dar principio á las operaciones decisivas de la campaña, era general en el ejército; así es que en todos los semblantes se veían brillar el entusiasmo y la satisfaccion. Repentinamente una noticia desgraciada vino á contristar los ánimos. Súpose, á eso de medio dia, que el rejimiento del coro-

nel Aquino se habia sublevado, asesinando á sus jefes y á varios oficiales.

Aquino mandaba uno de los rejimientos del ejército de Rosas que el general Urquiza habia tomado en Montevideo.

La necesidad de consultar el buen pasto para los caballos y la comodidad para los ejercicios doctrinales, habia inducido al coronel, á solicitar el permiso de campar su rejimiento, á legua y media del Espinillo, en un sitio apartado y solitario, que reunia en su concepto aquellas ventajas. Algunos amigos suyos le insinuaron la imprudencia que veían en semejante resolucion, representándole el natural recelo y desconfianza que debian infundirle unos soldados, que por mas de catorce años habian servido lealmente á Rosas, y que si ahora venian á combatir contra él, era en virtud de causas que ellos no habian podido evitar: que esos soldados tenian todavia á su cabeza sus antíguos oficiales, los mismos á cuyas órdenes habian hecho largas campañas bajo la bandera federal; y que apesar de algunas mentidas demostraciones de adhesion á la causa de la libertad, que contra su voluntad habian abrazado, dejaban traslucir hasta en sus palabras, su espíritu obstinado y contumáz, en favor del caudillo á quien toda su vida habian estado consagrados. Pero el coronel Aquino á quien arrastraba sin duda la influencia fatal de su destino, miró como hijas de un temor pueril, estas juiciosas advertencias; y sin dar á sus soldados el tiempo de juzgar por si mismos de los poderosos elementos de la alianza, pues hasta entonces jamas habian visto el ejército reunido, favoreció sus secretos y criminales in-

tentos, persistiendo en la idea de aislarse. Así que obtuvo el permiso que habia solicitado, fué á fijarse en el punto que de antemano habia elejido, y en el que debia hallar una temprana y triste muerte.

He aquí lo que habia acontecido.

El mayor don Cárlos de Terrada y el capitan don Cárlos Forést, agregados ambos al rejimiento y muy estrechos amigos del coronel Aquino, vinieron la tarde del 10 al campamento del Espinillo, con el objeto de visitar á algunos compañeros; y así que llegaron á él se separaron, quedando convenidos de reunirse á las seis de la tarde en la tienda del coronel Piran para regresar juntos. Cuando llegó la hora señalada, acudió Terrada al punto de reunion y no encontró á Forést; le esperó cerca de una hora y viendo que no parecia y que nadie le daba noticia de él, se apresuró á volverse al campo, imajinando que aquel ya lo habria verificado. Forést por su parte, no pudo ser tan puntual como Terrada. El teniente coronel Mitre, que deseaba ir á pasar la noche con Aquino, de quien tambien era amigo, le habia pedido que lo esperase, y con ese motivo se habia demorado. Cuando llegó á la tienda de Pirán, Terrada ya habia partido. Tomó entonces la direccion del campamento, acompañado de Mitre y seguido de un soldado. Caminaron por algun tiempo entretenidos con el asunto de la conversacion que entablaron, sin fijarse deliberadamente, en los objetos que de ordinario servian como puntos de direccion para ir al campamento pues que no habia ruta ninguna señalada; y cuando creyeron haber andado lo bastante para llegar á su destino, como no percibian voces humanas, ni

relinchos de caballos, ni ninguna señal indicativa de la proximidad del campo, empezaron á recelar que se habian extraviado. Detuvieron sus cabalgaduras para reconocer el paraje en que se hallaban; y despues de un lijero exámen, comprendieron que estaban perdidos: habian seguido por mas de media hora una falsa senda, que les habia alejado considerablemente del punto á que se encaminaban. Se acercaron entonces á un rancho en que se veía brillar una luz á corta distancia, y encontraron en él una mujer que les indicó la direccion en que estaba el rejimiento.

Extraña ocurrencia es ésta, dijo Forést á Mitre, volviendo las riendas de su caballo hácia el rumbo indicado por la mujer; cien veces he hecho este camino desde que estamos campados por aquí, y nunca me he perdido. ¡Que lejos estaba él de imajinar, al decir estas palabras, la horrible escena que pasaba, durante su momentáneo desvío, en el sitio que buscaba! Si él y su compañero hubieran podido adivinarlo, habrian dado gracias á la providencia por la visible proteccion que les habia dispensado, reconociendo su mano poderosa en la engañosa senda que los habia alucinado y confundido. Pero ellos solo vieron en aquella circunstancia, una consecuencia muy natural, del descuido é imprecaucion con que habian caminado, y la necesidad de ser mas atentos y avisados para recorrer el trecho de camino que les faltaba.

Las señas de la mujer eran exactas. Arreglándose á ellas, al cabo de media hora de marcha, descubrieron nuestros perdidos viajeros, las tiendas de campaña del rejimiento, y muy luego estuvieron en el campamento.

Llegaron á él por uno de sus extremos; y desviándose un poco hácia el lado de retaguardia, siguieron al extremo opuesto, donde estaba situada la carpa del coronel. Eran las nueve de la noche. Reinaba en todo el campo un silencio sepulcral, y no se veía un solo caballo atado en parte alguna. Estas circunstancias que hubieran bastado para prevenir el ánimo de cualquiera que hubiera visto alguna vez un campamento de caballería, no hicieron impresion ninguna á Mitre ni á Forést, por que no pusieron atencion en ellas. El único objeto en que se fijaron, fué una carreta situada al frente del campo, en la que habia una luz á favor de la cual alcanzaron á distinguir un hombre y una mujer.

Caminando así, en esta especie de abstraccion de los sentidos, hicieron al fin alto en la puerta de la carpa del coronel. No habia en ella luz ninguna; y por la parte exterior, en uno de sus lados se veía un cuerpo tendido, que la oscuridad de la noche no permitió reconocer á la primera inspeccion, y que supusieron ser el de algun soldado que dormía. Sin embargo: una impresion triste, aun que vaga é indefinida, dominó sus espíritus en aquel momento. Hicieron desmontar al soldado que les acompañaba para examinar el cuerpo que tenian á la vista; y al mismo tiempo que el soldado, despues de un lijero reconocimiento les decia: es el cadáver del coronel Aquino, oyeron salir una voz de un pajonal inmediato, llamando cautelosamente á Forést. Aun que sobrecojidos del natural temor que debia infundirles el anuncio fatídico del soldado, y el silencio y lúgubre aspecto, que recien entonces ofrecia á sus ojos todo aquel campo, acudieron al lugar de donde ha-

bia salido la voz y con no menos sorpresa que la que acababan de experimentar ante el cadáver del coronel, encontraron al mayor Terrada con los brazos atados y oculto entre las pajas.

Por él supieron que el rejimiento se habia sublevado, y que despues de haber asesinado al coronel Aquino en el mismo lugar en que se encontraba su cadáver, al teniente coronel Aguilar y á varios otros oficiales en sus alojamientos respectivos, se habia puesto en marcha tomando al parecer la direccion de la pampa. Terrada acababa de llegar del Espinillo y estaba en conversacion con Aquino en su misma tienda, cuando la sublevacion tuvo lugar.

Oyeron un tropel y Aquino dijo: es disparada de caballos; se asomó á la puerta de la tienda para cerciorarse de ello, y cayó atravesado de un lanzaso. Terrada hubo de morir tambien.

Uno de aquellos asesinos le habia derribado y púestole el cuchillo al cuello; pero el soldado que le servia de asistente y que le habia cobrado aficion logró salvarle la vida y hacerlo refujiar en el pajonal.

La noticia del suceso llegó á conocimiento del general en jefe de la vanguardia, á las dos de la mañana del siguiente dia; y segun contaban varias personas empleadas en su cuartel general lahabia recibido con absoluta indiferencia. «Esto es como las olas del mar, habia dicho, que unas vienen y otras van. Ayer se me han presentado trescientos pasados enemigos (a).» Lo que ahora importa es acelerar las operaciones.»

(a) Estos trescientos pasados, fue una ficcion del general para neutralizar el efecto de la noticia de la sublevacion. (N. del A.)

No hizo la misma impresion en el ejército. Casi todos los hombres veían en este desgraciado acontecimiento, un grave motivo de disjusto y de inquietud, y algunos llegaban á considerarlo como el precursor de nuevos y mas grandes males. No solo habia que lamentar la pérdida del coronel Aquino, en cuyo mérito fundaban sus amigos, grandes esperanzas para la causa de la libertad arjentina, ni la desmembracion que el ejército habia sufrido con la desercion de un rejimiento, sinó el efecto moral que debia producir este ejemplo inaudito de adhesion al mas execrable de los tiranos. Era indudable que el rejimiento rebelde iba á reunirse al ejército enemigo: que Rosas cuidaria de exajerar á los ojos de sus soldados, las consecuencias probables de este hecho, por si solo harto grave y trascendental: que ponderaria la confianza que debian cifrar en los demas cuerpos de Buenos Aires que seguian al ejército libertador, los cuales no tardarian en imitar la conducta de aquel, y el poco temor que debia infundirles una invasion ejecutada con unas tropas, cuyos primeros pasos en el teatro de las operaciones, eran marcados por un acto tan significativo de desmoralizacion y desconcierto; y de este modo, el prestijio de su poder, que se habia sensiblemente debilitado con el resultado de la guerra de la Banda Oriental, adquiriria nueva fuerza, y daria á sus inexpertos soldados, el temple moral que les faltaba.

Por otra parte: era general entre nosotros la desconfianza hácia los rejimientos que habian sido de Rosas. El general Urquiza no habia querido alterar su organizacion.

Al recibirlos del general Oribe, en Montevideo, se habia limitado á reemplazar á algunos de los jefes superiores, que rehusaron continuar en su servicio, dejando en todos ellos los mismos oficiales y clases inferiores, con que por tantos años habian combatido en favor de Rosas.

Se temia que estas tropas, ligadas por una série dilatada de prósperos sucesos á la suerte del tirano, cuya imájen se representaba siempre rodeada de colosal prestijio, aprovecharian el primer momento propicio que se les presentase para ir á engrosar las filas de aquel, causando á las nuestras la mala impresion que de ordinario producen las deserciones numerosas; y desde que estos recelos comenzaron á verse tan cruelmente justificados, adquirieron como era natural, nuevo incremento.

El 11 al medio dia, los cadáveres de Aquino y demas oficiales, muertos con él, fueron trasladados al pueblo de San Lorenzo para darles sepultura; y el mismo dia á las cuatro de la tarde se pusieron en movimiento algunos de los cuerpos del ejército, no habiendo podido hacerlo todos á la vez por no haberse hasta entonces provisto del número de béstias que necesitaban.

La division Oriental, la division Abalos y la escolta del Mayor General, marcharon hasta la *Estancia del Estado*, distante cuatro leguas del Espinillo.

El 13 se incorporaron las divisiones Galan y Urdinarrain; y aun que quedaban todavia atras la division brasilera y la artillería argentina, hicimos el 14 una pequeña jornada.

El 15 á la tarde, reunidas que fueron estas fuerzas,

el ejército en masa rompió su movimiento, en el siguiente órden de marcha, que era el que debia observar y que en efecto observó invariablemente en lo sucesivo.

Dividiosé en cinco columnas sobre un frente de legua y media por lo menos. Ocupaban el centro las divisiones de infantería, argentina, oriental y brasilera, en el órden en que van nombrados; la caballería de Urdinarrain á la derecha y la del general Abalos á la izquierda. Los trenes, parques, comisarías y bagajes, seguian en pos de cada una de las divisiones de infantería á que respectivamente pertenecian.

Venian despues muchas carretas de vivanderos, marchando cada cual por donde mejor le parecia. La division de infantería arjentina que ocupaba la derecha del centro, era la columna de direccion; pero los baqueanos ó guias, hacian parte de la comitiva del Mayor General, que marchaba siempre á quinientos ó seiscientos pasos al frente de dicha columna, seguido de su escolta y de varios carruajes que contenian su equipaje y provisiones. Los flancos del ejército iban cubiertos por gruesas partidas de tiradores destacadas de las columnas laterales á distancias convenientes; mas por la parte del frente se omitía toda precaucion, talvez por que se consideraba innecesaria, desde que éramos precedidos de una vanguardia poderosa, no obstante que esta distaba ordinariamente cinco y aun seis leguas de nosotros.

Salvo ciertas pequeñas irregularidades, este órden de marcha era bastante conforme á los preceptos ex-

tratéjicos, pues podia convertirse instantáneamente en órden de batalla.

Nuestras columnas, que se multiplicaban en las alas siempre que el terreno lo permitia, eran de poco fondo, y podian, en caso necesario, ejecutar rápidos y fáciles despliegues.

La regla es «marchar segun se ha de combatir;» y á este respecto no habia nada que notar.

Pero no sucedia lo mismo en cuanto al modo de campar. La situacion y direccion de los arroyos y lagunas, determinaban la situacion y el órden de los campamentos, casi siempre con absoluta prescindencia de las reglas de castramentacion. Unas veces formábamos en línea y á grandes intérvalos sobre la márjen de un arroyo ó una cañada, dando frente á cualquiera de los flancos; otras rodeábamos una laguna, quedando con el frente á retaguardia, y solo en muy raros casos quedábamos en órden natural. Sobre este particular, la violacion de los principios, justo es decirlo, era hasta cierto punto impuesta por la escasez del agua, y por la necesidad suprema de beber y dar de beber á millones de animales; pero incurríase tambien en otros defectillos que no tenian justificacion.

Desde que el ejército acampaba, cada jefe de division proveía arbitrariamente el servicio que juzgaba conveniente, en el terreno que ocupaba y á la hora que le parecia, sin sujecion á ninguna regla comun. No habia sistema de señales: cada division tenia las suyas particulares, segun su réjimen interior establecido; y para todas las funciones generales del ejército, los avisos se comunicaban por medio de ayudantes, ó unos

cuerpos hacian lo que veían hacer á otros. No habia órdenes generales, no habia santo, ni obligacion por consiguiente de recibir los grupos ó partidas que pudieran introducirse en el campo, si esa obligacion no se la imponia así mismo, cada jefe de cuerpo por su propia seguridad. No habia en suma, ninguna de las prácticas que la esperiencia de la guerra ha establecido, y que las ordenanzas militares han consagrado para el servicio de campaña.

Desde las primeras jornadas ya pudimos echar de ver, á cuantas privaciones y fatigas íbamos á vernos espuestos. Una seca espantosa reinaba en el país. Hacia dos años, que habia agostado los campos y desecado los bañados y lagunas.

Enjambres de langostas inundaban los prados, aniquilando ó destruyendo las escasas yerbas que la fuerza del sol no habia marchitado. Vastos y espesos bosques de cardos secos é inflamables como la pólvora, ardian de contínuo en voraces incendios, que se propagaban con admirable rapidez en largas distancias; y completaban el cuadro de tristeza y desolacion que por todas partes ofrecia el aspecto de la campaña, su escasez de ganados y su casi absoluta despoblacion.

El ejército caminaba de ordinario entre columnas de fuego, entre nubes de polvo y sobre montones de ceniza ardiente, teniendo frecuentemente que inclinarse ya á la derecha ya á la izquierda de los caminos, para evitar el contacto de las llamas.

La respiracion era difícil en aquellas rutas volcánicas, ceñidas en sus orillas por bosques de fuego; y en el curso de las marchas, al cabo de seis ó siete leguas de

camino, muchos soldados de infantería, caían como muertos á influjo del cansancio y la sofocacion. Felizmente desde mediados de diciembre habia empezado á llover; y aun que no habia sido tanto, como para hacer reverdecer los campos, se habian formado pequeños depósitos de agua en las viejas y secas lagunas, que aun que cenagosas y enfermizas, servian maravillosamente para consuelo y refrigerio de los hombres y las béstias, en dias de largas y penosas jornadas.

Siempre que era posible marchábamos dos veces al dia, de las tres y media á las diez ú once de la mañana, y de las tres ó cuatro de la tarde hasta el anochecer; pero cuando no se podia hacer esta division, por falta de agua, á distancias moderadas, hacíamos una sola jornada, que empezaba al amanecer y terminaba á las dos ó tres de la tarde. En uno y otro caso, desde que el ejército se ponia en movimiento, marchaba sin interrupcion hasta el punto en que debia acampar. No habia paradas de descanso, siendo como son indispensables para la infantería, ni habia tampoco lugar en los carruajes para recojer los soldados que se cansaban; de modo que aquellos cuerpos que no estaban acostumbrados á la fatiga de las marchas, dejaban en el camino muchos hombres rezagados que, arrastrándose como podian, se reunian al ejército dos ó tres horas despues de estar acampado. La division brasilera perdió así muchos soldados de sus compañías de alemanes, hombres que apesar de la fama que se les atribuye, de ser muy adecuados para la guerra, mostraron en aquella campaña, no tener constancia en las fatigas que como

lo ha dicho el gran capitan del siglo, es la primera calidad del soldado.

Cumple aquí decir, en honor de los soldados de la division oriental, que sin estar habituados á hacer largas jornadas, se distinguieron en todas las marchas por su sufrimiento, agilidad y buen órden. Aun que cargados con el peso de la mochila y el capote, que no llevaban los soldados arjentinos, jamás tuvo el ejército que detenerse por su causa, al paso que ellos se adelantaban con frecuencia de los demas cuerpos, no obstante haberse movido juntos del punto de partida, y tenian de tiempo en tiempo que hacer alto para esperar á que aquellos se pusieran á su altura. Nadie se separaba de la columna; y aun que devorados los hombres por la sed, pasaban muchas veces á dos varas de una fuente sin atreverse á dar un paso fuera de la fila para proveer de agua sus caramañolas. Las órdenes que yo habia dado á este respecto, eran muy severas, y tuve siempre la satisfaccion de verlas fielmente cumplidas.

La division marchaba encajonada, en profundo silencio y perfecta formacion; y por mas que las jornadas fuesen dilatadas y violentas, nadie podrá decir que vió jamás un solo rezagado de ella á retaguardia.

Despues de seis dias de marcha, aun que no contínua, como se ha visto, por haber tenido que demorarnos en algunos puntos para esperar á los cuerpos que retardaron su salida del Espinillo, llegamos al Arroyo del Medio, que es el límite de Santa Fé, el 17 á las dos de la tarde.

Allí supimos varios sucesos que habian ocurrido en la vanguardia. El pueblo de San Nicolás, que se ha-

bia declarado el dia ocho contra el poder de Rosas, había tenido que pasar por un pequeño conflicto de armas, del que habia salido airoso. Como hasta esa fecha las fuerzas aliadas no habian llegado á distancia conveniente para protejerlo, los vecinos se reunieron para acordar entre ellos las medidas que conviniese tomar para su defensa.

Lo primero que hicieron, fue pensar en darse un jefe que se encargase de dirijirlos y mandarlos, y la eleccion recayó unánimemente en don Hipólito Quiroga, un antíguo oficial avecindado en el mismo pueblo. Quiroga procedió sin demora á los arreglos militares que juzgó necesarios.

Distribuyó al vecindario todas las armas y municiones que pudo proporcionarse; y, dividido en secciones, los destinó á guarnecer varios cantones al rededor de la plaza. Reunió tambien unos ochenta hombres de caballería que puso bajo el mando de un capitan, para el servicio de patrullas, descubiertas etc. y tomó varias otras disposiciones muy acertadas, cuidando antes de todo, de enviar un propio al general Urquiza informándole de lo ocurrido.

Hasta el dia 13 á la noche, no hubo ninguna novedad; la fuerza mas próxima del enemigo, se hallaba en ese dia, segun los informes de los espias, en las chacras de Pinedo, lugar distante de San Nicolás, de diez á doce leguas; pero el 14 por la mañana se presentó sobre el pueblo, una columna de mil y tantos hombres, mandada por los coroneles Sosa y Cortinas aparentando la intencion de hostilizarlo sériamente. Fué casi una sorpresa. La descubierta se habia hecho al amanecer sin

novedad, y los vecinos se acababan de retirar de los cantones en que habian pasado la noche, para tomar algun descanso, cuando la señal de alarma anunció la inminencia del peligro. Aun no habian vuelto todos á ocupar sus puestos, y ya dos escuadrones enemigos entraban por las calles con grande aparato y vocería.

Se trabó entonces un fuerte tiroteo, que sostenido por parte del pueblo con valor y serenidad, obligó á los agresores á renunciar su intento de ocuparlo.

La única desgracia que hubo que lamentar entre los defensores de San Nicolás, fue la del ciudadano don Abdon Rademil, que recibió una herida de bala y otra de sable, aun que ninguna de las dos mortales.

Cuando esto sucedia, el Coronel don José A. Virasoro que venía á socorrer al pueblo, enviado por el general Urquiza, se hallaba á media jornada de distancia.

Por mas que aceleró su marcha, no pudo llegar á tiempo de favorecerlo en el conflicto; pero en la tarde del mismo dia, alcanzó en el Oratorio de Ramallo á la columna que lo habia atacado, que se retiraba para Buenos Aires, y la dispersó completamente, con pérdida de cinco soldados muertos y porcion de caballos ensillados. A la madrugada del siguiente dia 15, una guardia de veintisiete hombres de la misma columna, que habia sido situada sobre un flanco en la tarde del dia anterior, no habiéndose apercibido de la derrota de aquella, fue fácilmente sorprendida, entregándose prisioneros todos los individuos que la componian.

Varios otros pequeños encuentros habian tenido lugar en distintos puntos, siempre favorables á nuestras armas. Los soldados de Rosas huían ó se retiraban

por todas partes á la presencia de nuestros escuadrones; y á vista de estos ejemplos, el ejército aliado, que tenia ya la conciencia de su superioridad sobre el contrario, comenzaba á persuadirse de que no iba á encontrar con quien pelear.

CAPÍTULO V

Pasa el ejército el Arroyo del Medio—Falta de réjimen en la provision de víveres—La Pampa—Combate de la Loma Negra—El Pergamino—La Guardia de Lujan.

El ejército pasó el Arroyo del Medio el dia 19 antes de amanecer, habiéndolo verificado, desde la tarde antes, todos los trenes y carretas, pues este arroyo, como todos los de la banda occidental, no es practicable sinó en determinados lugares y requiere mucha precaucion por ser fangoso en estremo.

Al pisar el territorio de Buenos Aires, los cuerpos arjentinos lo saludaron con entusiasmo, especialmente aquellos que pertenecian á la provincia, y que habian estado ausente de ella, cerca de once años. Cuando salió el sol desplegaron sus banderas, dieron vivas á la libertad y al ejército libertador, y acompañaron estas y otras demostraciones, con el himno nacional, dianas y marchas guerreras que entonaron sus músicas y tambores. Algunos soldados, en el exceso de la satisfaccion que experimentaban, con la idea de abrazar muy pronto á sus padres, mujeres ó hijos, despues de una tan larga separacion, besaban la tierra, acariciaban las yerbas y exclamaban con sentida voz: esta es nuestra patria; al fin volvemos á verla para no dejarla jamás.»

Los demas cuerpos marchaban silenciosos, viendo unos, en estas demostraciones de los antiguos servidores del tirano, la prueba de su adhesion á la nueva causa á que servian, y desconfiando otros de su sinceridad.

Despues de seis horas de marcha, por medio de campos sembrados de malezas y cardales, se detuvo el ejército para comer y descansar. La campaña despoblada de haciendas, comenzaba á ofrecer dificultades para proveer á la subsistencia de tanta gente. Dos escuadrones que se destinaron con la anticipacion conveniente, á reunir el ganado necesario para el abasto del dia, despues de recorrer una grande estension de terreno, volvieron á la una de la tarde con una pequeña tropa, compuesta en su mayor parte de toros, que habian logrado juntar arriando con inmenso trabajo, pequeñas cuadrillas de ocho, diez y aun menor número de animales. La distribucion se hizo con toda la prisa posible; pero nunca pudo ser tanta, que la órden para ponernos de nuevo en movimiento, no viniese á encontrar algunos cuerpos, ocupados todavia en la operacion de carnear, viéndose por consecuencia obligados á abandonar las reses despues de muertas y desolladas, ó á aumentar la carga del soldado, harto gravosa ya por el peso de sus armas y mochila, con el pedazo de carne que habia de servirle de alimento. La division oriental hallóse en este caso, y no era la vez primera que le sucedia. La falta absoluta de réjimen en la provision de la carne, que era el único ramo de subsistencia del ejército, y el no haber ninguna persona especialmente encargada de dirijirla, daba lugar á contí-

nuas omisiones y descuidos. Solía suceder, que algunas divisiones pasaban un dia sin comer, mientras otras recibian de una sola vez, mucho mas de lo que necesitaban para su consumo. Aun que este era un mal general, la Division Oriental estaba mas que otra alguna sujeta á padecerlo.

Como no tenia cuerpo ninguno de caballería que le perteneciera, érale forzoso esperar el auxilio de los escuadrones encargados de la distribucion del ganado, que unas veces eran correntinos y otras santafesinos ó entrerrianos, para hacer su carneada; y cuando nó podia contar con ese auxilio por que el oficial que mandaba aquella tropa, se excusase de prestarlo, como solía acontecer, pretestando tener que ocuparse de algun otro servicio, ó por cualquiera otra circunstancia, tenia que salir de la dificultad con ocho ó diez hombres mal montados de mi pequeña escolta, y algunos oficiales dilijentes y activos que se presentaban voluntariamente al impropio servicio de rodear, con los soldados, el ganado.

Por la tarde nos internamos en la pampa, en aquella planicie inconmensurable, que como el desierto de Saara y á diferencia de la superficie, pudiera llamarse *mar sin agua*. Su triste monotonía, su naturaleza inculta y primitiva, la ausencia total de todo ser viviente en sus regiones solitarias; la altura, la fuerza y la uniformidad del pasto, único producto de su vejetacion expontánea, eran otros tantos objetos de contemplacion, que embargaban nuestros sentidos, haciéndonos olvidar la duracion de la marcha, el cansancio y la fatiga. Dentro del vasto horizonte que describia en rededor de

nosotros, todo el alcance de nuestra vista, solo era interrumpida la llanura por las negras masas que formaban nuestras columnas, marchando paralelamente sobre una estensa línea, desde cuyo centro parecía que los extremos iban tocando al cieló. A medida que nos adelantábamos, el horizonte se ensanchaba á nuestro frente, cual si nos hubiéramos engolfado en un mar sin término. El ejército caminaba sobre las frescas huellas que habia dejado impresas la vanguardia, en su tránsito reciente por el mismo campo; pues en aquellos espacios dilatados, no hay ruta, ni senda, ni arbustos, ni piedras, ni arroyos, ni señal alguna que pueda servir de guia al caminante. Admiro á este respecto el tino de nuestros baqueanos. Colocados en medio de un grande océano, por que tal es la pampa, sin observaciones, sin brújula y sin desigualdades en la tierra ó en la vejetacion, que le sirvan de norma para asegurar su rumbo, conducen á un ejército ó á un viajero, á la luz del sol ó en las tinieblas de la noche, rectamente á su objeto, sin ninguna equivocacion, sin el menor desvío.

Era ya entrada la noche cuando llegamos á las puntas del arroyo del Pergamino, donde debíamos pernoctar. La jornada del dia habia sido buena: habíamos atravesado el espacio comprendido entre el Arroyo del Medio y este último sin accidente de ninguna clase, mientras que en la vanguardia habia tenido lugar un nuevo y favorable ensayo de nuestras armas.

El general don Juan Pablo Lopez, jefe de la 5ª division de caballería, en cumplimiento de órden del general en jefe, se hallaba acampado el 18 al medio dia

en el arroyo Dulce, formando la extrema derecha de la vanguardia y como á tres leguas distante del campo principal de esta. Supo allí por un antiguo sirviente suyo, salido del vecino pueblo de Rojas, que el general Echagüe, en su retirada hácia Buenos Aires, habia dejado á las inmediaciones de dicho pueblo, en el paraje llamado la Loma Negra, á un tal Arnau con una fuerza como de 600 hombres; y desde luego resolvió atacarlo ó sorprenderlo. Despues de tomados todos los informes que para tales casos se requieren, se puso en marcha con su division, guiado por el ya mencionado sirviente; y el 19 al amanecer consiguió realizar su objeto con el éxito mas feliz.

Aun que este pequeño hecho de armas, considerado bajo el punto de vista militar, no sea de mucha importancia, voy á referirlo en todos sus detalles, por que hay en él una circunstancia, que concurre con otras de que ya he hablado, y de que hablaré despues, á fijar la opinion que yo habia concebido y que todos los sucesos justificaron, de que el espíritu de los habitantes de la campaña de Buenos Aires, era completamente favorable á Rosas. El general Lopez, luego que se hizo cargo de la posicion que Arnau tenia en la Loma Negra, concibió la idea de atacarlo por dos puntos á la vez, preparándole una extratajema militar que facilitara su derrota. Desde la oracion del dia anterior, destacó al teniente coronel don Luis Hernandez con dos escuadrones bien montados, para que marchando por los caminos que él le señaló, apareciese al amanecer del 19, por el lado del Sud, sobre la Loma Negra, á fin que moviéndose él mismo á dicha hora, desde un punto en que se

emboscaria durante la noche, por la parte opuesta, combinacen ambas columnas su accion, de manera que no pudiesen escapar los enemigos. El pensamiento del general Lopez, era como se vé hacer creer á Arnau, que los dos escuadrones del comandante Hernandez, se presentaban solos y sin ninguna reserva ó proteccion inmediata, para que alucinado con la idea de un triunfo fácil sobre ellos, descuidase su atencion hácia el punto en que él se hallaba, y le proporcionase la ocasion de acometerlo, con la ventaja que lleva siempre consigo, todo ataque vigoroso é inesperado. Con arreglo á este plan y á las órdenes dadas para su ejecucion, Hernandez se puso el 19 á la madrugada á la vista de la fuerza de Arnau.

Inmediatamente vinieron hácia él como unos cincuenta hombres, al escape, finjiéndose pasados; y luego que llegaron á su encuentro empezaron á abrazar á sus soldados, aparentando la mas cordial amistad; pero así que el comandante Hernandez, próximo ya á Arnau se dispuso á dar su carga, los mentidos pasados gritaron—«viva Rosas»—viva la federacion,» y acometieron alevemente á los crédulos soldados de aquel, con quienes iban en cierto modo confundidos, y que nada habian sospechado de tan negra traicion. Al mismo tiempo la fuerza de Arnau se movió sobre Hernandez; pero este no se desconcertó. Rechazó valerosamente el inesperado asalto de los falsos enemigos; y viendo á la sazon aparecer al gran galope la columna del general Lopez por el lado convenido, continuó sin detenerse tras de los fugitivos que iban al encuentro de Arnau, y que creian asegurado su objeto, atrayendo en pos de si

á un descalabro cierto, á los escuadrones de Hernandez. Arnau, entre tanto, amenazado de un riesgo mayor del que al principio habia previsto, con la repentina aparicion de la columna de Lopez, vaciló algunos instantes, y finalmente se puso en retirada. Pero no pudo sostenerla en órden mucho tiempo. Amenazado y perseguido de cerca por aquel, tuvo que disolverse, despues de dejar en el campo y en poder de su contrario, doce muertos, treinta y nueve prisioneros, un cajon de municiones, cerca de mil caballos y dos carretillas con algunas familias. Los nuestros tuvieron seis hombres comprendidos un oficial, fuera de combate.

La noticia del combate se comunicó al ejército, el 20 á las cuatro de la mañana, poco despues de habernos puesto en marcha; y todos los cuerpos la festejaron con dianas y otras demostraciones de alegria. Como á las diez del mismo dia, hicimos nuestra entrada en el pueblo del Pergamino; y el aspecto de sus habitantes, sinó destruyó en nuestros ánimos el agradable efecto causado por la reciente noticia de aquel triunfo, no poco influyó para neutralizarlo. No obstante el poderoso motivo de curiosidad que se les presentaba en el pasaje por medio de las calles, de masas de soldados tan numerosas cual jamás se habian visto en aquellos lugares, pocas personas se asomaban á las puertas de las casas para vernos; y si algunas lo verificaban, no era sinó dando á sus fisonomías cierto aire de desdeñosa indiferencia ó despreciativa compasion. Solo se veian hombres ancianos, ó mujeres y niños; y tanto los unos como los otros, parecian querer significarnos en la expresion de sus semblantes, que con todo el aparato marcial y el

poderío que obstentábamos, nuestra pérdida era inevitable.

El pueblito está situado á la orilla del arroyo cuyo nombre toma; y á pesar de los inconvenientes que ofrece para todo campo militar (en nuestro país) la cercanía de los pueblos, tuvimos que detenernos á su inmediacion, para comer y dar descanso á las tropas, pues mas adelante no debíamos encontrar agua, sinó á una distancia igual proximamente á la que habíamos andado en la mañana.

Durante las cuatro ó cinco horas que permanecimos en este lugar, ningun individuo del pueblo, fuese hombre ó mujer, se acercó á nuestros vivaques ni aun con el plausible pretesto de ofrecernos en venta, los productos de su industria ó su comercio. Querian evitar nuestro contacto como si les fuese odioso, ó mas bien, como si tuvieran la conciencia de que habia de serles fatal. Recibian á los oficiales ó soldados que iban al pueblo á proveerse de lo que necesitaban, con profundo disimulo, sin darse por entendidos de lo que habian visto, sin dirijirles ninguna pregunta que pudiese interpretarse como hija de un secreto interés ó de una viva curiosidad, y sin dar á estos, cumplida satisfaccion de lo que deseaban saber acerca de la opinion del país y del poder de Rosas. Se veía claramente, que el terror que este hombre infundia, habia echado allí raices profundas, y que hasta entonces, ninguna influencia le habia debilitado.

Los inmensos cardales que rodeaban la posicion que ocupábamos, estaban ardiendo desde la mañana, y el fuego habia ido estrechándonos de tal manera, que á

las cuatro de la tarde, cuando levantamos el campo, algunos cuerpos tuvieron que precipitar su movimiento para no ser devorados por las llamas.

No habiendo mas que un camino para la infantería, las tres divisiones de esta arma entraron en él, formando una sola columna, lo que hizo penosísima la marcha. La fuerza del sol que era excesiva, combinada con el calor del incendio y las nubes de polvo en que íbamos envueltos, daban á la temperatura ardiente de la atmósfera, un grado de intensidad insoportable; á que se agregaba, que teníamos que ir haciendo ondulaciones contínuas, por que de uno y otro lado del camino, el fuego salia alternativamente á nuestro encuentro, como si este elemento terrible, concurriendo tambien á la defensa del tirano, hubiese querido oponerse á nuestro paso. Varias veces nos vimos precisados á desviarnos del camino, para pasar sobre una parte de los cardales consumidos ya por el incendio, pero cuyas raíces arrojaban todavia llamas; y este peligroso tránsito era el mismo que hacian nuestras municiones mal guardadas en grandes y viejas carretas quinchadas de totora, ó apenas cubiertas con algunos cueros.

Aunque estas quemazones eran á veces producidas por los descuidos de nuestros mismos soldados, para lo cual bastaba que tirasen sin precaucion un cigarro encendido, ordinariamente eran obra de los enemigos, cuya hostilidad hasta entonces se habia reducido á observar con pequeñas partidas nuestros movimientos y á retardar el progreso de nuestra marcha aumentándonos por aquel medio las dificultades de la naturaleza. El recurso es provechoso cuando se combina con la accion

bien dirijida de la fuerza que defiende el país en que se emplea; pero reducido á si mismo, apenas basta á causar alguna molestia al contrario, sin llegar á ser jamás un obstáculo verdadero.

Pernoctamos á dos leguas del Pergamino, en la estancia de Mansilla, donde los caballos pasaron sin comer, pues el campo estaba completamente seco y sin una hoja de pasto. Al dia siguiente muy temprano acampamos en el arroyo Dulce, distante como legua y media de la estancia de Mansilla, en terreno abundantísimo de pasto, pero de poca y malísima agua.

La vanguardia habia pasado en él la noche anterior, y se habia movido recien, como una hora antes de nuestro arribo.

El 22 marchamos ocho leguas sin interrupcion desde poco antes de amanecer, hasta las tres y media ó cuatro de la tarde, hora en que llegamos á la *Salada*, cañada cenagosa y de muy costoso pasaje para los rodados. El sol de ese dia fue abrasador. Muchos soldados de todos los cuerpos de infantería rendidos al exeso de la fatiga y al calor sofocante de la temperatura, cayeron desfallecidos en medio de los caminos, habiendo sido necesario echarlos sobre los carruajes ó sobre los carros de la artillería, ó atravesarlos encima de los caballos.

Desde que habíamos entrado á la provincia de Buenos Aires, nuestras privaciones é incomodidades se habian aumentado. Su campaña no era otra cosa que la continuacion de la pampa que habíamos atravesado, segun la triste soledad y lúgubre aspecto que presentaba. Las casas de campo estaban abandonadas, y sus

moradores se habian retirado á los vecinos pueblos, huyendo de nosotros como hubieran podido hacerlo de una irrupcion de vándalos. El agua era cada vez mas escasa, y la poca que se encontraba era impotable: solo podia servir para las béstias. Para dar de beber á la gente, era necesario hacer escavaciones, mas ó menos profundas segun lo requería la mayor ó menor altura del terreno; y esta operacion se practicaba en todos los vivaques. Aun que no faltaba el ganado absolutamente, era sin embargo escaso. No habia un solo caballo, por que todos habian sido concentrados al Sud de la provincia con admirable exactitud y cuidado. Potros y yeguas chúcaras eran los únicos animales de esta especie que se encontraban, y á ellos era necesario apelar para reemplazar en los rejimientos, las bajas de los que se inutilizaban en las marchas, ó que se escapaban á los rondadores en las disparadas nocturnas. No siempre se encontraban cardos, que es el único combustible que ofrece la campaña de Buenos Aires; y era muy comun que nos serviésemos para preparar el rancho, de bosta de caballo y aun de yerbas solas. En una palabra, marchábamos sobre un desierto.

En cuanto á las fuerzas enemigas, no nos causaban ninguna especie de inquietud: solo se les veia por casualidad. Una de nuestras avanzadas, marchando el 23 al amanecer, un poco desviada de su direccion, encontró inopinadamente dos escuadrones acampados y completamente desprevenidos. Cayó sobre ellos por sorpresa, les mató siete hombres, y les tomó ochenta caballos, treinta monturas, seis balijas y dos carpas. Díjose en el ejército y aun lo anunció el boletin 22, que

el coronel don Hilario Lagos se habia hallado mandándolos en persona.

El 24 acampamos á las diez de la mañana, en la laguna de los Toros, donde se distribuyeron á las divisiones, algunos bueyes que se habian reunido para reponer los que estaban cansados; necesidad que era ya muy urjente, pues en el curso de las marchas, muchas carretas se separaban de los convois y se quedaban otras expuestas á cualquier accidente, por que los tiros con que habian salido del Espinillo no se habian hasta entonces reemplazado.

Apenas arribados á este punto se recibió órden del general en jefe para avanzar en el dia hasta la laguna del Juncal Grande. Los baqueanos colocaban dicha laguna, á legua y media de la de los Toros; y aun que hubo quien observó con referencia á una carta topográfica, que la distancia era doble, el Mayor General creyó deber atenerse al informe de los baqueanos. Calculando pues, la duracion de la marcha sobre la distancia admitida, levantó el campo á las cuatro y algunos minutos de la tarde. Anduvimos sin cesár mientras el sol estuvo sobre el horizonte, y cuando la noche se acercaba sin que la laguna apareciese á nuestra vista, conoció aunque tarde, que la noticia de la carta era mas exacta que la de los baqueanos. La marcha continuó sin embargo, por que no era posible suspenderla; la oscuridad sobrevino y el desórden se introdujo en las columnas. No pudiendo estas conservar el órden paralelo en que marchaban de dia, por no tener guias á su cabeza, fuéles necesario oblicuar sobre la columna de direccion, que seguia inmediatamente al Mayor Gene-

ral, el cual como ya lo he dicho, llevaba en su comitiva los baqueanos; y como la oscuridad era absoluta y nada se veia á veinte pasos de distancia, se interceptaron unas con otras, resultando de aquí una confusion y un desórden que no seria fácil esplicar. Eran las nueve de la noche cuando alcanzaron los primeros cuerpos la deseada laguna; pero á las once crujian todavia las carretas y se oían los gritos de los rezagados que iban llegando sucesivamente, preguntando por sus rejimientos, sin tener aliento para buscarlos. Durante estas horas de confusion, desertaron sesenta hombres de uno de los rejimientos que habian pertenecido á Rosas.

El 25, poco antes de la oracion, despues de una marcha de tres horas, llegamos á la laguna del Gato, donde tuvo lugar otro desórden, aunque de distinto género. Cerca del lugar en que acampó la infantería, habia un grupo de casas abandonadas por sus habitantes, como lo estaban todas las de la provincia y entre ellas, algunas que eran de negocio. Descubiertas estas últimas por una porcion de soldados que recorrian los alrededores del campo en busca de leña para encender el fuego del vivaque, fueron invadidas forzando las puertas y en pocos minutos arrasadas de cuanto contenian. Algunos oficiales de diversos cuerpos que acertaron á llegar por casualidad al sitio del desórden, dispersaron á sus perpetradores y lograron recoger algunos de los objetos saqueados; pero su intervencion no fué bastante oportuna, pues cuando se verificó, el mal era ya irremediable. Con este motivo el boletin 22 publicado el dia siguiente, contenia estas palabras: «El ejército « grande ha respetado la propiedad de sus enemigos

« mismos, por que seria su vergüenza que se dijera que
« trae la desolacion, el desórden y la destruccion, al
« mismo tiempo que la libertad y el restablecimiento
« de las leyes. Un atentado contra la propiedad, es
« un ultrage hecho al buen nombre del ejército grande
« y un delito que el general Urquiza castiga con la
« última pena. » Yo tuve la satisfaccion de saber, como lo supo el ejército todo, que ningun soldado de la division oriental se habia hecho partícipe de un acto tan culpable de indisciplina é inmoralidad.

El 26 por la mañana cambiaron de campo algunos cuerpos, porque, como sucedia frecuentemente, habíamos pasado la noche amontonados, y la marcha no debia continuar hasta la tarde. A eso de medio dia llegaron al ejército dos individuos, que desde la costa del Paraná se habian aventurado en medio de los campos en demanda nuestra, trayendo la noticia de haber sido ocupado el pueblo de San Pedro por las milicias de San Nicolás.

Mas tarde se recibieron comunicaciones de la vanguardia, por las cuales se supo, que el general don Angel Pacheco que ocupaba la guardia de Lujan con dos mil hombres, se disponia á evacuarla. Las partidas avanzadas de nuestra vanguardia le observaban de cerca; y el general Urquiza que creia posible darle alcance, apresuraba cuanto era dable su marcha y ordenaba al general Virasoro, que con el cuerpo principal del ejército, siguiese en su direccion sin detenerse bajo ningun pretesto. Temia el general que á la llegada de este cuerpo de tropas á Buenos Aires, Rosas saliese de la ciudad, dejándola asegurada con una guar-

nicion competente para su defensa, y se dirigiese con el resto de sus fuerzas al Sud de la Provincia para hacer allí el teatro de sus operaciones; y queria á toda costa oponerse á la realizacion de esta idea, cuyo resultado inmediato habria sido el de prolongar la guerra. Nosotros no estábamos muy bien aparejados para forzar la marcha, en razon del mal estado de los bueyes y de los caballos de la artillería; pero aun que arrastrándonos con dificultad, continuamos haciendo jornadas regulares.

El 27 á las nueve y media de la mañana arribamos á la laguna del Tigre, estancia de don Pastor Gorostiaga, en los campos conocidos por las chacras de *Chivilcoy.* La vanguardia nuestra habia partido de allí el dia anterior. La víspera habian pasado el general Echagüe y Santa Coloma; y ocho dias antes el regimiento sublevado en el Espinillo. Se distribuyeron á las divisiones Marquez, Galan y Diaz, algunas mulas chúcaras para el servicio de los trenes, y á la caballería de Abalos y Urdinarrain algunos potros que el general en jefe habia dejado encerrados con ese objeto.

Se destacó tambien un regimiento entrerriano para ver si lograba alcanzar un trozo de cuatro mil caballos, que en direccion al Sud habia pasado tres dias antes arriados por dos ó tres hombres solamente.

Este dia visité al mayor general como acostumbraba á hacerlo, de vez en cuando, y le encontré preocupado mas que nunca con la decision que aparentaba la provincia de Buenos Aires en favor de Rosas. « Es admirable, me dijo, que un pais tan mal tratado por la tiranía de ese bárbaro, se haya reunido en masa para

sostenerlo. ¿Creerá usted que no he encontrado aquí de quien tomar noticia alguna? He interrogado mas de media hora á un hombre viejo, el único que se ha encontrado en estas inmediaciones y á ninguna de mis preguntas ha querido satisfacer: á todo ha contestado que no sabe, que no ha visto, etc. El dueño de esta estancia, hombre de buen sentido y capaz de apreciar debidamente la situacion de las cosas, ha pasado tambien una hora en conversacion conmigo, sin ser mas franco que el paisano. Se ha sorprendido á la vista de nuestras fuerzas, cuyo número confiesa que habia creido exagerado por nuestros boletines; pero no parece que ellas le hayan inspirado mucha confianza en el éxito de nuestra empresa, pues todo lo que he podido sacar de él, es que *Rosas tiene treinta mil hombres.*» El caso es que nadie se atrevía, no digo á hablar, pero ni á pensar contra Rosas.

Los hombres temian que sus palabras, aunque dichas á lo lejos, fuesen repetidas por el eco en Santos Lugares, y se guardaban bien de dar ningun informe que pudiese redundar en daño inmediato de aquel, y convertirse mas tarde en sentencia de muerte contra ellos.

Lo mismo habia sucedido en todas partes desde que el ejército pisó la frontera de Buenos Aires.

El 28, pasamos la noche en la laguna de los Leones; y el 29 á las 8 de la mañana, acampamos á media legua de la Guardia.

Tres dias hacía qne Pacheco la habia abandonado; y del mismo modo que el pueblo del Pergamino, habia quedado entregado á las mugeres, á los viejos y á unos cuantos estrangeros á quienes la dura conscripcion del

tirano no habia comprendido. Cada familia de cuantos la habitaban, habia visto partir á alguno de sus deudos, porque ningun hombre de los que eran capaces de manejar las armas, habia podido sustraerse á la obligacion de ser soldado. Muchas de estas familias veian amenazada su existencia ó su futura suerte, en los peligros á que iban á hallarse expuestos sus padres, esposos ó hijos, y sin embargo, es de notar, que con tan justos motivos de afliccion, no se les veia derramar una lágrima, ni se les oia exhalar una queja. Al contrario, parece que estaban resignados en su situacion y que confiaban en su destino. Manifestaban hácia nosotros la misma estudiada indiferencia que los habitantes del Pergamino; y á los signos exteriores con que estos habian hecho conocer su parcialidad por Rosas, agregaban otras acciones, que denotaban con harta claridad sus sentimientos. A varios oficiales que fueron en comision del servicio ó con licencia, á visitar el pueblo, les encargaron como por burla, al pasar por las puertas de sus casas, que si el ejército nuestro ganaba una batalla, tuviesen compasion de los vencidos. El hecho parecerá increible, pero no por eso es menos cierto: yo mismo lo he oido referir á uno de esos oficiales. Exageraban el número y calidad de las tropas de Rosas, y estaban persuadidos de que el ejército libertador era insuficiente para llevar á cabo la empresa, temeraria, segun ellos, en que se habia empeñado. Traian á la memoria todas las tempestades políticas que aquel habia deshecho ó conjurado, durante el largo período de su gobierno, ya sea que hubiesen nacido en el interior, ya que hubiesen tenido orígen en el extrangero; y te-

nian por cosa averiguada, que saldria tambien victorioso del nuevo peligro que le amenazaba.

Yo creo que estas desdichadas gentes, suponian á don Juan Manuel munido de un secreto talisman, que le daba el poder de dominar todas las situaciones de su vida, inspirándole virtudes sobrenaturales; pues no es posible interpretar de otra manera, estas ridículas aprehensiones de su espíritu obsecado.

Sin embargo: al decir de algunos extrangeros vecinos de la Guardia, cuando se tuvo allí la noticia de nuestra invasion, muchos soldados de los cuerpos que mandaba el general Pacheco, habian concertado secretamente, el promover un levantamiento entre sus compañeros desde que pudiesen contar con un apoyo inmediato; pero con el arribo inopinado del regimiento de Aquino, este pensamiento se habia desvanecido. Pacheco habia hecho pasear por las calles el cuerpo rebelde, presentándolo al vecindario y á las tropas de su division, como un dechado de patriotismo y de lealtad que debian imitar, y anunciándoles que bien pronto verian reincorporados á sus banderas, todos los regimientos de Buenos Aires que seguian forzadamente al general Urquiza, y que habian sido por tantos años el sosten y la gloria de la federacion. Desde entonces nadie pensó ya sinó en someterse á la suerte comun del pais; y el ánimo de aquellos pocos en quienes se habia momentáneamente albergado la noble idea de una reaccion, cayó de nuevo en su habitual estado de indolencia. Todos siguieron al general Pacheco en su marcha precipitada hácia el cuartel general de Rosas; y aun que seguido de cerca por nuestras avanzadas, ningun hombre se le desertó, ningun pasado se presentó á nuestras filas.

CAPITULO VI

Accion de Alvarez—Reunion del ejército á la vanguardía—Pasage del Puente de Márquez—Preparativos de una batalla.

A la inmediacion del rio de las Conchas se reunieron á Pacheco, el general Echagüe, los coroneles Lagos, Sosa y Cortinas, y varios otros jefes, con todas las fuerzas que habian retirado de la provincia de Santa Fé, ó de las fronteras de Buenos Aires, por las líneas de Rojas ó de Areco, con las cuales pasó el rio por el puente de Márquez el dia 30 á la tarde, dejando en la márgen izquierda de él, sin duda por órden de Rosas, al coronel don Hilario Lagos con seis mil hombres de caballería para que intentase un golpe de mano sobre nuestra vanguardia, considerándola inferior en número y contando tal vez con la posibilidad de una sorpresa.

Para esta operacion que alteraba tan inopinadamente el sistema defensivo, seguido hasta entonces por el enemigo y en la que iban á ensayarse por primera vez sus armas, fueron destinadas las mejores tropas de su ejército y los jefes que en él gozaban de mayor concepto y nombradía.

La vanguardia nuestra se hallaba la misma noche en los campos de Alvarez, á dos ó tres leguas del puen-

te. Al amanecer del 31 las partidas de descubierta participaron que se avistaban fuerzas enemigas en número considerable; y antes que se hubiese reconocido con exactitud su número, el general Urquiza envió órdenes á las divisiones Lopez y Galarza, que estaban de servicio, para que sin esperar nuevo aviso, atacasen inmediatamente, «á mil enemigos con quinientos, y á dos mil con solo la mitad.»

El coronel Galarza con la mayor parte de su fuerza correspondía en su posicion, al centro de las fuerzas enemigas; tenia á su izquierda los regimientos de los coroneles don Manuel Caraballo y don Fausto Aguilar, y á su derecha, tras de una pequeña altura, al general Lopez con la division de su mando. Lagos marchaba en varias columnas paralelas, cubriendo su frente con algunos escuadrones ligeros.

Parecia decidido á empeñar la accion; y como el ánimo de los nuestros y las órdenes del general en jefe, eran de no rehusarla, pronto vinieron á las manos. El general Lopez inició la carga, siguióle Galarza, y en breves instantes fué general el choque. La caballería de Lagos no hizo resistencia, apesar de su número, que excedia con mucho al total de las divisiones de Galarza y Lopez; inmediatamente cedió el campo y huyó desbandada en todas direcciones. No fué, sin embargo, tan anticipada su fuga, que no diera lugar á los nuestros á causarle alguna pérdida. Quedaron en el campo cerca de doscientos muertos, entre los cuales se reconocieron al teniente coronel don Marcos Rubio y á varios otros oficiales; se tomaron trescientos prisioneros, dos estandartes, muchas armas, algunas municio-

nes de tercerolas, varios carruajes, diez y seis cuñetes de pólvora y mas de cuatro mil caballos. Por nuestra parte la pérdida fué insignificante. La division Lopez tuvo diez y nueve hombres fuera de combate, siendo uno de ellos el teniente del Regimiento de dragones don Javier Almada que quedó muerto en el campo de batalla; y siete la division Galarza.

La persecucion de los dispersos se hizo con tezon en un espacio de mas de tres leguas. Muchos de ellos tiraron hácia el Sur de la provincia, algunos hácia el oeste, y solo tres mil quinientos hombres de los seis mil que habian asistido á la accion, llegaron á su Cuartel General.

La noticia de este descalabro, no hizo en el ejército de Rosas, la impresion que hubiera producido en cualquiera otro. El terror que inspiraba este hombre extraordinario, era tan grande, que nadie se atrevia á preguntar allí lo que pasaba fuera de su vista, ni á explicar lo que habia presenciado, por que la menor indiscrecion se pagaba con la vida; y no pudiendo los hombres comunicarse recíprocamente sus impresiones, quedaban aisladas en los pechos que la recibian, sin adquirir las proporciones que de ordinario les da el cambio de ideas y el exámen de las opiniones. Así es que aunque muchos sospecharon el resultado de la accion de Alvarez, el suceso quedó ignorado ó envuelto en misterio para la mayor parte del ejército.

Como era natural, lo contrario sucedió entre nosotros. La noticia se comunicó en pocas horas al ejército, y fue celebrada por todos los cuerpos, con la alegria y entusiasmo propios de tales casos. La idea de ver acercar-

se el momento de la destruccion de un poder, que por tantos años habia tenido anegados en lágrimas y sangre, á todos los pueblos del Rio de la Plata, no podia menos de llenar de satisfaccion á todos los corazones. Lo que únicamente enturbiaba un poco el general contento, entre los que perteneciamos al cuerpo principal del ejército, era la rapidez con que los sucesos marchaban á su completo desenvolvimiento, sin dejarnos tomar una parte mas activa en ellos.

Parecian alejarse las probabilidades de una batalla general con la victoria de Alvarez, cuyos efectos morales se suponian de grande trascendencia; y una perspectiva semejante, cuadraba mal á la marcial ambicion de nuestras tropas, que no hallaban verdadera gloria en adquirir laureles que no fuesen arrancados sobre el campo del combate. Al menos la vanguardia, decian los jóvenes oficiales, ha tenido ocasion de ensayar sus armas, de acreditar su brio; si la campaña se termina sin que halla una batalla, toda la gloria será suya, por que nosotros no habremos hecho mas que seguir sus huellas, sin quemar un cartucho.

El mismo ardoroso sentimiento animaba á todo el ejército, y aun á aquellos veteranos á quienes la edad y la experiencia debieran haber hecho inaccesibles á las ilusiones de la gloria. Distinguíose entre estos últimos por el ardor juvenil que aparentaba, á los sesenta años cumplidos de su edad, el valeroso y romanesco soldado de la independencia americana, don Gregorio Araoz de La Madrid, que en todas las ocasiones de peligro, solicitaba para su division el puesto mas avanzado, y sufria terriblemente en su espíritu belicoso, cuan-

do el órden del servicio ó las intenciones del general, hacian indispensable posponerle á cualquier otro. Si hay alguna refriega, me decia al siguiente dia de la accion de Alvarez, en la que no habia podido tener ninguna parte, ya le he dicho al general en jefe, que me haga el favor de no darme ninguna colocacion en que sea preciso esperar para pelear, por que si me obliga á permanecer á pié firme, despues que se haya disparado el primer tiro, ó dado la primera carga, se expondrá á que yo dé en el ejército un ejemplo de insubordinacion. El viejo y en un tiempo temible caudillo del alto Perú, dominado todavia de sus instintos guerreros, y cual si estuviera en el caso de establecer su fama de valiente, rebosaba de contento á la idea de una próxima batalla y se rebelaba contra toda presuncion contraria.

La vanguardia quedó acampada el 31 en el terreno en que habia tenido lugar la accion de la mañana, y sus avanzadas en el Puente de Márquez; y el dia 1° de febrero á las nueve ó diez de la mañana, se operó en el mismo campo la reunion de todas nuestras fuerzas.

Luego que acampamos, fuí á visitar al general Urquiza á quien no habia vuelto á ver desde la Banda Oriental. Lo encontré en la tienda del Mayor General, donde me recibió con la atencion y cordialidad que siempre me ha dispensado. Pasamos media hora en conversacion.

Se trató primero de la triste decepcion que acabábamos de experimentar respecto del espíritu de que habíamos supuesto animada á la provincia de Buenos Aires. El general se quejaba y con razon, de que no habia encontrado en ella, la menor cooperacion, la mas

leve muestra de simpatía. Hasta entonces no se nos habia presentado un pasado, y rara vez habíamos hallado, ní aun á quien pedir noticias del enemigo. «Si no hubiera sido, dijo, el interés que tengo en promover la organizacion de la República, yo hubiera debido conservarme aliado á Rosas, por que estoy persuadido de que es un hombre muy popular en este país.» Y en efecto, ¿como explicar de otra manera el indiferentismo que habian ostentado ante nosotros, las poblaciones que habíamos atravezado, y la absoluta concurrencia de todos los habitantes de la campaña á las filas del tirano? Si Rosas era públicamente odiado del pueblo, como se decia, ó mas bien, si ya no era temido; si todos los hombres suspiraban por que llegase el dia en que pudiesen romper sus cadenas, ¿como es que dejaban escapar tan bella ocasion de satisfacer el anhelado objeto de sus deseos? ¿Como es que en lugar de aceptar la libertad que el ejército aliado les ofrecia, garantida por la fuerza irresistible de sus armas, se les veia hacer ostentacion de un exajerado celo en defensa de su propia esclavitud? Difícil será resolver estas cuestiones en el sentido de los que sostenian la impopularidad de Rosas. En cuanto á mí, tengo una profunda conviccion, formada por los hechos que he presenciado, de que el prestijio de su poder en 1852 era tan grande ó mayor tal vez de lo que habia sido diez años antes, y que la sumision y aun la confianza del pueblo en la superioridad de su génio, no le habian jamás abandonado.

Hablando despues de la situacion respectiva de los ejércitos, y consiguientemente, de las operaciones que podíamos vernos obligados á ejecutar, el general discurrió en diversas hipótesis con bastante acierto.

Estaba persuadido de que habria una gran batalla. Su juicio á este respecto estaba formado desde la Banda Oriental, á despecho de las opiniones de los ilusos emigrados arjentinos, que habian dicho: «no habrá resistencia, porque todo el país está contra el tirano;» y si á ese juicio no hubiese arreglado sus medios de accion, la grande empresa de regeneracion de los pueblos argentinos, se habria, como otras muchas ocasiones, malogrado.

Creia tambien que Rosas nos disputaria el pasaje del Puente de Márquez; y en ese concepto ordenó allí mismo al Mayor General, que al levantarse el campo al siguiente dia, la infantería de la vanguardia fuese reforzada con la division Oriental, y que todos los demas cuerpos marchasen preparados para el combate.

La division Oriental estaba pronta desde luego en lo que era concerniente á su fuerza de infantería, para cualquier servicio á que quisiera destinársele; pero no se hallaba en el mismo caso respecto de la artillería. Apesar de mis contínuas representaciones, no solo no habia podido obtener caballos de reserva para el servicio del tren, sinó que ni aun para las marchas se me habian proporcionado las béstias necesarias. Tirábamos las piezas y carros de municiones con bueyes, y yeguas y mulas chúcaras, que á duras penas se habian podido conseguir; y cuando alguno de estos animales se inutilizaba por el cansancio y la fatiga, era necesario desmontar algun soldado del mismo cuerpo para suplir con su cabalgadura aquella falta, ó apelar á cualquiera otro arbitrio, á fin de no dejar en medio de los campos algun cañon abandonado. Algunas veces fue preciso

poner tirantillos á algunos de los carros mas livianos de la artillería, y hacerlo arrastrar á pié, no habiendo literalmente dos caballos disponibles para tan importante objeto. En igual caso se hallaban la artillería imperial y la arjentina. El Mayor General del ejército, á quien yo habia hecho presente en varias ocasiones, las consecuencias funestas que podríamos experimentar en un dia de batalla, por la imposibilidad de maniobrar en que se hallaba la batería de la division, me habia respondido siempre que ya habia insinuado al general en jefe esa necesidad y que esperaba de un momento á otro poderla satisfacer. Pero sea que el general en jefe no hubiese atendido á sus reclamos, ó que el mismo Mayor General no hubiese puesto en ellos toda la insistencia y empeño que merecian, el hecho es que el dia 1º de febrero, estábamos á cuatro ó cinco leguas del enemigo, y que la artillería no estaba ni medianamente preparada, para desempeñar su importantísima mision en el campo de batalla.

Cuando llegamos al campo de Alvarez, hice nueva gestion para conseguir algunos caballos mansos, por que no podia persuadirme, que el ejército llevase consigo cincuenta cañones y todos los accesorios de un tren tan poderoso, solo por ostentacion y sin que hubiese de sacar de ellos ninguna utilidad. Los caballos no se acostumbran en un solo dia al tiro y evoluciones de la artillería lijera; para adiestrarlos en esta especie de servicio, se requiere una enseñanza larga y continuada. Pero en el caso nuestro, era cien veces preferible lidiar con caballos torpes con tal que fuesen mansos, á tener que seguir con las mulas y yeguas indómitas de que

hasta entonces nos habíamos servido, con gran pena de los artilleros y con no poco detrimento del material. Sin embargo: nada fué posible conseguir, y no hubo mas remedio que resignar el ánimo á esta dificultal, como lo habíamos resignado á otras muchas.

El ejército se movió el dia 2 de febrero poco antes de amanecer. Al romper la marcha se me dió la órden de adelantarme con la division, para incorporarme á la vanguardia como lo habia dispuesto el general: se creyó innecesario darme un baqueano que solicité, y solo se me indicó el rumbo en que debia encaminarme. Pero, los cuerpos de la vanguardia habian partido simultáneamente de los distintos puntos que ocupaban, distantes unos de otros mas ó menos, segun lo habia requerido la necesidad de consultar los pastos y aguadas para los caballos; de modo que cuando el dia aclaró, ya no se veian sinó lejanas polvaredas que ninguna confianza podian inspirar para tomarlas por guía. Marché, pues, por donde mejor me pareció á traves de cardales y cañadas, hasta encontrar una senda que me condujo felizmente á un camino trillado, en el que pude reconocer las frescas pisadas de la infantería de la vanguardia. Siguiendo este camino llegué al Puente de Márquez, como á las diez de la mañana, y le encontré obstruido por una gran tropa de ganado que con mucha dificultad hacian pasar los soldados encargados de su conduccion. La vanguardia estaba ya del otro lado, aun que no reunida, porque algunas de sus divisiones habian tenido que vadear el rio lejos del puente, y aun se divisaban á derecha é izquierda, concurriendo hácia el punto en que debia establecerse el cuartel general.

Despues de una hora por lo menos de espera, pasó la division tambien, cuando recien comenzaban á aparecer descendiendo las alturas inmediatas, las cabezas de columnas del cuerpo principal del ejército.

En mi concepto, fué este un momento del que Rosas con menos insuficiencia de la que demostró, hubiese podido sacar grandes ventajas. Teniendo cerca del rio por el lado que él dominaba, localidades excelentes para ocultar todas sus fuerzas, hubiera podido elejir una posicion en ellas y atacarnos cuando estábamos empeñados en la operacion del pasage. Sinó hubiera logrado sobre nosotros una completa victoria, es indudable que hubiera podido causarnos mucha pérdida. Dividido el ejército en dos grandes fracciones á los dos lados del rio, y acumulados en el Puente gran número de hombres, bestias y carruages, disputándose la preferencia del pasage, por falta de prevision y método para tan delicada operacion en presencia del enemigo, el resultado inmediato de una hostilidad cualquiera habria sido la confusion; y ya es sabido que cuando un ejército consigue poner á su contrario en una situacion semejante, adquiere sobre él una gran superioridad moral que le facilita el triunfo. Pero á Rosas, que no era hombre de guerra ni jamás habia pretendido serlo, no se le ocurrió moverse del campo que ocupaba, y el ejército libertador pudo salvar aquella dificultad sin oposicion de ningun género.

Cuando la mayor parte de las tropas estaban ya en la márgen derecha del rio, las partidas exploradoras de la vanguardia dieron parte de que se avistaba el enemigo; y el general Urquiza que contaba desde mu-

cho antes haberlo encontrado, se dió prisa á reconcentrar sus fuerzas y á elegir una posicion para colocar el ejército en batalla. Los cuerpos que aun no habian pasado el rio, lo verificaron apresuradamente,, y bien pronto quedó establecida la línea, al frente de la cañada de Moron, en el órden de formacion que anticipadamente se habia detallado para el dia del combate.

La caballería montó sus caballos de reserva, y se adornó con su divisa de guerra, que consistia en una coraza de género blanco, sobre la camiseta punzó, mediante la cual debia distinguirse de la caballería de Rosas, cuyo uniforme era del mismo color. Las divisiones oriental y brasilera vistieron de parada; y todos los demas regimientos de infantería, se engalanaron con sus mejores atavíos militares, para honrar debidamente el acto solemne á que se preparaban.

Al avistarse el ejército enemigo, se habia supuesto que venia en marcha á nuestro encuentro, y eso habia motivado la repentina alarma del nuestro; pero á las dos de la tarde, hora en que recien puede decirse que fué bien reconocido, se supo que estaba situado á la parte opuesta de la cañada de Moron; es decir, á veinte cuadras de nosotros, y en actitud de esperar en su posicion nuestro ataque. Su línea formaba un ángulo agudo con la nuestra.

Varios escuadrones de caballería en la extremidad de su derecha, que era el ala avanzada hácia nosotros en la direccion de nuestra izquierda, vigilaban la cañada, sosteniendo débilmente algunas guerrillas con nuestras avanzadas, y en todo el resto de nuestro frente no habia novedad. Desde luego fué indudable que la

batalla no tendría lugar hasta el siguiente dia, y en ese concepto se resolvió que el ejército comiese y descansase en su puesto.

El dia se pasó sin otra ocurrencia que la de haberse presentado por nuestra izquierda, doce pasados que vinieron exagerando el número de las fuerzas enemigas, y manifestando en sus acciones y palabras, el profundo terror de que estaban dominados.

A la entrada de la noche, los fuegos de los vivaques estaban encendidos, y el aspecto de nuestro campo debia ser imponente para cualquiera que pudiese observarlo en toda su extension.

Si Rosas tenía alguna duda á cerca del poder de los aliados, grande debió ser su desconsuelo, cuando al contemplar desde las alturas que ocupaba, la vasta iluminacion de nuestra línea, pudo apreciar debidamente la magnitud del peligro que le amenazaba.

A eso de las nueve, los fuegos se habian apagado, y un profundo silencio reinaba en todo el campo. El viagero á quien la casualidad hubiese hecho pasar á esa hora, por el estrecho intérvalo que mediaba entre los dos ejércitos, sin conocimiento prévio de su situacion respectiva, no habria podido creer, aun cuando alguien hubiera querido persuadírselo, que tenia á sus costados y casi al alcance de sus brazos, cincuenta mil hombres con ciento cinco piezas de artillería, que solo esperaban la vuelta del dia para atronar el aire en todos los lugares circunvecinos, con el espantoso extrépito de sus armas.

CAPITULO VII

Batalla de Monte-Caseros—Desórdenes en Santos Lugares.

La aurora del 3 de febrero encontró al ejército aliado formado en su puesto de batalla. Luego que la luz lo permitió, se leyó á todos los cuerpos, la siguiente proclama del general, que se habia distribuido impresa poco antes de amanecer:

« Soldados! Hoy hace cuarenta dias que en el Diamante cruzabais las corrientes del Paraná, y ya estais cerca de la ciudad de Buenos Aires, y al frente de vuestros enemigos, donde combatireis por la libertad y la gloria. »

« Soldados! Si el tirano y sus esclavos os esperan, enseñad al mundo que sois invencibles; y si la victoria por un momento es ingrata con algunos de vosotros buscad á vuestro general en el campo de batalla, porque el campo de batalla es el punto de reunion de los soldados del ejército aliado, donde debemos todos vencer ó morir. Este es el deber que os impone á nombre de la Patria, vuestro general y amigo—« JUSTO JOSÉ DE URQUIZA. »

La cañada de Moron que teníamos á vanguardia y que es en extremo pantanosa, obstruia todo nuestro frente. Era necesario salvar este obstáculo, y para ello el ejército avanzó maniobrando sobre su derecha

á pasar por un puente situado á vanguardia de la extremidad de esta ala, mientras que por nuestra izquierda, los regimientos de caballería correntina mandados por el coronel don José A. Virasoro, llamaban la atencion del enemigo sobre su flanco derecho. Por difícil y arriesgada que fuese esta maniobra, habiendo de practicarse á la vista del enemigo y casi al alcance de sus cañones, el general Urquiza se decidió á emprenderla, teniendo la fortuna de verla realizada en pocos momentos con admirable facilidad.

Como en el puente de Márquez experimentamos en el de Moron, las consecuencias forzosas de la imprevision y la irregularidad, pero ninguna oposicion por parte del enemigo.

Mientras el ejército se desembarazaba de este peligroso desfiladero, el general en jefe colocado en una altura inmediata, examinaba las localidades y la disposicion del ejército enemigo.

Constaba este de veintitres mil hombres con sesenta piezas de batalla, comprendidas cuatro máquinas de cohetes; y ocupaba el perfil de una cuchilla que corre desde Santos Lugares hasta la cañada de Moron. Apoyaba su derecha en un grande edificio de cal y ladrillo, rodeado de fosos, defendido por diez piezas de artillería y guarnecido por trescientos hombres parapetados en las azoteas y patios interiores, haciendo martillo con la extremidad de la ala, una trinchera formada de carretas emparradas, con su correspondiente foso, tras de la cual, dos batallones de infantería cubrian con sus fuegos la posicion principal. Como á trescientos pasos hácia el centro de la línea, coincidiendo con ella,

elevábase un palomar, otro gran edificio de tres cuerpos circulares y concéntricos, cuyos altos y escalonados pretiles, sirviendo de parapetos á una fuerte guarnicion que lo ocupaba, presentaban una triple batería de fusiles, sostenida por otra de cañones y cohetes á la congreve colocada en la circunferencia de la base.

Y desde esta especie de rotunda continuaba la línea hácia el Este hasta terminar en Santos Lugares, antiguo campamento militar situado á dos leguas del Rio de la Plata.

Aun que elejida de antemano, esta posicion carecía de las condiciones extratéjicas de un campo de batalla.

Su frente era estrecho, y el terreno en general desproporcionado á las fuerzas que en él debian desplegar: no estaba calculado para que estas pudiesen combatir en distintos órdenes, como es de regla, si la necesidad lo requería.

Sus flancos no estaban verdaderamente defendidos, ni por la naturaleza ni por el arte; pues aun que tenia á la derecha los edificios y trinchera en que la línea se apoyaba, la posicion era accesible y podia ser envuelta por ambos extremos. Y como si no se hubiesen previsto los eventos desgraciados, la ciudad de Buenos Aires, que era el único punto en que hubieran podido salvarse las reliquias de este ejército despues de una derrota, quedaba descubierto y en tal disposicion, que nosotros podíamos, y aun debíamos forzosamente interceptarla.

A todos estos defectos capitales é importantes, agregábase el del órden de batalla adoptado, que no era menos considerable. Toda la infantería, que al decir

de algunos de los principales jefes de Rosas, ascendía á trece mil hombres, formaba la derecha y el centro en una sola línea, interrumpida solamente por baterías de artillería que se habian interpolado en los puntos que se juzgaron mas débiles. La izquierda se componia de siete mil hombres de caballería, de los cuales el mayor número estaba formado á retaguardia del ala, en columnas cerradas, confusamente dispuestas unas detras de otras, como si se hubiese querido inutilizar esta arma importante, privándola de la expansion y libertad necesarias para maniobrar y combinar su accion con la de las demas armas.

Otros tres mil hombres de caballería ocupaban la retaguardia del ala derecha; pero como se verá despues, en el curso de la accion pasaron á reforzar la izquierda.

Parece que Rosas habia cometido á los coroneles Maza y Costa, los jefes que mas confianza le inspiraban, el encargo de elejir el campo de batalla; y aun que el coronel Chilavert, que indudablemente era uno de los oficiales mas instruido y mas práctico tambien de cuantos le seguían, se habia pronunciado contra la posicion elejida, Rosas no habia querido desecharla. Chilavert aconsejaba con mucha razon, que se prefiriese la cuchilla paralela á la cañada de Moron; pero su consejo no fue atendido como merecia.

Ignoro si esto es exacto. Se lo he oído referir al coronel don Pedro José Diaz que mandaba una brigada de infantería en el ejército de Rosas, y estuvo algunos dias prisionero en el campo de mi division.

Coma quiera que sea, el general Urquiza despues de un rápido exámen de todos estos objetos, concibió su

plan de ataque y comenzó á prepararse para la ejecucion. Desde luego reconoció, que el órden de batalla prescripto al ejército anteriormente, no era aplicable á las circunstancias, y que debia trastornarse. Resolvió, pues, que la infantería que por el órden antecedente debia ocupar en fracciones el centro y ambas alas del ejército, interpolada con la caballería, formaria ahora una línea contínua, desde el centro hasta la izquierda, pasando la mayor parte de la caballería á la derecha. En este concepto impartió sus órdenes; y á medida que las columnas iban safándose del puente, tomaban la direccion que convenia para establecerse en los puntos que les correspondia.

A las siete de la mañana nuestro ejército estaba en línea sobre la loma opuesta á la que ocupaba el enemigo.

Cerraba la izquierda la division Oriental dando frente á la casa de Caseros que le correspondia exactamente. Seguian á su derecha la division brasilera con tres batallones arjentinos que accidentalmente formaban con ella un solo cuerpo; otros cinco batallones arjentinos bajo el mando del coronel Galan; y finalmente las divisiones de caballería Medina, Abalos, Galarza y La Madrid, componiendo estas últimas un total de mas de diez mil caballos. Cuarenta y cinco piezas de artillería ocupaban los intérvalos de los distintos cuerpos de infantería, bajo el mando del coronel Pirán, tenientes coroneles Mitre y Vedia y mayor Gonzalez Fontes.

Llamóse *ala izquierda,* á la Division Oriental, siendo yo el jefe de ella.

Centro, á la division brasilera y la brigada arjentina

adicta á ella, bajo el mando del brigadier del imperio don Manuel Márquez de Souza.

Derecha, á la columna de infantería de Galán, y á las cuatro grandes divisiones de caballería que le seguian, á las inmediatas órdenes del general en jefe.

A retaguardia del ala izquierda, entre la eminencia que ocupaba la infantería y la cañada de Moron que corria á nuestra espalda convergente á la línea de batalla por aquel extremo, estaban encubiertas las divisiones de caballería Lopez y Urdinarrain, destinadas á sostener los movimientos del ala.

Toda la infantería enemiga estaba en batalla; la nuestra en columnas, aun que con los intérvalos necesarios para desplegar. En ninguno de los dos órdenes se habian establecido reservas de esta arma.

No habiendo la menor duda de que la izquierda enemiga era la parte flaca de su línea, por cuanto estaba compuesta de caballería mal organizada para una resistencia eficaz, el general Urquiza comprendió que sobre ella debia dirijirse el principal esfuerzo, pues una vez que se lograse separarla de su centro; la infantería que no podia contar con el recurso de un cambio de frente sobre el extremo opuesto, á causa de las dificultades del terreno, podria ser tomada de revez, ó atacada por el flanco que le quedaba descubierto al mismo tiempo que lo fuese por el frente. En consecuencia, los diez mil caballos colocados á nuestra derecha iniciarían la batalla, cayendo con todo su poder sobre dicha ala enemiga; arrollarian los escuadrones situados en primera línea y los echarian rotos y dispersos sobre las inútiles columnas aglomeradas á su espalda,

que sin tiempo ni espacio para maniobrar en proteccion de los vencidos ni aun para defenderse, serian envueltos en su misma derrota y confusion. Verificado este gran movimiento, de cuyo buen éxito no era posible dudar, atendida la superioridad relativa en número y calidad de las fuerzas destinadas á ejecutarlo, la infantería de nuestra derecha, el centro y la izquierda, que debian á la sazon tener ocupada la atencion de la infantería enemiga con el fuego de sus cazadores y de su artillería, avanzarian rápidamente para generalizar el combate y hacerlo decisivo.

Despues de comunicar á los jefes principales del ejército sus intenciones á este respecto, el general recorrió la línea, y dirijió á las tropas algunas alocuciones, que aun que muy breves y pronunciadas sobre la marcha, no dejaron de hacer impresion en el ánimo de los soldados, que las contestaron con vivas á la libertad y al general en jefe. Al llegar á mi division, que fué la última que visitó: « Orientales, dijo, vosotros sois una « de las mas fuertes columnas del ejército aliado, y una « de las mas fundadas esperanzas de la causa de la « libertad. Yo os anticipo mis felicitaciones por vues« tra conducta en este dia, que no dudo corresponderá « á vuestra esclarecida fama. » Dichas estas palabras se despidió de mi, anunciándome que pasaba en el acto á la derecha para dirijir personalmente el movimiento de esa ala.

En este momento se travó un fuerte cañoneo iniciado por los enemigos y contestado por la artillería imperial y la arjentina.

Para juzgar de su efecto, me coloqué á la sombra de

un ombú que por fortuna se hallaba en el punto que ocupaba la division, y desde donde podía hacer cómodamente mis observaciones. Pero el fuego cesó á poco rato para volver á encenderse despues, y mi atencion se contrajo á otros objetos.

Era notable entre otros la inmovilidad y silencio de la línea enemiga: la parte que estaba al alcance de mi vista, por que siendo tan estensa y habiendo mucho polvo, no podia descubrirla toda, parecia mas bien formada para una revista de honor, que para dar una batalla. No habia una sola guerrilla al frente, siendo así que el uso de las tropas lijeras para preparar el combate, es en todas circunstancias de una importancia reconocida, y que en el caso de Rosas, cuyo ejército se componian de soldados visoños, su aplicacion parecia indispensable.

Aun que no necsitaba practicar reconocimientos ni cubrir despliegues, puesto que estaba colocado con anticipacion en el terreno que habia elejido para combatir, hubiérale convenido salir al encuentro de nuestras columnas, con algunas compañías de cazadores, aun que no fuese mas que para acostumbrar el oído de sus soldados al ruido de los tiros. Pero estaba visto: aquellas tropas estaban mal mandadas, no obstante que había en ellas, muchos oficiales experimentados y aguerridos; y los que las dirijían se habian figurado, sin duda, que una línea de batalla apoyada como estaba la suya por un extremo, en edificios fortificados, debía ser como una muralla de mampostería, que no se puede mover del lugar en que la han puesto.

La misma soledad que por el frente, se notaba á la

espalda de la línea. No se veia gente ninguna á pié ni á caballo; y hasta creo que los jefes de la infantería habian tomado la precaucion de desmontarse; sin duda para no llamar la atencion, por que esto de defender á un tirano como Rosas, no deja de tener su responsabilidad en el campo de batalla.

Un grupo de jinetes apareció, sin embargo, al cabo de cierto tiempo, como recorriendo la línea; y me figuré que sería Rosas y su Estado Mayor, aun que no pude reconocerlo, por que cuando se acercaban á alguno de los batallones formados, se sentian vivas y gritos prolongados.

Por fin, el choque de nuestra derecha, precursor del ataque general, se verificó á eso de las diez de la mañana, hora en que puede decirse que la batalla empezó; pues hasta entonces, solo habia habido fuego de artillería hecho desde lejos y sin resultado. La division Medina tuvo el honor de la primera carga, para cuyo efecto habia sido colocada á vanguardia del ala. Dos mil lanceros colocados al frente del ala enemiga, formando un pequeño martillo en la extremidad de su izquierda, lo esperaron á pié firme. Al romper su movimiento, encontró un obstáculo que le obligó á detenerse; pero habiéndose corrido en columna sobre su derecha, logró descabezarlo con facilidad. El choque fue violento; y aun que algunos escuadrones nuestros fueron rechazados con bastante pérdida, el éxito general de la carga, fue el mas completo y favorable.

Deshecha toda esta fuerza, una columna de tres mil hombres, no descubierta hasta entonces, apararreció sobre la derecha de Medina, pretendiendo restablecer el

combate, y amenazando envolver la pequeña reserva con que este habia quedado; pero las divisiones Galarza y Abalos que formaban parte del ala, acudieron en su apoyo al gran galope; é inutilizaron el intento de la columna enemiga, obligándola á desbandarse, casi sin pelear.

Como lo habia previsto el general en jefe; las tropas de primera línea, perseguidas vigorosamente por nuestros escuadrones victoriosos, introdujeron el desórden en las que estaban á su espalda, cuyas distancias no habian sido calculadas para este caso, y todas fueron envueltas en un mismo desastre. Contribuyó á este resultado una circunstancia casual, que en el órden natural de las cosas, hubiera debido producir un efecto contrario.

La division La Madrid, buscando la colocacion que le habia sido designada en el órden de batalla, ya fuese por causa del excesivo polvo que tenia oscurecida la atmósfera, ya por falta de práctica del terreno, se habia prolongado por retaguardia de la línea, sobre la derecha de esta, á una legua y media por lo menos; y cuando se apercibió de que tanto se habia alejado del campo de batalla, conversó sobre su izquierda, y fué á aparecer á retaguardia de la izquierda enemiga en los momentos en que era acometida por la division Medina.

Las nubes de polvo que estas numerosas masas de caballería levantaron, anunciaron á nuestra ala izquierda, que era llegado el caso de obrar; y la division Oriental que la formaba, se puso inmediatamente en accion. Atravesó un pantano situado hácia su izquierda,

en el terreno bajo que mediaba entre las dos lomas que ocupaban los ejércitos, precediendo un cambio de frente sobre aquel costado; y apesar de un fuego vivo de artillería y cohetes á la congreve con que el enemigo se propuso entorpecer su marcha, continuó avanzando hasta llegar á la altura de la línea, como á doscientos cincuenta pasos en la prolongacion de ella, varió de direccion, é hizo alto formando ángulo recto con la derecha enemiga, amenazando su retaguardia y dando frente á las fortificaciones de carretas que las defendian. Los cazadores que cubrian su frente, rompieron el fuego, mientras que sus seis piezas de artillería tomaban posicion en una altura inmediata, desde donde podian batir oblícuamente el atrincheramiento del martillo, herir al mismo tiempo de revez la línea principal y apoyar convenientemente el ataque de la division. (a)

Pero en tanto que se efectuaba esta maniobra, « con « una limpieza de ejecucion, que hace honor á la disci- « plina é instruccion militar de los veteranos que com- « ponian la izquierda » (b) la division brasilera y los

(a) El teniente coronel don Domingo F. Sarmiento, en su reciente memoria sobre la campaña del ejército aliado, dice: que la artillería de la division oriental no hizo fuego, por que del mismo modo que la de la division brasilera, estaba tirada por mulas « que en su vida las habian visto mas gordas. » Aquí, nuestro respetable amigo el señor Sarmiento, ha sido en parte engañado por sus recuerdos. Si bien es cierto, como él lo dice, que la artillería de la division estaba tirada por mulas y yeguas chúcaras, de modo que no podia moverse sinó con extrema dificultad, no lo es que no hubiese hecho fuego, pues segun el informe que recibimos del teniente coronel don Mariano Vedia que la mandaba, se habian arrojado hasta ochenta balas sobre los atrincheramientos del enemigo, en los cortos momentos que duró el ataque de la division. (N. del A.)

(b) Boletin nº. 26 del Ejército Aliado.

demas cuerpos de infantería del centro y la derecha, que debieron haberse movido simultáneamente, con arreglo al plan general, permanecieron en su primera posision, fuera de tiro de cañon, aquella por que esperaba el movimiento de estos, y los otros por que tal vez juzgaron conveniente retardarlo.

Debo exceptuar aquí la brigada arjentina adicta á la division brasilera, que mandaba el coronel Rivero, la cual avanzó tambien por la derecha del centro y por órden del brigadier, aun que tuvo que hacer alto á medio tiro de fusil del enemigo, por la circunstancia que acabo de enunciar.

Solo la columna del coronel Urdinarrain, en cumplimiento de su encargo de sostener los movimientos del ala izquierda, habia atravesado los pantanos del centro de la cañada, casi al mismo tiempo que la division Oriental y colocádose á retaguardia un poco hácia la izquierda de esta, á la orilla de un pequeño bosque que llenaba la superficie intermedia entre la casa de Caseros y la cañada de Moron.

El momento era crítico. La division no podia prudentemente avanzar ni retroceder. No podia avanzar, porque no estando todavia amenazado el frente principal de la línea enemiga, toda la resistencia del ala atacada se convertiria contra ella, ni podía retroceder, por que una retirada semejante á tan corta distancia, habria animado á los contrarios, cuya oposicion, habria sido despues mayor y mas obstinada.

En tal estado, á fin de presentar el menor objeto posible á los tiros por fortuna algo inciertos del enemigo, mandé poner la rodilla en tierra á los cuerpos de la di-

vision, y que se mantuvieran en esa actitud al abrigo del fuego de nuestros cazadores, hasta el momento oportuno de avanzar.

El jefe de la division brasilera, comprendiendo todo el peligro de esta situacion, envió uno de sus oficiales de Estado Mayor á prevenirme, que su inaccion dependia de la inmovilidad de la columna de su derecha, cuyo movimiento debia determinar el de todas las fuerzas del centro; pero que en ausencia de toda disposicion especial, me pedia le indicase la clase de cooperacion que hubiese menester para ponerse en actividad. Por estraño que me pareciese este mensage, despues de haberse hecho saber á cada cual la parte que le tocaba desempeñar en el combate, le respondí inmediatamente, que todo lo que necesitaba era verle marchar, segun estaba dispuesto, atrayendo sobre sí la atencion del enemigo que tenia á su frente, á fin que nosotros pudiésemos hacer verdadero nuestro ataque; y poco despues que el oficial se me habia separado, el centro de la línea empezó á avanzar, al mismo tiempo que se dirigia hácia mi, por mi retaguardia, la primera brigada de la division imperial (dos batallones) que el Brigadier Márquez habia destacado de propio movimiento y sin ninguna necesidad, en auxilio de la division. (a) Mandé

(a) El coronel don Indalecio Chenaut, edecan del general en jefe, me ha referido que habiendo venido al centro de nuestra línea, despues del choque de nuestra ala derecha, viendo á la division oriental tan sériamente comprometida, mientras que todos los demas cuerpos de infantería permanecian inactivos, se dirigió espontáneamente á varios oficiales superiores, y al Brigadier Márquez entre ellos, representándoles lo urgente que era generalizar la accion, é invocando al efecto el nombre del general.

entonces adelantar el batallon Voltígeros que mandaba el teniente coronel don Leon de Palleja y formaba nuestro centro, con el *encargo especial de penetrar en el edificio de Caseros,* luego que fuese abandonado el parapeto de las carretas por los batallones que lo defendian; y seguidamente hice la señal de carga á los demas cuerpos de la division, que marcharon al paso de trote escalonados sobre ambas alas del batallon central.

Los dos batallones brasileros, cuyo jefe se habia adelantado á ponerse á mis órdenes, siguieron á la division á la altura de la reserva.

Los batallones enemigos compuestos de soldados nuevos, que recien en aquel dia recibian el bautismo del fuego, impresionables como todos los reclutas á las sangrientas excenas de un campo de batalla, fácilmente se sobrecogieron. Viendo que nuestras columnas avanzaban al paso de carga, en perfecta formacion, sin que el fuego que contra ellas dirigian, ni los claros que dejaban en sus filas los cadáveres que quedaban en su trayecto, bastasen á contener su celeridad, cesaron en su resistencia á poco menos de cien pasos y se pusieron en fuga. Solo quedaron para sustentar el punto, los dos ó trescientos hombres que ocupaban las azoteas del edificio y que no habian tenido tiempo de salir; pero el batallon Voltígeros, que como acabo de decirlo, habia llevado la vanguardia del ataque, penetró en su interior, y mató ó hizo prisioneros á todos los enemigos que encontró, mientras que los demas batallones desfilaban por un estrecho pasage practicado en el foso que

defendia la trinchera de carretas: para asegurar su comunicacion con el centro del ejército.

En el curso de este movimiento, una gruesa columna de caballería, apareció á mi flanco izquierdo; pero los lanceros de Urdinarrain que me apoyaban, diéronle una soberbia carga, con que en pocos momentos la disolvieron.

Poco despues llegaban por el frente de la línea á la rotunda ó palomar contíguo, la division imperial, á cuya aproximacion, los batallones enemigos situados en ese punto, viendo descubierto su flanco por haber sido envuelta la derecha de su ejército y ocupada á la bayoneta la casa fortificada de Caseros en que se apoyaba; arrollada toda su ala izquierda, y rota además la línea por el centro, en el punto á que se habia dirigido la brigada argentina del coronel Rivero, se disiparon sin ninguna resistencia.

La derrota se hizo general desde entonces, y al parecer, no nos quedaba ya otra cosa de que ocuparnos, que de recoger á los dispersos, que por todas partes corrian despavoridos, huyendo de una muerte que juzgaban inevitable cayendo en poder nuestro y en cuyo lugar solo debian encontrar el mas benévolo tratamiento. A este respecto, justo es declararlo, todos los cuerpos del ejército igualmente animados de un sentimiento de humanidad verdaderamente extraño á los campos de batalla, se contentaron con la gloria del triunfo, y se esmeraron á porfía en evitar la efusion innecesaria de la sangre de los fugitivos. Ríndanse! Entreguen las armas! No los mataremos! Estos eran los gritos que

por todas partes se oian, cual si se hubieran dado por consigna á los soldados.

Sin embargo, la batalla no estaba terminada.

Me habia yo alejado algunas cuadras de la casa de Caseros con la division, para acercarme al centro de la línea, en virtud de las órdenes que anticipadamente habia recibido, cuando empezó á sentirse un fuerte cañonéo y fuego de fusil hácia la extremidad izquierda de la posicion enemiga.

Un poco mas adelante, las balas de cañon pasaban sobre nosotros, y una de ellas me arrebató dos soldados del batallon Guardia Oriental colocado en el centro de la columna.

Nada se veia, por que las columnas de tierra, que remolineaban al rededor nuestro, ocultaban á nuestra vista aun los objetos mas cercanos; pero poco tardamos en averiguar la causa de esta novedad. Los coroneles don Pedro José Diaz y don Martiniano Chilavert, jefe el primero de una brigada de infantería, y el segundo de una brigada de artillería, con la mira de retirarse á Buenos Aires ó de obtener cuando menos una honrosa capitulacion, habian operado un cambio de frente poniendo á su espalda el camino de la ciudad y se batian contra la division Galan y varias otras fuerzas que el general Urquiza habia hecho avanzar personalmente para oponerse á su designio.

El movimiento de retirada habia sido emprendido por Diaz en los primeros momentos que siguieron á la derrota del ala izquierda de su línea.

El combate aunque recio, fué de corta duracion. Rodeados de fuerzas numerosas que en breves instantes

se reunieron, atraidas á aquel punto por el ruido de los tiros, no tuvieron mas remedio que deponer las armas y rendirse á discrecion, siendo uno de los que se entregaron prisioneros, el mismo coronel Chilavert. El coronel Diaz habia abandonado poco antes la brigada que mandaba, pensando poder sustraerse á la suerte comun de sus soldados y compañeros; pero sus esperanzas se frustraron, por que una partida de caballería le tomó cerca de Palermo.

Con la rendicion de esta columna la jornada terminó. El triunfo del ejército aliado fué el mas completo y decisivo que se halla visto jamás. Quedaron en su poder mas de siete mil prisioneros, sesenta piezas de artillería, ochocientos carros, porcion de galeras, quinientas carretas, numerosas caballadas, un inmenso parque, mas de cuatro mil fusiles esparcidos en el campo de batalla y siete depósitos de vestuarios en el campamento de Santos Lugares.

El número de muertos y heridos fue insignificante con relacion á la fuerza de ambos ejércitos, por que en general la resistencia del enemigo fue débil ó nula. Algunos rejimientos de infantería arrojaron las armas al acercarse nuestras columnas, y huyeron desbandados sin quemar un cartucho; otros se contentaron con hacer una descarga antes de abandonar sus puestos; y solo la brigada del coronel Diaz, intentó retirarse del campo de batalla. En el punto atacado por la division oriental, es donde hubo mayor oposicion: allí quedaron cerca de doscièntos muertos; y creo que puede apreciarse la pérdida por ambas partes, en dos mil hombres fuera de combate.

No ha faltado quien pretenda, que esta conducta de las tropas de Rosas debia traducirse por la significacion de su voluntad de concurrir á la caida del tirano; pero yo la atribuyo simplemente á su indisciplina, á la impericia ó nulidad de los jefes que las mandaban, y al prestigio y superioridad indisputable de las nuestras.

En este sentido, la dispersion de Monte-Caseros, no es un hecho singular en los anales de la guerra. Infinitos casos pudieran citarse de ejércitos que se han disuelto sin pelear á la vista de sus contrarios en virtud de aquellas causas, no obstante que eran compulsados á la defensa ó al ataque por todos aquellos motivos que pueden infundir al hombre el mayor grado de entusiasmo bélico imaginable. La batalla de Fravenstad dada en 1706 entre los ejércitos de Cárlos XII de Suecia y Pedro el grande de Rusia, bajo la direccion de los generales Benschild y Schullembourg, no duró mas de un cuarto de hora: los moscovitas arrojaron las armas desde que vieron á los suecos. «El espanto fué tan súbito y el desorden tan grande, dice Mr. Voltaire, que los vencedores hallaron sobre el campo de batalla, siete mil fusiles cargados, *que aun no habian disparado un tiro.*» Sin embargo, estas dos naciones eran enemigas irreconciliables, y recíprocamente combatian por su independencia.

En la batalla de Chacabuco, una de las mas renombradas de la guerra de nuestra independencia, el ejército español se deshizo al movimiento de carga de las tropas de la patria: algunos batallones hicieron una descarga, y otros apenas sostuvieron pequeñas guerrillas.

La caballería no esperó el choque de la nuestra.

De la misma provincia de Buenos Aires se pueden tomar otros ejemplos. En 1828 el general Lavalle con cuatrocientos coraceros, dispersó en los campos de Navarro á un pequeño ejército de dos mil quinientos hombres, comprendidos algunos indios, reunidos por el prestigio de Rosas, el hombre popular y adorado entonces de la campaña, y animados todos de un sentimiento comun de repulsion á Lavalle y á sus tropas: del mismo modo que los de Fravenstad y Monte Caseros, huyeron sin resistencia. Algunos meses despues, en la cañada de la Paja, mil y quinientos hombres mandados por un hermano del mismo Rosas, fueron dispersados con igual facilidad por un solo regimiento de lanceros de las tropas del general Lavalle; y en ese tiempo la guerra civil de Buenos Aires, habia adquirido ya aquel grado de encarnizamiento que de ordinario le dá la duracion y que hace que los partidos anhelen recíprocamente su exterminio.

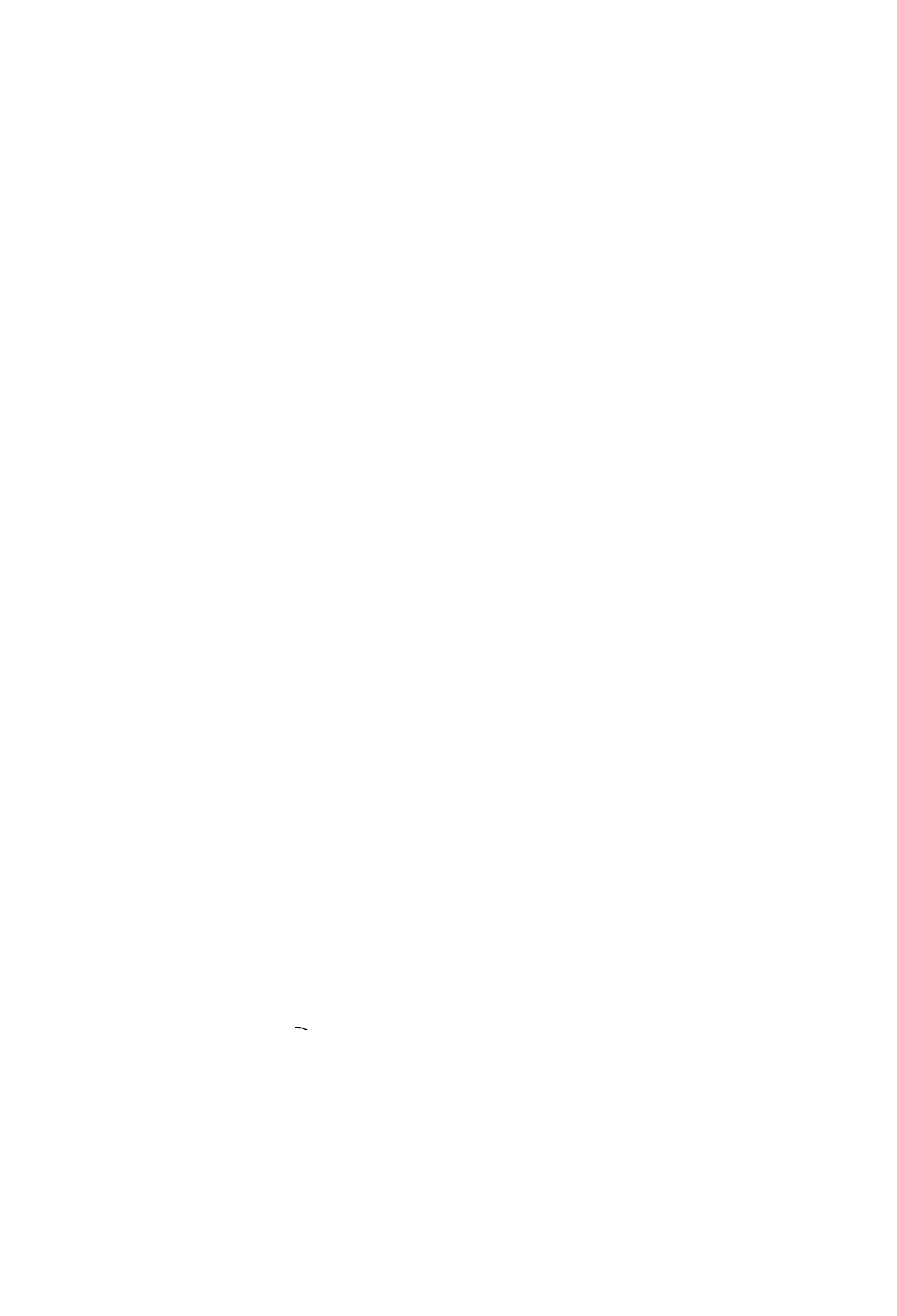
La accion de Yucutujá, en el Estado Oriental, entre Rivera y Oribe, fué como las de Navarro y la cañada de la Paja: las tropas de Oribe se desbandaron al movimiento de carga de las de Rivera, sin oponer á estas ninguna resistencia; y á fé que nadie podrá negar, que estaban animados de un espíritu exaltado en favor de Oribe y del natural deseo de vencer á su contrario.

Si hubiera de necesitar mas ejemplos de acciones militares de esta especie, para justificar mi juicio sobre la conducta del ejército de Rosas en Monte-Caseros, con la historia de todas las guerras del mundo en la mano podria multiplicarlos al infinito; pero no pasaré mas

adelante, por que creo que bastan á mi objeto los casos que llevo mencionados. Harto trabajo tendrán para fundar su opinion, los que piensan de distinto modo, en presencia de muchos hechos que antecedieron y subsiguieron á la batalla, y que en mi concepto prueban hasta la evidencia, lo que ya he dicho en otra parte: que los resortes de la tiranía de Rosas, estaban el 3 de febrero de 1852 en toda la fuerza y eficacia de su accion. Como quiera que ello sea, á las tres de la tarde de este dia, el ejército aliado victorioso, estableció sus reales en el mismo campamento de Santos Lugares, que pocas horas antes habian ocupado, veinte y tres mil hombres consagrados á la opresion del pais y á la defensa de su tirano.

El Mayor General quedó á cargo del ejército, y el general en jefe avanzó con alguna caballería y dos ó tres batallones argentinos hasta la quinta de Palermo, donde instaló su cuartel general. Antes de alejarse de Santos Lugares, diéronle parte de que estaba prisionero un coronel Santa Coloma, célebre criminal, presidente de la abominable sociedad de la mazhorca y autor de muchos asesinatos: le hizo venir á su presencia, y sin mas justificacion que la de la identidad de la persona, mandó que en el acto le cortasen la cabeza, para que así pagase, dijo, todas las que habia hecho. Santa Coloma inspiraba tanto horror por la atrocidad de los delitos con que se habia manchado durante el gobierno de Rosas, que todo el mundo vió en este acto del general, por irregular que fuese, una satisfaccion reclamada por la vindicta pública.

Como sucede comunmente en las funciones de guerra



en que concurren fuerzas irregulares, algunos escuadrones de nuestra caballería, encarnizados en la persecucion de los vencidos, habian quedado dispersos despues de la batalla. Muchos soldados de estos cuerpos, de regreso al ejército, entraron en grupos á Santos Lugares, invadieron todas las pulperias y casas de trato que encontraron abandonadas, se embriagaron en ellas y despues de haber saqueado todo cuanto contenian, corrian en todas direcciones disparando sus armas en señal de triunfo y de alegria. Notábanse entre los autores de estos excesos, muchos indios guaicuruces de los que habian venido de Santa Fé, los cuales cruzaban por todas partes, á todo el correr de sus caballos y al son de una infernal música de cuernos, en busca de incentivos para su feroz rapacidad. Las balas pasaban sobre nosotros en número tan considerable, que no parecia sinó que el combate se hubiese renovado; por manera, que despues de haber salvado la vida del plomo de los enemigos, estábamos en un tris de perderla á manos de nuestros mismos soldados. Al principio pensé yo que este desorden seria momentaneo y pasagero, y me limité á tomar algunas precauciones para que mi tropa estuviese expuesta lo menos posible; pero cuando vi que se prolongaba demasiado, y que supe que uno ó dos hombres habian sido muertos ó heridos, me tomé la libertad de indicar al Mayor General, la necesidad de reprimirlo y castigarlo. Se dió órden entonces á todos los jefes de Division, para que mandasen salir patrullas á recorrer los contornos de sus respectivos campos, é hicieren matar á todo individuo que fuese tomado infraganti en cualquier desórden.

No sé si por algunos se cumplió en todo su rigor; pero ello, es cierto, que pocos momentos despues de comunicada, el silencio y el órden se restablecieron en todas partes. Por de contado, todas las casas de negocio quedaron á plan barrido; y algunos de los depósitos de vestuario de que ya he hablado, sufrieron tambien gran menoscabo.

Al entrar la noche se rectificó el campo, y la division; tuvo que cambiar de posicion. A esa hora llegaron tambien los heridos que habian quedado en Monte Caseros. Venian en varias galeras de las tomadas al enemigo, conducidos por el doctor Lonz cirujano mayor de la division, el cual con una actividad y celo muy recomendables, apenas desocupada la casa de Caseros, habia instalado el hospital de sangre, y practicado algunas de aquellas operaciones que juzgó mas urgentes, con las cuales habia preservado de la muerte á varios individuos gravemente heridos. Varios soldados enemigos, á quienes curó tambien con el mismo esmero que á los nuestros, se mostraron admirados al verse tratados con una humanidad que no esperaban; y algunos de ellos, sospechando que se queria apresurar su fin en vez de darle la vida, rehusaron someterse á la accion del facultativo, mientras no vieron su temor desvanecido en la experiencia de otros. Tales eran las ideas de humanidad que se tenian bajo el sangriento sistema del feroz tirano que acababa de sucumbir.

La noche se pasó en perfecta calma, y por lo que á mí toca, creo que no dormi saboreando el placer de la victoria. El dia, en efecto, habia sido felisísimo para mi. A la division de mi mando le habia cabido una

parte muy principal y distinguida en la jornada; y su conducta habia sido universalmente aplaudida: en el tránsito de Caseros á Santos Lugares, los entrerianos, los correntinos, los santafecinos, los bonaerenses y aun los brasileros, la habian saludado con vivas repetidos y otras demostraciones tanto mas honrosas, cuanto que le habian sido tributadas de expontanea voluntad y en puro y simple homenage á su valor y disciplina. La gloria de haber contribuido á la caida de Rosas, me parecia superior á todas las glorias, sobre todo desde que el pabellon de mi país puesto á mi cargo, habia figurado en ella con lucimiento y honor; y toda la ambicion de mi alma se encontraba en aquellos momentos satisfecha.

CAPÍTULO VIII

Entrada del ejército á Palermo—Horribles escenas en la ciudad de Buenos Aires—Ejecuciones—Correspondencia con el Gobierno Oriental.

El dia 4 de febrero, mientras hacíamos nuestros preparativos para la marcha, alguien me dijo que se corría en el ejército, que Rosas se habia refujiado en la ciudad, y que en ella pensaba hacernos resistencia. Yo miré con desprecio esta noticia, por que estaba persuadido que Rosas tenia bastante buen juicio, para no meterse en un empeño inútil; pero no faltaron otros que la creyesen y que pensasen que íbamos á tener otro Monte Caseros en las calles de Buenos Aires, aun que poco tardaron en ver desvanecido su temor, pues antes de medio dia se supo que Rosas se habia embarcado.

El ejército partió de Santos Lugares á las ocho de la mañana. Al romper la marcha, la division Oriental recibió órden de tomar la cabeza de la columna, « en justo homenaje, segun las palabras del Mayor General, á su conducta del dia anterior; » y como si esta distincion hubiera querido hacerse mas notable de lo que era por si misma, á todos los cuerpos que estaban ya en movimiento, habiendo algunos de ellos muy avanzados, se les mandó detener para dar lugar á que pasase la division.

La marcha aunque corta, fué incómoda y penonosa por el ardor del sol y el excesivo polvo de los caminos.

A media jornada nos detuvimos; y despues de comer, continuamos sin interrupcion hasta Palermo, á donde llegamos á la oracion.

Durante nuestra marcha, la ciudad de Buenos Aires habia sido teatro de horribles escenas.

La guardia nacional habia estado armada, ocupando los diversos cántones en que habia sido distribuida por el general Mansilla hasta las doce del dia; es decir, veinticuatro horas despues de la derrota de Rosas; y cuando á esa hora, convencidos los ciudadaños de que el poder de este no existía, abandonaron sus puestos y se retiraron á sus casas, un enjambre de soldados montados, seguidos de porcion de jente á pié, todos munidos de la divisa de guerra que nuestra caballería habia usado en la batalla; se derramaron por todos aquellos barrios de la ciudad en que habia joyerias y tiendas de valor, y dieron principio á un espantoso saqueo. En breves instantes todas estas tiendas, entre las cuales algunas contenian hasta dos millones de capital, quedaron arrazadas, y sus propietarios reducidos á la mendicidad.

Hecho el saqueo de un barrio, pasaban á otro, y luego á otro, con una voracidad creciente en razon directa del número de ladrones que se iba por momentos multiplicando.

Aterrado el vecindario en los primeros instantes de esta irrupcion vandálica, nada pudo hacer por la defensa de sus intereses: los hombres se encerraron en el interior de sus hogares, y allí se mantuvieron prepara-

dos á defender las vidas de sus familias que desde luego creían tambien amenazadas. Felizmente la noticia de estas iniquidades, llegó rápidamente á Palermo; y las disposiciones tomadas por el general Urquiza fueron tales, que en menos de cuatro horas fueron reprimidos los crímenes y castigados de muerte todos sus perpetradores. Dos ó tres batallones entraron por las calles con alguna tropa de caballería; y divididos en pequeñas partidas, acudieron á todos los parajes donde se estaban practicando los robos. Muchos vecinos armados se les reunieron, y los ajentes de la policía les servian de guias y auxiliares. Arrestaron muchas personas cargadas de botin, unas en el interior de las tiendas, y otras corriendo por las calles á poner en seguridad su presa: habia entre ellas, soldados y paisanos, hombres y mujeres. A medida que se iban capturando, se remitian á la casa de policía y allí eran inmediatamente pasados por las armas, sin mas justificacion de delito, que la de haber sido aprehendidos llevando en las manos, alhajas ú otros objetos robados. Algunos han hecho ascender hasta doscientos el número de víctimas sacrificadas por esta causa, mientras otros aseguran que no pasó de treinta, comprendidas algunas mujeres. Por mas que he hecho, no he podido adquirir informes exactos á este respecto. Tambien se ha calificado de bárbaro y sanguinario el expediente adoptado por el general Urquiza para contener el saqueo; pero yo no dudo, y esta es la opinion que he oído generalmente en Buenos Aires, que sin una accion tan severa y oportuna, la ciudad entera habria sido devorada por el populacho.

Al mismo tiempo que en Buenos Aires, se hacian en Palermo algunas ejecuciones, aun que por distinta causa. El 4 á la tarde, cuando nosotros llegamos con el ejército, hallamos los cadáveres del Coronel Chilavert y de otro individuo cuyo nombre no pude averiguar, en medio de la calle principal de la quinta, y precisamente al lado de uno de los cuarteles que se destinaron á mi division: ambos habian sido fusilados en la mañana del mismo dia. Chilavert, como se sabe, fué hecho prisionero en la batalla; y no habiendo sido muerto en el acto de su prision, como lo fue Santa Coloma, bien que no estuviese en el caso de este famoso asesino, á lo menos en todo el resto del dia, parece natural suponer que el motivo por el cual se le privó de la vida, fue posterior á la batalla. El señor Elias, secretario del general en jefe, á quien me tomé un dia la libertad de interrogar sobre el particular, me dijo: que el general no habia tenido intencion de fusilarlo; pero que habiendo sabido, no sé por quien, que Chilavert habia dicho: que tenia la conciencia de haber servido á la independencia del país sirviendo á Rosas; y que si mil veces volviese á encontrarse en igualdad de circunstancias, mil veces volveria á obrar del mismo modo, lo mandó matar.

Yo casi no dudo que así fuera; y creo ademas, que el que llevó ese chisme al general, pondria de su parte algunos agregados, como para excitar la cólera de éste contra aquel desventurado, por que hay seres en la especie humana que se complacen en el daño de sus semejantes.

¡De cuantos males se veria libre la sociedad si los hombres que figuran en puestos prominentes, fuesen

inaccesibles á esa turba despreciable de aduladores que forma de ordinario su cortejo! Las pérfidas sugestiones que éstos elevan á sus oídos entre el impuro incienso que les prodigan, cederian entonces su lugar á los rectos consejos de la honradez y la lealtad; y de este modo el arrepentimiento de las malas acciones que aquellos cometen por induccion ó por engaño, no vendria nunca á acongojar sus ánimos ni á perturbar su sueño. Pero no hay remedio: las debilidades con que el hombre nace, le acompañan inseparablemente en su pasajera existencia, y vuelven con él al seno de la tierra que lo produjo.

A la fusilacion de Chilavert siguieron muchas otras. Un bando del general en jefe habia condenado á muerte al rejimiento del coronel Aquino sublevado en el Espinillo; y todos los individuos de este cuerpo que cayeron prisioneros en Monte Caseros, fueron pasados por las armas. Se ejecutaban todos los dias de á diez, de á veinte y mas hombres juntos, sin otra formalidad que la de justificar la identidad de las personas, para lo cual se consideraba suficiente la denuncia de los mismos prisioneros. Las ejecuciones tenian lugar en los campamentos, es decir, en medio de las quintas ó á las orillas de los caminos mas frecuentados; y los cuerpos de las víctimas quedaban insepultos en los mismos parajes en que habian sido privados de la vida, cuando no eran colgados en alguno de los árboles de la alameda que conduce de la ciudad á Palermo. Las gentes del pueblo que venian al Cuartel General, atraidas por el natural deseo de conocer á su libertador, se veian á cada paso obligados á cerrar los ojos, para evitar la con-

templacion de los cadáveres desnudos y sangrientos, que por todos lados se ofrecian á sus miradas; y la impresion de horror que experimentaban á la vista de tan repugnantes espectáculos, trocaba en tristes y melancólicas, las alhagüeñas ideas y esperanzas, que el triunfo de las armas aliadas les habia hecho nacer. Se acercaban cautelosamente aun á las personas que les inspiraban mas confianza, para indagar la causa de esta continuada carnicería humana; y solo se tranquilizaban cuando por disipar sus justas inquietudes, se les aseguraba que en ella no eran comprendidos, sinó los autores y cómplices del asesinato de Aquino y sus compañeros.

No era esta, sin embargo, la verdad. Morian otros que no habian pertenecido al rejimiento rebelde, en la misma forma ejecutiva que aquellos. Me acuerdo entre otros, de dos hermanos oficiales de la division Galan, cuyos cadáveres ví yo mismo una mañana en la calle principal de Palermo, dos ó tres dias despues de muertos. He olvidado sus nombres, pero no la causa de su suplicio. Estos desgraciados volvian á la provincia de Buenos Aires despues de diez años de ausencia.

Al llegar á la Guardia de Lujan, solicitaron licencia para ir á ver su familia, que habitaba segun dijeron, á poca distancia de aquel lugar. Les fué concedida por tres dias, pero no volvieron á su cuerpo sinó mucho despues de vencido el plazo, y cuando ya el ejército estaba acantonado en Palermo. Tratándose de averiguar el motivo del retardo, parece que algunos de los prisioneros declararon que los habian visto en el campo de Rosas el dia de la batalla, y esta circunstancia deci-

dió de su suerte. El coronel Galan dió cuenta del hecho al general en jefe, y este ordenó la ejecucion inmediata de los dos hermanos.

El Mayor General del ejército, me suministró estos detalles, manifestándose al hacerlo, convencido de la culpabilidad de los ajusticiados, y conforme tambien con el modo expeditivo en que lo habian sido.

Para los que no estábamos acostumbrados á estos actos de verdadera crueldad, eran en extremo mortificantes, los primeros dias de nuestra mancion en Palermo, por que á todas horas y de todas partes, nos llegaban á los oídos los anuncios de las muertes que se hacían; de modo que aun que no presenciábamos los suplicios, oíamos, por decirlo así, hasta los jemidos de las víctimas al exhalar la vida. Al principio tuve yo una completa sorpresa. Hablaba una mañana con una persona que habia venido de la ciudad á visitarme, cuando empezaron á sentirse muchas descargas sucesivas y con intérvalos bastante regulares. La persona que me hablaba, sospechando sin duda la verdad del caso, me preguntó: ¿qué fuego es ese?—Debe ser ejercicio respondí yo sencillamente, por que á decir verdad, tal me habia parecido; pero otra persona que sobrevino en ese instante y que alcanzó á oír mis últimas palabras, que ejercicio ni que broma, dijo, si es que están fusilando gente!

Despues de esto, cada vez que yo sentia una descarga al levantarme de la cama, al sentarme á la mesa para comer, ó al montar á caballo para ir á dar un paseo, exclamaba; ¡Dios te ayude! y procuraba desechar de

mi imajinacion las tristes reflexiones que con este motivo la asaltaban.

No negaré yo que en un ejército hay casos en que el rigor y hasta la crueldad son indispensables para contener á los soldados en los límites de la subordinacion y la moral; pero no es posible convenir, en que jamás sea lícito, prescindir absolutamente de la observacion de las reglas que las leyes humanas tienen establecidas, para la justificacion de los delitos y la aplicacion de las penas. Las ordenanzas militares facultan al general en jefe de un ejército en campaña, para publicar bandos, que segun las ordenanzas mismas, son leyes preferentes que obligan sin distincion á todas las personas, que sigan al ejército; pero las responsabilidades de estas leyes no puede pesar sobre los que las ignoran, aun cuando incurran en los actos que ellas reprueban. Así, pues, el bando del general Urquiza que condenó en masa á todo un rejimiento, *despues de haberse sublevado*, no fué mas que una sentencia pronunciada sin juicio prévio. Si la sublevacion se hubiese castigado con arreglo á las leyes militares existentes, habria habido necesidad de un proceso, escrito ó verbal; se habria averiguado quienes eran los principales culpables, y sobre ellos únicamente se habria hecho pesar la severidad de las penas, en lugar de envolver en un mismo anatema de muerte, como se hizo, á los criminales y á los que tal vez no lo eran.

El dia 5 llegaron á palermo varias personas de Montevideo, á donde se habia tenido la noticia de la batalla, el 4 antes de medio dia. Con ese motivo me apresuré á escribir al Gobierno, informándole del suceso y

de la parte que en él habian tenido nuestras armas.

Aun que mis instrucciones me prescribian dar al Ministerio de la Guerra, cuenta detallada de todas las funsiones de armas á que asistiese la division, me limité á una nota muy breve, concebida en términos generales, por que á la fecha en que la escribí el boletin de la batalla aun no habia aparecido, y juzgué que no era prudente entrar en el exámen de los hechos de una manera pública y oficial, antes que el general en jefe hubiese pronunciado sobre ellos su propio juicio.

La nota á que me refiero es la siguiente:

El Coronel Comandante en Jefe de la Division Oriental, etc.

«*Al Exmo. señor Ministro de Guerra y Marina, Coronel don José Brito del Pino.*

EXMO. SEÑOR:

«El dia tres del corriente tuvo lugar una batalla en los campos llamados «Santos Lugares» (a) á la que concurrieron cincuenta mil hombres y ciento cinco piezas de artillería, quedando con ella terminada la campaña del ejército aliado, contra el gobernador de Buenos Aires, don Juan Manuel de Rosas.

(a) Antes que apareciese el boletin núm. 26 que bautizó el campo de batalla con el nombre de *Monte Caseros* con que hoy es conocido, se designaba indistintamente con los de *Santos Lugares* ó *Moron*, por ser así llamados los lugares en que los estremos del ejército de Rosas se apoyaban. (N. del A.)

« El Exmo. señor general en jefe del ejército, comunicará al gobierno de la República, cuando lo juzgue oportuno, los detalles de la jornada; entre tanto cumplo yo con el deber de informar á V. E. para satisfaccion del gobierno y del pais, que la division de mi mando ha sostenido el honor del pabellon, y la reputacion justamente adquirida de las armas orientales. »

Dios guarde á V. E. muchos años.

Palermo de San Benito, (Buenos Aires) Febrero 6 de 1852.

CÉSAR DIAZ.

Con fecha 7, el Ministro de la Guerra contestó en estos términos:

« Ministerio de Guerra y Marina.

Al señor Coronel, Comandante en Jefe, de la Division Oriental, don César Diaz.

« El infrascrito siente un vivo placer al felicitar á V. S. por su brillante comportacion y la de la valiente division de su mando en la memorable batalla que ha decidido de la suerte de estos paises, bajo la direccion del esclarecido Exmo. señor Gobernador de la Provincia de Entre Rios, don Justo José de Urquiza.

« El señor Presidente de la República espera, que V. S. haga saber á todos los señores jefes, oficiales y tropa que está á sus órdenes, que el gobierno está altamente satisfecho de su conducta heroica y valiente,

y que no esperaba menos de sus gloriosos antecedentes.

« El infrascrito reproduce por su parte iguales sentimientos.

Dios guarde á V. S. muchos años.

JOSÉ BRITO DEL PINO.

CAPITULO IX

Rasgos característicos de Rosas—Palermo—Comunicaciones del gobierno oriental—Decreto del mismo concediendo una medalla de honor á la division—Entrada del ejército á Buenos Aires.

Ademas de los prisioneros tomados por la division en el campo de batalla, que no eran pocos, se le entregaron sucesivamente muchos otros para que se encargara de su custodia. Entre estos últimos vino especialmente recomendado, el coronel don Pedro José Diaz, de quien ya he hablado; y tanto por esta razon cuanto por que yo le conocia desde niño, pues habia sido amigo de mi familia, lo acomodé en mi propio alojamiento, y lo dejé en completa libertad, bajo su palabra de honor, para andar dentro del campo por donde mejor le pareciese.

Durante su permanencia en la division, que no fué larga, pasé algunas horas entretenido oyéndole referir las extravagancias con que Rosas se habia hecho notar hasta en los últimos momentos de su vida pública. No me ocuparé ahora de reproducirlas, aun que cierto estoy de que muchas personas las leerían con avidez, animadas de la curiosidad que inspiran siempre las acciones de los hombres extraordinarios, por mas que estén desnudas de mérito ó importancia. Referiré solamente una de ellas, que es singular y bien característica.

El dia de la batalla, mientras que la caballería de nuestra derecha se preparaba para atacar la izquierda de Rosas, y muy poco tiempo antes de verificarlo se acercó éste al coronel Diaz, y le dijo: «prepare usted sus batallones, coronel, porque vamos á ser atacados por la espalda.» ¿Cómo es eso? dijo Diaz. «Como usted lo oye», añadió Rosas. ¿Vé usted aquellas columnas de caballería que se prolongan sobre la derecha del enemigo?»—Sí—«Pues esas van á envolver nuestra ala izquierda y á la izquierda enemiga; ya he visto otras columnas de infantería en aptitud de obrar del mismo modo contra nuestra derecha»—Diciendo estas palabras, volvió la vista hácia atras y halló cerca de sí un paisano á caballo que llegaba trayéndole una carta, ó un mensage, no recuerdo de donde; y sin esperar á que el paisano le dirigiese la palabra, «¿de donde sale amigo? le dijo; que buen caballo trae!»—Notando en seguida que el paisano tenia á la cabezada del recado las *boleadoras*, «présteme esas boleadoras, añadió»—El paisano las desató inmediatamente y se las entregó. Rosas las tomó por los estremos, y abrió los brazos para ver si tenian la longitud de regla; y hallando que estaban un poco cortas, ésta no es la medida, dijo; les faltan dos pulgadas. Dirigiéndose entonces al coronel Diaz, continuó; «yo antes sabia un poco manejar esta arma. Como ahora estoy demasiado grueso, tal vez no lo podré hacer. Sin embargo, voy á probar—Vaya amigo, —al paisano—galope para allá un poco, galope, galope;» y cuando el paisano se habia alejado á la distancia que él juzgó conveniente, lanzó las boleadoras por encima de la cabeza de aquel, de manera que al caer,

envolvieron las patas delanteras del caballo. «Todavia me acuerdo,» dijo entonces, y se separó del coronel Diaz para no volverlo á ver mas.

¿Qué se proponia este hombre singular con tan extraña ocurrencia en el momento solemne en que iba á decidirse el destino de su dictadura, y acaso tambien el de su misma vida?

¿Cedía simplemente á un instinto salvaje, ó queria desmentir la reputacion de cobarde que sus enemigos le habian atribuido, haciendo ostentacion de valor y serenidad? Yo me inclino á esto último, por que estoy persuadido que todo era calculado en él, y que hasta en sus menores actos se proponia algun fin. Bien veo que el medio adoptado no era el mas digno del objeto que tenia en vista, dado que fuese fundada mi segunda suposicion; pero tambien es cierto que cada cual tiene su modo de hacer las cosas, y que por distintos caminos se puede llegar á un mismo fin.

Mr. Gore, encargado de negocios de Inglaterra en Buenos Aires, me ha contado despues, que entrando á su casa el dia 3 de febrero como á las cuatro de la tarde, encontró en ella á Rosas que acababa de llegar del campo de batalla.

Ausente Mr. Gore, su sirviente se negaba á recibirle; pero habiéndole dicho Rosas que era el gobernador, puso á su disposicion las habitaciones de aquel. Mr. Gore le encontró acostado en su propia cama. Al verle entrar, despues del saludo de costumbre, Rosas le dijo: tengo que pedir á usted un favor, y es que salve mi caballo que acabo de dejarlo en la barraca de.... y que se encargue de cuidarlo y conservarlo en memo-

ria mia. Mr. Gore dió inmediatamente sus órdenes para que el deseo de Rosas quedase satisfecho. En seguida este añadió: «yo me he tomado la libertad de venir á asilarme en casa de usted, y espero que usted me permitirá permanecer en ella siete ú ocho dias, que es el tiempo que necesito para arreglar mis negocios.» Mr. Gore, sumamente sorprendido de esta inopinada cuanto estraña pretension, le respondió que en cualquiera otra circunstancia, él no tendria inconveniente en que quedara en su casa todo el tiempo que fuese de su agrado; pero que actualmente tenia el deber de prevenirle, que no lo consideraba en seguridad bajo su techo.

El pueblo, continuó, en estos momentos de efervescencia y trastorno, le buscará á usted en todas partes, y no habrá lugar sagrado para él. «No tema usted nada, replicó Rosas, yo conozco perfectamente á mis paisanos y sé que no han de venir aquí.

Son alborotadores, pero no pasan de ahí.» Mr. Gore insistió, sin embargo, en que era preciso que se embarcara y al fin se decidió á hacerlo.

A las doce de la noche de aquel mismo dia salieron á embarcarse, él y su hija Manuelita que se le habia reunido, ambos disfrazados y acompañados de Mr. Gore. Pasaron por delante de tres guardias, sin haber sido en ninguna de ellas detenidos, y llegaron sin obstáculo hasta el puerto, y de allí al vapor de guerra inglés Locent, que los recibió á su bordo.

Palermo, entre tanto, se habia convertido en objeto de una verdadera y continuada romería. Millares de personas en carruajes, á caballo y á pié, llenaban los

caminos, yendo y viniendo sin cesar. La casa del general estaba siempre llena de gente. Todos querian verle, todos querian tener el honor de darle la mano, de expresarle su agradecimiento por el inmenso servicio que acababa de rendir al país: á nadie se negaba esta satisfaccion, la puerta estaba abierta para todo el mundo. El general se presentaba en su salon de recibo á las ocho de la mañana; y desde esa hora hasta las diez, las once y aun las doce de la noche, puede decirse que no era dueño de sí mismo. Constituido á recibir y á obsequiar á todas las personas que entraban á saludarle, de cualquiera clase ó condicion que fuesen, tenia que privarse hasta de comer á las horas regulares, por que no podia desprenderse de la inmensa multitud que le rodeaba, y que como las olas del mar, se renovaba incesantemente.

La sola dificultad que se encontraba para llegar al contacto del general, era la que oponian los mismos visitantes, que en su impaciencia de penetrar antes que otros, obstruian la puerta, se oprimian entre sí y hacian hasta peligrosa la entrada.

Yo fuí á visitarlo, cinco dias despues de la batalla para hacerle mis cumplimientos por el triunfo, pues que hasta entonces no me habia parecido oportuno hacerlo; y apesar de que uno de sus edecanes se encargó de introducirme, muy á duras penas pude conseguirlo. Cuando estuve cerca de él, dentro del salon mismo y á cuatro pasos de distancia, se dirijió á mí para abrazarme; pero antes que pudiese llegar á echarme los brazos, pasaron diez minutos al menos, por que á cada paso era detenido, ya de un lado, ya de otro, por personas

que se le interponian para pedirle la mano, para dirijirle un saludo, ó para que al menos fijase en ellos sus miradas.

Despues de conocer y saludar al general libertador que era el objeto principal de su curiosidad, pasaban á los campamentos, visitaban á los jefes de los cuerpos y á los oficiales, detenian á los soldados por la calle para obsequiarlos, para interrogarlos sobre la batalla; y por todas partes y de todos modos manifestaban aquella alegria indefinida que produce en el corazon del hombre, la súbita transicion del estado de cautiverio al de libertad. Como uno de tantos, fuí yo tambien favorecido con sus atenciones. Nacionales y extrangeros; hombres y señoras, me hicieron el honor de visitarme, de ofrecerme sus servicios y de prodigarme todas aquellas galanterías, con que en ciertos casos, se paga sobradamente á un corazon agradecido y sensible, su mayor merecimiento.

Todos preguntaban, ¿cuando entra el ejército á la ciudad?—El pueblo está impaciente por conocer á sus libertadores, y desea que se anticipe cuanto sea dable este momento. Hiciéronse muchos empeños con este objeto; pero el gobierno provisorio, que queria contribuir por su parte á dar al acto del recibimiento del ejército, toda la magnificiencia y grandiosidad, dignas de la gratitud de un gran pueblo, se habia insinuado con el general para que lo retardase algunos dias: y con este, motivo, aun que desde nuestra llegada á Palermo se habia señalado el dia 8 para la entrada, no pudo verificarse hasta el 20.

Para que mi satisfaccion llegase al colmo, y que nada

me quedase que desear, la víspera de este dia inolvidable, recibí del Ministerio de la Guerra las dos notas que siguen.

Ministerio de Guerra y Marina.

Montevideo, Febrero 13 de 1852.

Al señor Coronel Mayor, Comandante en Jefe de la Division Oriental, don César Diaz.

Al infrascrito le cabe la satisfaccion de adjuntar á V. S. el despacho de Coronel Mayor con que el gobierno de la República, ha tenido á bien premiar los servicios prestados por V. S., en la campaña contra el gobernador de Buenos Aires, que acaba de terminar.

Con tal motivo el que firma siente un vivo placer de felicitar á V. S. por este acto de justicia y de recompensa nacional debido á su mérito, que el infrascrito se complace en reconocer.

Dios guarde á V. S. muchos años.

José Brito del Pino.

Ministerio de Guerra y Marina.

Montevideo, Febrero 13 de 1852.

Al señor General don César Diaz, Comandante en Jefe de la Division Oriental.

El infrascrito tiene la satisfaccion de comunicar á V. S. que el gobierno de la República, ha expedido hoy mismo un decreto, acordando una medalla de honor, á

todos los señores jefes, oficiales y tropa que se hallaron en la batalla del 3 de este mes, para con ella perpetuar la memoria del ejército oriental, y de las hazañas con que la ha merecido.

Sin perjuicio de esto, el gobierno desea le pase V. S. una propuesta para grados, y que recaiga en los que mas se hayan distinguido en la batalla.

Dios guarde á V. S. muchos años

JOSÉ BRITO DEL PINO.

El decreto á que la ancedente nota se refiere y que no se me trascribió hasta el 21, es el siguiente:

Ministerio de Guerra y Marina.

Montevideo, Febrero 13 de 1852.

El Presidente de la República.

Considerando que la Division Oriental, al mando del coronel don César Diaz y bajo la direccion del Exmo. señor Gobernador y Capitan General de la provincia de Entre Rios, Brigadier don Justo José de Urquiza, general en jefe del ejército aliado de operaciones, contra el gobernador de Buenos Aires, don Juan Manuel Rosas, ha llenado por su parte lo que la nacion esperaba de ella; cumplido con su deber y dado un nuevo lusre á las armas de la República en la batalla dada en os campos de Caseros el 3 del presente; ha acordado y decreta:

Art. 1° Acúerdase á la Division Oriental que combaó en la batalla de Monte Caseros, una medalla de honor.

Art. 2° Esta medalla será de oro con una corona de laurel sobrepuesta, para el coronel jefe de la division; de oro y sin esa corona, para los jefes desde coronel hasta Sargento Mayor; de plata para los oficiales desde Capitan hasta Subteniente, y de laton para los individuos de tropa.

Art. 3° Llevará en el anverso el lema—*El Gobierno de la República Orientàl del Uruguay*, y en el centro: *Al vencedor en los campos de Caseros*; y en el reverso—*3 de Febrero de 1852*, la que irá colocada al lado izquierdo del pecho, pendiente de una cinta azul celeste.

Art. 4° A todos aquellos á quienes comprenda esta disposicion, se les expedirá un diploma en que se insertará este decreto, y el nombre y graduacion de cada uno firmado á nombre del gobierno por el Ministro de Estado en el Departamento de la Guerra, y sellado con el sello de la República.

Art. 5°. El Ministro Secretario del Estado en el Departamento de la Guerra, queda encargado de la ejecucion de este decreto que se comunicará é insertará en el Rejistro Nacional.

SUAREZ

José Brito del Pino.

El 20, como he dicho, fué el dia de la entrada, ó para hablar como los romanos, el dia del triunfo. Desde el amanecer, todo el ejército estaba listo para moverse al primer aviso.

Es natural suponer, que á todos los jefes de division

se les comunicó en tiempo, la colocacion que habian de tomar en la columna y las demas disposiciones consiguientes para organizarla; en cuanto á mí, solo se me previno, que marchase á la plaza del Retiro y esperase allí nuevas órdenes. A las diez salí dé Palermo, por que habiendo amanecido lloviendo, fué preciso esperar á que escampara; y contando con el tiempo perdido en varios pequeños altos que fuí forzado á hacer en el camino, tardaria una hora hasta el Retiro.

Acababan de llegar la division Galan y toda la artillería arjentina. La caballería ocupaba el bajo del rio, desde Palermo hasta el Fuerte de la ciudad, dispuesta por divisiones en el órden en que habian de marchar.

Una hora despues, es decir, á medio dia y antes que hubiese llegado la division brasilera, apareció el general en jefe, acompañado del Mayor General y seguido de sus edecanes y su escolta. El general don Tomas Guido que habia sido comisionado por el gobierno provisorio para recibirlo en su nombre, y que al efecto se habia situado con anticipacion en el Retiro, salió inmediatamente á su encuentro. Al entrar en la plaza, la infantería arjentina y la oriental le hicieron los honores correspondientes.

La presencia de S. E. indicaba que el momento de la entrada era llegado; y como hasta entonces nadie me habia dicho el puesto que yo debia ocupar, ni cuando habia de moverme, me acerqué al coronel Galan, á quien supuse informado de lo que habia que hacer, para que se sirviese instruirme de las órdenes superiores en lo concerniente á mi division. Galan me dijo: que la

infantería debia entrar á la ciudad, en el mismo órden de formacion que había tenido en la batalla; es decir, la division arjentina á la cabeza, la brasilera en el centro, y la oriental á retaguardia, puestos que en el órden de batalla corresponden á derecha, centro é izquierda. Toda la caballería debia seguir á la cola de la infantería. La columna así organizada, marcharia por la calle del Perú hasta la de la Federacion; convexaría allí á la izquierda para entrar á la plaza de la Victoria; y por el arco principal de la Recoba, saldria al bajo del rio para volver hasta Palermo.

Acto contínuo el general se dirijió á la calle del Perú, y tras de él siguió la division Galan. Como la division brasilera aun no habia llegado al Retiro, ni se veía aparecer por nigun lado, juzgué que con ella habria habido la misma imprevision que con la mia; y para que su falta no fuese tan notable como habria debido ser si yo me hubiera detenido á esperarla, pues que la columna habria tenido que cortarse con un grande intérvalo, seguí tras la division Galan.

Por mas que mi ánimo estuviese prevenido con la idea de lo que el entusiasmo de aquel pueblo era capaz de hacer en honor de su libertad y en obsequio de sus libertadores; confieso que quedé sobremanera sorprendido al contemplar el grandioso aspecto que la calle del triunfo presentaba. Las veredas, las ventanas, los balcones, las azoteas, todo, todo estaba cubierto de jente y adornado de banderas de todas las naciones del mundo, notándose entre ellas con especialidad y profusion, las que ostentaban los colores de la alianza. Los vivas á la libertad, al ejército libertador, al general en

jefe, á la alianza y á cada uno de los jefes y cuerpos que la componian, atronaban sin cesár el aire, y absorvian el ruido estrepitoso de los instrumentos marciales. Lluvias de flores inundaban la calle sirviendo de pavimento á nuestros pies; y sus gratos efluvios impregnaban de esquisito aroma el ambiente que aspirábamos. La escena era contínua. De cuadra en cuadra renovábanse los transportes del pueblo y con ellos nuestros goces. Cuando creíamos haber salido del punto en que el entusiasmo era al parecer mayor, entrábamos en otro en el que la expansion del contento y la alegria, parecian superar á cuanto hasta entonces habíamos presenciado.

El pueblo de Buenos Aires era verdaderamente sublime en aquel dia para siempre memorable; y los orientales que tuvimos la fortuna de participar de las sentidas manifestaciones de su inmensa gratitud hácia sus libertadores, no podremos olvidarlo jamas.

En nosotros se fijaban con particularidad sus miradas y atenciones. Una señora, cuyo nombre nunca pude averiguar por mas que en ello me interesé, al pasar la division por el sitio en que se hallaba, se lanzó al medio de la columna, tomó la bandera del batallon Guardia Oriental y le dió un amoroso beso; accion tan significativa y elocuente que quedó indeleblemente gravada en mi corazon.

Habíamos recorrido ya un espacio de doce cuadras al menos, sobre una alfombra de olorosas flores, entre las aclamaciones, ni un segundo interrumpidas, de millares de personas de todos sexos y edades; pero todo esto era nada para lo que todavia nos esperaba. En la es-

quina de la plaza de la victoria, calle de la Federacion, habíase erigido un arco triunfal, lujosamente adornado, el cual contenia varias leyendas análogas á su objeto, y en el frontispicio de la Catedral, á inmediacion de el arco, habian levantado una ancha graderia calculada para un número considerable de señoras. El puebló, ya por que anhelase ver al ejército en el acto de pasar por debajo del arco de triunfo, ya por ser la plaza el sitio mas cómodo y espacioso para situarse, se habia reunido allí en numerosísimo concurso; y formando una masa casi compacta é impenetrable, se oponia á la marcha de cada cabeza de columna que se presentaba.

Cuando nosotros aparecimos, un formidable—¡viva la division oriental!—resonó en todos los ángulos de la plaza, que fué inmediatamente seguido de otros vivas al jefe de la division, á la República, á los gefes subalternos, á los oficiales y á los soldados. La masa popular hízose mas espesa de lo que era, rodeó mi caballo, los de mis ayudantes y mi escolta, y nos obligó á detenernos. Un amigo me dió un abrazo, otro que no lo era me dió la mano, alguno me tomó la vaina del sable, otro la rienda del caballo, éste me llamaba desde lejos, aquel me hacia señas con el sombrero ó el baston, y de todos lados llamaban mi atencion. Las señoras que estaban sentadas en la gradería, que yo no conocia y que la agradable emocion que experimentaba, me permitia apenas distinguir, me saludaban tambien con sus abanicos y pañuelos, viéndome yo en gran dificultad para contestar á sus saludos, pues casi no podia mover el brazo de la espada.

Media hora al menos estuve sujeto á esta dulcísima

zozobra, sin poder moverme, y lo que todavia es mas, sin tener siquiera la voluntad de intentarlo. Entre tanto, habíase cortado la columna y establecídose un grande intérvalo entre mi division y la que me precedia, y era urjente seguir. El general en jefe estaba situado frente al arco principal de la Recoba, viendo desfilar las tropas, y aun venia atras de mí todo el ejército. Hice, pues, un esfuerzo y conseguí sustraerme á aquel rudo aun que agradable aprieto, en que probablemente no volveré á hallarme jamás.

Vinieron en pos de mí, la division brasilera, y las divisiones de caballería La Madrid, Medina, Galarza, Abalos, Urdinarrain y Lopez.

Cada una de ellas tuvo mas ó menos parte en la comun ovacion. Todos los jefes fueron victoreados, todos fueron saludados; pero entre todos ellos el que mas señalados obsequios mereció fue el general La Madrid.

No era extraño. La Madrid era el único talvez de los viejos guerreros de la indpendencia americana, que figuraba en las filas del ejército aliado, y su persona simbolizaba muchas de las glorias arjentinas. El pueblo de Buenos Aires que tanto le conocia, creyóse al verle, transportado á los tiempos brillantes de su pasada grandeza, y en la efusion de su gozo, hubo de hacer pagar caro al ilustre veterano, el título de preferencia, que aquellos antecedentes le daban á sus simpatías.

Asaltado el general en medio de la columna por una multitud de jente, en el acto en que fué reconocido, se vió sobremanera embarazado para aceptar sin riesgo los homenajes de aprecio que todos le tributaban. Du-

rante algunos minutos, los abrazos y los cumplimientos no cesaron, y entre tanto el grupo que le rodeaba fué aumentándose y por consecuencia la presion creciendo, hasta que al fin, el animal que cabalgaba, inquieto y asombrado de verse tan extrañamente comprimido, hizo un repentino y violento salto, con el que casi le puso en tierra. Solo así pudo seguir su camino, reflexionando, quizá, como á mí me habia sucedido, que aquel momento supremo de satisfaccion y de ventura, debia ser único en su vida.

Mientras el ejército desfilaba por las calles de la ciudad, los cañones de la fortaleza habian saludado con veintiun tiros á cada uno de los pabellones de la alianza; y cuando salimos de la plaza de la Victoria para volver por el *bajo* al punto de partida, la artillería arjentina, la oriental y la brasilera, contestaron sucesivamente los saludos, al pié de la fortaleza misma.

A las tres de la tarde, la cabeza de la columna estaba de vuelta en Palermo, y todavia se encontraban allí las divisiones de caballería Lopez y Urdinarrain, que formaban la cola. El desfile no terminó completamente hasta las seis de la tarde.

Por la noche hubieron fuegos artificiales. El general convidó á todos los jefes principales del ejército para ir á verlos; y á las ocho nos reunimos en el alojamiento del Mayor General. Entramos en un coche, el General en Jefe, el Mayor General, el jefe de la division brasilera y yo.

Los demas jefes ocuparon otros coches y marchamos en convoy á la ciudad. Cuando llegamos á la plaza de la Victoria, que es donde se habian preparado los

fuegos, encontramos al pueblo entero reunido en ella.

Penetramos con mucha dificultad, no obstante la expontaneidad con que las gentes procuraban abrirnos paso, y muy lentamente llegamos á la Policía. Cuando bajamos del coche, el pueblo ansioso de ver de cerca al libertador, se habia interpuesto en gran número, entre la puerta de la Policía y el carruaje; y esta circunstancia puso en tal conflicto al general, que yo llegué á temer que el dia de su triunfo, podia ser tambien el de su muerte. Aun que precedido de un conductor que hacia todo el empeño imajinable para franquearle el camino, tuvo él mismo que hacer muchos esfuerzos para desembarazarse de aquella curiosa multitud, que en medio de las mas vivas aclamaciones, le oprimia y sofocaba. Los que íbamos detras de él quedamos por un momento cortados, y no sin dificultad logramos reunírnosle.

Nada habria sido esto, si despues de estar en la Policía hubiésemos podido esperar en ella á que la funcion se acabase y la concurrencia se dispersase; pero es el caso que el gobierno esperaba al general en los balcones de Cabildo y no en la Policía, como este lo habia creído, y que por consiguiente era necesario exponernos de nuevo al riesgo de que acabábamos de libertarnos. Felizmente, como la gente no pudo sospechar, que el general iba á salir de la Policía acto contínuo de entrar, se habia cargado hácia el centro de la plaza, dejando un poco despejada la vereda, y así logramos hacer el tránsito hasta el Cabildo, sin obstáculo considerable.

Ademas del gobierno y sus ministros, se hallaban en el Cabildo varias notabilidades del país, algunos repre-

sentantes de otras naciones, y muchas señoras principales. Encontré allí con extremo gusto, varias personas que habia conocido en mi niñez, que hacia mas de veinte años que no veía; y acepté con verdadero agradecimiento, muchos conceptos honrosos con que me lisonjearon.

Despues de algunos momentos pasados en un salon en que se habia preparado un abundante refresco, fuímos todos á colocarnos en los balcones, para gozar cómodamente del agradable expectáculo pirotécnico que nos habia congregado.

A eso de las diez y media, concluidos que fueron los fuegos, nos trasladamos al teatro arjentino, donde se representaba la trajedia española Lanuza; y á la una de la mañana estuvimos de regreso en Palermo.

CAPÍTULO X

Despedida del general en jefe á la division—Regreso de esta á Montevideo—Su entrada en dicha ciudad.

Con la caída de Rosas y su desaparicion de la escena política, el objeto de la alianza habia cesado, y por consiguiente los cuerpos coaligados debian volver á sus estados respectivos.

El 4 de marzo se embarcaron los brasileros con destino á Montevideo; y el 6 recibí yo órden de preparar la division para embarcarla tambien, á la vuelta de los transportes que habian conducido á aquella. En el mismo dia 6 el general se despidió de la division con la proclama que sigue:

«El gobernador y Capitan General de la provincia de Entre Rios, General en Jefe del Ejército Aliado, Libertador, á la columna Oriental.

PROCLAMA

«Orientales—Cooperasteis con denuedo heróico á la salvacion de vuestra patria, y á la libertad de su ilustre hermana la Confederacion Arjentina. Nobles émulos de vuestros gloriosos antepasados, si ellos fundaron la República Oriental, vosotros defendisteis con gloria

su independencia, reconquistasteis su libertad, y contribuisteis en la ribera occidental del Plata, á la humillacion del tirano. Eterno loor á vuestro patriótico gobierno! Perenne gratitud á los valientes que componen la division auxiliar expedicionaria!

« Hermanos del Oriente. Bravos de la coalicion americana. Llenasteis con honor las grandiosas esperanzas de los aliados y merecisteis bien de la patria en grado heróico.

« Recibid el cariñoso parabien de los arjentinos, y el fuerte abrazo que á su nombre os brinda, el mejor amigo de vuestras instituciones.

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA.

Palermo de San Benito, Marzo 6 de 1852.

(a) El General Comandante en jefe de la division Oriental, á sus compañeros del ejército Aliado Libertador.

PROCLAMA

Compañeros. El Exmo. señor General en Jefe del ejército me manda volver á la patria, habiendo cesado ya el motivo que me proporcionó el honor de asistir bajo sus órdenes, á la mas espléndida de sus victorias y en nombre de las tropas orientales que sirven bajo mi mando, os doy un abrazo de despedida.

(a) Esta proclama que no figura en los autógrafos del general Diaz, se halla impresa y hemos creido conveniente colocarla en este lugar.

(Nota del Editor).

Los vínculos que se adquieren en la comunidad de riesgos y fatigas, son los mas estrechos y durables. Nosotros hemos bebido juntos el cieno de los pantanos; hemos visto confundidas en un mismo campo de batalla nuestras banderas y nuestra sangre, y es fuerza que seamos para siempre amigos y compañeros.

La Division Oriental lleva en su corazon el mas puro agradecimiento por los testimonios de aprecio y confianza con que la habeis honrado; y os desea la felicidad de que os hacen dignos vuestras virtudes marciales.

CÉSAR DIAZ.

Palermo de San Benito, Marzo 8 de 1852.

Dos dias despues, S. E. me hizo el honor de dirijirme una nota, en la que reiteraba oficialmente, varios conceptos muy honrosos para los orientales, que ya me habia expresado algunas veces en sus comunicaciones particulares.

Esa nota y la contestacion que juzgué conveniente darle, son las que se rejistran á continuacion.

EL GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE LA PROVINCIA DE ENTRE RIOS; GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO ALIADO

Al señor general don César Diaz, jefe de la Division Oriental.

Palermo de San Benito, Marzo 8 de 1852.

«La denodada division de su mando, va á pisar ya las hermosas riberas de la tierra patria; y faltaria á uno

de mis mas sagrados deberes, si no manifestase á V. S. como tengo el honor de hacerlo, la grata satisfaccion con que he sido testigo de la recomendable conducta, disciplina ejemplar, é intrepidez heróica, de todos los valientes que componen esa columna. Puede V. S. con sobrada razon envanecerse de mandarlos, y ellos de obedecer sus órdenes. Los arjentinos conservaremos siempre en la memoria, los importantes servicios prestados por las armas orientales á la gran causa de la libertad de esta República; y el nombre de V. S. figurará segun se merece, en la historia militar de nuestro país.

Con las cordiales felicitaciones del pueblo arjentino, reciba V. S. las sinceras protestas de particular estimacion con que soy de V. S. muy affmo. y seguro servidor.

Justo José de Urquiza.

EL GENERAL COMANDANTE EN JEFE DE LA DIVISION ORIENTAL

Al Exmo. señor Gobernador y Capitan General de la Provincia de Entre Rios, General en Jefe del Ejército Aliado Libertador, don Justo José de Urquiza.

He recibido la respetable nota que V. E. se ha dignado dirijirme al volver á mi patria, manifestándome su satisfaccion por la conducta que la division de mi mando ha observado, en la campaña para siempre memorable que acaba de terminar, y que V. E. ha dirijido con la intelijencia militar y el acierto que tiene acreditados en su ilustre carrera.

Nada hemos hecho, exmo. señor, para merecer las señaladas muestras de distincion con que V. E. nos ha favorecido. Hemos cumplido con nuestros deberes de soldados y eso es todo. Pero si en algo pudiera apreciarse nuestra débil concurrencia á la grande obra que V. E. ha tenido la envidiable fortuna de consumar, habria bastado para nuestra recompensa, la inefable satisfaccion que hemos gozado, participando de las demostraciones de amor y gratitud, que el noble pueblo de Buenos Aires no cesa de tributar á su libertador.

Gracias, general, en nombre de todos los jefes, oficiales y soldados de la division Oriental, por habernos proporcionado el grande honor de asistir bajo las órdenes de V. E; á la mas célebre batalla de Sud América, que ha asegurado la libertad de dos Repúblicas, y ha fijado para siempre la reputacion militar de V. E. Gracias tambien, por el órgano de V. E., al generoso pueblo arjentino, por las sentidas manifestaciones de fraternidad que nos ha prodigado.

Que V. E. tenga la dicha de ver consolidada su obra, y que pueda reposar tranquilamente su cabeza á la sombra de sus laureles. Tales son los votos de la division Oriental y la esperanza del que tiene el honor de renovar á V. E. la seguridad del respeto y adhesion con que es de V. E.

Exmo. señor

César Diaz.

El diez por la mañana llegaron al puerto los transportes que esperábamos; y á las cuatro de la tarde nos pusimos en marcha para el embarcadero, habiéndonos

antes despedido del general en jefe y del mayor general. Vinieron á acompañarnos, muchos oficiales superiores del ejército, y no pocos subalternos; y cuando llegamos al puerto, hallamos porcion de gente del pueblo, que nos esperaba y que en breve se aumentó á un número considerable.

Aun que la operacion del embarque se empezó inmediatamente, fué preciso suspenderla despues de estar á bordo un batallon, hasta el siguiente dia por haber sobrevenido la noche. Hice acampar la division en el mismo embarcadero; me despedí de todas las personas que mehabian hecho el favor de acompañarme, y me retiré á una casa vecina á esperar la vuelta del dia para continuar el embarque.

A las nueve dela mañana del dia once todo el personal de la division estaba á bordo. Era yo el único que quedaba en tierra; y cuando á esa hora iba á encaminarme al puerto para embarcarme tambien, una comision de ciudadanos vino á suplicarme en nombre de muchos arjentinos, que retardase algunas horas mi partida, para que tuviesen tiempo determinar un album que estaban preparando, y que querian ofrecerme como un sencillo tributo de su reconocimiento y simpatías.

No podia yo dejar de consentir en una solicitud tan lisonjera para mí; y agradeciendo desde luego las intenciones de los señores en cuyo nombre hablaba la comision, les ofrecí esperar todo el tiempo que fuera necesario á la satisfaccion de sus deseos.

A las cuatro de la tarde mas de cien ciudadanos vinieron á buscarme. Uno de ellos, el señor Molina, á nombre del pueblo de Buenos Aires, me presentó un lin-

do libro, acompañándolo de un breve pero expresivo discurso, en el que ponderó la importancia del servicio que los orientales habian hecho á la libertad de la República Argentina, y la agradable satisfaccion con que sus compatriotas cumplirian siempre con los deberes de gratitud que ese servicio les habia impuesto; concluyendo por expresar un voto ardiente para que las Repúblicas Argentina y Oriental, propendiesen recíprocamente á mantener por siempre estrechos é indisolubles, los lazos fraternales que las ligaban, y que por tanto tiempo habia relajado la accion funesta de la tiranía.

Yo agradecí como debia las espresiones benévolas con que el señor Molina, como órgano de sus compatriotas, honraba á los orientales, y observé que los deberes de gratitud, eran recíprocos entre nosotros, por que si las tropas orientales habian contribuido á restaurar la libertad argentina en Monte Caseros, las tropas argentinas habian reconquistado antes la libertad oriental en Ituzaingó.

Acepté y reproduje su voto por la estrecha y durable union de los dos pueblos hermanos, y agregué algunas otras palabras que me inspiraron mis antiguas afecciones por los argentinos.

Concluidos nuestros cumplimientos, salimos á la calle y tomamos el camino del puerto.

El grupo que me acompañaba se aumentó en el tránsito; y cuando llegamos al embarcadero, habia al rededor de mí un inmenso gentío. Ya estaba esperándome el bote que habia de recibirme.

Renováronse allí los discursos; á los discursos siguieron los abrazos, y á éstos las aclamaciones y los vivas.

Una banda de música se habia hecho venir para solemnizar el acto de mi despedida; y aun que colocada á muy pocos pasos del punto en que me hallaba, casi no podia apercibir sus sonidos sinó en los momentáneos intérvalos de silencio que dejaba la alegre algazara del pueblo.

Fluctuando entre el deseo de prolongar las dulces emociones que mi corazon sentía en aquel momento de verdadera y suprema dicha, y la necesidad de aprovechar el tiempo para el viaje, permanecí mas de media hora en medio de la multitud que me rodeaba; mas como era indispensable poner término á esta escena, por agradable y lisongera que ella fuese, me deslizé al fin por el declive de una de las rampas del tajamar hasta la carretilla que debia conducirme al bote; y pocos momentos despues estaba á bordo del vapor Uruguay.

Las aclamaciones continuaron mientras iba yo en el bote, hasta donde fué posible hacerlas oír.

Cuando estuve instalado en el camarote que se me habia destinado y que nos hicimos á la vela, lo cual se verificó acto contínuo de haberme embarcado, la curiosidad me llevó á rejistrar el album que se me acababa de presentar en nombre del pueblo de Buenos Aires, y en él encontré estas bellísimas palabras que constituyen por si solas el mas glorioso timbre de toda mi carrera militar.

« Testimonio

De amor y gratitud, ofrecido por los argentinos al valiente general don César Diaz, Comandante en Jefe de la division oriental del Ejército Aliado, Libertador.

El general Diaz con la columna de su mando, famosa por su constancia indomable en la defensa de Montevideo, contribuyó poderosamente á la caída de la tiranía de Rosas.

La conducta de la division oriental en Buenos Aires, fué digna de sus antecedentes.

Su serenidad en el peligro, fué igual á su disciplina y moralidad, antes del combate y despues de la victoria.

Soldado de la libertad, hombre de corazon fuerte y brazo vigoroso, el general Diaz es una de las ilustraciones y de las esperanzas mas bellas de su patria. Al alejarse de nuestro país, nuestros votos y simpatías le acompañan.

¡Honor al general don César Diaz! Salud á nuestra hermana la República Oriental!

Buenos Aires, Marzo 11 de 1852.

Juan B. Molina—Luis Frias—Eduardo B. Molina—José M. Acosta—Miguel Rueda y Frias—Manuel Eguía—Justo Argerich—Fernando Otamendi—Mariano Echenagucía—Juan Correa Morales—Ortencio Mendez—Julio C. Sanchez—Federico Zapiola—Francisco G. Molina—Bernardo Iturraspe—Pedro José Dominguez—Ambrosio del Molino—Hector Florencio Varela—Leopoldo Montes de Oca—P. A. Carrasco—Mariano Mendiburo—Presbítero, *José de Sevilla Vazquez—Juan José Montes de Oca—Ruperto de la Concha—Francisco Molina Viamonte—Eduardo Carranza—Juan G. del Castillo—Juan M. Pedriel—Antonio Molina—José Basavilbaso—Manuel G. Pont—Juan José*

Cordero—José M. Gimenez—S. Meabe—José Rufino Muruzeta—Eugenio P. del Cerro—Ezequiel Castro—Miguel Beccar—Manuel Perez del Cerro Ramon Dumont—M de Gainza—Cárlos Urioste —M. Varela—Thomas S. de Anchorena—Ventura Gutierrez—Manuel T. de Guerrico—Manuel A. Ocampo—Felipe Llavallol—Luis Costa—Miguel Ortiguera—Luis M. Molina—José Vicente Martinez—Estevan Banny Rubert—Félix Coeto—Cárlos Descalso—Augusto de la Riestra—Federico Achabal—Pedro Aguilar—José M. Saenz—Manuel Vega—Pedro Leon Martinez—Guillermo Quirno —Ambrosio J. Lezica—Tomas Jones—Manuel Regueira—Pedro Calderon de la Barca—Antonio Posoli—Manuel P. Rojas—José María Bustillo—Elias Baneti—Bonifacio Canelo—Joaquin Abreu —Dr. José A. Ocantos—Joaquin Seulbe—Benigno Oteysa—Bernabé Ocampo—José Maria Lozano—Jaime Llavallol—Juan Soler—Emilio Gimenez—Silvestre Mosquera—J. Lorenzo Moreno—Daniel Girald—Juan R. Velazquez—E. de la Riestra—Alvaro Pinto—Ventura Martinez—Adriano E. Rossi—Federico Silva—Sandalio Mansilla—Juan José Soto—José T. Alvarez—Gerónimo Gavazza Hermenegildo de la Riestra—G. A. de Posadas—Manuel Gascon—Santiago Jhoinda—Juan Luciano Miguens—Luis L. Dominguez—José M. Cullen—Cárlos H. Eguía.

Posteriormente los señores Mármol y Cané me honraron con los conceptos que siguen:

Sí, tributemos el homenaje de nuestro respeto á ciertas ilustraciones de *Caseros*, por que ellas es lo úni-

co que puede recordarse con honor, desde que la batalla y el general que la dió han desaparecido para la felicidad de la patria; y apenas viven, la una para ser lamentada, el otro para ser acusado.

JOSÉ MÁRMOL.

Montevideo, Enero 18 de 1853.

GENERAL:

Mi gratitud como argentino, mis respetos como buen apreciador del verdadero mérito, y mi amistad sincera.

MIGUEL CANÉ.

Montevideo, Noviembre 14 de 1853.

Aun que el tiempo estaba malo y nos sobrevino hácia la media noche una fuerte ráfaga de viento acompañada de alguna lluvia, arribamos felízmente á Montevideo al siguiente dia 12, donde nos esperaba un nuevo triunfo, y nuevas escenas de placer.

A imitacion de Buenos Aires, el pueblo se habia preparado expontáneamente á recibirnos; y las demostraciones de su entusiasmo y regocijo, no fueron menos expléndidas, que las que aquel nos habia tributado. Pero dejaremos hablar al *Comercio del Plata*, periódico de la época, que hizo la descripcion de este acto memorable, con la exactitud que lo caracteriza:

« *Honores á la Division Oriental*

« Que bello expectáculo ofrece un pueblo libre, cuan-
« do hace ovaciones espontáneas!

« ¡ Que sublimes son estas cuando van acordadas en « prémio de grandes servicios hechos á la humanidad ! « Entónces preside á este acto, la justicia, y el pueblo « ejérciéndola, asume la majestad de su soberanía. El « entusiasmo es una espresion visible de sentimientos « vehementes, que nacen del alma: móvil ninguno hará « que él se manifieste si no tiene allí su oríjen. Por eso « es sublime, por eso es envidiable.

« Y tal es el sello que llevaban las ovaciones hechas « el viérnes á la division oriental, al pisar las playas « de la patria, cubierta de gloria. La pintura que no- « sotros pudiéramos hacer de las escenas llenas de « emocion de que fué teatro esta ciudad, sería apenas « un reflejo pálido de la verdad; pero es deber nuestro « consignar aquí con la mayor exactitud, los sucesos « de ese memorable dia, consagrado todo él á un rego- « cijo universal.

« Notemos aquí para mayor prez del pueblo Oriental, « el hecho significativo de que en esos negocios, no re- « cibió otro impulso que el de sus propios sentimientos, « y que la autoridad no los habia sometido á un ritual « que los habria amenguado, por que habrian podido « mirarse como impuestos. Ella cerró sus oficinas pú- « blicas, y vino así á sancionar las demostraciones que « se preparaban hacía dias, y á tomar en ellas una « parte, por que tambien queria participar del gozo que « el pueblo sentia.

« Como se sabe, habíase organizado una comision, « para dirijir los honores y festejos que debian hacerse « á la division luego que arribase.

« Los ciudadanos que tuvieron ese bello pensamiento,

« hallaron franca cooperacion en todas partes, y te-
« nían ya completos sus preparativos el juéves á la no-
« che, desde lo que debia hacerse en el desembarque y
« trayecto de la division, hasta el abundante refresco
« que se ofreceria al dia siguiente al general, jefes y
« oficiales de ella. Todos aguardaban anhelosos la
« llegada del viérnes, por que en ese dia debia estar en
« el puerto la division: agradezcamos al vapor esta
« exactitud que permitió gozar por entero todo el
« dia 12.

« A las siete de la mañana se avistó una embarcacion
« cuyo negro penacho de humo, no dejó duda de que
« era una de las del convoy en que venía la division.
« Las casas de negocio se cerraron en un instante y
« por toda la ciudad empezaron á flamear banderas de
« todas nacionalidades, pero descollando por su núme-
« ro la Oriental. Los agentes y vecinos estranjeros
« izaron tambien las suyas. Muchas azoteas y balco-
« nes se tapizaron, y los cohetes y repiques de campa-
« nas, llevaron la feliz noticia á todos los puntos distan-
« tes de la ciudad.

« A las nueve fondeó el primer vapor: era el *Paraná*
« con el batallon Guardia Oriental, mandado por el
« coronel don José M. Solzona. Habia salido de Bue-
« nos Aires á las once de la mañana del dia antes y
« por eso se anticipaba tanto á los otros dos buques.
« El Paraná traia órden de aguardar en la boca del
« pnerto, el arribo de estos, que al fin se avistaron.

« A las diez de la mañana la guardia cívica hechó
« llamada. A las doce estaba ya formada en la casa
« de gobierno. El coronel Tajes á la cabeza del bata-

« llon de Guardia Nacional y de un escuadron de ca-
« ballería, fué entonces á situarse en la primera cua-
« dra de la calle de Colon con la infantería, colocando
« la caballería en la calle del 25 de Agosto.

« A la una fondeó el *Uruguay*, que habia zarpado de
« Buenos Aires á las cinco y cuarto de la tarde; y á las
« dos el *Manuelita* que le precedió un cuarto de hora
« en su salida de aquel puerto. El poco calado del
« Uruguay le permitió acercarse al desembarcadero,
« mas que ninguno de los otros vapores. La vista que
« hacia este barco lleno de tropa, era muy pintoresca;
« y la casualidad tal vez hizo que los soldados trajeran
« una colocacion simétrica, que resaltaba mas por lo
« tranquilo de las aguas, que no imprimian al buque
« ninguna violencia en sus movimientos.

« En este vapor venia el general don César Diaz, co-
« mandante en jefe de la division, el coronel don Ju-
« lian Martinez, jefe del Estado Mayor divisionario, el
« mayor Zamudio, jefe del Detal, y oficiales pertene-
« cientes á él; el coronel don Juan Antonio Lezica y el
« teniente coronel Palleja. La tropa se componia de
« los batallones *Resistencia* mandado por aquel, y del
« Voltíjeros por este.

« El Manuelita conducia el batallon del *Órden*, co-
« mandante el mayor Abella, y el escuadron de arti-
« llería lijera que mandaba el teniente coronel Vedia.
« La comision de honor que debia recibir la division
« Oriental, estaba ya á la una y media formada con la
« música de Pensel, y ostentando la bandera que las
« damas orientales ofrecieron á S. E. el Presidente de

« la República: se colocó al lado del muelle formando
« calle.

« Seguíala un crecido número de ciudadanos, y á con-
« tinuacion iba la guardia cívica mandada por el te-
« niente coronel don Gregorio Conde.

« Mientras tanto, toda la poblacion habia afluido á
« las calles que debia recorrer la division, y el resto
« de la ciudad estaba desierto.

« El bello sexo acudió á dar realce al acto con sus
« gracias, y el dia era en efecto considerado festivo.

« Como á las dos empezó el desembarque haciendo
« entónces una salva la batería *Presidente Suarez.*
« El primer cuerpo que puso el pié en tierra, fué el ba-
« tallon *Resistencia.* Formó en el muelle y siguió
« hasta la segunda cuadra de la calle de Colon. Las
« aclamaciones, la música y las coronas de flores, de
« laurel y olivo, acojieron á estos soldados en su mar-
« cha, que el gentío inmenso que los rodeaba, hacia di-
« fícil.

« Al *Resistencia* siguió el *Voltíjeros*, que fué á formar
« despues de aquel: iguales demostraciones de ardien-
« te entusiasmo acojieron á este otro batallon en su
« tránsito hasta su lugar de formacion.

« Siguíole poco despues el *Guardia Oriental* y el
« *Órden*, y finalizó el desembarque el escuadron de ar-
« tillería lijera. Tambien y con igual ardor fueron
« victoreados estos cuerpos, desde que pisaron el mue-
« lle.

« Inmediatamente despues bajaron el general Diaz, el
« coronel Martinez y demas oficiales que con ellos ve-
« nian. Varios individuos de la comision pasaron al

« muelle á felicitar al general, tomando la palabra el
« señor don Cárlos Juanicó. El general contestó y
« reunidos descendieron del muelle.

« Aquel montó luego á caballo con el coronel Marti-
« nez y sus ayudantes, entre el estrépito de vivas que
« partian de todos lados. La música entonó el himno
« nacional, como lo habia hecho al pasar cada cuerpo.
« El coronel A. B. du Chateau, vestido de particular,
« fué á saludar á su amigo el general y siguió á su la-
« do. Partió este luego á colocarse á la cabeza de la
« columna, siendo el blanco como en todo el camino,
« de las ovaciones que se hacian á los vencedores en
« Caseros. La columna emprendió la marcha en el
« órden de formacion ya dicho, y siguiendo las calles
« anteriormente designadas.

« ¿Habremos de decir que en cada cuadra, era po-
« blado el aire de coronas cívicas de flores, y resona-
« ban por todos lados aclamaciones ardientes? Po-
« dremos describir el efecto que hacia esa masa
« inmensa de gente, que precedia, rodeaba y seguia á
« la columna? Eso seria imposible, como lo seria el
« pintar las sensaciones que produjo en todo el tránsito
« la vista de la bandera del batallon *Resistencia*, cuyo
« sol habia sido despedazado por las balas de los es-
« clavos de Rosas en Caseros. La vista de este trofeo
« glorioso, escitó sensaciones indecibles: mas de un ros-
« tro se bañó en lágrimas, mas de un corazon se opri-
« mió presa de sentimientos contrarios. ¡La bandera
« Oriental despedazada por balas que arrojaron manos
« argentinas!.... Y esa bandera era en la batalla sím-
« bolo de libertad!.... ¡Maldito tirano que así torció

« en pueblos hermanos, los jenerosos sentimientos que « á entrambos animan! Pero ese sol despedazado, « no pudo ser oscurecido, y lució mas brillante al lado « de la verdadera enseña de la patria de Belgrano y « de la auriverde jenerosa.

« La comision de honor precedia á la columna, y en « pos de esta iba la guardia nacional y la cívica, cer- « rando la marcha la caballería.

« La comision y demas ciudadanos pasaron al pié « del arco triunfal levantado en la plaza en la desem- « bocadura de la calle de Ituzaingó, para dar paso á la « division. El arco habia sido casi una improvisacion, « y sin embargo estuvo propio de su objeto. En el lado « de la calle se leían estas inscripciones:

« HONOR Y GLORIA Á LA DIVISION ORIENTAL
MONTE CASEROS, 3 DE FEBRERO DE 1852
ETERNA UNION ENTRE LOS ORIENTALES

« Y en el lado de la plaza estas:

HOMENAJE AL VALOR
RESPETO Á LA CONSTITUCION
GRATITUD Á LOS ALIADOS
LA PATRIA Y LA LEY.

« Encima del arco flameaban tres banderas orientales « en medio de la brasilera, la nacional arjentina, y las « de las provincias de Entre Rios y Corrientes.

« Al pasar la columna por el arco, la música de la « comision tocó el himno nacional.

« Entrada aquella en la plaza, el general Diaz se si-
« tuó frente á los balcones de la casa de representan-
« tes, donde se hallaba S. E. el Presidente de la Repú-
« blica con sus ministros y edecanes. Empezaron á
« desfilar los cuerpos, y luego el general bajó de su ca-
« ballo acompañado del jefe de Estado Mayor divisio-
« nario, coronel Martinez, y fué á presentar sus respe-
« tos al gobierno. Tras del general penetró el pueblo,
« y fué casi imposible recojer todas las palabras de es-
« te á S. E. el Presidente y las que S. E. contestó......

« S. E. invitó luego al general á pasar al balcon y
« desde allí vieron concluir el desfile de la tropa. El
« general bajó poco despues, y ordenando á la colum-
« na la formacion en masa, dió los vivas siguientes:—
« A la República! Al Gobierno Nacional. A la
« union de los orientales. A la libertad. Cada uno
« de estos vivas tuvo éco inmenso en toda la plaza, cu-
« yo recinto era estrecho para contener á la pobla-
« cion toda que se aglomeró allí.

« Acto contínuo la division se dirijió á los cuarteles
« que le estaban destinados de antemano. Por mas
« ambicioso de gloria que sea el altivo corazon del
« guerrero, hay ocasiones en que debe sentir colmado
« ese anhelo tan noble. La poblacion de Buenos Ai-
« res en sus justos transportes de regocijo, coronó de
« flores y bendijo agradecida á sus libertadores. La
« poblacion de Montevideo, á su vez corona á sus guer-
« reros que vuelven despues de haber dado á la patria
« un dia mas de gloria librando á un pueblo hermano
« de una tiranía atroz que lo humilló durante veinte

« años. El corazon de esos orientales debe henchirse « de justo orgullo: su obra ha sido santa, su cruzada « digna de un pueblo que vino á la vida bajo los colo- « res del Sol de Mayo. ¡Eterna gratitud à los vence- « dores de Caseros! »

APÉNDICE

Documentos publicados en el nº. 182 de *La Constitucion*, periódico de Montevideo, el 14 de febrero de 1853.

Refutacion al parte oficial que el brigadier (hoy Mariscal) *don Manuel Márquez de Souza*, dirijió al General en Jefe del Ejército imperial del Brasil sobre la parte que tuvo en la batalla de *Monte Caseros* la division brasilera que estuvo á sus órdenes en el ejército aliado de Sud-América, por el general Comandante en Jefe de la Division Oriental en el mismo ejército, don César Diaz.

En el mes de marzo del año anterior se publicó en el *Jornal do Comercio* de Rio Janeiro, el parte oficial que el brigadier don Manuel Márquez de Souza (hoy Mariscal) dirijió al conde de Caxias, General en Jefe del ejército imperial, sobre la batalla de Monte Caseros; y en ese documento, el brigadier Márquez decia: que la primera brigada de la division brasilera que él mandaba, habia *precedido* á la division oriental en el ataque de la posicion designada con aquel nombre. Aun que semejante asercion estuviera de antemano desmentida por el boletin oficial de la batalla y por la pública notoriedad de los hechos, comprendimos, sin embargo, que

era necesario refutarla, por que en ello se interesaban la gloria de las armas orientales, la justicia y la verdad histórica; y si hasta ahora hemos tardado en satisfacer á esta necesidad, nuestra tardanza ha consistido en que, teniendo la intencion de dar á luz los apuntes que poseemos sobre la campaña toda, habíamos pensado que seria conveniente hacer ambas cosas á la vez.

Pero como todavia no nos es posible fijar el tiempo de aquella publicacion, al paso que varias consideraciones nos impulsan á romper nuestro silencio, y á calmar la natural expectacion de todos nuestros compañeros, hemos resuelto anticipar este pequeño escrito.

Bastaría quizá á nuestro propósito, la sola publicacion de los documentos con que lo acompañamos, como emanados de testigos presenciales é irrecusables; pero para la mejor inteligencia de nuestros lectores, hemos creido conveniente dar en breves palabras, una ligera idea de la batalla, detallando la parte que en ella tuvieron nuestras armas; y es de lo que vamos seguidamente á ocuparnos.

(Sigue aquí la descripcion de la batalla, que omito ahora por haber sido extractada de la que queda hecha en el capítulo 7°.)

CARTA DEL EXMO. SEÑOR GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE LA PROVINCIA DE ENTRE RIOS Y GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO ALIADO, DON JUSTO JOSÉ DE URQUIZA

Palermo de San Benito, Marzo 26 de 1852.

Señor General don César Diaz.

Estimado amigo.

En su carta del 20 me habla usted de las publicacio-

nes que han hecho los diarios de Rio Janeiro, sobre la parte importante ó casi exclusiva que han tenido los brasileros en la batalla de Monte Caseros. Yo comprendo bien que esas publicaciones, no pueden tener un carácter oficial, ó que tengan su orígen en los jefes de la columna brasilera; pero, sin embargo es de sentir que ellas den lugar á contestaciones que pongan en transparencia la realidad de los hechos.

Yo hubiera deseado que estos hubieran sido aclarados de otro modo; pero supuesto que usted que tiene conocimiento de los hechos, está dispuesto á contestar á aquellas publicaciones, usted puede apoyarse en el testimonio de personas respetables, que han sido testigos de lo que cada uno ha hecho en Monte Caseros.

Soy de usted,

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA.

Señor General don Benjamin Virasoro.

Montevideo, noviembre 1º de 1852.

Mi estimado general y amigo:

Estoy en el empeño de dar á luz una refutacion del parte que el brigadier don Manuel Márquez pasó al conde de Caxias, sobre la batalla de Monte Caseros, publicado en el *Jornal do Comercio* de Rio Janeiro en marzo de este año, en lo que se refiere á la division Oriental que estaba á mis órdenes; y como deseo que mis palabras vayan apoyadas en la autoridad de testimonios irrecusables, vengo á solicitar el de usted que es á mi

propósito de suma importancia, y que espero no me rehusará, por respeto á la justicia y á la verdad histórica. Quiera usted pues, tener la bondad de escribirme en primera oportunidad, respondiendo á esta pregunta:

¿Es, ó no cierto que las tropas orientales, fueron las primeras que ocuparon la posicion de Caseros, como habian sido las primeras en atacarla?

Mucho se lo estimará su muy atento servidor

CÉSAR DIAZ.

CARTA DEL EX-EXMO. SEÑOR GOBERNADOR Y CAPITAN GENERAL DE LA PROVINCIA DE CORRIENTES Y MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO ALIADO, DON BENJAMIN VIRASORO.

Buenos Aires, Noviembre 4 de 1852.

Señor General don César Diaz.

Mi apreciado general:—Con el mayor gusto doy contestacion á su estimable carta del 1° y á la pregunta que en ella me hace, de si es, ó no, cierto que las tropas orientales fueron las primeras que ocuparon la casa de Caseros en la batalla del 3 de febrero, como habian sido las primeras en atacarla, á lo que me hago el deber de declarar francamente: que á la bizarra division del mando de usted le fué encomendada esta difícil operacion, la cual ejecutó con una habilidad y denuedo dignos de los veteranos á quienes fué confiada; como que sobre el mismo campo de batalla, antes de rendir al coronel Chilavert, me fué satisfactorio espresarlo así al general en jefe, pues en aquellos momentos él ignora-

ba las ventajas importantes que se habian obtenido á la izquierda de nuestra línea. La infantería del Imperio, que tomó á su frente el Palomar, fué sobre éste que quemó sus cartuchos; y si acaso dirigió algunos tiros á la casa de Caseros, no ha sido eso motivo para atribuirse ni una parte en la rendicion de la fuerza que la defendió.

Como testigo presencial que fuí de este hecho de armas, lo declaro tal como sucedió, con lo que espera dejar á usted satisfecho su atento servidor

BENJAMIN VIRASORO.

Señor General don Manuel Antonio Urdinarrain.

Montevideo, Noviembre 1º de 1852.

Mi estimado general y amigo:

En marzo de este año se publicó en el *Jornal do Commercio* de Rio Janeiro, el parte oficial que el Brigadier Márquez, jefe de la division brasilera, pasó al Conde de Caxias, sobre la batalla de Monte Caseros, el cual contiene inexactitudes calculadas para menguar el mérito contraido en aquella jornada por los distintos cuerpos del ejército. Me propongo refutarlo en la parte que concierne á la division oriental que estaba á mis órdenes, á la que con especialidad el general brasilero, ha querido defraudar de una parte de la gloria que le cupo en suerte; y como deseo que la exposicion que con ese motivo publicaré, se apoye en la garantía de testimonios fidedignos, vengo á solicitar el de usted que es uno

de los mas importantes á mi objeto, puesto que usted con una columna de lanceros estuvo encargado de sostener á la division oriental en su marcha hácia la posicion de Caseros, y se situó cerca de ella, en un sitio de donde pudo ver todo lo que ocurrió durante el ataque.

Espero, pues, que usted tendrá la bondad de responderme en primera oportunidad, satisfaciendo á la pregunta que sigue.

¿Es, ó no cierto que las tropas orientales fueron las primeras que ocuparon la casa de Caseros, como habian sido las primeras en atacarla?

Usted puede contribuir poderosamente á deshacer la duda que el general brasilero haya podido infundir á la distancia, sobre un hecho de pública notoriedad en el ejército aliado y universalmente reconocido en todos los pueblos del Rio de la Plata.

Soy de usted,

CÉSAR DIAZ.

CARTA DEL SEÑOR GENERAL DON MANUEL ANTONIO URDINARRAIN, COMANDANTE EN JEFE DE LA 1ª DIVISION ENTRERIANA EN EL EJÉRCITO ALIADO.

Señor general don César Diaz.

Buenos Aires, Noviembre 7 de 1852.

Mi estimado general y amigo:

Soy impuesto del contenido de su apreciable del 1º del corriente en la que solicita de mí responder á la pregunta de si «es, ó no, cierto que las tropas orientales fueron

las primeras que ocuparon la casa de Caseros, como habian sido las primeras en atacarla?» En consecuencia y en obsequio á la verdad voy á responder á usted.

Destinado por el general en jefe con una columna de caballería á proteger la division oriental del mando de usted, en el ataque á la casa de Caseros, pasé á la vez que ella, el obstáculo, ó cañada, que se nos ofrecia, y ocupé el flanco izquierdo: cuando esto sucedió, la columna brasilera venia aun atras. En el momento de realizar este pasage, marchó usted llevando el ataque á las mencionadas casas, en el que le acompañé siempre á su flanco, *hasta que al llegar á ellas y cuando los fuegos enemigos estaban ya apagados,* me fué preciso abandonarle por tener que cargar á una fuerte columna de caballería que apareció á mi flanco, por lo que no pude ya atender á la conclusion del ataque. Pero si he de juzgar hasta entónces, segun la corta distancia á que dejé á usted de las casas, y la altura en que observé á la columna brasilera, indudablemente debió usted primero que ella ocuparla, sobre todo, *cuando no se presentaba ya obstáculo para detenerlo.* Es por consiguiente cierto, que usted llevó el ataque primero á las casas, y estoy convencido que tambien fué el primero en llegar á ellas, y que si no aseguro lo último del modo que lo primero, es por la circunstancia expuesta.

Creo haber llenado los deseos de usted; pero si así no fuese y solicitase algunas otras esplicaciones de mí, estoy dispuesto á dárselas, siempre que como éstas, sean conocidas de mí.

Con este motivo tengo el gusto de saludar á usted.

MANUEL ANTONIO URDINARRAIN.

Señor Teniente Coronel, Comandante del Batallon «Voltígeros», don Leon de Palleja.

Montevideo, octubre 30 de 1852.

Mi° estimado comandante. Usted leería probablemente en el *Jornal do Comercio* de Rio Janeiro el parte que el brigadier don Manuel Márquez, jefe de la division brasilera que concurrió á la campaña de Buenos Aires, dirigió al general en jefe del ejército imperial, sobre la batalla de Moron, en el que afirmaba que la primera brigada de su division, *precedió* á la division oriental en su entrada á la posicion fortificada de Caseros.

Estoy preparándome recien para refutar ese informe en la parte que nos concierne; y como quiero hacerlo con todos los testimonios necesarios para que su inexactitud quede completamente probada, espero que usted concurrirá á mi objeto en la forma que voy á indicarle.

Como el batallon «Voltíjeros» que usted mandaba, fué el primero que penetró en la casa de Caseros, convendrá que usted me dé en contestacion á esta carta, una declaracion firmada por usted y por los capitanes del cuerpo, ó por todos los oficiales si usted lo halla necesario, en que se exprese el hecho de la ocupacion del punto indicado en todo sus detalles, cuidando de mencionar, si es posible, los nombres de los primeros oficiales y soldados que derrribaron las puertas del edificio y penetraron en su interior, así como cualquiera otra circunstancia que pueda contribuir á patentizar la falsedad del aserto á que me he referido.

Soy de usted atento servidor

CÉSAR DIAZ.

Señor general don César Diaz.

Montevideo, octubre 30 de 1852.

Mi querido general:

En contestacion á su muy favorecida, fecha de hoy, diré á V. S. que solamente el respeto que su persona nos inspira, ha hecho que guardáramos silencio al llegar á nuestra noticia lo que el general Márquez se habia atrevido á hacer estampar en el *Jornal do Comercio* respecto á la toma de Monte Caseros. El refutar esta falsedad, toca solamente á V. S. á quien cupo la gloria de mandarnos en tan memorable jornada; y ninguna prueba mayor podria darnos del aprecio que tiene á sus antiguos soldados, que el presentarlos á la faz del mundo cual ellos son y como los ha visto el grande ejército aliado. A este favor le viviré eternamente agradecido, lo mismo que todos mis oficiales y soldados.

Pasando ahora á satisfacer el deseo enunciado por V. S. en su citada carta, declaro en union de todos los oficiales del batallon Voltíjeros:

Que hallándose la Division Oriental como á doscientas cincuenta varas de la casa fortificada de Caseros, recibí órden del señor general don César Diaz para avanzar á paso de trote en el órden de columna en que me hallaba, lo que verifiqué llevando á mis flancos dos compañías de tiradores de los batallones Resistencia y Guardia Oriental, á los que dicho señor hizo al mismo tiempo la señal de avanzar. Que luego que llegué á la altura de la casa y despues de haber roto contra la línea de carretas, un batallon enemigo que estaba desplegado sobre la plazoleta de la derecha del edificio,

hice romper las puertas y ventanas de la casa con mis gastadores y carabineros, á culatazos y golpes de hacha y penetré en su interior seguido de todo mi batallon, donde al cabo de diez minutos de lucha, toda la guarnicion quedó muerta ó prisionera.

Que cuando acababa de tomar posesion de las azoteas y estando reuniendo los prisioneros para salvarlos del furor del soldado, sentí en el último patio un tiroteo vivo; y habiendo acudido á dicho paraje, vi que era ocasionado por tiradores alemanes en su mayor parte, de dos batallones de cazadores brasileros, que anunciaban su llegada á la altura de Caseros disparando sus armas por las ventanas, sobre los oficiales y tropa prisioneros que yo habia reunido al asaltar las azoteas donde la resistencia fué mas obstinada y vigorosa. Que indignado de este proceder corrí á comunicarlo al señor general Diaz, quien me ordenó dejase una compañía encargada de recojer nuestros heridos, que estaban diseminados dentro y fuera de la casa, y marchase con mi batallon á reunirme á la division que de nuevo se ponia en marcha en pos del enemigo.

Declaro así mismo, que cuando la division oriental habia ya empeñado su ataque contra la posicion fortificada de Caseros, la division brasilera estaba todavia en línea á pié firme, y solo ví dos batallones de cazadores salir á descubrir su flanco izquierdo en el claro que acababa de dejar el movimiento atrevido de la Division Oriental, al envolver el costado derecho de la línea enemiga; y estos batallones son los mismos que ví despues desde las azoteas de Caseros, acercarse al pié del edificio y disparar por las ventanas.

Y finalmente; que todo lo que dejo expuesto, es la verdad, en que yo y los oficiales suscriptos nos afirmamos y ratificamos á cargo de nuestro honor.

Permítame, señor general, ser intérprete de la consideracion y respeto de mis oficiales para con V. S., y acepte en particular la expresion del que le profesa

Su muy atento servidor.

Q. B. S. M.

LEON DE PALLEJA.

El capitan de la 1ª compañía, *José Abella*—El capitan de la 4ª compañía, *Adolfo Larragoitía*—Ayudante mayor 2°, *N. Dellapalu*—El capitan de la compañía de cazadores, *Tomás Larragoitía*—El capitan de la compañía de volteadores, *Macedonio Farías*—Teniente 1°, *Manuel Garcia*—Teniente 1°, *Juan Ayala*—Subteniente, *Domingo Acosta*—Subteniente, *Pablo Chacon*—El capitan de la 2ª compañía, *fué muerto en Monte Caseros*—El capitan agregado, *Celestino Zamora*—Teniente 1°, *Benjamin Calveti*—El capitan de la 3ª compañía, *Jacinto Valdivia*—Ayudante mayor 1°, *Manuel Pagola*—Teniente 1°, *Federico Barros*—Teniente 1°, *Benito Ababé*—Subteniente, *Otelo Garcia*—Teniente 1°, *Maximiano Ramos*—Teniente 2°, *Urbano Ferreira*—Subteniente, *Agustin Martinez*—Subteniente, *Benigno Llavijo*.

DESPEDIDA

El capitan de carabineros del batallon Resistencia á nombre de la distinguida clase de oficiales de la brillante Division Oriental que formaba parte del ejército aliado libertador, dirije el cordial saludo de despedida, que insertamos en nuestro número de ayer, á todos los argentinos.

Nosotros que conocemos el alto aprecio y estimacion con que estos valientes guerreros han sido recibidos y felicitados en esta provincia, les devolvemos á nombre de sus habitantes el afectuoso adios que nos trasmiten, deseándoles toda suerte de prosperidades, y rogando á la providencia recompense con usura los importantes servicios que nos han dispensado, que formarán un vínculo de confraternidad con los que nos confesamos sus obligados y reconocidos deudores. (a)

(Agente Comercial del Plata).

Señor Editor del «Agente Comercial del Plata.»

Señor. Estoy encargado por los demas oficiales de la Division Oriental, de dirijirme á vos y á todos los S. S. E. E. de periódicos en esta República, suplicándoos tengais á bien ser los intérpretes de nuestros sentimientos para con el pueblo argentino.

(a) Estas sentidas palabras á nombre de la Division Oriental dirijidas á los argentinos, las tomamos del Comercio del Plata, Marzo 13 y 14 de 1852.

(Nota del Editor.)

Nosotros creemos que la imprenta es una especie de sacerdocio en los pueblos libres, destinado á hacer conocer y trasmitir á la historia, las glorias, las grandes ideas, los bellos recuerdos. Hé aquí por que nos dirijimos á vos y á vuestros colegas, suplicándoos digais á los argentinos: que los oficiales orientales, llevamos del pueblo de Buenos Aires y de todos los que hemos transitado en la República, una digna memoria.

Decidles que conservaremos como un santo recuerdo el de 3 de febrero de 1852, y que nos creemos dichosos en haber derramado alguna de nuestra sangre por la libertad y la gloria del pueblo argentino. Decidles, señor, que como ciudadanos hacemos votos por que goce eternamente la felicidad que la paz y la justicia proporcionan á los pueblos: y que como militares deseamos que si el destino ha decretado que el bello suelo de nuestras naciones vuelva á empaparse en la sangre de sus hijos, nuestras banderas flameen siempre unidas por una causa justa sobre el campo de batalla. Si tal sucede, al ver la bandera argentina al lado de nuestra columna, creeremos en la victoria, y celebraremos el triunfo aun antes de empezar el combate.

Aceptad, S. S. E. E., la respetuosa consideracion con que os saluda, á nombre de los oficiales de esta division, el capitan de carabineros del batallon Resistencia.

FERNANDO TORRES.

Marzo 9 de 1852.

PARTE DEL GENERAL URQUIZA AL GOBIERNO ORIENTAL

Tomado del «Comercio del Plata» del 13 y 14 de marzo de 1852, por no hallarse entre los manuscritos.

¡ Viva la Confederacion Arjentina !

Cuartel General en Palermo de San Benito, Marzo 8 de 1852.

El gobernador y capitan general de la provincia de Entre Rios, general en jefe del ejército aliado, al Exmo. señor Presidente de la República Oriental del Uruguay, don Juan Francisco Giró.

El glorioso triunfo obtenido por las armas libertadoras en Monte Caseros, ha dado fin á la inmortal campaña contra el tirano de esta República. La columna heróica con que ese gobierno contribuyó á formar el ejército de la grande alianza, ha terminado, pues, su mision con gloria, y regresa al suelo de la patria á ponerse bajo las órdenes de V. E. Llegado el momento de cumplir el grato deber de justicia que con su denuedo, disciplina y honrosa conducta han sabido imponerme los valientes que componen esa division, me es sobre manera satisfactorio declarar á V. E. que todos ellos, sin escepcion, han llenado heróicamente sus deberes y colmado las lisonjeras esperanzas de los aliados. El benemérito general don César Diaz ha acreditado esta vez, como siempre, que su reputacion como soldado de la patria es un homenaje debido á su capacidad militar y bien notorio coraje. Los demas jefes, oficia-

les é individuos de tropa, lo han segundado con entusiasmo y brío.

Acreedores son á la envidiable gratitud de sus conciudadanos y á la elevada consideracion de V. E., á quien tengo el honor de recomendarlos.

Acepte V. E. las seguridades de perfecta armonia y alta estimacion personal con que soy de V. E.

Muy afectísimo atento, seguro servidor

JUSTO JOSÉ DE URQUIZA.

Ministerio de Gobierno.

DECRETO

Montevideo, Marzo 13 de 1852.

El Presidente de la República, de acuerdo con lo que dispone el artículo 85 de la Constitucion, acuerda y decreta:

Art. 1º Queda nombrado Ministro de Estado en los departamentos de guerra y marina, el coronel mayor don César Diaz.

Art. 2º Comuníquese, publíquese y dése al Rejistro Nacional.

GIRÓ

FLORENTINO CASTELLANOS.

FIN

ÍNDICE

PÁG.

CAPITULO II

CAPITULO III

CAPITULO IV

CAPITULO V

CAPITULO VI

CAPITULO VII

CAPITULO VIII

